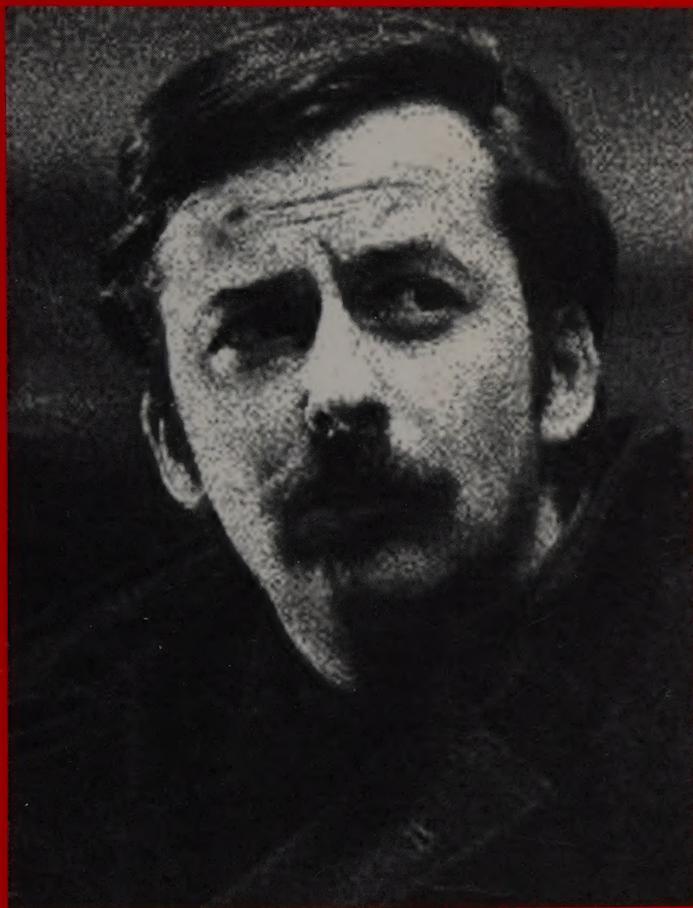


DANIEL AVENDAÑO

MAURICIO PALMA



EL REBELDE de la Burguesía

LA HISTORIA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

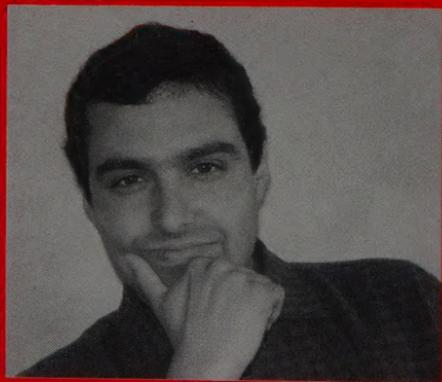
 EDICIONES
CESOC



Daniel Avendaño Caneo, Periodista de la Universidad Católica de Valparaíso (2001). Nació en Valparaíso en julio de 1976, estudiando en el Colegio Scuola Italiana de Valparaíso.

Trabajó como reportero en programas de la señal de cable de canal UCV y para Canal 13 Internet. En el 2001, crea junto al coautor de este libro, la serie documental Los Hijos del Silencio, proyecto que obtiene el financiamiento del Tercer Concurso Nacional de Desarrollo de Proyectos para Cine y Televisión, otorgado por Corfo, en donde actualmente participa como investigador y guionista.

Es, además, diplomado en Corresponsal de Ejército, otorgado por la Academia de Guerra del Ejército de Chile.



Mauricio Palma Zárate, Periodista de la Universidad Católica de Valparaíso (2000), nació en Coquimbo en febrero de 1976, estudiando en el Colegio Seminario Conciliar de La Serena.

Ha trabajado para programas de la señal de cable del canal UCV, revista Conace Informa y para las productoras audiovisuales Nueva Imagen y Rivas & Rivas, donde actualmente se desempeña como guionista e investigador de la serie documental de su autoría Los Hijos del Silencio, junto con la producción del largometraje Cinco, película que tratará sobre los últimos días de Miguel Enríquez. Además, es diplomado en Corresponsal de Ejército de la Academia de Guerra del Ejército de Chile.

EL REBELDE
de la burguesía

LA HISTORIA DE MIGUEL ENRIQUEZ

DANIEL AVENDAÑO
MAURICIO PALMA



ALFONSO
CARRILLO

EL REBELDE de la burguesía

LA HISTORIA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

DANIEL AVENDAÑO
MAURICIO PALMA



Ediciones
CESOC

EL REBELDE
de la burguesía

LA HISTORIA DE MIGUEL ENRIQUETA

EL REBELDE
DE LA BURGUESÍA

© Daniel Avendaño / Mauricio Palma
© Ediciones Chile América - CESOC
Esmeralda 636, Santiago
Inscripción N° 122.941 (noviembre 2001)
ISBN: 956-211-095-8

Coordinadora de edición: Mainer Etchevers
Diseño de portada: Mauricio Palma
Composición: Salgó Ltda.
Impreso en: Ventrosa S.A.

2ª Edición / Enero 2002
3ª Edición / Marzo 2002

Impreso en Chile / Printed in Chile

INDICE GENERAL

Capítulo I	
ALERTA ROJA EN LA DINA	7
Capítulo II	
HEREDERO DEL BÍO-BÍO, INTELLECTUALES Y... RADICALES	15
Capítulo III	
EL GERMEN DE UN LÍDER	30
Capítulo IV	
NACE EL MIR	53
Capítulo V	
EL CARISMÁTICO E INCORREGIBLE LUCIANO	70
Capítulo VI	
EL MIR COMIENZA SU "BATALLA"	89
Capítulo VII	
EL MIR DURANTE LA UNIDAD POPULAR.....	119
Capítulo VIII	
LA UP EN CRISIS	144
Capítulo IX	
DÍAS DE GOLPE	161
Capítulo X	
"AHORA LE TOCA A MIGUEL"... ..	182
Capítulo XI	
¡SE ACERCA LA REPRE!	207

CAPÍTULO I

ALERTA ROJA EN LA DINA

“Demos la última vuelta”, decía un ansioso Osvaldo Romo Mena a los hombres de la Brigada Halcón, quienes merodeaban por las cercanías de la calle Santa Fe 725, en la comuna de San Miguel, refugio del principal líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR): Miguel Enríquez Espinosa.

—Señora, ¿conoce a alguna joven embarazada que viva por este sector?, —preguntó el *Guatón Romo* a una de las vecinas, en alusión a Carmen Castillo Echeverría —*Catita*—, compañera de Enríquez y quien esperaba un hijo suyo, antecedente obtenido durante sesiones de tortura a miristas.

—Ah, sí, vive por ahí —respondió la anónima mujer, y en ese instante Romo supo que se encontraba a metros de su presa mayor, casi olfateando su sangre.

Era cerca de la una de la tarde del sábado 5 de octubre de 1974 y los hombres de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), principal aparato represivo del régimen militar, se ponían en “alerta roja”. Todo indicaba que ese día podrían encontrar al jefe mirista.

En el centro de detención de José Domingo Cañas, los agentes de seguridad se movilizaban rápidamente, las camionetas se aprestaban a salir, los teléfonos no paraban de sonar y por las radios se vociferaban órdenes presurosas.

En el hogar de calle Santa Fe, se habían levantado temprano aquella mañana. Todos tenían tareas que realizar y la hora para reencontrarse estaba fijada a las 17 horas. La *Catita* partió en busca de una nueva casa donde refugiarse; Humberto

Sotomayor, *Tito*, segundo hombre del MIR y encargado de la seguridad de su líder, debía acudir a un contacto con Andrés Pascal Allende, *Pituto*. Miguel Enríquez y José Bordaz Paz —*El Coño Molina*—, encargado de la Fuerza Central (rama armada del movimiento) y quien había pasado sólo la noche anterior en la casa de Santa Fe, se quedarían trabajando en la misma.

Carmen Castillo regresó a la una de la tarde. Entró por una puerta lateral y se sorprendió al ver a Miguel y Bordaz guardando documentos y preparando la defensa del hogar que les servía de escondite.¹

Al llegar *Tito* del encuentro con su enlace, quien se movilizaba en bicicleta debido a que la DINA ya tenía “quemado” el Fiat 125 de color celeste en que se desplazaban, notó el nerviosismo de Enríquez.

—¡La DINA anda dando vueltas! —alertó Miguel, aprestándose a un enfrentamiento que quizás, podría ser el último.

Al asomarse Sotomayor a la calle, observó que por ambos lados se acercaban dos hombres, ajenos al barrio y cuyas fisonomías, le parecían demasiado conocidas. Las temidas camionetas blancas y sin patentes de la DINA comenzaban a pasar una y otra vez, un movimiento poco usual en una calle en la que no transitaban muchos vehículos, y menos aún en un día sábado. Era inevitable: la “repre” los había detectado.

Según fuentes ligadas a esta investigación, el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (SIFA), organismo que tenía a cargo la persecución de los disidentes al régimen militar, desde hacía semanas conocían el paradero de Miguel Enríquez en calle Santa Fe 725, e incluso, habrían estado durante largo tiempo vigilando sus pasos desde una casa cercana al refugio del líder del MIR, un dato que nunca ha podido ser confirmado, pero que por las características de la información, y por la pugna interna entre los organismos de seguridad por apresar lo antes posible al jefe mirista, no hace sostenible su verosimilitud.

Entre tanto, aquella tarde, el final parecía acercarse cada vez más. Miguel Enríquez le entregó a *Tito* las llaves de la pieza donde guardaban el armamento, ordenando enseguida:

—¡Los *fierros*, saquen los *fierros*!

A escasas cuadras del lugar, todos los miembros de la Agrupación Caupolicán (de la cual, Brigada Halcón formaba parte), rajaban sábanas para hacer improvisados brazaletes, que, colocados en uno de los brazos, les servirían de distintivo.

La Agrupación Caupolicán estaba compuesta por cuatro Brigadas; Águila, Tucán, Vampiro y Halcón. Al mando de la Caupolicán, se encontraba el oficial de Ejército Marcelo Morén Brito, quien en septiembre de 1973 se desempeñaba como mayor del Regimiento Arica de La Serena. Luego participó en la llamada “Caravana de la Muerte”, y estuvo a cargo del centro de detención Villa Grimaldi. En 1976 fue adscrito al servicio exterior y en 1977 es nombrado agregado militar en Brasil. Regresó a la Comandancia en Jefe y permaneció en la Guarnición de Santiago hasta 1984, cuando fue destinado a Arica. En junio de 1985 pasó a retiro con el grado de coronel, y en la actualidad, ha debido enfrentar varios procesos de violaciones a los derechos humanos en los tribunales chilenos.

Por su parte, la Brigada Halcón, grupo operativo de la DINA encargado de la captura del jefe mirista, estaba comandado por el capitán de Ejército Miguel Krassnoff Marchenko, un militar que al momento de ser destinado a los servicios de seguridad, impartía clases de ética en la Escuela Militar. Siendo un joven oficial, Krassnoff participó el 11 de septiembre de 1973 en el asalto a la casa presidencial de Tomás Moro, lugar de residencia de Salvador Allende. Entre enero y febrero de 1974 realiza un curso de Contrainsurgencia Urbana en la Escuela de las Américas, Panamá, para luego ser destinado a la represión del MIR, siendo sindicado como partícipe en numerosas sesiones de tortura y muerte. En 1988 asumió como comandante del regimiento Tucapel en Temuco, desempeñándose como jefe del Estado Mayor de la IV

División del Ejército con asiento en Valdivia, pasando a retiro con el grado de brigadier.

En este grupo también trabajaba *El Guatón Romo*, quien, hasta el golpe de Estado, era un activo y conocido dirigente izquierdista en la población Lo Hermida de Santiago.

Identificado como uno de los más crueles torturadores de la DINA, Osvaldo Enrique Romo Mena nació en Santiago el 20 de abril de 1938. Ingresó a principios de los 70 a la Unión Socialista Popular, Usopo. Por este partido, en las elecciones de marzo de 1973, postuló como candidato a diputado por Llanquihue. Luego de ser apresado por organismos de seguridad, después del golpe militar, decide colaborar, denunciar y torturar a sus ex “compañeros”. En octubre de 1975 se traslada a Brasil, donde vivía tranquilamente en la localidad de Magi Guazú, cerca de Sao Paulo, hasta que en 1992, la hoy exonerada magistrada Gloria Olivares, ministra en visita en el proceso por el secuestro y desaparición del militante mirista Alfonso Chanffreau², solicita su deportación a Chile, siendo encarcelado hasta octubre de 2000, para ser nuevamente apresado, esta vez, por el juez Juan Guzmán Tapia. Con respecto a Miguel Enríquez, Romo ha entregado diversas y contradictorias versiones sobre su implicancia en la muerte de este, incluso ha señalado: “Él sí murió como macho, de frente, no se escondió bajo las faldas de nadie, era muy inteligente ese cabro...”³

Además de Romo, esa tarde de octubre de 1974 llegaban al lugar el cabo de Ejército oriundo de Chillán Basclay Zapata Reyes, *El Troglo*; el *cara de santo Fuentes*, soldado de los Húsares de Angol; el teniente de Ejército Fernando Laureani Maturana, el *Pantera rosa*; el cabo de carabineros *Mano negra Max*; Concha, motorista de Krassnoff, venido desde una base de la FACH; Gordillo, motorista de la comandancia de la DINA; el *Gringo*; *Tulio Marambio*; el *Muñeca*; el *Rony*, y muchos otros. Todos en busca de Enríquez.⁴

Eran cerca de 50 hombres que se aprestaban a atacar al líder del MIR, mientras en el interior de la casa, Humberto

Sotomayor, José Bordaz, Carmen Castillo y Miguel Enríquez planeaban el escape. Este último propuso salir en el Fiat 125 disparando, como tantas veces les había resultado, pero ya era muy tarde. En el exterior, los refuerzos seguían llegando y comenzaban a parapetarse en las casas vecinas.

El jefe mirista y sus compañeros observaban cuidadosamente desde las ventanas, como los agentes de seguridad tomaban ubicación. El silencio camuflado reinaba en el lugar y los corazones parecían arrancarse de sus pechos. Sintiendo desesperado, abrió fuego, siendo inmediatamente replicado por las fuerzas militares, desatándose el infierno. Enríquez, armado de su fusil AK, disparaba sin pausa.

Carmen Castillo fue alcanzada por un balazo en su hombro derecho, desplomándose. Mientras esquirlas y astillas volaban y los tiros rozaban sus cuerpos, Miguel trató de asistir a su compañera.

—¡*Catita*, despierta, *Catita*! —gritó, en medio de la ensordecedora balacera, desesperado por el estado de la joven embarazada.

El tableteo de las metralletas no cesaba. Agentes de la DINA arrojaron una granada al interior del hogar. Enríquez fue herido, cayó, al tiempo que un hilo de sangre brotaba de su boca.

Humberto Sotomayor, médico de profesión, lo creyó muerto, logrando escapar por los patios de las casas aledañas en dirección a calle San Francisco. Lo mismo hizo el *Coño* Bordaz, hacia Varas Mena, paralela al sur de Santa Fe. En esos precisos instantes, un agente de la DINA se comunicaba por el teléfono de una de las vecinas del lugar solicitando refuerzos, cuando al escuchar los extraños ruidos sobre el tejado, le ordenó:

—Silencio y agáchese, —mientras ambos oían cómo uno de los miristas corría sobre el techo del hogar de la aterrorizada mujer.

En la calle, los apoyos militares no paraban de llegar. Según el Informe Rettig: “la casa donde se ocultaba Miguel Enríquez, en la comuna de San Miguel, fue rodeada por un nutrido contingente

de agentes de seguridad, el que incluía una tanqueta y un helicóptero, quienes comenzaron a disparar”. Sin embargo, las versiones entregadas por los vecinos del sector a los autores de esta investigación, desmienten tajantemente la presencia de ambos vehículos militares aquel día, pero la cifra de uniformados y civiles que participaron en el enfrentamiento, habría superado los 200 efectivos, quienes trataban por todos los medios de vencer al jefe mirista.

Mientras en medio de los disparos, los altavoces de Carabineros ordenaban al atemorizado vecindario permanecer en sus casas, Miguel Enríquez volvía en sí, continuando el tiroteo en forma tenaz y casi suicida, quizás resignado a que esta sería su última pelea contra los militares.

Decidió replegarse hacia el patio. Intentando romper el cerco, saltó un muro y gritó:

—¡Paren...paren, yo ya estoy cagado! ¡No disparen más! ¡Hay una mujer embarazada!⁵, —alcanzó a decir cuando una bala perforó su cabeza, cayendo sobre el lavarropa de la casa vecina, donde varios efectivos militares ya tenían rodeado el lugar. Diez impactos de bala terminarían finalmente en el cuerpo de Miguel Enríquez.

Agentes de la DINA ingresaron a la casa, golpeando el vientre embarazado de Carmen Castillo, para luego llevarla al Hospital Militar a interrogarla. Debido a los golpes recibidos aquel día y la gran cantidad de sangre que perdió, el pequeño hijo de Carmen y Miguel, fallecería a las semanas de nacer, en Francia, cuando ella ya se encontraba en el exilio.

Entre los objetos encontrados aquella tarde en la casa del líder mirista, los agentes hallaron la falsa identificación que lo acreditaba como Arturo Enrique Ortúzar Gaete, ingeniero industrial y supervisor de la empresa minera El Teniente. Como botín de guerra, sus captores le robaron el reloj Rolex de oro que, en una de sus visitas a Cuba, le había obsequiado Fidel Castro.

El 6 de octubre, el cuerpo de Enríquez era identificado en dependencias del Instituto Médico Legal por su cuñado Francisco

Ramírez. A las 7:30 horas de la mañana del día siguiente, sólo ocho de sus familiares eran autorizados para sepultarlo en el Cementerio General, en medio de fuertes medidas de seguridad que incluían unos 100 carabineros armados con sub ametralladoras.

Así moría, a la edad de 30 años, Miguel Enríquez Espinosa, médico de profesión, descendiente de una distinguida familia penquista y líder del grupo que había declarado “la guerra total” al régimen militar, cuya muerte, lejos de cerrar un capítulo en la historia del MIR, la organización lo alzó casi al carácter de leyenda y que a su vez, nunca perdonó el abandono de sus compañeros de armas, el día del enfrentamiento final.

La historia de José Bordaz Paz, *el Coño*, quien la prensa de la época, erróneamente informó que se trataba de Andrés Pascal Allende, terminó el 5 de diciembre de 1974, cuando fue emboscado por agentes del SIFA, muriendo dos días después en el Hospital de la Fuerza Aérea de Chile.

Por su parte, al día siguiente del enfrentamiento de calle Santa Fe, Humberto Sotomayor y su esposa María Luz García Ferrada se logran asilar en la embajada de Italia, en una actitud que el MIR rechazaría hasta estos días. En el documento interno “*A fortalecer el MIR, avanzando en la lucha*”, publicado por la Comisión Política en noviembre de 1974, se señalaba: “Debemos informar con indignación y dolor que Humberto Sotomayor abandonó el combate desde los primeros momentos, en una increíble actitud de cobardía y traición”. Posteriormente viajó a Cuba donde residió por largos años, aislado del MIR y despreciado por el Departamento América al mando de Manuel *Barbarroja* Piñeiro, quienes los acusaron de haber abandonado a su jefe. En la isla ingresa al Partido Comunista de Chile y para tratar de borrar su culpa, debió prestar asesoría técnica al grupo de Piñeiro en México.⁶ Al paso del tiempo regresó a Chile, dedicándose exclusivamente a su labor de médico en un centro de asistencia pública, negándose a ser entrevistado por esta investigación, quizás queriendo olvidar el hecho que lo marcaría por toda la vida; la muer-

te de su amigo y “compañero” Miguel Enríquez, el líder de una generación de jóvenes que pretendían cambiar el mundo a su manera. Una historia que se comenzaría a escribir desde las lluviosas tierras del sur de Chile.

Notas Capítulo I

1. Carmen Castillo, entrevista con los autores, Santiago, 23 de julio de 1999.
2. Alfonso Chanfreau Oyarce, estudiante de filosofía y militante del MIR, fue sacado de su casa el 30 de julio de 1974 y llevado al centro de torturas de la DINA, ubicado en calle Londres 38, donde se pierde su pista.
3. Guzmán, Nancy: *Romo, confesiones de un torturador*. Editorial Planeta, Santiago de Chile, 2000.
4. Datos obtenidos en Revista APSI, 10 de septiembre de 1984 y Salazar, Manuel: *Contreras. Historia de un intocable*. Editorial Grijalbo, Santiago de Chile, 1995. El 9 de julio de 2001, el ministro de fuera Juan Guzmán Tapia procesó, acusados de secuestro calificado de 12 opositores al régimen militar y por el delito de asociación ilícita, a los principales ex integrantes de la DINA; el general (r) Manuel Contreras Sepúlveda, al brigadier (r) Miguel Krassnoff Marchenko, al coronel (r) Marcelo Morén Brito, al suboficial (r) Basclay Zapata Reyes y al ex agente civil Osvaldo Romo Mena.
5. Antecedentes obtenidos de los vecinos de Santa Fe 725 a los autores de esta investigación. Ver también versión entregada por Isabel Fuentealba, arrendataria de la casa vecina y quien vio por última vez con vida a Miguel Enríquez. Diario Las Últimas Noticias, 8 de octubre de 1974.
6. Ortega, Javier: *La historia inédita de los años verde oliva (Capítulo II)*, Diario La Tercera, 29 de abril de 2001.

CAPÍTULO II

HEREDERO DEL BÍO-BÍO, INTELLECTUALES Y... RADICALES

“Y pensar que pudo ser un aborto...”, diría años más tarde Edgardo Enríquez Frödden al recordar el nacimiento de su hijo Miguel.

A fines de marzo de 1944, el mundo tenía puesta toda su atención en la Segunda Guerra Mundial. Los diarios destacaban el retroceso de las fuerzas alemanas de Hitler en territorio soviético y la confianza del primer ministro británico, Winston Churchill, en ganar la conflagración.

En Chile, en cambio, se miraba con preocupación el conflicto existente en el gobernante Partido Radical (PR), originado en la exigencia de éste al Presidente Juan Antonio Ríos para que imprimiera una orientación más izquierdista al gobierno.

Tanto en Santiago, como en provincia, la gente ya se acostumbraba al racionamiento de gasolina y a la jornada única de trabajo, medidas adoptadas desde La Moneda a causa del quiebre en las relaciones tanto diplomáticas como comerciales con los países del Eje Berlín-Tokio-Roma.

La sureña ciudad de Concepción elegía en esos días a nuevos regidores, comicios ganados por la Alianza Democrática,¹ que lograba elegir a tres candidatos radicales y a un comunista. El PR seguía reinando en la zona.

Situada a 10 kilómetros de Concepción, Talcahuano es la sede de la II Zona Naval y la principal base de la Armada chilena. En este puerto, vivían desde hace diez meses una joven pareja penquista y sus dos hijos.

Era el día 27 cuando en la casa signada con el número 120 del Apostadero Naval, y justo cuando el reloj marcaba el mediodía, Raquel Espinosa Townsend comenzaba a sentir los primeros dolores de parto.

Su esposo era el joven médico Edgardo Enríquez Frödden, quien en esos momentos trabajaba en el Hospital Naval, ubicado a sólo unos metros del hogar. En el recinto hospitalario ya no quedaban camas en el pensionado, por lo que inmediatamente debió llamar a una matrona. Era domingo y nadie llegó.

Con su esposa recibiendo los primeros masajes en el hogar, el doctor Enríquez corría, cruzando la calle una y otra vez, para atender el alumbramiento de otra paciente en el hospital. Nuevamente tendría que asistir él mismo y en su propia casa, otro parto de Raquel, el tercero y hasta ese momento, el más complicado.²

Por suerte, Edgardo se había destacado a tal nivel en la cátedra de obstetricia durante sus años universitarios, que se había hecho acreedor del Premio Monckeberg, como el mejor alumno de la clase, a pesar de que su especialidad era la neuroanatomía.

Ahora, los nervios se hacían presa del novel galeno, situación agravada por las complicaciones que había experimentado su mujer durante el embarazo de este tercer hijo. Meses antes, Raquel Espinosa había contraído una severa tos convulsiva, que posteriormente le produjo contracciones uterinas que amenazaron con precipitar un aborto.³

La intranquilidad dejó paso a una viva emoción y alegría cuando, con sus propias manos, Edgardo pudo mostrarle a su esposa al nuevo hijo, sin saber por cierto, las pruebas que el destino le depararía.

En un recinto de la Armada de Chile había llegado al mundo Miguel Humberto Enríquez Espinosa. El 2 de abril, en la sección Ecos Sociales, del diario penquista El Sur, pudo leerse: "Se anuncia el nacimiento del hijo del doctor Enríquez y la señora Raquel Espinosa".

Un nuevo varón pasaba así a formar parte de la familia Enríquez Espinosa.

Con su llegada, Miguel Humberto se incorpora a una “dinastía” de profesionales e intelectuales penquistas. Su abuelo paterno, Marco Enríquez, era un prestigioso abogado y un combativo liberal balmacedista. Varias veces fue presidente del Partido Montino,⁴ aunque cuando Pedro Montt es elegido Presidente de la República (1906-1910), rechazó su ofrecimiento para ocupar un cargo ministerial, dedicándose exclusivamente al ejercicio de su profesión. Estaba casado con Rosalba Frödden Lorenzen, hermana de Carlos Frödden Lorenzen, un capitán de fragata de la Armada de Chile que se desempeñó como ministro de Defensa e Interior, durante el primer gobierno de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931).

Sus abuelos maternos eran los temuquenses Juan Espinosa Vásquez y Matilde Townsend Freislewew, padres de Miguel Ángel, Juan Guillermo; Matilde, esposa de Jorge Souper, hermano del coronel Roberto Souper, el mismo militar que dirigiría en junio de 1973 una sublevación en el Ejército conocida como el “tanquetazo”; Eliana, quien estuvo casada con el oficial de Ejército Raúl Gana Lagos; Emilia, fallecida tempranamente, y finalmente, Raquel.

A pesar de la disciplinada militancia liberal de Marco Enríquez, sus hijos formaban parte de la “élite” del Partido Radical. En una asamblea partidaria celebrada en Concepción, una vez dijo graciosamente: “No puedo negarlo. Tengo el corazón liberal, pero, ¿qué culpa tengo yo que mis testículos sean radicales?”⁵

El hijo mayor, Humberto Enríquez Frödden, al igual que su padre era abogado. Ejerció como profesor y decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Concepción, fue miembro de la Corte de Apelaciones de esa ciudad, diputado radical por la zona en 1949, 1953 y 1957, y senador por Ñuble, Concepción y Arauco desde 1961 hasta 1965.

La única mujer, Inés Enríquez Frödden, al igual que su hermano Humberto, era abogada, radical y también llegó a ser decano de la Facultad de Derecho de la universidad penquista. En 1950 ocupó el cargo de intendente de la provincia de Concepción.

En las elecciones de 1951 es elegida diputada, constituyéndose en la primera mujer de la historia política chilena en llegar al Parlamento. Una sala del Congreso Nacional en Valparaíso lleva hoy su nombre.

Asimismo, Hugo Enríquez Frödden fue un destacado profesional de la medicina, llegando a ser director de los hospitales de Ovalle, Concepción, y en Santiago, del Barros Luco y José Joaquín Aguirre. En 1948 obtiene una beca para estudiar en la Universidad John's Hopkins, en Estados Unidos, y en 1954 es invitado por el gobierno de Colombia para organizar los servicios hospitalarios de ese país.

El cuarto de los hermanos, René Enríquez Frödden era ingeniero agrónomo, obtuvo el Premio Lemus como el mejor alumno de su promoción. Luego sería profesor auxiliar de química en la Universidad de Chile y delegado de facultad en el mismo plantel. En 1946, se desempeñó como subsecretario de Agricultura, durante el gobierno del también radical Gabriel González Videla.

Por su parte, Edgardo Enríquez Frödden fue un distinguido hombre público. Radical moderado, tras titularse de médico en el año 1931, en enero de 1938 ingresa a trabajar a la Armada de Chile, llegando a ser, en 1954, director titular del Hospital Naval de Talcahuano. En esta misma institución militar alcanzó el grado de capitán de navío. Además, se desempeñó como presidente del Colegio Médico penquista y del Club Aéreo Universitario. Como miembro de la masonería, ocupó el cargo de Delegado del Gran Maestro de la Gran Logia de Chile. En el ámbito universitario, Edgardo Enríquez fue profesor de neuroanatomía en varias universidades, tanto en Chile como en el extranjero, y publicó varios libros sobre su especialidad, el sistema nervioso central. Fue presidente de la Asociación de Profesores y Empleados de la Universidad de Concepción, y en 1968, es elegido rector de la misma casa de estudios. En 1973, el Presidente Salvador Allende lo designa ministro de Educación, cargo que ocuparía hasta el 11 de septiembre, habiendo sido uno de los últimos altos funcionarios en abandonar La Moneda aquel día. Luego sería detenido y llevado

hasta el campo de prisioneros de Isla Dawson, donde permaneció hasta el 5 de septiembre de 1975, comenzando enseguida un largo exilio en el Reino Unido y México. Regresa a Chile el 7 de enero de 1989, falleciendo el 1 de noviembre de 1996.

Raquel Espinosa y Edgardo Enríquez se conocen en agosto de 1932, con ocasión del baile anual de los estudiantes de medicina. Ella cursaba entonces la carrera de derecho en la universidad penquista, donde era compañera de Inés, hermana de Edgardo. Tras un largo romance, deciden casarse el 21 de enero de 1939.

En noviembre del mismo año nace el primer hijo del joven matrimonio, Marco Antonio, quien desde pequeño demostraría un especial interés por la lectura. Luego de un fugaz paso por la Escuela de Derecho, decide estudiar historia en la “U de la familia”, titulándose en diciembre de 1965. En septiembre de 1967 viaja a Toulouse, Francia, a seguir su doctorado, donde conoce a Claire Bourdil Bonnet, con quien se casa a fines de 1969. Vuelve a Chile en octubre de 1970, asumiendo una cátedra en el Instituto de Sociología de la Universidad de Concepción. El 13 de septiembre de 1973 es detenido por fuerzas militares y llevado al campo de prisioneros de Chacabuco, Quiriquina y otros centros. Un año después, viaja nuevamente al país galo, estableciéndose definitivamente en las tierras de Napoleón y Robespierre. En la actualidad, Marco Antonio Enríquez es un prominente profesor en la prestigiosa Universidad de La Sorbonne, donde imparte su cátedra: Historia de Francia.

En la madrugada del 5 de diciembre de 1941, nace el segundo hijo de la pareja, a quien llaman Edgardo, como su padre. Compañero de juegos y aventuras de Miguel durante toda su vida, “el Pollo”, como cariñosamente lo llamaba, también muestra afición por la lectura. Resuelve estudiar ingeniería, por lo que a temprana edad armó sus maletas y partió a la capital decidido a obtener su título en la Universidad de Chile, objetivo que consigue sin mayores contratiempos. Compatibiliza estudios

y política, uniéndose al ideal perseguido por sus hermanos y grupos de izquierda, constituyéndose en uno de los fundadores del MIR, en agosto de 1965. Al año siguiente trabaja como ingeniero civil en los Astilleros de la Marina (Asmar), en Talcahuano. Meses después, contrae matrimonio con Grete Weinmann.

De carácter sereno y dotado de una gran fuerza física, era asimismo impulsivo y temerario. Edgardo siempre destacó en política por ser muy metódico y organizado. Vivió intensamente los momentos decisivos de la historia del MIR: la clandestinidad, los asaltos bancarios, la Unidad Popular, el golpe de Estado y la subsecuente represión.

A principios de 1974, siendo miembro de la Comisión Política, Edgardo Enríquez Espinosa, “Simón”, su nombre político al interior del movimiento, es elegido para ser enviado al extranjero. Su misión fundamental sería reunir fondos para la causa, convencer a todos de que el MIR estaba entero, y lo más importante, que se estaba luchando contra “la dictadura gorila”, apelativo con que Miguel Enríquez se refería al régimen militar de Augusto Pinochet.

El 10 de abril de 1976, es detenido en Buenos Aires por efectivos militares argentinos y hasta hoy, Edgardo es un “detenido desaparecido”, siendo su caso el primero en presentarse en el auto de procesamiento contra Augusto Pinochet Ugarte, el 16 de octubre de 1998 por los delitos de genocidio, terrorismo y tortura, dentro del sumario 19/97 Pieza III relativa al denominado “Plan Cóndor” a cargo del juez español Baltazar Garzón.

Inés Enríquez era la menor de los hermanos, la única mujer, y, por cierto, la “protegida” por los varones de la casa. Nació el 3 de julio de 1945 y estudió en el Liceo Experimental de Niñas de Concepción, a sólo metros de su casa. Luego ingresa a pedagogía en inglés, egresando como la mejor alumna de su generación, obviamente en la Universidad de Concepción. Posteriormente obtendría en Oxford, Inglaterra, un post grado en Educación.

Alta, buenamoza, y aún adolescente, su corazón fue conquis-

tado por el más íntimo de los amigos de Miguel, Bautista van Schouwen. Se casan en febrero de 1968 y meses más tarde nace su primer hijo, Pablo. Luego contraería matrimonio con Francisco Ramírez Bustos, con quien trae al mundo a Valentina. Inés y sus hijos viven hoy en México, aún recordando su pasado familiar, cuya historia marcada por ideales, ímpetu y muerte, comenzó entre la lluvia, el frío y la generosa vegetación del sur chileno.

Durante los dos primeros años en la vida de Miguel Enríquez, el escenario de sus juegos seguía transcurriendo entre barcos y uniformes navales, todo ello en medio del estricto rigor militar existente al interior del Apostadero Naval de Talcahuano. Era un mundo aparte.

Inolvidables deben haber sido para la familia Enríquez Espinosa las entretenidas vacaciones de febrero de 1946, disfrutadas en el fundo del acaudalado agricultor chillanejo Nolasco Peña, amigo y paciente del doctor Enríquez. Excursiones, baños en la piscina del lugar, paseos a caballo, momentos en que el pequeño Miguel, vestido de manta y sombrero de huaso, comenzaba a gozar las bondades del campo chileno.⁶

En abril del mismo año, la familia decide adquirir una espaciosa casa en avenida Roosevelt N°1674 de Concepción, un transitado barrio de familias de clase media acomodada, a tan sólo cuatro cuadras de la universidad.

A principios de 1949, Miguel Enríquez ingresa al exclusivo Colegio Inglés Saint John's de Concepción, ubicado en la avenida Sanhueza, a metros del Country Club penquista. En la solicitud de matrícula N° 40 para el ingreso a kindergarden, presentada por Raquel Espinosa, se exponía el interés de ella para que su hijo recibiera una instrucción religiosa protestante.

Una nueva rutina seguiría la vida del pequeño. A temprana hora, la góndola del colegio lo pasaba a buscar, asistía a clases, enseguida almorzaba en el colegio, y después de los cursos de la tarde, el regreso a casa, a tomar once y hacer las tareas. En adelante, lo repetiría durante seis años.

Su padre se preocupaba constantemente de llevar al hogar a profesores, artistas, científicos y sacerdotes ilustres para que sus hijos crecieran desde pequeños en contacto con la cultura y el saber, como tratando de proyectar el debate masónico en su casa. De allí se podría explicar el profundo respeto de los hermanos Enríquez Espinosa hacia la figura paterna, constantemente apelado como “don Edgardo”, fruto de las jerarquías y el conocimiento, elementos tan típicos de los miembros de la Gran Logia de Chile. Cuando habían visitas, los niños eran sentados en la mesa para que escucharan las conversaciones. Con el tiempo, participaban activamente, haciendo preguntas o expresando opiniones. De esta manera se lograba crear en el hogar una especie de mundo utópico, que muchas veces contrastaba con la realidad social de la zona y que poco a poco, los pequeños comenzaron a captar.⁷ Ello debe haber influido en la formación del carácter de Miguel Enríquez, quien tempranamente se dio a conocer como un niño despierto, “agrandado” y rabioso con sus hermanos varones.

Edgardo, tres años mayor que Miguel, celebraba sus rabietas de niño. Cuando veía al pequeño otra vez enojado, preguntaba a su padre: “¿Es el mismo enojo de antes, o éste es uno nuevo?”⁸

Celfia Romero fue la “nana” de la familia durante más de 20 años. Mujer severa, pero justa, sabía mantener a todos “siempre en la raya”. Más de algún *coschacho* propinó a sus niñitos, aunque a Miguel siempre le tuvo un especial cariño, e incluso, dormían en la misma habitación. Era “su chiquillo”.

En una ocasión, ella preparó un típico plato de mote, comida que el pequeño odiaba.

—Yo no quiero mote —exclamó Miguel.

—Mire, hijo, pruebe un poquito —dijo la madre.

Un movimiento de cabeza fue la señal inequívoca de que él se negaba a comer.

—Por lo menos pruébelo, pues, hijo —insistió Raquel.

—¡Y así dicen que este país es libre. Ni siquiera a mí me dejan comer lo que yo quiero!, —fueron las palabras del furioso Miguel.⁹

Sus padres se miraron y aceptaron la decisión graciosamente. Era parte del “regaloneo” con el niño, aunque, por otra parte, en la mesa de los Enríquez “nada de palabrotas” se toleraban, según la terminante decisión de “don” Edgardo, quien junto a su esposa Raquel, seguían muy atentos a la educación de sus hijos.

En aquellos tiempos, el Saint John’s aplicaba un particular método de enseñanza, con el fin de propiciar una sana competencia entre el alumnado. Los cursos se dividían en dos equipos: los Nelson y los Wellington, en honor a los héroes británicos. Durante todo el año se realizaba entre ellos una competencia, tanto de tipo intelectual, como deportivo. El objetivo era, por ejemplo, ver al final qué equipo acreditaba mejores calificaciones, cuál ganaba más competencias deportivas, cuántos mejores alumnos tenía cada bando, etc.

En cuarto año de preparatoria Miguel era parte de los Nelson. El capitán del equipo Wellington era un pequeño que había llegado hacía pocos meses al país, proveniente desde Estados Unidos: Eduardo Trucco Burrows, quien se convertiría en el mejor amigo de Miguel Enríquez durante su infancia y parte de su adolescencia.

El director del colegio, conocido como “mister Knight”, llamaba *smiling* al pequeño Miguel, es decir, “el sonriente”, característica que mantendría entre sus más íntimos durante toda su vida.

Por esos años, Miguel, Eduardo, María Olivia Herrera (capitana de los Nelson), Rogelio Garrido, el gringo Richard, entre otros, se convirtieron en los líderes del curso, identificados todos como los más revoltosos e indisciplinados. Una especie de “pandilla” que transgredía la estricta disciplina del colegio.

Como parte de esas travesuras, el grupo escapó una vez a fumar al Country Club, aunque con el inconveniente de que, al llegar a clases, fueron descubiertos. Ante todo el colegio, los infractores debieron formarse para recibir la correspondiente sanción por su “falta de disciplina”. Las mujeres fueron castigadas

con un fuerte tirón de pelo, mientras que los hombres debieron “aceptar” de mala gana, una sonora y dolorosa bofetada de “mister Knight”.

Si bien nunca fue el típico niño que gustaba de las pichangas de fútbol —deporte al que uno de sus tíos llamaba “el opio del pueblo”—, la infancia de Miguel Enríquez estuvo marcada por las excursiones a los cerros, los paseos familiares, las salidas al Barrio Universitario junto a su hermano Edgardo y su inseparable perro Gurka y los juegos de ajedrez en la “pieza del patio”, cuyas paredes aún deben guardar miles de recuerdos, juegos y risas de su niñez. De esa época data la vez en que Miguel y Eduardo Trucco observaron cómo unas gallinas se tambaleaban, borrachas, tras ser alimentadas por ellos mismos con migas de pan mojadas con vino. Una infancia alegre y tranquila disfrutó el pequeño.

Al interior de la familia, la principal entretención giraba en torno a la conversación, el buen cine y la literatura. Precisamente para estimular el hábito por la lectura, su padre les mantenía a los pequeños una cuenta abierta en la Librería Universitaria de Concepción, ubicada en el Foro de la universidad. A los doce años, Miguel conocía buena parte de la obra de William Shakespeare.

Sus notas en el Colegio Saint John’s progresaron año tras año. Así, el kindergarden lo aprobó con promedio 49; primero de preparatoria, con 50; segundo, con 51; tercero, con 52; cuarto, con 53. En diciembre de 1954, Miguel terminó el quinto año de preparatoria con un promedio 54. Todos los años figuraba entre los cinco mejores alumnos del curso y con un dominio avanzado del idioma inglés.

En 1955 hubo hechos significativos en nuestro continente. En los primeros días de enero, fracasaba una invasión nicaragüense a Costa Rica, dirigida por Calderón Guardia. En Argentina, era derrocado por un golpe militar el general Juan Domingo Perón. Una amnistía general promulgada por el Congreso cubano liberaba al joven abogado Fidel Castro, encarcelado dos

años antes tras el asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. En febrero es asesinado el Presidente panameño, José Antonio Remón.

Para salir de la dura crisis económica existente en Chile, el Presidente Carlos Ibáñez contrata los servicios de la Misión Klein-Saks, una firma de asesoría y consulta norteamericana que había operado en otros países latinoamericanos. El gobierno del general Ibáñez buscaba así frenar una persistente inflación que se traducía en constantes protestas laborales.

Ya ejerciendo como director del Hospital Naval de Talcahuano, en marzo de ese año, Edgardo Enríquez Frödden decide matricular personalmente a su hijo Miguel en el prestigioso Liceo de Hombres de Concepción, cuna de destacadas personalidades de la región y del país, además de ser la casa de estudios por excelencia de los Enríquez.

El ambiente era un tanto diferente al de su colegio. Nuevos compañeros nacidos en una realidad social no menos exclusiva, fundamentalmente los hijos de la burguesía ilustrada penquista, provenientes de la clase media y alta profesional. En adelante, las paredes del antiguo colegio ubicado en avenida Lamas, a los pies del cerro Caracol, serían las que acompañarían a Miguel Enríquez en esta nueva etapa de su vida.

Ingresa al primer año "A" de humanidades y comienza rápidamente a hacer amistades con un "selecto" grupo, entre quienes se contaban Darío Ulloa Cárdenas, Claudio Sepúlveda Olivares, Máximo Jara Roncati, Pedro Valdés Jiménez, varios de ellos hijos de médicos y abogados, sin dejar de lado a Eduardo Trucco, el gran amigo del colegio Inglés.

Más tarde se les uniría Rodrigo Rojas MacKenzie, hijo del poeta Gonzalo Rojas y un adolescente que se caracterizaba por su caballerosidad, respeto y con un entrañable sentido de lealtad hacia Miguel Enríquez: Bautista van Schouwen Vasey.

Hijo de Carlota Vasey y Bautista van Schouwen Figueroa, *el Bauchi*, como era llamado entre sus amigos, era el mayor de tres hermanos. Nació el 3 de abril de 1943 en el pueblo de Peña

Chica, comunidad minera ubicada en la Primera Región, lugar donde su padre trabajaba como ingeniero químico, hasta que es trasladado a Concepción en el año 1952. Entre las lluviosas tardes penquistas, se comenzaba a fraguar la gran amistad que uniría de por vida a los jóvenes Miguel y Bautista.

En aquellos primeros años de liceo, a Miguel Enríquez no le interesaba en absoluto la política contingente. Su vida era hacer bromas a profesores, inspectores y compañeros. Gracias a su simpatía, generalmente se le perdonaba todo. Sus intereses estaban más bien centrados en disfrutar la juventud. Junto a su grupo comienzan a frecuentarse cada sábado, organizando *malones* en cualquiera de sus casas. Conocen a duras penas sus primeras amigas de “carrete”, pues junto a Eduardo Trucco las encontraban “un poco superficiales y huecas”.¹⁰

Eximido en los ramos de religión y educación musical, con buenas calificaciones terminaba Miguel Enríquez su primer año en el liceo, destacándose en historia e inglés. En la escala de uno a siete, su comportamiento en conducta, actitud social, carácter y urbanidad era calificado con nota seis.

Una importante dosis de preocupación por la política llega al hogar de los Enríquez al año siguiente a través del tío Humberto, en ese tiempo diputado por la zona en representación del Partido Radical. El primero en captar interés en cuestiones político-sociales fue el hermano mayor Marco Antonio, que ya tenía 17 años. Es él quien comienza, poco a poco, a interesar y educar a Miguel Enríquez en la política.

En 1957, el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo no pasaba por un buen momento y más bien, parecía cada vez más aislado. Tanto la centro izquierda —representada por el Partido Radical—, como la centro derecha —por la Democracia Cristiana—, y la derecha misma, atacan con severidad al general, que en 1952 había llegado a La Moneda enarbolando una escoba, como anticipo de la limpieza que prometía para desterrar la corrupción. Había casi

unanimidad nacional contra la segunda Administración de Carlos Ibáñez.

En los últimos días de marzo se decreta un alza de las tarifas de la locomoción colectiva y junto a ello estallan enérgicas muestras de descontento popular. La reacción de las masas no se demoró ni siquiera un día en hacerse presente, aunque ahora con un nuevo componente: los liceanos salían a protestar en las calles de Santiago y provincias.

El estudiantado penquista organizó un mitin como parte de la campaña para boicotear a los microbuseros, instando a la gente a abstenerse de utilizar los vehículos de la locomoción colectiva. Al igual que la mayoría de sus compañeros de liceo, Miguel decide unirse a la protesta, constituyendo ésa en su primera “acción en política”, un hecho que la mayoría de los entrevistados por esta investigación corroboraron, a excepción de Luis Enríquez Quinteros, que para esa fecha era presidente del centro de alumnos del liceo, al sostener que “fue el mismo Edgardo Enríquez Fródden quien llevó ese día a su hijo al recinto educacional obligándolo a permanecer en su interior, ya que no gustaba que sus hijos se involucraran en cuestiones políticas”.¹¹

Faltando minutos para el mediodía del lunes 1 de abril, en la sureña Concepción hacía su aparición por la céntrica calle Barros Arana, un desfile de estudiantes de la Escuela de Técnicos Industriales. Sin embargo, la “verdadera” manifestación sólo comenzaría media hora más tarde, cuando por calle O’Higgins, hacia la Plaza Independencia, irrumpían los universitarios y los secundarios, tras haberse congregado en la Plaza O’Higgins.¹²

La consigna “No al alza” se multiplicaba. La columna de estudiantes descontentos dio una vuelta a la Plaza Independencia hasta detenerse frente a la Intendencia, donde una barrera policial impidió que la manifestación se acercara al edificio gubernativo.

En el instante en que los jóvenes intentaban una segunda vuelta por la plaza, dos microbuses aparecían por Barros Arana.

La manifestación se convirtió en acción directa cuando los estudiantes intentaron detener a uno de los microbuses, el de patente LJ 772, al que apedrearon hasta quebrarle unos cuantos vidrios. Un disparo al aire de un soldado que custodiaba el vehículo, dispersó por momentos la revuelta.

A una cuadra del lugar, en la esquina de Freire y Rengo, se produciría el mayor incidente de la jornada. El microbús LF 517, del recorrido Club Hípico, no podía avanzar. Miguel Enríquez, sus hermanos Marco Antonio, Edgardo y otros muchachos se tendieron en la calzada para no dejar pasar al vehículo. Sin embargo, el chofer no hizo caso alguno. El móvil avanzó pasando sobre la pierna del estudiante de Economía Luis Fernández Nilo, uno de los que resultarían atropellados.

El vehículo sólo fue detenido por un carretón que le obstruyó la pasada. Los manifestantes le dieron rápido alcance. Un empleado de comercio, Reinaldo Muñoz Enríquez, se subió a la micro y agredió al chofer. Entre combos y fierrazos, Muñoz Enríquez resultaría con contusiones graves y el chofer del micro, Leopoldo Bustos Cancino, con una cortadura en el mentón. Hasta ahí llegó la protesta. El saldo del día fue de cinco heridos y seis detenidos.

Enterado de los incidentes en que se habían involucrado sus hijos, Edgardo Enríquez Frödden los castigó, prohibiéndoles salir durante un buen tiempo.¹³

El ímpetu de los jóvenes Enríquez se vio así contenido, pero el incidente marcaría el punto de partida de Miguel en la política activa. Su vida comenzaba a tomar un nuevo rumbo.

Notas Capítulo II

1. Conglomerado político conformado por los partidos Radical, Comunista, Socialista y Socialista de los Trabajadores.
2. Raquel Espinosa Townsend, entrevista con los autores, Santiago, 3 de septiembre de 1998.

3. Enríquez Frödden, Edgardo: *En el nombre de una vida (Tomo I)*. Editorial U. A. Metropolitana, Ciudad de México, 1994.
4. El Partido Montino estaba compuesto por los liberales balmacedistas de Concepción.
5. Gilbert, Jorge: *Edgardo Enríquez Frödden: Testimonio de un destierro*. Mosquitos Editores, Santiago de Chile, 1992.
6. Estas imágenes, captadas por Edgardo Enríquez Frödden, quien era un fanático de la fotografía y el celuloide, aún se conservan en el archivo de la familia Enríquez.
7. Vidal, Hernán: *"Presencia" del MIR (14 claves existenciales)*. Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.
8. Gilbert, Jorge: *Edgardo Enríquez Frödden: Testimonio de un destierro*. Mosquitos Editores, Santiago de Chile, 1992.
9. Raquel Espinosa Townsend, entrevista con los autores, Santiago, 3 de septiembre de 1998.
10. Eduardo Trucco, entrevista con los autores, Santiago, 2 de agosto de 1999.
11. Luis Enríquez Quinteros, entrevista con los autores, Concepción, 20 de octubre de 1999.
12. Diario El Sur, 2 de abril 1957.
13. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999.

CAPÍTULO III

EL GERMEN DE UN LÍDER

Después de los incidentes de abril de 1957, Miguel Enríquez seguía siendo un adolescente que disfrutaba cada minuto de su vida, pero que paralelamente, comenzaba una etapa de estudio profundo sobre las principales doctrinas y filosofías de izquierda, siempre bajo las enseñanzas de su hermano Marco Antonio.

Combinaba las lecturas del *Antiduring* de Engels, *El Estado y la revolución*, de Lenin, a quien Miguel amistosamente llamaba “el pelao”, con las salidas a fiestas del colegio o a la casa de alguno de los miembros del “grupo”, que aún se mantenía desde los primeros días en el Liceo, sólo con el deseo de pasarlo bien, sin drogas, sin alcohol, sin pololeos. Enríquez, a esa edad, era más bien un tipo tímido, que no gustaba mucho del baile y que le resultaba difícil “entrar” con las muchachas, por lo que prefería sostener eternas conversaciones con su gran amigo Eduardo Trucco. Con el tiempo Miguel se iría soltando.

Ese año habían llegado al liceo dos jóvenes que más tarde se integrarían al círculo de amistades de Enríquez. Uno de ellos era Marcelo Ferrada Noli, *El Rata*, hijo de un severo oficial de Carabineros recientemente radicado en la ciudad. El otro era un personaje que llamaba la atención por su estatura, personalidad, estampa y simpatía: Luciano Cruz Aguayo, quien llegaba a *Conce* después de que su padre, oficial del Ejército de Chile, había sido trasladado a las tierras del río Bío-Bío.

En medio de la agitación política existente en el país durante esos años, esta especie de “juventud dorada” penquista comienza a interesarse en los temas de la contingencia nacional e inter-

nacional. Los jóvenes frecuentan la casa del doctor comunista Hernán San Martín, quien propiciaba reuniones donde se discutía de filosofía, literatura, política, etc., mientras otro tanto tenía lugar en el hogar de los Enríquez. Así se gestaba la formación de quienes se convertirían en una nueva oleada de líderes, que desde la sureña provincia, comenzarían a cambiar el escenario político nacional.

Con la natural dispersión que vive el curso, como consecuencia de los distintos intereses académicos o de ideales políticos, cada vez más fuertes e influidos por el marxismo, el grupo de amigos comienza a desintegrarse. Eduardo Trucco, toma la línea humanista para cumplir su sueño de ser abogado y se distancia de su amigo Miguel, que a su vez se incorpora al área biológica.

Aparte de su buen rendimiento académico, una de las características que más se recuerde de Enríquez mientras cursó las humanidades, era su constante actitud de reclamo. Alegaba por sus notas, por las injusticias y por cualquier atropello a lo que él consideraba sus derechos. Su profesora de Castellano, Elena Díaz Islas, aún recuerda del joven Miguel, el permanente estado de disconformidad con sus evaluaciones, como también la insistencia de éste en que ella leyera la obra Espartaco, libro que marcaría la adolescencia del joven Enríquez.¹ En sus memorias, Edgardo Enríquez Frödden recordaba de su hijo, su peculiar tendencia a convertirse en “el abogado de los pobres”.

En las tardes de estudio desarrolladas en su hogar, evidenciaba una extraordinaria agilidad mental para retener y comprender las materias. “Vamos, vamos, avancemos más rápido”, decía, mientras Bautista van Schouwen, Víctor Campos Ramírez –*Campitos*–, Héctor Garrido y el Negro Ibañez trataban de aprender a un ritmo normal, ante cierta arrogancia del dueño de casa. “Niños, dedíquense a estudiar, que es lo más importante, no le hagan caso a Miguel”, advertía su padre desde la habitación contigua.²

Uno de los hechos que más marcó la vida de Enríquez ocurrió en los primeros días de enero de 1959, cuando en Cuba, un

grupo de guerrilleros al mando de Fidel Castro lograba derrocar al dictador Fulgencio Batista. La isla caribeña ya no sería más “el burdel de los norteamericanos”. El desenlace revolucionario cubano convencería a Miguel: el triunfo de la guerrilla era posible. A los 14 años, él y sus amigos buscarían la fórmula para seguir el camino trazado por los “barbudos”.

Las fiestas se hacían a la sazón menos frecuentes y el grupo se fue reduciendo. A pesar de la íntima y familiar relación de los Enríquez Espinosa con la Gran Logia de Chile, se tiene certeza de que Miguel Enríquez jamás participó en clanes masónicos, sino que era la política la razón fundamental que los comenzaba a congregarse. Cada vez son más las ocasiones en que se reúnen en casa de los Enríquez Espinosa; Darío Ulloa, *El Bauchi*, Luciano, Rodrigo Rojas, Mariano Moreno, Pedro Valdés, Claudio Sepúlveda, Jorge Gutiérrez y *El Rata* Ferrada, quien comienza a ocupar el puesto de Trucco como una de las amistades más íntimas de Miguel Enríquez en este período.

Disputándose las alumnas de la Inmaculada Concepción, compitiendo en quién conquistaba primero a una, Marcelo Ferrada fue desarrollando una estrecha amistad con Miguel. Simpático, desordenado, disparatado y bueno para cantar, *El Rata* pasaba el día entero en casa de los Enríquez. Había momentos en que Raquel Espinosa no lograba explicarse cómo tan rápido el refrigerador de su hogar quedaba prácticamente vacío, entonces ella ya sabía que Marcelo estaba cerca. Con los años, *El Rata* Ferrada sería conocido al interior del movimiento como “el bufón del rey”, pues era el único capaz de arrancar una carcajada en Miguel, hasta en los momentos de mayor tensión.

Sin embargo, su más entrañable amistad la compartía junto a Bautista van Schouwen. Respetuoso, inteligente, caballeroso y calmado, el *Bauchi* era el complemento perfecto de Miguel Enríquez, relación que se acrecentó mucho más cuando su inseparable amigo comenzó a pololear con su hermana Inés. Ahora la vida los uniría a ambos aún más.

Mientras en 1960 un católico llamado John Fitzgerald Kennedy juraba como nuevo Presidente de Estados Unidos, en Chile, el líder de la Central Unica de Trabajadores (CUT), Clotario Blest, llamaba a la clase trabajadora a movilizarse contra el gobierno de Jorge Alessandri.

En el segundo intento por alcanzar la presidencia del Centro de Alumnos del liceo, el “grupo de Miguel” logra la victoria con Luciano Cruz.

El 17 de diciembre de ese año, Miguel Enríquez culmina sus estudios en el sexto año “C” del Liceo de Hombre de Concepción, destacándose en Biología, Física, Filosofía, Historia Universal, Inglés y Francés, pero con el promedio más bajo en Educación Física. Sus compañeros aún recuerdan que en las pichangas de fútbol preferían poner a Van Schouwen de arquero, debido a que era “un poco menos tieso” que Miguel. Este prefería realizar bosquejos y dibujos, cuyos principales motivos solían ser los obreros del carbón.³

En el informe anual elaborado por los orientadores de su liceo, que calificaban su comportamiento en Actitud Social, Conducta, Responsabilidad e Iniciativa, Enríquez era evaluado con nota seis (de un máximo de siete), en tanto su personalidad era calificada como “buena”. Sin embargo, la “hoja de vida”, documento donde aparecen las características positivas o negativas de los alumnos, misteriosamente no se encuentra en los archivos del Liceo de Hombres de Concepción, desde 1955 a 1961, año de ingreso de Miguel Enríquez y año de egreso de Luciano Cruz, respectivamente.

La etapa escolar quedaba atrás. Quizás nunca más volvería a ver a los hermanos Herrera Dereckmann, a *Campitos*, al *negro* Ibáñez, a Garrido, Córdova, Faúndez, Pinilla Becerra, y tantos otros.

Más tarde le correspondía presentarse al Bachillerato, examen indispensable entonces para optar a alguna carrera universitaria y que estuvo a punto de no poder rendir. Faltando sólo diez minutos para el inicio de la prueba, descubrió que había olvidado

su cédula de identidad, llamando en forma urgente a su hogar, para que finalmente el carnet, le fuera llevado por su propio padre, ante las recriminaciones de éste.⁴

En un máximo de 35 puntos, Enríquez obtuvo una calificación de 24 puntos, que le habilitó para materializar lo que desde pequeño había deseado: estudiar medicina en la Universidad de Concepción, como lo hicieran años antes su tío Hugo y su padre. En su papeleta de postulación declaraba haber leído las obras Espartaco, La Hora 25, Narciso y Goldmundo de Hermann Hesse, Servidumbre Humana del británico William Maugham y El Aporte de Pavlov a la Medicina. Entre los profesores que según el joven, recomiendan su postulación, destacaba Marcos Ramírez, conocido como *El físico Ramírez*, militante comunista que durante su permanencia en el liceo había distinguido a Miguel como uno de sus alumnos preferidos.

Tras la entrevista personal tomada por los catedráticos de la Facultad de Medicina Enrique Beckdorf, Eduardo Skewes y René Matamala, el informe del Departamento de Orientación señalaba, con fecha 27 de diciembre de 1960, que Miguel Enríquez poseía una “buena madurez”, “intelecto superior”, “racionamiento rápido y preciso”, “trabaja por su propia cuenta”, es “de carácter impulsivo y extrovertido”, “ascendiente mediano sobre su grupo”, aunque también advierte que es “inestable emocionalmente”.⁵

Si bien sus amigos retienen de esa época el recuerdo de un Miguel alegre y de risa fácil, Eduardo Trucco, coincidiendo con el informe anterior, hasta hoy cree que Enríquez poseía una personalidad bastante compleja, producto de un gran conflicto interior. La marcada distancia entre su ideología y las posibilidades que la vida le brindaba a él, en un ambiente intelectual estimulante, rodeado de profesionales, los llamados “burgueses”, constituían para el joven Enríquez una fuente de apremio constante, lejos de la realidad que por esos años, vivía la región donde habitaba.

Según Hernán Vidal, en su libro “Presencia del MIR: 14 Claves Existenciales”, una de las causas de este problema habría sido la actitud asumida por “don Edgardo”, en transformar su hogar

en “una burbuja utópica”, lejano a la realidad, provocando un “desajuste entre el significado de los espacios internos y externos”, creando en la mente de los hermanos Enríquez una “sensación agobiadora de la sociedad como ámbito de la hipocresía”, la que generó en Miguel un “estado de furia sorda”.⁶

Prueba de ello, es el resumen autobiográfico preparado por el mismo Enríquez en su solicitud de ingreso a la Escuela de Medicina, cuando apenas tenía 16 años, escribía:

“No he recibido ningún tipo de favores, que así merecieran llamarse, y como aficiones, tengo, en especial la lectura, a la que bastante tiempo de mi vida le he dedicado; es a ella en gran parte a quien debo mis conocimientos y cultura. También me agrada pintar, pero nunca me he dedicado a ella con verdadero interés, como tampoco creo tener grandes aptitudes en lo que a deporte se refiere; son pocos los que he practicado, natación, ping-pong, etc., sin tampoco demostrar auténtica vocación”.

“Como se ve, es poco lo que a mis cortos años puedo contar; la vida hasta aquí me ha sido fácil, no he tenido reales problemas, todo me ha sido dado. Espero con el tiempo retribuir en alguna forma a mis padres, a la sociedad en general, lo que me fue entregado, y luchar para que todos en un futuro puedan decir también: “En mi juventud todo me fue dado”.

Miguel Enríquez Espinosa
30 de enero de 1961.⁷

Finalmente, de entre 300 postulantes a la Escuela de Medicina queda seleccionado en el puesto 26. Junto a él, también son aceptados sus amigos Bautista van Schouwen, Claudio Sepúlveda Olivares, Jorge Gutiérrez, Darío Ulloa Cárdenas y Rodrigo Rojas Mackenzie. En adelante, su nuevo quehacer formativo transitaría por el Arco de Medicina, el conocido acceso al Campus de la Universidad de Concepción, lugar donde en esos años se encontraban las dependencias de la Facultad de Medicina. Comenzaba, pues, la etapa universitaria de Miguel, quien rápidamente cobraría notoriedad a propósito de un polémico incidente.

Una nueva medida se implantaba aquel año en la universidad. Ella consistía en que para la rendición de los exámenes finales, que eran cuatro, sólo mediaría un día entre uno y otro. Las pruebas se rendirían lunes, miércoles, viernes y domingo, iniciativa que provocó inmediatas protestas. Se llamó a una reunión urgente de estudiantes, directores de institutos y el rector David Stitchkin Branover, para discutir la situación.

La máxima autoridad universitaria abrió la sesión, explicando que el objetivo de la iniciativa era asegurar una selección rigurosa de los futuros profesionales del plantel, y así poder separar a los “mediocres” que, una vez titulados, “viven amparándose en sus respectivos colegios profesionales”. Miguel Enríquez, con 17 años recién cumplidos, inició su alegato, en cuyo transcurso su rostro adquiría paulatinamente el típico color rosado que lo caracterizaba en momentos de fogosidad verbal.

—Usted, señor rector, nos ha llamado mediocres porque estamos reclamando por una medida que se toma por primera vez en la universidad, y, precisamente contra los alumnos de primer año, que son los que pueden tener más dificultades para afrontar esta nueva etapa de su vida, medida que no se ha tomado nunca, y tampoco este año contra los de segundo año y de cursos superiores. Su medida es sorpresiva, nadie nos avisó que se iba a proceder así. Los de segundo año de medicina, lo sé muy bien, ellos eligieron las fechas de sus exámenes dejándose varios días entre uno y otro para repasar. Y, en cambio, a nosotros se nos dan apenas unas horas. Esto es injusto y discriminatorio. Usted nos está llamando mediocres. No le acepto ese calificativo, señor rector, ¡Yo no soy un mediocre!

—¿De modo que usted es superior?, —interrumpió, sonriendo, David Stitchkin, mientras en la sala algunos alumnos reían.

—Sí, señor rector, no sólo no soy un mediocre, sino también superior —afirmó, mientras el auditorio reía abiertamente.

Haciendo caso omiso de las burlas, Enríquez prosiguió:

—Le voy a demostrar que soy superior: soy bachiller de humanidades y, por lo tanto, represento al uno por mil de los alum-

nos de mi generación que ingresaron a la educación primaria cuando yo me inicié. La universidad de la que usted es rector ha llamado a un concurso para cien vacantes a primer año de medicina. Nos presentamos más de 500 candidatos y las comisiones por usted nombradas me han seleccionado entre cientos de compañeros. Usted ha dicho que los colegios profesionales sólo sirven para amparar mediocres que andan escudándose en ellos para que los saquen de sus problemas. Lo invito, señor rector, a que vayamos juntos ante el presidente de su Colegio, el de abogados, a que le repita ese concepto que tiene de la labor de los colegios profesionales.

El silencio se había apoderado del salón. Molesto, el rector le contestó airadamente, hecho que el joven Enríquez aprovechó para decir:

—No es manera de tratar a los alumnos, no le voy a contestar —y se sentó.

—Le ordeno que me responda —dijo un furioso David Stitchkin.

—Usted verá lo que hace, señor, pero yo no sigo este diálogo con usted —terminó diciendo el impetuoso alumno.

El rector se puso de pie y se retiró indignado del lugar, mientras uno de sus acompañantes le decía: “Vamos a expulsar a ese alumno insolente”.

—No, a ese niño nadie lo toca; dije torpezas que no debí decir y ese niño fue el único hombre en esta lamentable reunión —reconoció el abogado Stitchkin Branover.

El incidente amenazó con alcanzar mayores proporciones cuando momentos después el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción (FEC), comenzó a insultar a Enríquez, cosa que éste no aceptó; se abalanzó contra el imprevisto rival dispuesto a pelear, mientras le gritaba “¡Cobarde de mierda, en vez de defendernos, te dedicas a adularlo. Mari-cón!”.⁸ El episodio se convirtió en comentario obligado en toda la universidad, del mismo modo en que Miguel Enríquez se instaló “en la mira” de varios profesores de su facultad.

De su época universitaria se le recuerda como un alumno normal, con rasgos en su personalidad que evidenciaban una completa seguridad en sí mismo, pero que muchas veces caía en la prepotencia. De hecho, el incidente descrito constituyó para algunos catedráticos de la Escuela de Medicina una “falta de respeto” al rector Stitchkin.⁹

Al terminar su primer año en la universidad, Miguel Enríquez hacía un breve análisis de su nueva y activa vida. El 1 de enero de 1962, el día le pareció propicio para la exposición de un compromiso. Enríquez escribió:

*“Juro que si he de escribir o hacer algo en la vida
será sin temor ni pusilanimidad;
sin horror al que dirán; con la firmeza que
salga de mi cerebro, que ha de ser libre
de prejuicios y dogmas.
Si no soy de constitución valiente,
me haré valiente por la vía racional”.*

Ese año, cuando el país vivía la fiebre del Mundial de Fútbol disputado en nuestro país, Miguel se enamora de Mónica San Martín, una joven liceana que cuando pequeña había estudiado en el Colegio Inglés Saint John’s y a quien conocía desde las tertulias realizadas en casa de su padre, Hernán San Martín.

Ella recuerda en aquellos tiempos a un Miguel Enríquez sobreprotector, tímido y muy celoso. Como no gustaba del baile, Mónica ni siquiera podía compartir esta entretención junto a Bautista. Además, había pololeado durante un año con Luciano, un tema que no se tocaba y que en su momento provocó, incluso, el distanciamiento de ambos amigos durante un tiempo.

En 1963, Mónica comienza a cursar la carrera de enfermería en la Universidad de Concepción y ya le atraía del joven Enríquez su cultura, preparación política, posición frente a la vida y su convicción de “ser leal con todo el mundo”. Aún recuerda los

paseos a la playa de Chibilingo, junto al *Bauchi* e Inés, Edgardo y Grete, y a Miguel cantando a todo pulmón, cosa que no dejaba de impresionarla, ya que en las reuniones sociales era tímido. Pelayo era su opera preferida.

Mientras sus gustos en aquel período se centraban en el cigarrillo, la música docta y la “imperialista” Coca-Cola, Miguel vivió junto a la familia San Martín una experiencia diferente en el verano de 1965. Aparte de trabajar como médico, Hernán San Martín ejercía también como antropólogo. Con motivo de un viaje de la familia al norte, invitaron a Enríquez, quien llevó un gran bolso, no precisamente lleno de ropa, sino de literatura política.

En pleno desierto de Atacama, un desorientado Miguel Enríquez estuvo junto a los miembros de la familia San Martín durante horas excavando, para por fin encontrar una pieza arqueológica. Llevada al jeep en que viajaban, la momia comenzó luego a derretirse a causa del intenso calor reinante; el urgente operativo para cubrirla y salvarla tuvo lugar bajo las órdenes precisas de don Hernán y los típicos reclamos de Miguel.¹⁰

Ese año 1965 sería decisivo en la vida de Enríquez.

En los comicios parlamentarios del 7 de marzo, la Democracia Cristiana consolidaba su triunfo a nivel nacional con un 41% de la votación, eligiendo a 82 diputados. En abril, grupos mapuches ocupaban terrenos en los fundos Elvira y Antiquina, reivindicando la propiedad de sus ancestrales territorios, mientras Claudio Huepe, Intendente de la provincia de Arauco realizaba denodados esfuerzos para tratar de establecer el diálogo.

La FEC era presidida por Pedro Galleti, estudiante demócratacristiano de medicina, mientras la rectoría de la Universidad de Concepción pasaba a ser dirigida por Ignacio González Ginouvés, también abogado, radical y masón, como su antecesor. Ese mismo año, Marco Antonio Enríquez había sido elegido vocal de la FEC como candidato de la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM).

A pesar de su activa participación en política, Miguel Enríquez siempre encontraba algún momento para compartir con

sus amigos. En una oportunidad, recibe la llamada de su amigo Eduardo Trucco, quien lo invita a un paseo a la nieve al refugio que la universidad tenía en Antuco, en las cercanías de la laguna Laja, provincia de Los Angeles.

Después de un par de días de solaz, preparaban sus cosas para “bajar”, cuando imprevistamente se desata un fuerte temporal. No existía camino por tierra, sólo se podía tomar una lancha, cruzar un peligroso lago y después enfilarse a pie.

En el refugio se encontraban numerosas personas, que por temor desisten de abandonar el lugar. Solamente intentan “bajar” dos personas de cierta edad que necesitaban estar con urgencia en Concepción al día siguiente; las hermanas Hormazábal, dos conocidas y bellas penquistas que arrancaban intensos suspiros varoniles; además de Eduardo y Miguel. En medio de una copiosa lluvia, los seis individuos logran con bastante dificultad cruzar el lago. Llegan a otro refugio y a eso de las cuatro y media de la tarde deciden caminar en grupo, en medio de un intenso viento y escasa visibilidad que no les permitía ver más allá de un metro. La “bajada” se tornó cada vez más peligrosa. En un momento, Eduardo no aguanta el miedo y resuelve volver al refugio, iniciativa a la que se pliegan los demás.

La noche la pasan en la cabaña, de sólo una sola pieza y dos camas. Los “veteranos” deciden que las mujeres duerman en la cama izquierda, los jóvenes en la derecha y ellos en el centro, para evitar evidentemente cualquier “anomalía nocturna”. Miguel y Eduardo pasaron buena parte de la noche cuchicheando. “¡Cómo mierda podemos pasar a dónde las Hormazábal!”, comentaban irritados. Ambos conciliarían el sueño notoriamente frustrados.

Al día siguiente, un sol esplendoroso iluminaba el lugar y las huellas aún marcadas de la peligrosa caminata de la víspera. Siguieron aquel recorrido y a poco andar descubrieron que si avanzaban sólo algunos metros más de donde se detuvieron, el camino final no era muy acogedor. Se dirigían directo a un precipicio, del cual hubiese sido imposible salvar con vida.¹¹

Fue así como un tranquilo paseo, pudo terminar con trágicas consecuencias, pero esta vez la fortuna correría por parte de Miguel, sin embargo, la muerte ya lo comenzaba a seguir, como una especie de sombra que lo acompañaría de por vida.

Al finalizar el mes de abril de 1965, el gobierno autoriza un alza de los pasajes de la locomoción colectiva, medida que inmediatamente es criticada por diversos sectores políticos y sociales. Tanto en Santiago como en Concepción surgen protestas callejeras de los universitarios —incluidos grupos de la gobernante Democracia Cristiana—, movilizaciones que alcanzan altos niveles de violencia.

En la sureña ciudad, los principales incidentes fueron liderados por integrantes del Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), que en la universidad penquista era presidido por Claudio Sepúlveda, quien en una de las asambleas realizadas en la Casa del Deporte, sostuvo que “las alzas de la locomoción sólo son un botón de la política retrógrada y errada del actual gobierno, que sólo trasluce los grandes intereses extranjeros”.¹²

A su turno, Rodrigo Rojas Mackenzie y Miguel Enríquez también criticaron violentamente la política económica del gobierno demócratacristiano de Frei Montalva, repudiando la acción policial. Ellos mismos fueron los encargados de presentar el voto del MUI, finalmente aprobado por los estudiantes, mientras la protesta callejera era dirigida por Luciano Cruz. Todos los “viejos” amigos del Liceo, participando y liderando las protestas, para luego reunirse, entré la risa, la amistad, y unos sabrosos completos y helados shops, en el conocido y céntrico Nuria de Concepción, el local predilecto de los miristas.

Dotados de una capacidad de oratoria sobresaliente, tanto Miguel Enríquez como la mayoría de estos jóvenes dirigentes ya tomaban como una costumbre en los acalorados debates, citar a diversos autores, con sus respectivos libros, e incluso con número de página, además de mencionar complejas estadísticas que impresionaban a las asambleas, datos que por cierto, sólo existían

en la imaginación de ellos. Cualquier argumento era válido para impresionar a las masas.

En las elecciones de la FEC de ese año, Miguel Enríquez es postulado a la presidencia de la organización estudiantil, pero es derrotado por el candidato DC por una diferencia de 200 votos.

Los constantes viajes a Santiago de Enríquez comenzaban a adquirir un sentido específico. Comenta a Mónica San Martín sobre la gran influencia que en esos días ejercía en él Clotario Blest, el viejo sindicalista.

El 15 de agosto de 1965 representa una fecha en que la vida de Miguel Enríquez cambiaría para siempre: se funda la organización política a la que siempre tuvo necesidad de pertenecer, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En adelante, *Viriato*,¹³ nombre político de Miguel durante este período, pondría todas sus fuerzas en robustecer el movimiento, de cuyo Comité Central era parte con sólo 21 años de edad. Secretario Nacional era el médico Enrique Sepúlveda, alias *Diego Enríquez*.

En noviembre de ese año, llegaba el país el senador Robert Kennedy, hermano del asesinado presidente estadounidense. Las circunstancias no eran las mejores. En la izquierda mundial se acrecentaba la lucha ideológica en el seno del “movimiento comunista internacional” derivada del rompimiento entre la Unión Soviética y la República Popular China. La influencia del castrismo en Latinoamérica es inocultable en las emergentes organizaciones adversarias de Moscú. Desde 1960, la Administración Kennedy impulsaba la Alianza para el Progreso, un proyecto amparado en 20.000 millones de dólares, ofrecidos por Estados Unidos para contribuir al desarrollo de la región, como una opción radicalmente distinta a la experiencia revolucionaria de La Habana. Washington demanda entonces a los gobiernos latinoamericanos “reformas estructurales”.

La crisis del modelo de desarrollo agudiza el conflicto político-social en Chile y Frei Montalva ha accedido al poder el año anterior proclamando una “revolución en Libertad”. Es en este clima social cuando en noviembre de 1965 se produce la visita de

Robert Kennedy, en la que Enríquez protagonizaría un episodio ampliamente publicitado.

El 18 de noviembre el congresista llega a la sureña ciudad, ofreciendo una conferencia de prensa en la Intendencia de Concepción, a la que, ante la presencia del intendente Alfonso Urrejola Arrau, asisten miembros de la delegación norteamericana, periodistas, dirigentes gremiales, políticos, sindicalistas y estudiantes, entre ellos el joven Enríquez.

La reunión se desarrolló en medio de ingeniosas respuestas de Kennedy, provocando risas en el auditorio, hasta el momento en que Miguel se puso de pie, arrebatando el micrófono a uno de los periodistas; siendo advertido inmediatamente por dos guardaespaldas de la comitiva, quienes, confundidos, observaron la seña del senador para que se autorizara al estudiante a hablar.

—Con profundo desagrado compruebo que usted ha venido a esta conferencia no a interesarse por los problemas de Chile, sino como candidato a la Presidencia de Estados Unidos, y que todo este show, cuidadosamente montado por su propaganda, no tiene otro objetivo que demostrar cómo usted es de ingenioso, de chistoso, de ocurrente, y, a la vez, de valiente... No es con chistes, buenos, malos o regulares, que se van a solucionar los problemas de Chile y Latinoamérica, debido, en gran parte, a la acción nefasta y explotadora de su país. Si usted y sus acompañantes quieren reír hasta las lágrimas, los invito a que vayamos a las poblaciones obreras, a Pueblo Hundido, por ejemplo, que está junto a la mina de carbón de Lota, —concluyó diciendo Enríquez en un perfecto inglés, herencia del Saint John's.

El silencio inundó la sala. Kennedy, muy serio, le respondió:

—Gustoso iría a Pueblo Hundido, pero no puedo hacerlo, pues debo ir más tarde a la Casa del Deporte, a una asamblea con los estudiantes de Concepción. Pero ya que usted me ha invitado a visitar una población chilena, permítame invitarlo también, con todos los gastos pagados, a visitar Estados Unidos, donde podrá conocer nuestra realidad, nuestro pueblo, nuestra democracia —dijo el senador demócrata, también en la lengua de Shakespeare.

—Le agradezco su invitación, pero no puedo aceptarla. En cuanto a su cita con los estudiantes en la Casa del Deporte, no concorra; va a pasar una gran molestia; el ambiente allá va ser pesado para usted, hostil. No vaya, se lo aconsejo y le insisto, no se esponga —respondió Miguel Enríquez.

—Voy a pensarlo, muchacho —señaló el visitante, concluyendo la conversación.

Horas más tarde, ya en su casa de Avenida Roosevelt, Enríquez recibió una llamada.

—¿¡Qué? ¡No puedo creerlo! ¡Este es loco!, —exclamó al enterarse que Robert Kennedy iba al encuentro con los universitarios. Partió corriendo hacia la Casa del Deporte junto a Bautista y otros amigos.¹⁴

Al llegar al local, se apreciaban numerosas pancartas que decían “Unitas-Vietnam-Santo Domingo. Perros”, “Yanky Go Home”, en un ambiente beligerante y bastante hostil. A la derecha del gimnasio, se encontraban los jóvenes DC, y, a la izquierda, los del MUI, principales agitadores de la manifestación. Miguel trató de hablar con él, pero resultó imposible, mientras cientos de huevos eran esquivados eficientemente por la “seguridad” de Kennedy. En un gesto para invitar a dialogar a los manifestantes, el senador se dirigió hacia la galería, siendo escupido y escapando apenas de un puntapié lanzado por un estudiante, que le rozó la cara. Al día siguiente, la escena sería difundida por una fotografía publicada en su portada por el diario El Sur.¹⁵

En febrero de 1966, Miguel Enríquez visita la República Popular China merced a una invitación cursada a la Federación de Estudiantes de Concepción. La delegación fue encabezada por el alumno demócratacristiano de derecho y presidente del organismo estudiantil, Carlos Hormazábal Troncoso, junto al dirigente radical Jaime Jana Sáenz. Durante un mes, los estudiantes penquistas conocieron las bondades y debilidades del sistema imperante en el país más poblado de la tierra, recorriendo la Gran Muralla, la histórica Plaza Tiananmen, y varias ciudades chinas.

Además, sostuvieron reuniones a nivel de sindicatos y federaciones estudiantiles de no mayor trascendencia política.¹⁶

Ya habían pasado 28 días en China y producto de la nostalgia y el aburrimiento, los jóvenes querían volver lo antes posible a su país. Pero la disciplina oriental era rígida. Un mes significaba para ellos treinta días. Ni un día más, ni un día menos. El viaje que los llevaría de regreso a Chile seguiría el largo y cansador itinerario Tokio, Vancouver, Ciudad de México, Lima y Santiago. Pero por problemas con la locomoción local china, les hizo perder el vuelo 402 de la Canadian Pacific Airways.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Otro día más en China —pensó Miguel, resignado de no poder volver a Chile.

A la mañana del día 3 de marzo, Miguel, Carlos y Jaime escucharon una noticia que los estremeció hasta lo más profundo. El vuelo 402 de la Canadian Pacific Airways, Douglas DC-8 de 4 motores, en el cual debían viajar el día anterior, se había estrellado en el aeropuerto Internacional de Tokio, muriendo 63 pasajeros y sólo 7 personas lograban sobrevivir.

Aquella sombra de muerte volvía a rondar sobre el entorno de Miguel Enríquez. Por segunda vez en su vida, lograba escapar de ella, pero ya presagiaba que su estada en este mundo no sería muy prolongada, por lo que sentía como un deber, aprovecharla al máximo, a cada segundo.

A su regreso de China, lo esperan su hermana Inés, su polola Mónica y su madre Raquel. A pesar de la casi tragedia vivida, Miguel se mostraba muy entusiasmado por el viaje, pero siempre crítico al régimen dirigido por Mao Tse-tung.

Era el mejor momento de su relación con Mónica. Ella recuerda sus discusiones teóricas en torno a El Capital, de Carlos Marx. Cada día, el teléfono de los San Martín sonaba a las dos en punto y conversaban largamente. Siendo el padre de Miguel capitán de navío, la pareja asistía cada año a las elegantes y formales fiestas organizadas por la Armada de Chile, junto a Inés y Bautista. Pero él prefería rehuir del baile, por lo que la pareja discutía toda la noche, demostrando ambos cierta inmadurez en el plano

sentimental. Sin embargo, poco a poco la política los fue alejando, terminando la relación a fines de 1966.

Con el MIR ya en su sangre, Miguel Enríquez comienza a sufrir una crisis vocacional que lo llevó a pensar seriamente en dejar sus estudios de medicina, justo cuando estaba a punto de graduarse. Así se podría dedicar en forma exclusiva al mundo de los discursos y de la “acción”.¹⁷

En 1967, Enríquez viaja por primera vez a Cuba, Argentina y a Perú. A este último país, se traslada con el propósito de contactarse con organizaciones de izquierda peruanas. En esta ocasión logra entrevistar a Carmela, esposa de Luis de la Puente Uceda, líder del MIR local, agrupación peruana formada en 1962 tras una división del APRA, y que en 1965 ya desarrollaba acciones guerrilleras. De la Puente Uceda había sido dado por muerto tanto por su organización como por los militares. No obstante, Carmela se mostraba convencida de que su marido aún podía encontrarse con vida. La revista Punto Final divulgaría antecedentes de todo ello en el mes de marzo de ese año.¹⁸

Alejandra Pizarro Romero era en ese entonces una atractiva estudiante de sociología en la Universidad de Concepción. En una de las tantas tomas de aulas realizadas en el plantel, una fría noche propia del sur penquista, la joven era la encargada de aportar calidez y dulzura con su canto. En eso estaba cuando aparece Miguel Enríquez, conocido personaje ya y pretendido por muchas penquistas.

Ambos se miraron y Alejandra dejó de tocar.

Enríquez le dice: –Tú estabas cantando, sigue haciéndolo.

Mientras Alejandra interpretaba sus temas, el juego de miradas seguía entre ellos.

Al dejar la guitarra, Miguel se acerca:

–¿Te invito un café?, –dijo.

–Bueno, pero mejor tomémoslo en mi casa –propone la agraciada Alejandra. Ya de mañana, Irene Romero, madre de la joven,

advirtió que su hija preparaba un desayuno de huevos revueltos y café.

—Hola, mamá. Te presento a Miguel, Miguel Enríquez.

Fue ése el momento en que nacería una profunda y prolongada relación de amistad entre Miguel e Irene, a quien cariñosamente llamaba *gordita*. Tiempo después, Miguel le declaraba su amor a Alejandra, iniciando un romántico pololeo.¹⁹

Hija de Froilán Pizarro e Irene Romero, quien recuerda a su hija como una “niña frágil e insegura”, Alejandra logró conquistar el amor de Enríquez rápidamente. Vivían prácticamente todo el día juntos. Hablaban de literatura, de obras como *Los Miserables*, de Víctor Hugo, libro que hizo leer a Miguel, mientras éste, por su parte, la introducía a su pasión por la música docta.

En vida académica, Miguel Enríquez iniciaba en mayo su internado de Medicina Integral en el Consultorio Tucapel, dirigido por el doctor Sanhueza Cruz. Irene Romero, también fue testigo del difícil período vocacional por dejar de lado su carrera. La política era todo para él, pero finalmente decide continuar con sus estudios.

Después de una pequeña ruptura, Alejandra decide irse a Francia, lugar en que desde hace algún tiempo se encontraba su hermana Ana Pizarro, *La Pelu*, junto a Sergio *Chepo* Sepúlveda.²⁰ Simultáneamente, Miguel enviaba un telegrama a su hermano Marco Antonio, estudiante de post grado en Toulouse, pidiéndole que se trasladara unos días a París, porque tenía en mente viajar lo antes posible a tierras galas. No había dudas, el hombre iría a Francia a reconquistar a su amor. Una vez en París, la relación se restableció y juntos vivieron momentos inolvidables. Sólo amor, risas y casi nada de política.²¹

Miguel, luego, viaja a Cuba, estrechando cada vez más los vínculos con el régimen de la isla, entonces paraíso de los revolucionarios. Retorna en el pleno de la celebración del Tercer Congreso del MIR, realizado en diciembre, y en el que es elegido se-

cretario nacional, a la edad de 23 años.²² Durante ese año fallece Froilán Pizarro, padre de Alejandra.

Una de las primera tareas que debe atender el nuevo secretario general del MIR ocurrió en enero de 1968, cuando dos individuos de nacionalidad boliviana, que decían pertenecer al Ejército de Liberación Nacional (ELN), visitan al director de la revista Punto Final, Manuel Cabieses. Ellos consideraban al periodista como el contacto más lógico para recibir ayuda de alguna organización de la izquierda chilena, con el fin de salir de Bolivia y llegar finalmente a Cuba. Miguel Enríquez habría respondido que una operación de ese tipo excedía de las posibilidades del MIR, cerrándose este misterioso capítulo.²³

En aquellos días, no había solamente incógnitas políticas, sino también decisiones íntimas e importantes. Tras haber ganado algo de dinero como “internos de medicina”, Miguel y Bautista, como los buenos amigos que fueron siempre, deciden casarse con Alejandra e Inés, respectivamente. El 29 de enero de 1968, Miguel Enríquez Espinosa contraía matrimonio con Alejandra Pizarro Romero, en una fiesta sencilla, estrictamente familiar. El 2 de febrero hacía lo mismo *Bauchi* e Inés.

Meses más tarde, ante una complicada comisión examinadora, conocedora también de la filiación política de Enríquez, en abril de 1968, Enríquez rendía su examen de grado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, órgano entonces examinador del plantel penquista. Obtiene su acreditación profesional “con distinción”.

Buen alumno, cuyo promedio general era de 17 puntos, en un máximo de 21 puntos, destacado en Neorocirugía, pero con un rendimiento débil en Bioestadística, Miguel Enríquez recibía en mayo su título de médico cirujano, en momentos en que el decanato de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción era ejercido por el doctor Jorge Sanhueza Cruz. Sin embargo, poco se sabe sobre el doctor Miguel Enríquez Espinosa.

Los antecedentes de su vida profesional vinculada al Colegio Médico se reducen sólo a tres datos: Registro del Colegio Mé-

dico N°6.883, egreso de la universidad en mayo de 1968 y su fallecimiento en 1974. Nada más.²⁴

Al terminar su educación superior, obtiene el puntaje necesario para optar a una beca en el Instituto de Neurocirugía, donde podría formarse con los destacados académicos Alfonso Asenjo y Héctor Valladares. Allí trabajó intensamente en su especialización, hasta que, durante el gobierno de Frei Montalva, la dirigencia del MIR pasa a la clandestinidad, abandonando definitivamente el estudio, la beca, y, de hecho, la profesión médica. En La Habana existe hoy en su honor, el Hospital Clínico Regional “Miguel Enríquez Espinosa”.

El 23 de abril, Miguel Enríquez concedía su primera entrevista a la revista Punto Final, en donde señalaba:

“La agudización de las relaciones agresivas del imperialismo yanqui con nuestro continente y la impotencia de la izquierda tradicional para responder a ese desafío, han hecho surgir toda una nueva izquierda revolucionaria. Algunos ejemplos: el MIR, Ejército de Liberación (ELN), Vanguardia Revolucionaria (VR), en Perú; el MIR y las FAR, en Venezuela; Acción Popular y Política Operaria en Brasil. En Chile, la izquierda tradicional tampoco ha sido capaz de dar una salida revolucionaria a las aspiraciones de las masas”.²⁵

A fines de diciembre de 1968, su padre, Edgardo Enríquez Frödden, obtuvo la victoria en las elecciones a rector de la Universidad de Concepción con un 70 por ciento de los votos ponderados.

Convertidos ya en líderes con un importante desarrollo, con Miguel Enríquez como secretario general del MIR, Luciano Cruz electo presidente de la FEC en 1967, y en el mismo año, Bautista van Schouwen elegido presidente del Centro de Alumnos de Medicina, existe un antecedente que podría poner en duda tanto el liderazgo de Enríquez como la lealtad de sus íntimos amigos.

En marzo de 1968, Luis Vitale, quien en ese momento se desempeñaba como profesor de la Universidad de Concepción y

miembro del Comité Central del MIR, recuerda haber recibido un llamado telefónico de la militante brasileña Evelin Pape Weichselbaum.

—Lucho, Luciano y el *Bauchi* me pidieron una reunión contigo; yo me voy a quedar de “loro” en la esquina. Aquí están las llaves y ustedes se encierran todo el tiempo que quieran” —dijo la mujer.

La reunión se habría realizado en calle Chacabuco 1180, 1 B departamento 47, inmueble que arrendaba Pape en Concepción. Bautista abriría la reunión diciendo:

—Lucho, tenemos que conversar. De Talca hasta Puerto Montt nosotros controlamos (refiriéndose a su calidad de secretario regional de Concepción) y queremos conversar con ustedes, los trotskos, porque tienen la mitad de la fuerza en Santiago y todo Valparaíso. Hay que hacer un cambio aquí, concretamente en la Secretaría General. Nosotros observamos tendencias verticalistas y en esta fase, el MIR tiene que abrirse.

—Bueno, no sé muy bien las bases de ustedes, pero el reemplazo se gana —habría respondido Vitale.

Lo que supuestamente controlaba el secretario general Miguel Enríquez eran las unidades militares, aproximadamente unas 20.

—Y el asunto de las bases militares, ¿cómo controlarlas? —preguntó Vitale.

—No hay problema, porque desde el Comité Central que tengamos, yo lo voy a proponer —señaló Luciano Cruz, refiriéndose a que en esos momentos comenzaba un proceso de discusión con vista al próximo congreso mirista.

—Que las bases militares —prosiguió Cruz—, sean supervisadas por un compañero. Nosotros te proponemos a ti. ¿Quién se va a oponer a que tú seas el encargado? Nadie. Además todos votamos por ti.

—¿Y Cuba?, ¿qué pasa si hay un reemplazo de Miguel? —preguntó otra vez Vitale, pensando en la reacción que podría haber en la isla ante una decisión como la planteada.

—Miguel tiene que quedar en el Comité Central y en la Comisión Política. No hay ningún problema. Además, aquí irían dos informes. Uno de Miguel y otro mío —dice Luciano, convencido del poder que él tenía entre los cubanos.²⁶

Verdad o no, sólo uno de los tres presentes en la supuesta reunión puede contar “su historia” de lo ocurrido aquel día. Los demás, nunca podrán desmentir o confirmar la polémica versión, cuya historia buscaba desbaratar el poder del joven revolucionario Miguel Enríquez, en ese entonces, convertido ya en el carismático líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Notas Capítulo III

1. Elena Díaz Islas, entrevista con los autores, Concepción, 28 de julio de 1999.
2. Héctor Garrido, entrevista telefónica con los autores, Concepción, 27 de julio de 1999.
3. Estos dibujos realizados por Miguel Enríquez en su adolescencia y juventud, aún permanecen en los archivos de la familia.
4. Enríquez Frödden, Edgardo: *En el nombre de una vida (Tomo II)*. Editorial U. A. Metropolitana, Ciudad de México, 1994.
5. Datos obtenidos en la solicitud de postulación de Miguel Enríquez Espinosa para ingresar a la carrera de medicina en la Universidad de Concepción, 1961.
6. Vidal, Hernán: *“Presencia” del MIR (14 claves existenciales)*. Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.
7. Resumen autobiográfico de Miguel Enríquez en su solicitud de ingreso a la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción.
8. Enríquez Frödden, Edgardo: *En el nombre de una vida (Tomo II)*. Editorial U. A. Metropolitana, Ciudad de México, 1994.
9. Alfredo Hoffmann, entrevista con los autores, Concepción, 29 de julio de 1999. El doctor Alfredo Hoffmann se desempeñaba en aquellos tiempos como profesor ayudante en la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción.
10. Mónica San Martín, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.
11. Eduardo Trucco, entrevista con los autores, Santiago, 3 de agosto de 1999.
12. Diario El Sur, 20 de abril de 1965.*
13. Bautizado políticamente por su hermano Marco Antonio (Pelentaro), Viriato

fue un pastor y caudillo lusitano que encabezó el movimiento contra los invasores romanos en las actuales tierras portuguesas.

14. Enríquez Frödén, Edgardo: *En el nombre de una vida (Tomo II)*. Editorial U. A. Metropolitana, Ciudad de México, 1994.

15. Diario El Sur, 19 de noviembre de 1965.

16. Carlos Hormazábal, entrevista con los autores, Linares, 12 de Julio de 2001.

17. Mónica San Martín, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.

18. Revista Punto Final, N° 24.

19. Irene Romero, entrevista con los autores, Concepción, 29 de julio de 1999.

20. Ana Pizarro, entrevista con los autores, Santiago, 24 de agosto de 1999.

21. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999. Según datos proporcionados por su hermano Marco Antonio, Miguel también habría viajado a la ciudad de Praga, capital de Checoslovaquia, hecho que Ana Pizarro, quien estuvo junto a él en París, no logra recordar.

22. Ver Capítulo IV.

23. Revista Qué Pasa, 27 de septiembre de 1997.

24. Datos proporcionados por el Colegio Médico de Chile.

25. Revista Punto Final, N° 53

26. Luis Vitale, entrevista con los autores, Santiago, 5 de mayo de 1999.

CAPÍTULO IV

NACE EL MIR

Se cumplía un año desde que, en un patrullaje en el golfo de Tonkin, tres lanchas torpederas norvietnamitas habían atacado al destructor estadounidense Maddox. Luego, en una rápida determinación, Washington ordenó ataques de represalia. Fue la chispa que hizo estallar la Guerra de Vietnam.

En tanto, Fidel Castro seguía al mando de la Revolución Cubana, cuyo comienzo no fue nada fácil. En 1962 tuvo que soportar la denominada “crisis de octubre”, cuando las bases coheteriles rusas colocadas en la isla, llevó a una alerta mundial. Finalmente, Kennedy y Khrushchev acordaron retirar el armamento de las tierras cubanas.

En nuestro país, el gobierno del demócratacristiano Frei Montalva completaba en 1965 su primer año. La denominada Revolución en Libertad iniciaba la dura batalla para hacer aprobar en el Parlamento la Ley de Reforma Agraria.

Por aquellos días, junto con la primavera, despertaba en Santiago un nuevo grupo político. El 14 de agosto de 1965, a la sede de un sindicato zapatero de la calle San Francisco llegaban cerca de 80 delegados de distintos movimientos políticos de izquierda. El nombre del encuentro revelaba el carácter del mitin: Congreso de la Unidad Revolucionaria. Al día siguiente nacía una pequeña organización política, pero con tajante intención de transformar las estructuras estatales. Era el denominado Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

En aquella jornada, una de las principales figura era el lí-

der sindical Clotario Blest Riffo, que entre otros pergaminos ostentaba haber sido el fundador de la Central Única de Trabajadores (CUT) y dirigir una huelga general en 1960, cuyo motivo era impedir que el gobierno chileno, presidido por Jorge Alessandri, rompiera relaciones diplomáticas con Cuba. A lo largo de su vida, fue detenido en innumerables ocasiones. Ya en el régimen militar se convirtió en un fiero opositor, prometiendo en alguna ocasión “no cortarse su barba hasta que Pinochet dejara el cargo”

El mismo Blest había dado vida en 1961 al M3N (Movimiento 3 de Noviembre, fecha en que se produjo la gran huelga de los obreros del carbón de 1960). Un año más tarde, fundaría el MFR (Movimiento de Fuerzas Revolucionarias).¹ La reconocida trayectoria de este sindicalista de orientación cristiana, pesaba en la heterogénea reunión de agosto de 1965, aunque claramente la suya no era la única tendencia.

Aquel día, casi todos los matices ideológicos de la extrema izquierda chilena estaban presentes. Las diferencias eran evidentes, pero existía un factor común que hacía posible la celebración de esta asamblea: las fallidas experiencias políticas vividas, y, como conclusión inmediata, la convicción de que era imposible transformar el sistema capitalista por la vía electoral y a través de reformas parciales.²

Ya en septiembre de 1964, con Frei Montalva como Presidente electo, tras derrotar ampliamente a Salvador Allende, *El Rebelde* titulaba en su portada: “Derrota de la vía Pacífica. El fracaso electoral es la derrota del electoralismo estéril”. En dicha publicación, el grupo político Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM) hacía explícita su radicalización.

La VRM fue una de las voces de mayor peso aquel 14 de agosto de 1965. No obstante, la genealogía del naciente MIR era extensa y variada. Ya en los albores de la década del sesenta, distintas instancias políticas fueron confluyendo hasta desembocar en el nacimiento de la experiencia mirista. Entre ellas destacaban el grupo anarquista Libertario “7 de julio”; el Movimiento Social Progresista, liderado por Julio Stuardo, escindido del Par-

tido Radical; el Movimiento Resistencia Antiimperialista (MRA), comandado por Luis Reinoso, un ex comunista expulsado por desviaciones militaristas. Asimismo, se agregaban el colectivo de la revista *Polémica*, dirigida por Tito Stefoni, la Oposición Socialista de Izquierda (OSI) de Gonzalo Villalón y Oscar Waiss, y el Partido Obrero Revolucionario (POR), uno de cuyos principales líderes era Humberto Valenzuela.³

Estas organizaciones se fueron uniendo hasta quedar en 1964, dos tendencias mayoritarias: los seguidores del Partido Socialista Popular (PSP) y quienes integraban la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM). Al PSP se habían integrado los Comités Regionales escindidos del Partido Socialista de Talca y Coquimbo (liderado por Mario Lobos), jóvenes en ruptura con las Juventudes Socialistas; un sector de pobladores dirigidos por Víctor Toro y Herminia Concha, y una tendencia procedente del Movimiento Independiente de Izquierda (MIDI), en la que destacaba el doctor Enrique Reyes. Por su parte, a la VRM se habían incorporado un grupo proclive al MRA como Martín Salas; el grupo de tendencia trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), encabezado por *Chippo* Cereceda; ex miembros de la Juventudes Comunistas, como Gabriel Smirnow, líder del grupo prochino Espartaco.⁴

Además, se habían sumado a las filas de la VRM, un grupo de jóvenes penquistas escindidos de la Juventud Socialista (JS), entre los que destacaban Bautista van Schouwen y Miguel Enríquez.⁵

Éstos ingresaron a la JS en 1961. Ahí, según el ex mirista Martín Hernández, habrían conformado un grupo llamado Sierra Maestra, también integrado por Marcelo Ferrada Noli, Jorge Gutiérrez, *El negro Jara*, entre otros. En esa época, Edgardo Enríquez, hermano de Miguel, se encargaba de realizar los contactos políticos en Santiago, mientras cursaba los últimos años de ingeniería en la Universidad de Chile. Junto a él se uniría Andrés Pascal Allende, sobrino del entonces senador Salvador Allende Gossens.

Proveniente de una familia de ilustres políticos, Andrés Pascal Allende, *El Pituto* para sus más cercanos, era hijo de Gastón Pascal Lyon y Laura Allende Gossens, ex diputada por Santiago Poniente. Estudió en el exclusivo colegio Saint George, donde participó activamente en comunidades católicas. Luego entra a estudiar en la Pontificia Universidad Católica de Chile, titulándose de sociólogo. Tras la muerte de Miguel Enríquez, asume la secretaría general del MIR en octubre de 1974. En los años posteriores, ingresó clandestinamente al país en numerosas ocasiones, siendo uno de los hombres más buscados por el régimen militar. Planifica desde el extranjero la llamada Operación Retorno, donde cientos de miristas entran secretamente a Chile para organizar una fallida resistencia contra los militares. En 1988, con la división del movimiento en tres fracciones, Pascal Allende pasó a dirigir el denominado MIR-Histórico. En los últimos años, vivió radicado en Cuba, donde trabajó para el gobierno de la isla. Su retorno definitivo al país que lo vio nacer, estaría condicionado por problemas pendientes con la justicia castrense y su negativa a acogerse a la "Ley de Amnistía", promulgada por quien fuera su más acérrimo enemigo: Augusto Pinochet Ugarte, uno de los tantos militares que para principios de la década del sesenta, desconocía las actividades que se urdían en el sur de Chile.

A partir de 1962, se generaron movilizaciones mapuches en Arauco y "la gente de Miguel" participó activamente en ellas, provocando la molestia de Luis Enríquez Quinteros, presidente de la JS de Concepción, quien ignoraba la participación de sus militantes socialistas en esas acciones.⁶

La instrucción militar comenzaba a rondar en la cabeza de Miguel. En un fundo ubicado en la provincia de Arauco, los jóvenes socialistas realizan en 1963 su primer entrenamiento con un armamento notoriamente precario: un revólver.⁷

Según Luis Enríquez Quinteros, a principios de los sesenta ya circulaban Manuales del Guerrillero y folletines para la confección de bombas molotov. En esa época, él junto a los hermanos

Enríquez Espinosa –ya en las filas socialistas– realizan pruebas militares en un campamento en la playa de Larraquete, cerca de Lebu.

Poco a poco, el grupo de Miguel Enríquez y otro sector crítico a la conducción del PS logran controlar la dirección regional de la JS en Concepción. En el Congreso Regional de los socialistas, celebrado en enero del 64, la juventud del partido lograba más del 50 por ciento de los delegados. A principios del mes de febrero, dos personajes provenientes de Santiago llegan a la casa de los Enríquez Espinosa: Andrés Pascal Allende y Sergio *Chepo* Sepúlveda. La visita tenía un objetivo claro: ayudar a dividir al PS en su próximo congreso.⁸

Los días 14, 15 y 16 del mismo mes, en Concepción se realizó el XX Congreso Ordinario del Partido Socialista. Se procedió a completar la revisión del régimen interno del partido, adoptándose una serie de medidas tendientes a eliminar toda ambigüedad en cuanto a su composición. Para ello, el Comité Central del PS aprobó dos resoluciones con el propósito de impedir posibles infiltraciones. La primera establecía la exigencia de una declaración escrita para quienes se incorporaran desde otras colectividades, explicando su cambio de postura política; la otra resolución exigía a cada militante precisar a qué seccional pertenecía, iniciativa destinada a corregir las alteraciones electorales derivadas de la doble afiliación.

Para ese Congreso, la JS creía tener ganada esas elecciones, pero se inventaron delegados en zonas donde el partido casi no existía. Los reclamó no se dejaron esperar. Se produce cierto desorden en la asamblea.

–Qué vienen a hablar estos cabros de mierda si lo único que saben es hacer rabiar a sus padres –gritó un viejo socialista.

La situación se agudizó y los dirigentes juveniles resolvieron retirarse con la intención de crear un nuevo movimiento revolucionario. En su declaración de ruptura con el PS anuncian que se sumarán a la “vasta marea que lucha por restaurar la pureza revolucionaria del marxismo frente a la traición abierta del

revisiónismo”,⁹ adueñado por las directivas del PS y el PC. Asimismo, hicieron público su respaldo a las orientaciones políticas e ideológicas de Pekín, señalando que urgía reagrupar a todos aquellos que quisiesen una vanguardia revolucionaria proletaria dispuesta a dirigir la revolución chilena.

En las páginas del periódico mimeografiado *Revolución*,¹⁰ se dejaba en evidencia a las semanas siguientes las críticas de los jóvenes escindidos: “Este XX Congreso ha liquidado política y orgánicamente, no solamente el ala izquierda, sino la posibilidad de una rectificación del partido en su conjunto...” En relación a las elecciones presidenciales de septiembre del mismo año agregan “que la vía pacífica se ha mostrado como la pantalla revisionista para encubrir la colaboración de clases, el socialismo a las instituciones democrático-burguesas y la seguridad de un gobierno no socialista, sumiendo de este modo al movimiento popular en un cretinismo electoral”.¹¹

Tras dejar el tradicional Partido Socialista, Miguel Enríquez y los demás dirigentes tomaron contacto con otras colectividades como el grupo *Lautaro*, en el cual destacaban el ex radical Juan Saavedra y Luciano Cruz. Este último había sido expulsado de las Juventudes Comunistas (JJ.CC.) a fines de 1963.

Conformándose como un grupo mayor de jóvenes, deciden unirse a la Vanguardia Revolucionaria Marxista (VRM-Rebelde)¹², fundada dos años antes. Sin embargo, según Martín Hernández —uno de los marginados— Miguel Enríquez habría tenido una doble militancia (VRM-JS) desde 1962.

Meses más tarde, el 21 y 22 de mayo de 1965, se realiza un congreso convocando a los socialistas que ya no militan activamente. Un gran número de dirigentes juveniles de los regionales Norte y Sur se hicieron presentes. También llegaron miembros de la VRM y del Partido Socialista Popular en calidad de delegados fraternales. La reunión buscaba, primordialmente, fortalecer el proceso unitario, constituyéndose el Partido Socialista Revolucionario (PSR).¹³

La gente de la VRM, el PSP y la Comisión Organizadora de la Izquierda Revolucionaria, presidida por Clotario Blest, invitaban al naciente partido a participar en la creación del "Partido Unido de las Fuerzas Revolucionarias". El trabajo político estaba orientado a formar comités de base pro-constituyente en Quinta Normal, Barrancas (actual comuna de Pudahuel), Ñuñoa, Puente Alto y Las Condes. El Comité Regional del PSP de Coquimbo impulsaba igualmente en el norte, las tareas de unidad revolucionaria. La zona sur quedaba en manos de la VRM de Concepción. Ellos debían crear comités de base para el Congreso de Unidad, contactando a militantes de Temuco, Osorno y Llanquihue.

La convocatoria, hecha por la Comisión Constituyente del Congreso de Unidad Revolucionaria, vio luz pública en julio de 1965. En ella se establecía que no habría dependencia de la línea soviética, lo que en Chile significaría un distanciamiento de la izquierda tradicional (PS y PC). La realización del Congreso de Unidad Revolucionaria se fijó para los días 14 y 15 de agosto de 1965.

Llegada la fecha, se reunieron principalmente dos sectores. Uno tradicional, donde se encontraban trotskistas, comunistas marginados, etc. Del otro lado, el sector no tradicional estaba compuesto por ex militantes de las JJ.CC. influidos por el conflicto chino-soviético y disidentes de la JS, en los que destacaban los penquistas Enríquez y Van Schouwen.¹⁴

Aquel viaje de Concepción a Santiago no estuvo exento de anécdotas. Tal como evoca Juan Saavedra, además de poseer una pasión por la política, era un grupo de jóvenes muy alegres. En el recorrido, efectuado en un microbús, no faltó una botella de aguardiente y rápidamente tuvieron que escapar de la estación de Chillán, donde se quebró un lavatorio en el baño. El viaje prosiguió lentamente y llegaron a la capital más tarde de lo previsto, por lo que la inauguración del mencionado Congreso debió retrasarse por algunas horas.

Finalmente, cerca de 200 dirigentes llegaron al sindicato zapatero, que en una de sus paredes estaba escrita un frase ad-

hoc al encuentro: “Bienvenidos al hogar libertario”. En las calles céntricas de la capital se daba vida así al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, cuyo secretario general era el pediatra Enrique Sepúlveda, un veterano dirigente revolucionario de inspiración trotskista. En este primer Comité Central, compuesto por 21 miembros, destacaban los nombres de Clotario Blest, Oscar Waiss, Luis Vitale, Humberto Valenzuela, Alejandro Chelén Rojas y los jóvenes penquistas Edgardo Condeza, Luciano Cruz, Bautista van Schouwen, además de los hermanos Marco Antonio y Miguel Enríquez Espinosa.

En su congreso fundacional, el MIR aprueba un programa que planteaba los siguientes objetivos básicos:

- *La expulsión del imperialismo: nacionalización de empresas y bancos extranjeros; ruptura de pactos que atan al imperialismo y afectan nuestra soberanía nacional; desconocimiento de la deuda externa; relaciones comerciales y diplomáticas con todos los países del mundo.*
- *La revolución agraria: expropiación del latifundio y su entrega individual y/o colectiva a los campesinos que trabajan la tierra.*
- *La construcción socialista: socialización de sectores vitales (bancos, transportes, salud, seguridad social, etc); expropiación de fábricas y empresas de la burguesía nacional y administración obrera; estatización del comercio exterior; planificación y administración de la economía con participación directa de comités de obreros, campesinos y empleados.*

Se sostenía que este programa sólo podrá realizarse “derrocando a la burguesía e instaurándose un gobierno revolucionario dirigido por órganos de poder de obreros y campesinos”. Ello implicaba la liquidación del “aparato estatal y represivo burgués, y su reemplazo por la democracia directa proletaria y las milicias armadas de obreros y campesinos”. Al mes siguiente, en septiembre de 1965, el MIR divulgaba públicamente su Declaración de

Principios, redactada por Luis Vitale, en la que se establecen los pilares fundamentales del movimiento. El artículo primero definía el objetivo fundamental:

“El MIR se organiza para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile, que buscan la emancipación nacional y social. El MIR se considera el auténtico heredero de las tradiciones revolucionarias chilenas y el continuador de la trayectoria socialista de Luis Emilio Recabarren, el líder del proletariado chileno. La finalidad del MIR es el derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigido por los órganos del poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas”.

El nuevo movimiento rompía los esquemas de la izquierda tradicional chilena: Su opción por la vía armada quedaba de manifiesto en el Artículo 7:

“Las directivas burocráticas de los partidos tradicionales de la izquierda chilena defraudan las esperanzas de los trabajadores; en vez de luchar por el derrocamiento de la burguesía, se limitan a plantear reformas al régimen capitalista, en el terreno de la colaboración de clases, engañan a los trabajadores con una danza electoral permanente, olvidando la acción directa y la tradición revolucionaria del proletariado chileno. Incluso, sostienen que se puede alcanzar el socialismo por la “vía pacífica y parlamentaria”, como si alguna vez en la historia de las clases dominantes hubieran entregado voluntariamente el poder”.

“El MIR rechaza la teoría de la “vía pacífica” porque desarrolla políticamente al proletariado y por resultar inaplicable, ya que la propia burguesía es la que resistirá, incluso con la dictadura totalitaria y la guerra civil, antes de entregar pacíficamente el poder. Reafirmamos el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar al régimen capitalista es la insurrección armada”.

Los puntos restantes dejaban en claro la inspiración encontrada en la Revolución Cubana y la necesidad de convertir a Chi-

le en una República Socialista. Pero uno de los aspectos más novedoso fue la aprobación de la Tesis Político Militar denominada "La conquista del poder por la vía insurreccional" presentada e ideada por Miguel Enríquez, en colaboración con su hermano Marco Antonio y Marcelo Ferrada.¹⁵

Con una pequeña base de militantes y una firme declaración, el MIR era un hecho, pero pocos sabían que desde aquella primera reunión fundacional del movimiento, la Policía de Investigaciones de Chile ya tenía infiltrado al grupo. Un alto militante, oriundo de Concepción, de extracción social media que hasta estos días, ex policías aún resguardan celosamente su identidad, se encargaba de informar de todas las actividades del MIR.

Desde el momento que Eduardo Frei Montalva asume la presidencia de la República, su administración se encargó de reestructurar a la policía civil, y entre uno de sus objetivos se encontraba el de investigar a los partidos políticos de los diversos sectores del ámbito nacional. Para ello, se trajo desde Francia a un experto en inteligencia que creó el Departamento de Informaciones. Estos hombres elaboraban sendos informes con las actividades de los conglomerados, los cuales llegaban a manos del ministro del Interior y hasta el mismo Presidente de la República.

Según ex miembros de la policía civil, en esos años el informante mirista entregó datos a la institución, sobre una supuesta doble militancia PS-MIR de los dirigentes Oscar Waiss y Clodomiro Almeyda. Con el tiempo, individuos pagados por las diversas ramas de las Fuerzas Armadas también intentarían infiltrar al MIR. En Concepción, este trabajo de inteligencia en el Ejército era dirigido por el entonces oficial Jerónimo Pantoja. Así también, ex miristas aún dudan de la auténtica militancia de Patricio Maturana, alias *El Gnomo* y de Anatolio Hernández, quienes tras el golpe de Estado, continuaron asesorando a la inteligencia naval que operaba en el puerto de Talcahuano.

Por aquellos años, Enrique Peebles era un joven estudiante de medicina de la Universidad de Concepción que rápidamente se comenzaba a destacar en el trabajo político. Se afilió al Partido

Demócrata Cristiano a raíz de sus fuertes convicciones religiosas, que lo llevaban a trabajar en comunidades católicas en diversas poblaciones populares penquistas. Conoce a la gente del MIR y desarrolla una secreta militancia en este movimiento. Ante todos, Peebles era un DC, pero pocos sabían su filiación mirista. Debido a su gran compromiso con el movimiento, Miguel Enríquez lo designó encargado del trabajo logístico en Concepción. Luego del 11 de septiembre de 1973, Enrique Peebles es detenido por las fuerzas de seguridad del Régimen Militar y llevado al centro de detenidos Cuatro Alamos, donde es reconocido y duramente torturado por *El Guatón Romo*. Actualmente, Peebles continúa desarrollando su labor médica en un centro de asistencia pública en Santiago y por esas paradojas del destino, mensualmente debe trasladarse hasta una cárcel de Gendarmería de Chile para atender a uno más de sus pacientes: Osvaldo Romo Mena, su ex torturador.

Al llegar 1966, se debía realizar el Segundo Congreso mirista. En ese año, por primera vez en la historia, una mujer, Indira Gandhi, gobernaba la India. Camilo Torres, el cura guerrillero, caía peleando tras haber fundado en Colombia el Ejército de Liberación (ELN), mientras un calvo Ernesto Guevara se adentraba en Bolivia.

La segunda asamblea del MIR, celebrada en un restaurante de calle Independencia, no cambió políticas ni personajes. Se revisó la situación nacional e internacional de la época, en donde Miguel Enríquez dirigió el encuentro. El movimiento daba sus primeros pasos, pero sin gran trascendencia. El trabajo político se hacía, fundamentalmente, en el sur donde poco a poco se van captando militantes y simpatizantes. Obreros y campesinos de Arauco, Tomé y Talcahuano habrían de formar los primeros focos miristas. Los bosques ubicados en la parte posterior de la Universidad de Concepción y el céntrico Cerro Caracol de la ciudad, eran los escenarios de los incipientes “entrenamientos guerrilleros” de los jóvenes miristas. En aquellos tiempos, cualquier elemento servía para la “revolución”: brújulas, sacos de dormir, carpas y cantim-

ploras, seguían siendo los instrumentos más usados por los seguidores de Fidel y el *Che* Guevara, que hasta esos momentos, más parecían unos malos discípulos de Baden Powell que herederos de los barbudos cubanos.

Al mismo tiempo, la actividad estudiantil en Concepción tomaba fuerza. Destaca por su capacidad de convocatoria el Movimiento Universitario de Izquierda, MUI, que reunía a miristas, socialistas e independientes de izquierda, excluyendo al PC.

Un estudiante de ingeniería, Pedro Holz, había agrupado a sus compañeros de carrera bajo una bandera de izquierda amplia, con el fin de apoyar a Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1964. De este trabajo, nacería una organización llamada GRAMA (Grupo de Avanzada Marxista), donde nombres como Pedro Lansberger, Arturo Villabela, Ricardo Frödden, Juan Carlos Perelman¹⁶ y José Bordaž comenzaron a destacarse. Uno de sus postulados básicos era lograr la unidad del movimiento obrero con el universitario.¹⁷

El "MIR penquista" se solidificaba cada vez más y su popularidad al interior de la universidad aumentaba. Pero esta notoriedad alcanzada por sus máximos dirigentes no se circunscribía a lo meramente político. Debido al liderazgo carismático y atractivo que logran entre el estudiantado, particularmente entre las mujeres, el movimiento comenzaba a ser una especie de moda entre la juventud. Muchos querían llegar a ser como sus jefes; jóvenes, físicamente apuestos, de alta capacidad intelectual y audaces. Una especie de aventureros románticos. Y para quienes soñaban en convertirse algún día en la reencarnación del *Che* Guevara, el MIR podía ser el mejor camino.

Dándose cuenta de esta gran ascendencia entre la juventud penquista, Miguel Enríquez y los principales líderes miristas desarrollan una especie de "estilo" del nuevo revolucionario chileno. Sus vidas debían ser ejemplo de consecuencia. Comienzan a vestirse con chaquetones y vestimentas oscuras, que curiosamente pertenecían a la Armada de Chile, las que les eran regaladas por "don Edgardo", aún funcionario de la institución naval. En adelante,

muchos militantes agotarían los stock de abrigos azul marino, con el único propósito de parecerse lo más posible al ideal del joven rebelde, al ideal mirista. Con los años, la dirigencia del MIR sería conocida como “la vanguardia sexy de América Latina”.

En 1967, Miguel Enríquez viaja como dirigente mirista a Cuba, donde recibe instrucción militar en Punto Cero, situado a 30 kilómetros al este de La Habana. Además, toma los primeros contactos personales con las autoridades revolucionarias de la isla, en especial con Manuel *Barbarroja* Piñeiro.

Como director de la inteligencia cubana, Manuel Piñeiro fue el pilar fundamental de lo que llegó a ser uno de los aparatos de seguridad más eficientes en el mundo. En 30 años que desempeñó el cargo, ni un solo hombre de la dirección cubana perdió la vida, a pesar de los continuos intentos, tanto de los exiliados cubanos, la CIA, y opositores internos al régimen castrista. Con estudios en administración de empresa en la prestigiosa universidad norteamericana de Columbia, Piñeiro se incorporó a la revolución en 1958. Mientras estuvo en Estados Unidos, conoció a su primera esposa, la bailarina Lorna Burdsall. Desde la llegada al poder de Fidel Castro, *Barbarroja* formó el aparato de inteligencia y seguridad cubana conocido como G-2. En 1962, se hizo cargo de la Dirección General de Inteligencia en el ministerio del Interior, luego de haber cedido parte de su control sobre las actividades de contrainteligencia. En la década del 70, se casa con su segunda esposa, la periodista y escritora chilena Marta Harnecker, quien durante el gobierno de la Unidad Popular se desempeñaba como directora de la revista “Chile Hoy”. A fines de 1987, como relata Jorge Castañeda en su libro *La Utopía Desarmada*, Piñeiro “vivía en una sencilla y modesta casa, similar a la de cualquier profesional cubano de nivel medio. Allí, recibía a sus visitantes en shorts y guayabera”.¹⁸ En esas paradojas de la vida, el hombre encargado de la seguridad en Cuba, moría en un común accidente de tránsito el 12 de marzo de 1998, a la edad de 65 años, siendo sepultado en el cementerio capitalino de Colón en Cuba.

En tanto, el 8 de octubre de 1967, en Vallegrande, un poblado ubicado al sur de Bolivia, moría el médico argentino que propugnaba la guerrilla como única forma de alcanzar el poder. Ernesto *Che* Guevara se transformaba en el ícono de la revolución mundial. Asimismo, en la Unión Soviética se preparaban los festejos para celebrar el cincuentenario de la insurrección de octubre encabezada por los bolcheviques dirigidos por Lenin.

Para Miguel Enríquez, el MIR de aquellos años se podía describir como “una bolsa de gatos, de grupos, de fracciones, sin niveles orgánicos mínimos, con predominio del más puro ideologismo, carente de estrategia, táctica y aislado de las masas”. Con respecto a los militantes de aquel período, los consideraba como “aficionados a la revolución, descomprometidos e intelectualoides”.¹⁹ Ahora los jóvenes dirigentes de Concepción tomaban posiciones cada vez más duras e intransigentes. Debían demostrar que eran hombres capaces de hacer aquella revolución que tanto teorizaban, pero que aún no estaban exentos de ciertos inconvenientes producto de su edad y tradición familiar. Así es como el ex mirista Juan Saavedra aún recuerda reuniones ante los máximos dirigentes penquista, encabezadas por el mismo Miguel Enríquez, en donde “don Edgardo”, su padre, no tenían ningún inconveniente en abofetearlo por algún acto de irresponsabilidad y falta de respeto que cometiera el líder. Era el padre y no le importaba dejarlo en ridículo ante el resto de los dirigentes. Era para todos, “don Edgardo” y no se debían confundir los caminos; la familia y la revolución eran rutas distintas.²⁰

Los primeros días de diciembre de 1967 fueron un fiel anticipo del calor santiaguino. La Casa de la Cultura de San Miguel, cedida por el socialista Mario Palestro, reunía esta vez a 132 delegados oficiales. El Tercer Congreso del MIR se iniciaba sin la presencia de Miguel Enríquez. Muchos lo esperaban. Él venía de Cuba y sus contactos podían ser determinantes.

Entre los invitados figuraban la mayoría de los dirigentes del GRAMA, quienes previamente ya habrían tenido un pacto con Enríquez, el que básicamente consistía en la siguiente premisa: si no se ganaba la secretaría general, Miguel y su gente se retiraban del MIR para formar otro grupo con los "Gramas".²¹ Pero otro fue el destino de aquel histórico Congreso para el movimiento.

El tema de fondo de este Tercer Congreso estaba centrado en precisar los lineamientos de una futura lucha armada. Se crearon comisiones de trabajo para revisar la Tesis Político Militar, la que es aprobada tras una serie de indicaciones. Al segundo día aparece Miguel Enríquez entre aplausos, cuando aún faltaba elegir al nuevo secretario general. *El Sordo Valenzuela*, antiguo trotsko, se levanta y representando a su tendencia, propone:

—Nosotros tenemos que darle paso a la juventud y por lo tanto propongo a Miguel Enríquez a la secretaría general.

Muchos no esperaban esta moción, entre ellos *El Pelao Zapata*,²² quien, subido a una mesa, expone: "Compañero, me parece muy bien, pero creo que el MIR necesita una persona de cierta madurez que pueda ir afiatando al partido. Creo que Miguel puede esperar y propongo a Luis Vitale".

Al escuchar esto, Vitale mira a Valenzuela quien se le acerca y le sugiere: "Si tú aceptas, ganas, pero el MIR va a tener sello trotsko y eso no conviene", dice a Vitale.

Sorprendiendo otra vez a los delegados presentes. Vitale ratifica la primera proposición y "levanta" a Miguel. Se vota. Enríquez logra el apoyo de 87 de los 132 electores. A pesar de la elevada abstención, Enríquez es elegido así secretario general del MIR, cargo que ocuparía hasta su muerte. Luego se elige a los restantes miembros del Comité Central; Luciano Cruz obtiene 130 votos, Bautista van Schouwen, 124 y Luis Vitale 123. También son electos Sergio Pérez, Winston Alarcón, Sergio Zorrilla, Patricio Figueroa, Nahuel Figueroa, Humberto Valenzuela, Jorge Grez,²³ entre otros.

Los trotskos quedan en evidente desventaja y un mes después, se marginan del MIR el doctor Enrique Sepúlveda y Oscar

Waiss. Los jóvenes, o el sector no tradicional, se habían apoderado de la Dirección Nacional. La era de Miguel comenzaba.

Notas Capítulo IV

1. Vitale, Luis: *El proyecto andino del Che, la transición al socialismo y cronología comentada de su vida*. Pineda Libros. Santiago de Chile, 1997.
2. Guzmán, Nancy: *Un grito desde el silencio*. Ediciones Lom, Santiago de Chile, 1998.
3. Vitale, Luis y otros autores: *Para la Recuperación de la Memoria Histórica: Frei. Allende, Pinochet*. Ediciones CESOC. Santiago de Chile, 1999.
4. El Movimiento Espartaco estaba compuesto por militantes de un sector social más acomodado, muchos de ellos provenientes de la izquierda tradicional. Según el periodista Robinson Rojas, quien perteneció al Movimiento Espartaco, éste se originó en el seno del Partido Comunista chileno cuando la división ideológica entre la U.R.S.S. y China Popular alcanzó el nivel de "ruptura" en 1960. Luego este grupo pasó a ser en 1963 el Partido Comunista Revolucionario (PCR).
5. Según el historiador Luis Vitale, Enríquez y Van Schouwen habrían militado en el denominado Ejército de los Trabajadores y Estudiantes (ERTE) tras su separación de las filas socialistas. Sin embargo, la mayoría de los entrevistados por esta investigación descarta la existencia de este grupo. Ver Vitale, Luis: *El proyecto andino del Che, la transición al socialismo y cronología comentada de su vida*. Pineda Libros. Santiago de Chile, 1997.
6. Martín Hernández, entrevista con los autores, Santiago, 28 de mayo de 1999.
7. Edgardo Condeza Vaccaro, entrevista con los autores, Concepción, 27 de julio de 1999.
8. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999.
9. Jobet, Julio: *El Partido Socialista de Chile (Tomo II)*. Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1971.
10. El primer número de *Revolución* salió a la luz pública en mayo de 1963, bajo la dirección de Miguel Enríquez, y tenía como redactores a Marco Antonio Enríquez, Bautista van Schouwen, Claudio Sepúlveda, Marcelo Ferrada, Jorge Gutiérrez, Pedro Valdés y Raúl Jara.
11. Jobet, Julio: *El Partido Socialista de Chile (Tomo II)*. Ediciones Prensa Latinoamericana. Santiago de Chile, 1971.
12. La Vanguardia Revolucionaria Marxista, tras la intervención de los chinos,

se dividió en VRM-Leninista y la VRM-Rebelde, en alusión al periódico que publicaban. Juan Saavedra, entrevista con los autores, 25 de julio de 2001.

13. Sandoval, Carlos: *El MIR, una historia*. Sociedad Editorial "Trabajadores". Santiago de Chile, 1990.

14. Enríquez, Miguel: *MIR, documentos Internos 2.A*. Imprenta "Camilo Henríquez". Santiago de Chile, 1973.

15. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999.

16. Juan Carlos Perelman Ide, 31 años, ingeniero químico, fue detenido pocos meses después del golpe de Estado, siendo hasta hoy un detenido desaparecido. Su caso fue llevado al cine por su hermano y director Pablo Perelman en la cinta *Imagen Latente*.

17. Ricardo Frödden Armstrong, entrevista con los autores, Santiago, 25 de junio de 1999.

18. Castañeda, Jorge: *La utopía desarmada*. Editorial Espasa Calpe, Ciudad de México, 1993.

19. Vidal, Hernán: *"Presencia" del MIR (14 claves existenciales)*. Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.

20. Juan Saavedra, entrevista con los autores, Valparaíso, 25 de julio de 2001.

21. Martín Hernández, entrevista con los autores, Santiago, 28 de mayo de 1999.

22. Físico de profesión, el "Pelao" Zapata era el seudónimo que usaba el primer jefe del aparato militar del MIR durante 1965.

23. Jorge Arturo Grez Aburto, conocido como el Conejo, fue detenido por agentes de la DINA el 23 de mayo de 1974 y fusilado días más tarde en el Estadio Nacional.

CAPÍTULO V

EL CARISMÁTICO E INCORREGIBLE LUCIANO

En la madrugada del viernes 6 de junio de 1969, la mirista Ingrid Zucarrat, haciéndose pasar por *Jimena Orrego*, una atractiva estudiante del Instituto de Educación Física, logra reunirse con el periodista demócratacristiano Hernán Osses Santa María, oportunidad en la que le daría a conocer supuestos antecedentes sobre el MIR que ella manejaba. El encuentro se realizó en el Bacarat, un conocido centro nocturno de la época, ubicado en el subterráneo del Teatro Concepción, frente a la Plaza de Armas penquista, y cuyo propietario era conocido como *El Huaso*.

Tras beber una copa, *Jimena* siguió adelante con el urdido plan.

—Hernán, ¿me podrías ir a dejar a mi alojamiento, por favor?, —dijo la atractiva mujer.

—Cómo no —contestó el periodista.

A la salida del recinto, en una rápida acción, tres hombres interceptan y encapuchan a Osses, quien alcanza a reconocer a uno de sus agresores: el ex presidente de la FEC Luciano Cruz Aguayo. Raudamente lo introducen a una camioneta y parten rumbo a la población Lo Pequén, ubicada en el sector sureste de la ciudad. Allí, Osses Santa María es encerrado en una cabaña, que era arrendada por las estudiantes Sandra Liddid y Marcia Merino —*La Flaca Alejandra*— donde lo desnudan, le cortan el pelo, lo insultan y golpean.

Antes de abandonar el lugar, los miristas queman cualquier tipo de evidencia que los podría involucrar en los hechos. Luego, Hernán Osses es subido nuevamente a la camioneta, trasladán-

dose todo el grupo hacia el Barrio Universitario, donde el profesional de la prensa es dejado en la puerta de la Casa del Deporte, semidesnudo y bajo la lluvia, justo cuando terminaba una función bufa de los Juegos Florales. Ante la risa de quienes creían presenciar otra broma mechona, el periodista es asistido por el médico René Matamala, quien enseguida lo lleva al Hospital Clínico Regional. Con este hecho, Luciano Cruz consumaba su “venganza” en contra de uno de sus más declarados enemigos.

Hernán Osses Santa María era director del vespertino Noticias de la Tarde, un diario fundado sólo meses antes y que llevaba a cabo una intensa campaña contra los miristas de la zona, en especial hacia Cruz. El 6 de mayo, un mes antes del ataque, el periódico anunciaba en su portada:

¡SENSACIONAL! Los sueldos del MIR en la Universidad.

En sus páginas interiores, se leía en el artículo “Rescatemos la Universidad”:

“Algunos ejemplos permitirán al lector observar las utilidades que produce el hecho de ser mirista o proclive al MIR para obtener un cargo docente o permanecer en él.

“Francisco Brevis, director del Instituto de Sociología, obtiene una renta de 15 millones de pesos...

“El mismo caso se repite en la Escuela de Educación, donde Julio César Inostroza, logra 10 millones 380 mil pesos...

“El director de la Escuela de Periodismo (Mario Sáez), que no tiene título universitario, cobra 10 millones 380 mil pesos mensuales, más 462 mil de sueldo vital para gastos de representación. El mismo sueldo que recibe Fénix Ramírez, como director de unidad en Física”.¹

El artículo antes mencionado, también se refería al supuesto “adoctrinamiento” que estaba sufriendo la Escuela de Sociología, por parte de Jacques Zylberberg,² un “profesor titular sin currículum que lo justifique, expulsado de Santo Domingo (República Dominicana) por mezclarse en asuntos políticos”, señalaba el periódico.

“A Osses hay que sacarle la cresta”, se comentaba en el MIR

penquista. El operativo se planeó días antes en una secreta reunión en el local de la FEC. Luis Vitale, miembro de la directiva nacional del MIR y profesor de la Universidad de Concepción, presente en aquel momento dijo:

—Mira Luciano, lo que tenís que hacer es agarrarlo y tirarlo a la pileta de la Plaza de Armas de Concepción. El tipo va a quedar haciendo el ridículo. Con eso basta. Cualquiera otra cosa que hagan va a ser considerado como un atentado a la libertad de prensa y ahí estamos cagados.

Sin embargo, Cruz tenía en mente otro escarmiento para su enemigo. El plan de Luciano consistía en negar cualquier implicancia en el asunto y viajar inmediatamente a Chillán, donde supuestamente participaría en una reunión celebrada en los mismos momentos de ocurridos los hechos.

Como consecuencia del atentado, al amanecer del 7 de junio de 1969, la policía invadía el Barrio Universitario, deteniendo por sospecha a 29 estudiantes, iniciándose la persecución a los principales dirigentes del MIR.³

Dos días antes, la noche del 5 de junio, Luis Vitale viajaba hacia Santiago, portando un documento del Regional Concepción, presidido por Bautista van Schouwen, en las que señalaban las observaciones planteadas a la Tesis Insurreccional presentada por Miguel Enríquez durante las jornadas de fundación del MIR. Al llegar a la capital, y enterado de las primeras noticias provenientes desde Concepción, el Secretario General se reúne con Vitale.

—Ya tenemos todo redactado —anunció Enríquez.

—¿Que tenís redactado? —replicó Vitale.

—Ya está redactado —dijo de nuevo el líder mirista.

—¿Y qué dice?

—Dice la verdad. Que fue un operativo hecho a espaldas del Secretariado Nacional, documento por lo cual se desautoriza al Comité Regional penquista y se plantea su intervención, si es que no se hace una autocrítica —concluyó un molesto y airado Miguel Enríquez, al darse cuenta que otra vez, Luciano “se arrancaba con los tarros”.

Hijo del coronel de Ejército Pedro Mario Cruz y Elba Elena Aguayo, Luis Mario Luciano Cruz Aguayo era el menor de cuatro hermanos. Había nacido el 14 de julio de 1944 y sus primeros estudios los realizó en el Liceo Alemán de Santiago hasta que en 1957, su padre es trasladado hacia la sureña ciudad de Concepción. Allí, ingresa al segundo año de humanidades del Liceo N°1 de Hombres Enrique Molina Garmendia, donde rápidamente hace amistades con los que serían sus amigos de toda la vida: los hermanos Enríquez y Bautista van Schouwen.

Pero la familia Cruz Aguayo era amiga de larga data de los Enríquez. El padre de Elba Aguayo era el dirigente radical Celedonio Aguayo Ruiz, quien durante los veranos compartía vacaciones en su campo junto al abogado Marco Enríquez, abuelo de Miguel. Ahora el destino volvía a juntar a sus descendencias en las tierras del Bío-Bío, donde la familia Cruz vivía en una tranquila población militar ubicada en el camino a Penco.

Alto, apuesto, extrovertido y de una particular simpatía, Luciano Cruz se hizo ampliamente conocido y popular apenas llegado a la ciudad, uniéndose años más tarde a la *gallá* de las fiestas, *malones* y encuentros frecuentados por Miguel Enríquez y sus amigos, quienes lo adelantaban por un año en el liceo.

Si bien Cruz llegaría a ser uno de los más vehementes dirigentes estudiantiles izquierdistas de la época, en un primer momento sus principios ideológicos –identificados luego con la clase obrera– no siempre se habrían abrazado a esta idea. Elena Díaz Islas era en aquellos tiempos una respetada profesora de Castellano del mencionado liceo penquista. Gustaba que sus alumnos se interiorizaran de la literatura que hablaba de los grandes problemas sociales y la pobreza en nuestro país.

–Profesora, ¿para qué nos hace leer este tipo de libros, de tantos pobres, de tantos problemas, si total, ellos se lo buscaron? –fue uno de los comentarios que la profesora Díaz aún recuerda de Cruz en aquellos años.⁴

Este revelador juicio del joven estudiante provoca dudas también en Eduardo Trucco, contemporáneo de Cruz quien opina:

“Creo que cuando recién llegó a Concepción, Luciano era más bien de derecha”. Revista *Ercilla*, en el reportaje “La oculta estrategia del MIR”, publicado en septiembre de 1969 con la firma de la periodista Erica Vexler, en colaboración con Patricia Verdugo, señala que Luciano Cruz habría militado en el Partido Liberal durante su etapa escolar. Hecho corroborado por su hermanastro Florencio, quien justifica su actitud “debido a la edad”.⁵

Más allá del paulatino cambio experimentado por su pensamiento ideológico, rápidamente Luciano Cruz comenzaría a enrumbarse hacia las ideas izquierdistas. Junto a Miguel, Edgardo, Bautista y otros compañeros liceanos, forma una pequeña fuerza política al interior de su establecimiento educacional.

La llegada en 1959 de los barbudos de Fidel a La Habana no haría sino influir y reforzar el desarrollo político de Cruz. Dada sus características de excelente orador, líder entre sus compañeros y la simpatía que lo caracterizaba, este pequeño grupo político decide postular a Luciano a las siguientes elecciones del Centro de Alumnos. El principal obstáculo a derrotar era Rogelio Garrido, quien finalmente se queda con la victoria. Durante la proclamación del nuevo presidente, en el señorial Teatro del Liceo “Enrique Molina Garmendia”, el grupo perdedor intentarían sin éxito boicotear el acto. Luciano Cruz, por su parte, no soporta la derrota, provocando una gran pelea al interior del recinto. “A Luciano le teníamos miedo”, reconocen hasta estos días sus antiguos compañeros del liceo penquista.⁶

Al año siguiente, sin embargo, alcanzaría la deseada presidencia del Centro de Alumnos, que le serviría de plataforma para comenzar a liderar las protestas estudiantiles.

Galo Gómez Oyarzún —posteriormente elegido vicerrector de la Universidad de Concepción— era en 1960 un joven inspector que impartía clases de matemáticas en el Liceo de Hombres, y que ejercía también como dirigente del profesorado de Concepción. Vivía interno y almorzaba en el establecimiento, uno más de los llamados profesores *ad porotem*, en alusión al dicho popular “ganarse los porotos”, siendo un maestro muy querido entre sus

alumnos. Cierta día llegó la noticia al liceo de que al *Galo* lo habían tomado preso en una de las movilizaciones callejeras del magisterio. Luciano no dudó en exigir su liberación y dirigió la protesta enfilando por calle Caupolicán hasta llegar a la Plaza Independencia, subió a una de las bancas desde donde arengó a sus compañeros con acaloradas palabras.

Aún muchos recuerdan sus desafiantes discursos. En uno de ellos, Mónica San Martín, una hermosa estudiante del Liceo Experimental de Niñas de Concepción, quedó favorablemente impactada frente al espigado dirigente, que, subido al monumento de Bernardo O'Higgins, ubicado frente a los Tribunales de Justicia, hablaba persuasivamente. La joven quedó enamorada.

Militante de las Juventudes Comunistas, Mónica pololeó durante un año con Luciano Cruz. Aún lo recuerda como una persona tierna y romántica, que llegaba con violetas a su casa y escribía poéticas y tristes cartas a su amada. Tiempo después, ella comenzaba una relación amorosa con Miguel Enríquez, lo que habría provocado un enorme distanciamiento entre ambos amigos, al punto de no llegar a dirigirse la palabra el uno al otro, y que habría terminado con una pelea a golpe de puños.⁷

Buen alumno, que destacaba en Historia de Chile, Filosofía y Educación Cívica, pero con serios problemas con el Inglés, Luciano finalizó sus estudios de humanidades en diciembre de 1961.

En marzo del año siguiente, Cruz ingresa a la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción, la misma carrera seguida por sus amigos Miguel Enríquez y Bautista van Schouwen, quienes se matriculaban sin ningún problema para su segundo año. Luciano ya militaba en las Juventudes Comunistas.

Entre los años 62 y 64, la izquierda se ve abocada a un proceso de profunda discusión interna. El impacto creciente de la revolución cubana y de los movimientos revolucionarios que surgen en toda Latinoamérica, la disputa chino-soviética y la nueva campaña electoral del Frente de Acción Popular (FRAP), lanzada con vistas a las elecciones presidenciales del 64, planteaban con

fuerza el debate en torno a la conquista del poder por el proletariado. Luciano participa activamente en el proceso, llegando a consolidar posiciones ideológicas que lo llevarían a distanciarse de la línea política planteada en ese momento por el Partido Comunista. A fines de 1963, el Comité Regional Concepción determina su expulsión de las JJ.CC.⁸

Luego ingresa a la Vanguardia Revolucionaria Marxista, donde milita hasta agosto de 1965, fecha en que nace el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, siendo parte de su primer Comité Central.

Durante su época universitaria, además de destacar como un activo y fogoso dirigente estudiantil, también emerge como líder de los trabajadores, especialmente entre los obreros textiles y del carbón. Entonces cabe preguntarse, ¿cuál fue el verdadero peso político de Luciano Cruz en el MIR?

Si bien para muchos miristas Miguel Enríquez fue siempre el líder indiscutido del movimiento, para otros, como Luis Vitale, el “más importante líder del MIR, hasta su muerte, fue Luciano. Era el hombre de masas. Si al MIR se lo conocía y se encarnaba en una figura, era en Cruz Aguayo”. Concordante con ese juicio, Alfredo Hoffmann, profesor ayudante en la Escuela de Medicina durante la época, recuerda que era Luciano quién dirigía las protestas, arengaba a los estudiantes y a quien todos conocían y seguían, además de destacarlo como un respetuoso alumno.⁹

Jorge Menchaca Pinochet encabezaba a la derecha en la Universidad de Concepción a principios de la década del 70. El también opina que si bien Miguel Enríquez era intelectualmente muy superior a Luciano Cruz, era éste el verdadero líder de masas y excelente orador.¹⁰ Pero quizás, uno de los mejores juicios respecto al liderazgo al interior del MIR en aquellos años, es el entregado por el ex juez José Canovas Robles en sus memorias, quien señaló: “Miguel era el cerebro y Luciano su hombre de acción”.¹¹

Durante los primeros años del movimiento, en la Comisión Política se habría planteado la idea de realizar una gira de con-

tactos con trabajadores y estudiantes a lo largo del país con las dos figuras más importantes de ambos sectores; Clotario Blest y Luciano Cruz, proyecto que finalmente fracasó.¹²

Como candidato del MUI, en 1967 Cruz resulta electo presidente de la FEC por sólo 50 votos de diferencia, y con ello, por primera vez el MIR alcanzaba una federación de estudiantes en el país, aunque con anterioridad Luciano ya se había desempeñado como secretario de la organización estudiantil. Pero ahora, su figura empezaba a tener una proyección a nivel nacional y su nombre comienza a ser conocido en todas las esferas del país. El MIR ya no se circunscribía sólo a Concepción y muchos comenzaban a hacerse preguntas sobre este grupo de jóvenes revolucionarios, que al mando de Luciano Cruz, obtenía una de las federaciones estudiantiles más importantes. En adelante, el movimiento buscaría mediante todos los métodos posibles, asegurarse de la presidencia de la FEC, incluyendo la falsificación de votos y otros tipos de acciones fraudulentas.¹³ En diciembre del mismo año, en el Tercer Congreso del MIR, Cruz pasaba a formar parte de la Comisión Política con un gran respaldo de las bases.

Durante el verano de 1969, viaja a Cuba a un congreso que duraría sólo semanas, sin embargo, Luciano Cruz queda maravillado con la revolución, quedándose meses en la isla, donde realiza una instrucción militar en la base militar de Punto Cero.

Al llegar de la isla, sostiene una larga conversación con su antiguo amigo Juan *Patula* Saavedra, en donde le plantea una extraña teoría que para Luciano, se constituía en la base de cómo se debía vivir al máximo en este mundo.

—Patula, la vida es un pasillo que está lleno de puertas abiertas. Uno para llegar al final de éste, y con ello alcanzar la revolución y triunfar, tiene que ir cerrando cada una de las puertas que te mencioné, porque en la medida que las mantenga abiertas, existirán las tentaciones. Uno es un “concho” y debe cerrar todas las puertas para tener una sola escapatoria —concluyó seriamente

Luciano, mientras Saavedra movía afirmativamente su cabeza, pero en el fondo, nunca entendió la finalidad de su consejo, quizás porque aún no estaba al tanto de que dos días más tarde, Cruz realizaría el ataque contra el periodista Hernán Osses Santa María, acción que obligó al mirista pasar a la clandestinidad y a abandonar definitivamente sus estudios de medicina.

Mientras tanto, Noticias de la Tarde continuaba con la sistemática campaña en su contra. En su edición del 2 de agosto de 1969 sostenía:

“El tercero en la lista (de los buscados por el ministro Broghamer) es nada menos que Luciano Cruz Aguayo, el espigado matón y hombre de choque del MIR penquista. Fracasado como estudiante de medicina, pues la vez que le tocó presenciar una simple operación de apendicitis en el (Hospital) Regional se desmayó de impresión”.¹⁴

Dotado de un carácter impulsivo, la vida de Cruz siempre estuvo marcada por la audacia. En las violentas protestas ocurridas en Concepción entre los días 19 y 24 de abril de 1965, por el alza de las tarifas de la locomoción colectiva, Luciano, tras zafarse de los funcionarios policiales que lo custodiaban a golpes de kárate, y lograr escapar de la Cuarta Comisaría al momento en que era bajado del furgón, horas más tarde, se convertía en el ejecutor de la retención del funcionario de Carabineros René Torres en el Barrio Universitario, exigiendo a cambio de su liberación, la libertad de sus compañeros detenidos. El carabinero sería devuelto sólo cuatro horas después, siendo Cruz procesado por la Ley de Seguridad Interior del Estado y encarcelado durante varias semanas.

En otro de los hechos que marcan su carácter, se encuentra el publicado el 16 de agosto de 1971 por el diario Tribuna, cuando en una ocasión, Luciano Cruz, Bautista van Schouwen y Miguel Enríquez, junto a otros dos dirigentes secundarios, se vieron envueltos en un extraño incidente. Este tuvo lugar cuando el automóvil en que el grupo regresaba a Concepción desde Lota, fue

objeto de una encerrona por parte de desconocidos que se movilizaban en otros vehículos, mientras cruzaban el puente Bío-Bío. Desde el interior de los móviles se habrían efectuados cinco disparos que no alcanzaron a ninguno de los miristas; pero que hicieron que Cruz saliera raudamente del auto con dos granadas en sus manos y amenazando con hacer estallar todo, episodio que habría terminado sin mayores consecuencias.

A finales de octubre de 1969, Luciano Cruz ya se encontraba trabajando en labores de inteligencia e infiltración de las Fuerzas Armadas. Recién ocurrido el alzamiento del Regimiento de Artillería N°1 "Tacna" de Santiago, los miristas buscaban saber cuál era el verdadero propósito del motín y desenmascarar la personalidad de su principal instigador, el general Roberto Viaux Marambio. Cruz decide investigarlo personalmente.

Con una grabadora bajo el brazo, una pistola Colt 45 al cinto y con aspecto de despreocupado europeo, haciéndose pasar por periodista italiano, Luciano, junto al periodista José Carrasco Tapia, *Pepone*,¹⁵ logra ingresar al Hospital Militar, lugar de reclusión del oficial rebelde. Viaux Marambio se encontraba ocupado y les pide que esperen unos minutos. Aceptan y Luciano comienza una animada conversación con la esposa del general sublevado y el oficial de inteligencia encargado de la custodia.

Cruz, que dominaba el francés y algo de italiano, se identifica como Saverio Tuttino, supuesto periodista del "Paese Sera", y en un italianado español les habla de temas como la instalación de la planta FIAT en la Unión Soviética y sobre el desarrollo económico de Italia. En un momento la esposa de Viaux consulta:

—¿Cómo está el clima en Roma?

Tuttino se levanta, se acerca a la ventana y responde:

—Chimilare al de acá, pero un poquitino más checo.

Luego vendría la "entrevista" al general, quien mantiene sus declaraciones ya ampliamente difundidas por la prensa de la época. En un momento, Viaux pide a Tuttino apagar su grabadora y que así podrá abordar todos los temas sobre los que sea requeri-

do, pero con el compromiso de que la conversación no sea publicada sino hasta después de año nuevo. Sin dejarlo terminar, Tuttino responde:

—Generale. Io he chido entrevistadore de mucha persona importanti y chiempre he chabido guardare un checreto.

Luciano y Carrasco se retiraron minutos después, una vez cumplido su propósito.¹⁶

Aún durante la “primera clandestinidad”, Cruz era quien organizaba los infaltables *asados* y *tomateras*, burlándose de los cuerpos policiales.

Para investigar la serie de asaltos bancarios perpetrados por los miembros del MIR entre los años 69 y 70, la justicia nombró, en calidad de ministro en visita, al entonces miembro de la Corte de Apelaciones de Santiago José Cánovas Robles. Fue éste quien condenó en rebeldía a los principales dirigentes del movimiento.

En sus memorias, Cánovas Robles cuenta, como anécdota reveladora de la “deficiencia policial” y el espíritu aventurero de Luciano, un episodio registrado durante una tranquila tarde santiaguina, cuando caminaba junto a su esposa e hija por calle Huérfanos. En el momento en que pasaban frente al cine Lido, sintió unos pasos largos y seguros, hasta que, la persona que venía detrás, bajó la calzada por el lado derecho y con voz burlona le dijo: “Con permiso, señor ministro”. Grande fue la perplejidad del magistrado al descubrir que el desconocido que le hablaba era Luciano Cruz, uno de sus clandestinos condenados.¹⁷

Asimismo, aún siendo un hombre fuera de la ley, se comenta que Luciano Cruz se habría refugiado en algunas dependencias del Ejército de Chile, debido a sus contactos con el ex oficial Mario Melo y a su consabida relación familiar con esta institución armada. Pero a esas alturas, la relación con su padre, el coronel Pedro Cruz ya estaba francamente deteriorada, pues las acciones de su “hijo revolucionario”, le habrían costado su llamado a retiro de la institución.

Justamente esa actitud de constante rebeldía en seguir lo establecido, era el eterno detonante de conflictos con Miguel Enríquez. Mientras en el secretario general de MIR, exigía entre la militancia una nobleza moral consecuente con la revolución, que llevara a los miristas a desarrollar una vida casi espartana, Luciano no tenía mayores inconvenientes en pasar noches enteras donde “La Tía Olga”, el mítico prostíbulo penquista, en donde Cruz tenía una cuenta personal. Enrique Peebles, encargado de las finanzas del partido en esa ciudad, aún recuerda las numerosas cuentas que tuvo que pagar a nombre de Luciano, pues cada vez que en las paredes del local nocturno resonaban las palabras: “¡ya chiquillas, el MIR invita!”, era sinónimo de que la noche sería larga junto a Cruz.

Como buen hombre gozador de la vida, que con su simpatía y asombrosas historias interesaba a cualquiera, las aventuras amorosas de Luciano Cruz parecían no tener límite. Nunca sabía en que lugar dormiría, pero eran muchas las mujeres que por esos años deseaban al conocido dirigente estudiantil, quien ciertamente, aprovechó al máximo sus dotes de galán y conquistador. Su encanto personal logró cautivar no sólo a la mayoría de los miristas, sino también hasta sus más acérrimos rivales, quienes coinciden en calificarlo hasta estos días como “un tipo choro”.

Desde la asunción de Salvador Allende al poder, Luciano Cruz, cuyo nombre político al interior del movimiento era *Juan Carlos*, continuaría afianzando su trabajo de infiltración en las Fuerzas Armadas. Sin embargo, el destino tenía preparado otro camino para el joven mirista.

A las cuatro de la tarde del 14 de agosto de 1971, Miguel Enríquez, Bautista van Schouwen, Nelson Gutiérrez y otros dirigentes de la Comisión Política se encontraban enfrascados en una áspera discusión teórica en el hogar del sociólogo y militante brasileño Ruy Mauro Marini,¹⁸ lugar donde normalmente se reunían, ubicado en un edificio de Providencia con Los Leones, cercano al Hospital Militar. De a momentos, el teléfono comienza a sonar. El

mirista Martín Hernández, presente en el lugar, contesta la llamada:

—Aló, con quién.

—Martín, soy yo, el *Gato*, dame con Miguel —responde, preocupado, René Valenzuela Bejas.¹⁹

—Aló *Gato*, ¿qué pasa? —inquire Enríquez.

—¿Tú sabes dónde está *Juan Carlos*? Nos quedamos de juntar a la una de la tarde, he golpeado varias veces su departamento y nadie responde; su auto está estacionado afuera.

—Debe estar adentro, pero pásame a buscar ahora mismo —pide Miguel, sin darle mayor importancia al asunto.²⁰

Al llegar ambos al edificio en el que habita Luciano, Valenzuela sube rápidamente hasta el tercer piso, donde vivía el electricista Jaime Bari Rojas, quien meses antes había ocupado el mismo el departamento de Cruz:

—Por casualidad, ¿usted tiene llaves del departamento de *Juan Carlos*?, —preguntó el *Gato*.

—¿Quién es *Juan Carlos*? —dijo Bari.

—El del departamento 10 —responde Valenzuela.

—No, no tengo.

—Pero, ¿no existe alguna manera de entrar? Mire que necesito ubicar con urgencia a mi amigo, —exclamó Valenzuela en forma desesperada.

—Sí, creo que lo puedo ayudar —anunció Bari.

Mientras Miguel esperaba afuera, Bari Rojas intentaba entrar al departamento por una ventana que daba a la calle. Lo logra y un penetrante olor a gas lo sorprende. Abre la puerta e inmediatamente ingresan Valenzuela y Enríquez, quienes quedan sorprendidos al ver a su amigo tirado en la cama.

—¡Despierta guatón, despierta! —gritaba un desesperado Miguel Enríquez, mientras intenta reanimarlo practicándole respiración artificial. Luciano no respondía.

—¡Vamos guatón, despierta! —insiste Miguel—. Llama a *Nelson* para que me ayude.

A esas alturas, la cara de Luciano Cruz estaba pálida y sus

piernas tibias. Enseguida llega *Nelson* –Humberto Sotomayor–, pero al parecer, ya no había nada que hacer.

–¡Llévémoslo a la Posta! –propone un desesperado Enríquez.

Lo tratan de vestir y entre Enríquez, Valenzuela, Bari y Sotomayor, lo suben dificultosamente al asiento trasero del Peugeot azul del *Gato*. Miguel también se instala atrás y sigue intentando revivirlo con respiración boca a boca. Al llegar a la Posta Central de la Asistencia Pública, la espera se tornaba interminable. Sin embargo, a las 18 horas era confirmada su trágica muerte. Miguel no lo quería entender. Luciano había muerto.

La noche anterior, cansado y exhausto, Cruz llegaba a su pequeño departamento, signado con el número 10, en la calle Santo Domingo 586, un antiguo barrio ubicado en el centro de Santiago. La mañana del 13 de agosto, Luciano, junto a otros miembros de la Comisión Política, había participado en una polémica conferencia de prensa ofrecida en las oficinas de la revista *Punto Final*, donde el MIR se eximía de cualquier responsabilidad en la muerte del agricultor Gilberto González, asesinado días antes en la Viña Santa Blanca, de Rancagua. Almorzó luego junto a Miguel Enríquez y se despidieron a eso de las 15 horas. Durante la tarde realizó diversas actividades políticas. A las 21.45 horas, Cruz se juntó con René Valenzuela para participar en otra reunión. A las tres de la madrugada, Luciano pasó a dejar al *Gato* en su auto.²¹

–Entonces, mañana almorzamos a la una, aquí, en mi casa, –dijo Valenzuela.

–A la una, *Gato*. Chao, –respondió Cruz.

Pero el agotamiento causado por las largas jornadas de trabajo, tanto en *El Rebelde* como en la Comisión Política, hizo que el sueño se hiciera presa de él rápidamente, sin saber que en esta ocasión, sería eterno. Desde hacía tiempo, *Juan Carlos* dormía en dos colchones que tirados en el suelo servían de cama. Al igual que otros miristas, sufría de fuertes dolores de espalda. Era parte de los sacrificios del clandestinaje de años anteriores. Quince días antes de su muerte, Cruz ya sentía intensos dolores de cabeza, molestia que comentó a los periodistas que trabajaban en *El Rebelde*:

—Parece que tengo un problema con la estufa. Ya lo arreglaré. —Pero demoró demasiado.

Luciano Cruz vivía desde hace pocos días en el departamento, propiedad de la profesora Olga Barra Rivera, a quien dijo ser un profesor universitario de apellido Alvarez, casado con una extranjera que impartía clases en el colegio Alianza Francesa. Pagaría 1.100 escudos mensuales por el arriendo del inmueble.

La misteriosa extranjera era la ciudadana francesa Jean Marie Marguerite Hughes Jouet, profesora de las escuelas de Periodismo y Sociología de la Universidad de Concepción, quien había ingresado al país el 2 de junio de 1968. La joven, luego de estar casada con Boris Falaha Lumi, profesor de sociología en la Universidad de Chile, pasó a convertirse en la pareja de Cruz, a quien conoció luego de que éste se ocultara en su hogar tras un asalto bancario. Jean Marie se suicidó cinco días después de la inesperada muerte de Luciano, recurriendo al gas de cañería del cuarto de baño de un departamento ubicado en calle Compañía de Santiago, tras haber asistido al funeral de Cruz, cuya dolorosa partida, simplemente, no pudo soportar.

Al ingresar la policía al departamento de Santo Domingo 586, los funcionarios inmediatamente identificaron la causa del deceso de Luciano Cruz: una averiada estufa a gas licuado marca Gasco y un vacío balón de once kilos. En su velador aún se podía observar los discos de *The Beatles* que Luciano tanto gustaba escuchar. También habían tres cargas de películas Agfa para máquina Minox, especiales para el espionaje, y una gran cantidad de libros y revistas. Cintillos mapuches, una foto del Che Guevara y, en una esquina, su fiel guitarra, adornaban las paredes del precario departamento de Cruz. En su escritorio, una hoja de papel de libreta donde en su interior se leía: “Guatón Vaca”, firmada por “Le Chat”, y una botella de pisco Huallilén a medio terminar completaban el cuadro hallado por la policía.

Tras superarse varios problemas, Cruz era velado en el recinto de la CUT Provincial. Ahí permanecían al lado del féretro sus fieles amigos penquista de toda la vida. Entre las numerosas condolencias llegadas aquel día, destacaron las del Presidente Salvador Allende, dirigentes del PS, MAPU, Izquierda Cristiana, Partido Socialista Popular y del Movimiento Revolucionario "Manuel Rodríguez". En sus funerales, efectuados el 16 de agosto, Miguel Enríquez daba su último adiós a su amigo:

"Asaltamos innumerables bancos en aquel tiempo, expropiamos el dinero a quienes lo habían robado a los trabajadores para ponerlo al servicio de la defensa de los intereses de los obreros y campesinos; allí siempre estaba Luciano, disfrazado de bombero, de capitán de Ejército, de cargador de la Vega o de lo que fuera; decenas de veces arriesgó su vida.

La muerte de Luciano Cruz es un duro golpe para nosotros. Los trabajadores han perdido un líder, los revolucionarios han perdido un compañero y nosotros un militante, amigo y hermano de lucha.

Juremos frente a nuestro compañero de lucha combatir implacablemente a los enemigos del pueblo, luchar por conquistar el poder de los trabajadores, por instaurar un gobierno revolucionario de obreros y campesinos y por construir el socialismo en Chile.

Luciano: ¡Hasta la victoria siempre!"

En estas palabras, Miguel despedía a su gran amigo, provocando además, un gran revuelo al interior de las Fuerzas Armadas. El cortejo en dirección al Cementerio General fue encabezado por sus compañeros y amigos Miguel Enríquez, Bautista van Schouwen, Andrés Pascal, Héctor Sotomayor, Roberto Moreno, Edgardo Enríquez, Nelson Gutiérrez, y seguido, según fuentes policiales, por unas 30 mil personas, a los gritos de:

"¡Luciano, Guevara, el pueblo se prepara!"

Nunca antes el MIR había logrado reunir a tanta gente, sorprendiendo incluso, a la máxima dirigencia del movimiento.

Durante esos días, el diario Tribuna comenzaba una dura

campaña en contra de Enríquez, inculpándolo por la muerte de Luciano. El 16 de agosto decía en su portada:

“Huele a suicidio”.

En una de sus bajadas se leía:

“Rehuyó decisiva reunión con los “duros” del MIR”.²²

Al día siguiente titulaba:

“Pecho de Luciano estaba arañado”.

Además, se ponía en duda la única versión, hasta ese momento, de la muerte del dirigente mirista:

“...Luciano Cruz, en un día caluroso —como que fue hallado desnudo sobre un colchón— ¿iba a necesitar de la estufa a gas licuado, habiendo ingerido, además, una abundante porción de pisco?”²³

Sin embargo, el informe de autopsia N° 1927, firmado por el doctor Alfredo Vargas Baeza, fue claro al señalar que la sangre de Cruz no contenía porcentaje de alcohol, y concluía: “Causa de la muerte: asfixia por monóxido de carbono y no existen huellas de violencia”.²⁴

El 17 de agosto, cuatro miristas asaltaban la redacción del diario Tribuna como respuesta a la violenta campaña en contra del movimiento, emprendida por el periódico, destruyendo máquinas de escribir, cortando las líneas telefónicas y agrediendo al jefe de la Sección Política, Daniel Galleguillos, al subdirector, Raúl de Veer, y al diputado del Partido Nacional Mario Arnello. En la acción era detenido Alejandro Villalobos Díaz, miembro de la “Jefatura Provincial Revolucionaria de los Sin Casa”.²⁵

Luciano Cruz dejaba dos hijos; Alejandra y Luciano Ernesto, este último concebido en Cuba con Clara, su amor en la isla centroamericana.

Roberto Dearma —*Robertico*—, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, confidenciaría años después a Luis Vitale que cuando Luciano murió, Fidel Castro se encontraba en una reunión en la que *Robertico* estaba presente. Al conocer la noticia proveniente de Chile, el líder cubano agarró una botella ron y la lanzó violentamente contra la pared, exclamando: “Hemos perdido a nuestro mejor hombre en Chile”.

Mientras el féretro con la bandera rojo y negro era introducido al nicho del Cementerio General, Miguel Enríquez no podía comprender aún, cómo el espigado hombre de las historias increíbles, de los primeros balbuceos en política, de los malones en *Conce*, de los asaltos bancarios, de los sueños en hacer la revolución, de una vida llena de peligros, moría en un tonto accidente. Su disciplinado “hermano” partía de este mundo. Ahora las risas serían menos y debería enfrentar las nuevas batallas sin su hombre de masas. Se iba uno de los mejores y en adelante, tendría que acostumbrarse a la idea de que la lucha, ya no sería la misma sin Luciano.

Notas Capítulo V

1. Diario Noticias de la Tarde, 6 de mayo de 1969.
2. Según datos proporcionados por algunos de los entrevistados en esta investigación, Jacques Zylberberg habría sido un funcionario de la CIA infiltrado en la Universidad de Concepción. En la actualidad, Zylberberg se desempeña como docente en una universidad canadiense.
3. Ver Capítulo VI.
4. Elena Díaz Islas, entrevistas con los autores, Concepción, 28 de julio de 1999.
5. Revista *Ercilla*, N° 1786 y Florencio Fuentealba Aguayo, entrevista con los autores, Santiago, 26 de julio de 2001.
6. Héctor Garrido, entrevista telefónica con los autores, Concepción, 27 de julio de 1999.
7. Mónica San Martín, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.
8. Suplemento de la edición N° 138 de *Revista Punto Final*, 31 de agosto de 1971.
9. Alfredo Hoffmann, entrevista con los autores, Concepción, 29 de julio de 1999.
10. Jorge Menchaca, entrevista con los autores, Concepción, 28 de julio de 1999.
11. Cánovas Robles, José: *Memorias de un magistrado*. Editorial Emisión, Santiago de Chile, 1989.
12. Luis Vitale, entrevista con los autores, Santiago, 5 de mayo de 1999.
13. Juan Saavedra, entrevista con los autores, Valparaíso, 25 de julio de 2001.

14. Diario Noticias de la Tarde, 2 de agosto de 1969.
15. José Carrasco Tapia, periodista, trabajaba en esos años para Punto Final y era miembro del aparato de comunicaciones del MIR. Fue asesinado por un grupo de hombres uniformados con tenidas verde oscuro que se hacían llamar “Comando 11 de septiembre”, en la madrugada del 8 de septiembre de 1986, en venganza por al ataque perpetrado horas antes al general Augusto Pinochet en el Melocotón, realizado por miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez en la denominada “Operación siglo XX”. Carrasco Tapia fue encontrado con 13 balas en la cabeza, junto a un muro, en las cercanías del cementerio Parque del Recuerdo.
16. Suplemento de la edición N° 138 de Revista Punto Final, 31 de agosto de 1971.
17. Cánovas Robles, José: *Memorias de un magistrado*. Editorial Emisión, Santiago de Chile, 1989.
18. Ruy Mauro Marini se une al MIR a finales de 1969. Fue miembro del Comité Central, responsable de la tarea de trabajo teórico del movimiento, director de la revista Marxismo y Revolución y jefe del trabajo exterior con posterioridad al golpe de Estado. Además se desempeñó como académico de la Universidad de Chile y de Concepción. Murió en 1997.
19. René Valenzuela Bejas, alias *El Gato*, fue miembro del Comité Central del MIR. El 14 de enero de 1992 es detenido en España por sus supuestos vínculos con el movimiento vasco ETA y su participación en secuestros e instalación de bombas, siendo liberado 8 años más tarde.
20. Declaración de Miguel Enríquez Espinosa, foja 133 de la causa 101.804 sobre “Muerte de Luciano Cruz Aguayo” realizada el 15 de diciembre de 1971.
21. Declaración de René Valenzuela Bejas, foja 21 de la causa 101.804 sobre “Muerte de Luciano Cruz Aguayo” realizada el 20 de agosto de 1971.
22. Diario Tribuna, 16 de agosto de 1971.
23. Diario Tribuna, 17 de agosto de 1971.
24. Informe de autopsia N°1927 de Luciano Cruz Aguayo. Fojas 6 y 7 de la causa 101.804.
25. Alejandro Delfín Villalobos Díaz, alias el Mickey, fue un importante dirigente poblacional durante la Unidad Popular y jefe del MIR en el Campamento Nueva La Habana. Luego del golpe de Estado, es detenido por agentes de la DINA el 20 de enero de 1975 y posteriormente ejecutado.

CAPÍTULO VI

EL MIR COMIENZA SU "BATALLA"

El año 1968 fue el más intenso para quienes pretendieron rebelarse. Intentos hubo en todos los lados del orbe. Alexander Dubcek, nuevo secretario del Partido Comunista de Checoslovaquia impulsaba reformas democratizadoras proponiendo la construcción de un "socialismo con rostro humano". La iniciativa termina cuando las tropas soviéticas y de otros países miembros del Pacto de Varsovia invaden Checoslovaquia. La frustrada tentativa reformista sería conocida como "la Primavera de Praga".

El MIR expresó su posición, marcando su distanciamiento de la línea soviética. En un documento de su dirección nacional se expresaba:

"Repudiamos enérgicamente la intervención militar soviética en Checoslovaquia. Esta intervención no fue en defensa del socialismo, que habría estado bien salvaguardado por obreros y campesinos checos, sino en defensa de los intereses de la burocracia de la URSS, y con claro contenido contrario a los procesos de democratización socialista".¹

Estallaba en Francia la llamada "revolución de mayo", en la que multitudes de estudiantes protestan contra el gobierno de Charles de Gaulle, exigiendo el cambio. La masiva irrupción callejera de los jóvenes arrastraría luego a la huelga de los sindicatos obreros, en buena parte controlados por los comunistas prosoviéticos. Francia se estremece. De esa época quedaría la afirmación conocida: "Seamos realistas, pidamos lo imposible". Mientras la ola subversiva se expresa igualmente en otros países

europesos, De Gaulle, el carismático héroe de la Segunda Guerra Mundial, se ve obligado a disolver la Asamblea Nacional, convocando a elecciones parlamentarias.

Mientras tanto en México, huelgas y manifestaciones estudiantiles sacuden las calles de varias ciudades. Los choques con la fuerza pública culminan con la matanza registrada en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, donde son asesinadas más de 500 personas.

Ese mismo año, un reverendo afroamericano que pacíficamente luchaba por los derechos de su raza, muere baleado en Estados Unidos: Martin Luther King pasaba a constituirse en otro de los íconos de una década en la que la palabra revolución era pan de cada día.

En Sudamérica, las cosas no eran tan distintas. En Uruguay, el guerrillero Ejército de Liberación Nacional Tupamaros —también identificados con la Revolución Cubana—, se convertía en una especie de Robin Hood, al robarle a los ricos para darle a los pobres.

Un golpe de Estado de nuevo cuño conmueve al Perú, cuando comenzando octubre de 1968 defenestra al gobierno de Fernando Belaúnde Terry. El régimen militar —encabezado por el entonces coronel Juan Velasco Alvarado— expropia riquezas básicas controladas por capitales estadounidense y aplica una radical reforma agraria. En tanto, Brasil soporta aún al régimen militar impuesto desde hace cuatro años, tras el derrocamiento del Presidente Joao Goulart.

Es en ese contexto internacional que en 1969 comienza el último año del mandato de Frei Montalva, período en el que no ceja la intensa movilización social, urbana y rural, creando un clima de incipiente violencia. Las elecciones presidenciales se aproximaban. El MIR trata de encauzar concretamente su política. Mientras el resto de la izquierda apura intensas negociaciones para proclamar a un único candidato presidencial. El Secretariado Nacional del MIR llamaba a abstenerse en los comicios y a impulsar la lucha armada como única vía. En una declaración pública deja muy en claro sus razones:

“La sociedad, en esencia, está dividida entre los que trabajan y son muchos, y los que viven del trabajo ajeno y son pocos. Este desequilibrio social es regulado por el Estado por medio de la coerción de los primeros por los segundos. Las elecciones no son sino la renovación formal de las partes constitutivas de esta estructura, y no pasan de ser un mecanismo de autoconservación de la clase dominante en el poder por un método más refinado y sutil que la simple coerción”.²

A las 21.15 horas del 1 de mayo de 1969, un grupo de miristas entre los que encontraban Luciano Cruz y Ricardo Frödden, encargado de propaganda del Regional Concepción y primo lejano de Miguel Enríquez, entregaban su propio “saludo” a los trabajadores chilenos. Desde el tercer piso del edificio Olivieri, frente a la Plaza de Armas de Concepción, difunden durante cinco minutos una proclama por las antenas de Radio Bío-Bío, tras amordazar al locutor Juan Fuentes y al controlador Fernando Becerra.³

El día anterior, otro grupo de 25 miembros del Frentes de Estudiantes Revolucionarios (FER), irrumpía en la sesión ordinaria del Consejo Superior de la Universidad de Chile, insultando y lanzando huevos tanto a los consejeros, como al propio rector Ruy Barbosa.⁴

El MIR trataba simultáneamente de extender sus actividades en todo el país. En Santiago, el 19 de mayo, el dirigente estudiantil y militante mirista Jaime Riera, desde un banco de la Plaza de Armas, llama a una asamblea para organizar la lucha urbana, que contemplaba enfrentamientos directos con carabineros.

El gobierno, a través del ministro del Interior, Edmundo Pérez Zújovic calificaba al MIR como “una moda”. Por su parte, el subsecretario de la misma cartera, Juan Achurra, lo acusaba de constituir “un grupo reducido de estudiantes que tienen mucho de poseros y poco de apoyo de la clase obrera”.⁵

El 21 de mayo, en su informe sobre el estado de la nación, leído ante el Congreso Pleno, el Presidente Eduardo Frei, en clara alusión al MIR sostenía:

“El país no acepta que los cambios hacia el futuro se realicen bajo el signo de la violencia, desencadenada por grupos que, faltos de apoyo popular, quieren imponerse a través de las tácticas que implican el atemorizamiento y el atropello”.⁶

Ahora el gobierno sólo esperaba cualquier traspié para comenzar la persecución.

Durante ese mes, tanto Miguel Enríquez como la mayoría de los miembros de la Comisión Política del MIR seguían enfrentando una serie de ataques lanzados por la prensa. La agresión perpetrada en Concepción contra el periodista Hernán Osses Santa María había impactado fuertemente, provocando múltiples manifestaciones de rechazo. El Colegio de Periodistas de Chile pidió a la Corte Suprema la designación de un ministro en visita, solicitud que fue acogida. La Corte de Apelaciones de Concepción, presidida por José Cánovas Robles, nombró en el caso al ministro Héctor Roncagliolo Dosque, otorgándole una amplia orden de investigar.

Este impulsivo magistrado parecía justamente el indicado para intensificar la lucha jurídica contra el MIR. De ideas conservadoras, Roncagliolo Dosque ya había tenido problemas en la Universidad de Concepción, aunque no todos de índole académica.

En una ocasión, su hija, estudiante de medicina, había sido mal calificada en un examen por un profesor de origen alemán. Enterado de la situación, el ministro de Corte se dirigió indignado a la universidad para hacer “justicia” con sus propias manos. Una vez en el Campus Universitario y en medio de sorprendidas miradas y las risas del alumnado, comenzó una persecución incomprensible: el académico arrancando y el ministro amenazándolo e insultándolo.⁷

Esta vez Roncagliolo dejaría caer toda su fuerza contra el MIR.

En la madrugada del sábado 7 de junio, la policía invadió el barrio universitario, allanando el Hogar Central, las cabinas de jóvenes pensionados y el local de la FEC. Además, fueron requisados libros, mimeógrafos y máquinas de escribir, minutos después

de que un grupo de miristas había sustraído la recaudación de la semana universitaria. Resultado del allanamiento: 29 detenidos por sospecha y violada la autonomía universitaria.

De inmediato, los estudiantes organizaron una asamblea general en la Casa del Deporte, que en ese tiempo reunía a unos dos mil jóvenes en los momentos álgidos. Los ánimos estaban caldeados. Indignados, los universitarios querían enfrentarse a la policía y rescatar a sus compañeros. La intervención del rector Edgardo Enríquez Frödden restableció una tensa calma. Luego de un áspero diálogo telefónico con el intendente Alfonso Urrejola, a quien demandó garantías de que la policía no intervendría, la máxima autoridad universitaria instó a los estudiantes a desfilar para expresar su protesta. La columna, encabezada por él mismo; el presidente de la FEC, Nelson Gutiérrez, y el vicerrector, Galo Gómez, avanzó, como siempre, por la Diagonal Pedro Aguirre Cerda, en dirección al centro de la ciudad.

A dos cuadras de la Plaza de Armas, cuando desembocaba la marcha frente al edificio de los Tribunales, policías, armados de cascos, metralletas y auxiliados con tanquetas, detenían a los manifestantes. La intervención de Enríquez Frödden, sin embargo, fue decisiva, al lograr finalmente calmar a la *gallá* y evitar lo que pudo haber terminado en una matanza.

A esa misma hora, el funcionario del Banco de Concepción Claudio Rivera Villalobos, por petición de José Bordaz Paz, El Coño trasladaba en un furgón, una maleta con materiales para la fabricación de bombas Molotov, desde la Villa Acero —en el camino a Talcahuano— hasta un inmueble ubicado en calle Rengo 1498, en Concepción. En el vehículo era acompañado por Rosalía Lechuga Rivera, esposa de Arturo Villabela y sobrina del empleado bancario.

Dos días más tarde, Miguel Enríquez envía desde Santiago una carta a su padre expresándole el orgullo que siente como hijo, por su “viril actitud” en defensa de la universidad.

Era el momento que esperaba el gobierno para arremeter contra el grupo. A ello estaba abocado el trabajo del ministro en

visita Enrique Broghamer, quién procesa a los detenidos por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado.

En Concepción la policía detiene a Nelson Gutiérrez, quién previamente había negado toda participación del MIR en la acción, exigiendo “las más drásticas sanciones para los responsables de este hecho delictual”⁸; también fueron arrestados el vicepresidente de la FEC, el socialista Manuel Rodríguez y el corresponsal del diario Clarín y profesor mirista de la Escuela de Periodismo, Ricardo Cifuentes Vizarroel. Igual suerte corrían en Santiago los dirigentes miristas Patricio Figueroa, Alejandro Dorma, Patricio Díaz, tres ciudadanos alemanes que se encontraban con visa de turista y Gastón Salvatore Pascal.

Primo del dirigente mirista Andrés Pascal Allende, Gastón Salvatore Pascal era un joven que había arribado sólo meses antes al país, tras participar en debates junto a Rudi Dutschke y Herbert Marcuse, entre otros, trayendo las nuevas ideas europeas sobre la revolución a Chile. Actualmente, vive en Venecia, Italia, desempeñándose como periodista, escritor de novelas, obras de teatro, guiones de cine y poesía. Además de hablar cinco idiomas, Salvatore Pascal ha recibido importantes premios en Alemania por su trayectoria en el teatro, lejos de la política de aquellos intensos años, en que la persecución al MIR se desataba.

Los allanamientos y detenciones seguían multiplicándose en todo el país. En adelante, se tuvo que ocultar una gran cantidad de miristas, lo que para el movimiento fue la denominada “primera clandestinidad”.

Estando en esta situación, Enríquez recibía en Santiago el botín de la recaudación de la semana universitaria, que militantes del movimiento y miembros de la directiva de la FEC, habían logrado robar momentos antes de que la policía llegara a allanar el local de la federación.

Pero a pesar de la clandestinidad, la acción continuaba. A las 10 de la noche del domingo 15 de junio, en Santiago, cuatro jóvenes robaban la Armería Italiana, ubicada en Arturo Prat 141,

sustrayendo tres pistolas, 32 revólveres, cinco escopetas, un rifle francés, dos mil balas de diversos milímetros y una radio portátil. El día 20, son detenidos en la ciudad de Concepción 41 personas, entre ellos varios miristas, luego de atacar los edificios del diario La Patria y el National City Bank.

Mientras esto sucedía, eran ubicados los materiales para la fabricación de bombas Molotov de propiedad del MIR. Es detenido Claudio Rivera y desde entonces, El Coño Bordaz pasa a ser buscado intensamente por la policía. Cuatro días más tarde es recluida en la correccional de Buen Pastor, Elvira Coddou, esposa del Coño.

Al mediodía del 26 de junio, el teléfono comenzó a sonar en el departamento de prensa de Canal 13. Los anónimos interlocutores solicitaban ser contactados con el periodista Leonardo Cáceres para una particular entrevista desde la clandestinidad con el jefe mirista Miguel Enríquez. Las órdenes de los prófugos de la ley, aunque respetuosas, eran claras: sólo dos periodistas y un camarógrafo.

Al día siguiente, Cáceres, Vicente Pérez y un camarógrafo de la estación televisiva fueron recogidos en las afueras del canal por dos desconocidos. Fueron llevados hacia el barrio alto de la capital. Luego de dar varias vueltas sin sentido, el auto se detuvo y el chofer pidió amablemente a los profesionales de la prensa:

—Por favor, señores. ¿Se podrían poner estas vendas en sus ojos? Son las normas de la seguridad.

Continuaron el viaje y luego de unos 15 minutos con la vista completamente vendada, fueron llevados al patio de una casa en donde se encontraba Miguel Enríquez, Ingrid Sucarrat, Humberto Sotomayor, José Carrasco y otros militantes miristas.

Aquella noche, aparecía por las pantallas del canal católico una extensa entrevista al jefe mirista junto a Ingrid Sucarrat. En la conversación, el Secretario General del movimiento entregaba su opinión desde la clandestinidad:

—Algunos de los dirigentes más conocidos del MIR son personas relacionadas con gente de fortuna o incluso, con algunos

parlamentarios. Esto hace pensar a algunos que en el MIR milita un grupo de niños bien, de *pijes* que juegan a la revolución. ¿Qué opina Ud.?

—No conozco a ningún hombre de fortuna que milite en el MIR y ni siquiera que esté relacionado con hombres de fortuna. Segundo, sí conozco a algunos ex estudiantes que en este instante son militantes del MIR. Tercero, no defino a los hombres por la desgracia o gracia de quien son hijos. Sino que, definimos a los que son de nosotros por las ideas que nos canalizan. Si no fuera así, Ernesto Guevara fue médico, Fidel Castro es hijo de terrateniente, etc.

La historia de la revolución, de los procesos populares y de cualquier movimiento de masas, establece que en muchas oportunidades se encontrará hombres que abandonan sus orígenes y se colocan al servicio de otras cuestiones..., *dijo*.

—Señor Enríquez. Usted es médico. Usted también habló del Che Guevara que también era médico (sic) ¿Se autodefiniría como el Che Guevara en Chile?

—Me parece ridículo. En ningún caso. Ernesto Guevara es un gran líder del movimiento revolucionario en América Latina que está muy lejos, no solamente de mi persona, sino de cuantas personas yo conozco en este instante en Chile. Nuestra aspiración es exclusivamente a tratar de luchar bajo la gran visión que él dejó. La distancia que hay entre él, entre una persona como yo, y entre cualquier militante de nuestra organización es también enorme..., *concluyó Enríquez*.

Luego de la entrevista, el periodista Leonardo Cáceres fue vigilado durante 20 días por efectivos de la Policía de Investigaciones, quienes sospechaban de una presunta relación política de éste con el movimiento armado.

Las acciones impulsadas por el MIR y el sentido de las mismas causaban ya preocupación en el Estado Mayor del Ejército chileno, atento a la aparición de movimientos que abogaban por la revolución. En 1968 el alto mando reestructuraba la organiza-

ción interna y elevaba a la categoría de función primaria al Servicio de Inteligencia, naciendo así la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE), al tiempo que comenzaba el entrenamiento de oficiales en esta subespecialidad.⁹

Por su parte, la Fuerza Aérea de Chile elaboraba secretamente el llamado Plan Ariete, con el fin de detectar e investigar a aquellos grupos que propiciaban la lucha armada. En esta operación, se detectaba al MIR como el grupo “más activo, organizado y poderoso” que operaba en el país. La fuerza del movimiento era estimada en aquel documento de 3.000 a 4.000 militantes, “en su mayoría jóvenes, estudiantes y universitarios”.¹⁰ Pero esto era sólo el principio. La inteligencia de la FACH seguiría atenta a los pasos del MIR por los siguientes años.

La preocupación por la insurgencia guerrillera no se reducía a Chile, sino a todo el continente, especialmente a las autoridades estadounidenses. Entre 1968 y 1973, 1.057 miembros de las Fuerzas Armadas chilenas fueron instruidos en la base norteamericana Fort Gulick, en Canal Zone, Panamá.¹¹

El 30 de junio de 1969, el mirista y estudiante de Filosofía Cedric Moris Kelly moría accidentalmente al dispararse el revólver que manipulaba en casa de Lorenzo Ibarra, ubicada en el paradero 33 de Gran Avenida en Santiago. Aprovechando este caso, el vespertino Noticias de la Tarde continuaba con su campaña en contra del MIR. En su edición del 2 de julio de 1969, sostenía que el joven Moris Kelly “habría sido eliminado para escarmiento del resto de los miembros del Movimiento, que sienten flaquear su ánimo a raíz de la incesante persecución política”.

En la madrugada del 23 de julio, efectivos de Investigaciones capturaban al secretario de la FEC y de militancia mirista, Juan Saavedra Guarriateguy, El Patula, quien permanecía escondido en el Barrio Universitario penquista. Al día siguiente, y por orden del ministro sumariante Broghamer, era aprehendido el profesor de Filosofía Jorge Palacios Calman, presuntamente implicado con las acciones miristas. El 2 de agosto era detenido por

Carabineros Marcelo Ferrada Noli, justo cuando regresaba a Concepción desde Los Angeles. Ferrada se desempeñaba como profesor universitario.

El ministro Broghamer había citado para el lunes 4 de agosto a los máximos líderes miristas, quienes, de no comparecer, serían declarados reos. Ese lunes no apareció ninguno de los requeridos.

La situación se agravaba, habida consideración de que el MIR enfrentaba una seria crisis interna desde el mes de junio. Un pequeño grupo de estudiantes, impacientes partidarios de acciones más directas se escinde de la organización. Durante la reunión en que estalla el conflicto, se produjo una fuerte discusión entre Rafael Ruiz Moscatelli, quien dirigía el grupo crítico y Miguel Enríquez, el que les gritaba “mencheviques”, en alusión a la minoría opositora a los bolcheviques rusos en las jornadas revolucionarias.

Ruiz Moscatelli había ingresado pocos meses antes al MIR. Escindido del PS, el *Rafa*, como era llamado, creía percibir una “cierta pasividad militante, pues sentía mucha concentración de poder en la dirigencia mirista”.¹²

Después de esta discusión, Miguel se dirigió a la casa del Rafa, ubicada en la comuna de Macul, cerca del Pedagógico. Ambos acordaron una especie de pacto, por el cual convenían en una salida silenciosa para no producir una negativa imagen divisionista del MIR. El grupo escindido encabezado por Ruiz Moscatelli, luego daría vida al Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez (MRMR), nombre que se abrevió en la sigla MR-2.

Finalmente, el problema al interior del movimiento se zanja con el documento “¿Cuál es el camino?: Grupos Operativos o Acción Directa”, que expresa la opinión dominante, compartida por Miguel Enríquez, de impulsar primero las “acciones de masas”.

El intenso debate interno y la frenética actividad política no impedían, por cierto, momentos distintos, familiares. En aquel julio del 69, se reunían en casa del rector de la Pontificia Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco, él, su esposa, Mónica

Echeverría y Edgardo Enríquez Frödden, rector de la Universidad de Concepción. El propósito del grupo era analizar los últimos acontecimientos sucedidos en el ámbito universitario.

Terminaban el almuerzo cuando llega Andrés Pascal Allende, quien estaba casado con Carmen Castillo Echeverría, hija del dueño de casa. Lo acompañaba otro joven que Edgardo Enríquez no alcanza a reconocer.

—¡Papá, cómo estás! —dijo Miguel Enríquez, ante la sorpresa de su progenitor de verlo después de tanto tiempo de clandestinidad.

Conversaron durante un buen rato. Su padre recomendaba que se presentara a declarar ante la justicia, que no habrían problemas. Miguel reía mucho y para tranquilizarlo, le dice que lo pensaría. Luego ingresan al departamento ocupado por el joven matrimonio para visitar a Carmen, quien acababa de tener a Camila Pascal Castillo, la primera hija de esta pareja. Meses más tarde, Miguel Enríquez tendría un segundo encuentro con su padre, esta vez, gracias a la ayuda del hijo de un embajador extranjero.¹³

La cuarta campaña presidencial de Salvador Allende ya se desplegaba por todo el país. El histórico líder socialista encabeza la propuesta de la Unidad Popular, una iniciativa político-electoral de masas que el MIR se resistía a respaldar.

El 25 de julio, en un departamento de la comuna de Ñuñoa se reúne todo el Comité Central. Miguel Enríquez abrió el encuentro diciendo que el MIR se dividía ese día. No había mayor argumentación, sólo la necesidad de acelerar las expropiaciones.

De los quince miembros presentes, nueve se pronuncian por apoyar la posición del Secretario General. Entre el grupo minoritario, Luis Vitale dejó en claro que se estaba cometiendo un gran error al dividirse, ya que sin existir grandes diferencias políticas, lo importante era apoyar, aunque críticamente, la candidatura de Salvador Allende.

Según Vitale, en la acalorada discusión, Sergio Zorrilla,

miembro del grupo mayoritario de Enríquez, habría sacado una pistola, apuntando directamente al historiador de origen argentino, incidente apaciguado por Miguel, quién le ordena: “Chico, guarda la pistola”. Sin embargo, la versión de Luis Vitale, hasta estos días carece de toda veracidad para Zorrilla.¹⁴

Finalmente, se resolvió la división. Los “viejos revolucionarios de café”, como era llamado irónicamente el sector trotskista del MIR, quedaban fuera. Al concluir la reunión, Miguel Enríquez dijo:

—“Bueno, compañeros. Ustedes (los minoritarios) van a creer que nosotros vamos realizar los mismos procesos de Moscú que hacía Stalin. No. Ustedes nunca van a decir que nosotros les hemos hecho un proceso y que en él, están inculpados y los echamos. Aquí nos separamos. Aquí nadie echa a nadie y yo les solicito a ustedes que nos demos un abrazo”.

Todos siguieron la iniciativa de Miguel, quien demostraba otra vez su capacidad de liderazgo y su particular “maquinación” para hacer política. Se expulsó aproximadamente a un 20 por ciento de la militancia, casi todos del sector trotskista y comunistas disidentes de la línea cubana. El grupo marginado forma después el MIR-FR (Frente Revolucionario). La fecha para la celebración del IV Congreso del MIR, una de los anhelos de los viejos trotskistas, estaba acordada para el 20 de agosto. Coincidencia o no, ese mismo día, pero 29 años antes, se había producido el atentado que le costaría la vida al ex dirigente soviético y fundador del Ejército Rojo, León Trotski.

Con un MIR a entera disposición de Miguel Enríquez y sus compañeros, el movimiento iniciaba una nueva etapa, reestructurándose inmediatamente. En el documento “Sin lastre avanzaremos más rápido”, Enríquez plantea el tipo de militante que se necesitaba para este período:

—“Los militantes deberán aceptar las reglas de una rigurosa clandestinidad. El tipo de militante que ingresará al MIR debe ser distinto al de antes. Los aficionados deberán abandonar la organización... La entrega de sí mismo deberá ser total. La orga-

nización decidirá si un militante debe o no trabajar o estudiar, o donde habitar, etc.”¹⁵

Ahora se requería de gente que diera todo por el partido. La dirección del movimiento ya había optado desde hacía meses atrás, abandonar sus profesiones y exigían que sus militantes, por lo general, jóvenes de las clases medias y altas, sufrieran una profunda transformación de su personalidad y rasgos “burgueses”. Estos nuevos cuadros miristas debían estar aptos, física y mentalmente para las tareas que el partido requería. Se organizan entonces, los llamados GPM (Grupo Político Militar), que contaban con un jefe, subjefe y unidades de cinco militantes. Sus principales misiones estarían centradas en la agitación callejera, propaganda pacífica o armada y las “acciones directas”, es decir, actos armados secretos.

Para esto, Miguel Enríquez estaba convencido de que la misma Comisión Política debía ser quien tomara la iniciativa y predicar con el “ejemplo”... revolucionario.

La mañana del miércoles 20 de agosto parecía ser completamente normal en Santiago. Las puertas de la sucursal Santa Elena del Banco Londres ya habían abierto y comenzado la atención al público, pero a las 9 y 17 minutos todo cambió repentinamente.

A la oficina bancaria, ubicada en calle Juan Sebastián Bach N° 21, ingresan cuatro personas, con un propósito un tanto “inusual”. Todos portaban armas de fuego y rápidamente maniataron al portero e inmovilizaron a los empleados. Uno de los agentes fue obligado a entregar las llaves de su automóvil Fiat 1500 patente LB-236, de color blanco.

Simultáneamente, otro de los asaltantes obligaba a la cajera a abrir la caja chica. Un tercer individuo introducía todo el dinero que podía en un maletín de color café. Un quinto integrante permaneció todo el tiempo apostado en la puerta del banco, cubriendo a los suyos con una metralleta.

Sólo siete minutos duró el operativo. Huyeron en el Fiat del agente y se perdieron por calle Palestina en dirección al norte, llevándose un botín de 92.317 escudos. Hasta ese momento nadie

sabía que las identidades de esos individuos correspondían a Miguel Enríquez y a otros altos dirigentes del MIR.

Culminaba así la primera “expropiación bancaria”, eufemismo utilizado por los miristas para denominar los asaltos a bancos que tenían el objetivo de recaudar fondos para el financiamiento de sus actividades.

Esta habría sido la primera “expropiación” mirista exitosa de que se tenga conocimiento. Sin embargo, el primer intento ocurrió a fines de 1968, a la tesorería de la Municipalidad de Las Condes, operativo en el que habrían participado Max Marambio, Sergio Pérez, Humberto Sotomayor, Jorge Grez, Sergio Zorrilla y Miguel Enríquez.¹⁶

Debido a sus fuertes condenas, los asaltos a bancos no eran delitos muy repetidos en Chile. El primero se produjo el 26 de septiembre de 1961 cuando cuatro individuos armados lograron un botín de 4.590 escudos desde la sucursal Las Condes del Banco del Estado. Este asalto estuvo dirigido por José Roberto Rubio, alias El Loco Pepe, quien fue condenado a 89 años de reclusión en la Penitenciaría de Santiago. Con los años, la práctica fue dominada por bandas de delincuentes provenientes de Argentina.

Pero los asaltos bancarios perpetrados por los miristas, no se adecuaban a la lógica delictual. Estos curiosos “bandidos” se caracterizaban por su particular manera de enfrentar al público. Casi en forma respetuosa decían a sus víctimas: “No se preocupen, la mayoría somos doctores y no pretendemos matar a nadie. Esto es una expropiación. ¿Podrían llenar la bolsa con dinero?”. Incluso, durante mucho tiempo se comentó entre la Comisión Política, aquella vez en que al finalizar uno de los últimos asaltos, el público los habría despedido, curiosamente, entre aplausos.

Si esto se agrega que los asaltantes eran jóvenes, altos y apuestos, no fue difícil encontrar a mujeres que se consideraran afortunadas en ser víctimas de esta “pandilla”. Aún existe en los archivos de Canal 13 una entrevista realizada por el periodista Julio López Blanco a una anónima joven que, siendo testigo de

estas “expropiaciones”, señaló al profesional de la prensa: “Los asaltantes eran regios, estupendos, me encantaron”.

De esta manera y como los asaltos con fines políticos eran inusuales en Chile, la opinión pública despertó cierta simpatía con la acción de los jóvenes revolucionarios. Además, les otorgó un prestigio carismático a los principales dirigentes del movimiento, que comenzó a difundirse entre las bases del partido.

Con la primera “expropiación bancaria” pública de los miristas, comenzaba una escalada de asaltos de las que el MIR no era el único responsable. Por su parte, el gobierno solicitó la designación de un ministro en visita para investigar estos casos, responsabilidad que fue asumida por el recién llegado juez de la Corte de Apelaciones de Santiago, José Cánovas Robles.

Todavía no transcurría una semana del primer atraco mirista, cuando en la mañana del 25 de agosto, Carlos Pino, cajero del supermercado Portofino ubicado en avenida Irarrázaval 5353, en la comuna de Ñuñoa, caminaba en dirección a la camioneta recaudadora del Banco Continental.

Era una labor rutinaria, pero antes de terminar su tarea, es interceptado por un tipo joven y flaco. Otros dos lo rodearon hasta que el primero se hizo del maletín que contenía 344 mil 898 escudos.

Los tres corrieron al auto Fiat, robado 48 horas antes. En el corto trayecto, se protegieron con sus armas y un disparo hirió en la mano del cajero Pino. El delgado muchacho que arrebató el maletín al empleado del supermercado lo arrojó al interior del vehículo y emprendió su huida, corriendo por la calle Juan Sabaj. El carabinero Ignacio Vargas lo persiguió en moto logrando capturar al estudiante de periodismo de la Universidad de Chile, Jorge Silva Luvecci.

La prensa de la época informó que Silva Luvecci había militado en el Partido Socialista y expulsado de éste en 1966, año en que cursaba la carrera de Periodismo en la sede de Valparaíso de la Universidad de Chile. Según los exámenes de capacidad intelectual que le practicara semanas después el ministro en visita

Cánovas Robles, el joven estudiante era poseedor de una gran oratoria y de una inteligencia superior al normal.¹⁷ Actualmente, Jorge Silva Luvecci mendiga en los alrededores del Palacio La Moneda, a causa de un lamentable estado mental.

Pero aquella tarde de agosto de 1969, el entonces estudiante fue conducido a la 13ª Comisaría y después trasladado al Cuartel de Prefectura Móvil. Los “persuasivos” métodos policiales lograron su objetivo: Silva Luvecci delató a otro de los participantes, Juan Martínez Briceño, quien fue detenido en horas de la madrugada, y también sometido a los “efectivos” interrogatorios. Con su declaración lograron identificar a otros dos involucrados en el atraco, los ex miristas Rafael Ruiz Moscatelli y Nicolás Golanaris Tapia, estudiantes del Instituto Pedagógico. Del quinto integrante de la banda sólo se obtuvo su apodo, Toño.

Era la segunda expropiación, pero esta vez los autores ya no eran parte del MIR. Un mes después, tanto Rafael Ruiz Moscatelli como Miguel Enríquez reconocían, en entrevistas por separado a la revista Punto Final en su edición 87, que el asalto a Portofino era una acción propia de una organización ajena al MIR, la que era dirigida por Ruiz Moscatelli y que públicamente se hacía conocida como el MR-2.

Al día siguiente del atraco a Portofino, el 26 de agosto, efectivos policiales capturaban a Sergio Pérez Molina, mirista que confesó su participación en el asalto al Banco Londres. Declaró asimismo haber colaborado en un frustrado robo a la sucursal Las Condes del Banco del Estado, para el que se disfrazó de bombero. Con los datos proporcionados por Pérez Molina a la policía, se logró recuperar dos Fiat 1500, automóviles que habrían sido robados por miembros del MIR.

En declaraciones realizadas a revista *Ercilla*, Miguel Enríquez entregaba su visión sobre las “expropiaciones revolucionarias”:

—“Creemos que la tarea de los revolucionarios en muchos países de América Latina, que aún no están combatiendo como en Chile, es organizarse y prepararse para niveles superiores de lu-

cha. Para ello necesitan financiar sus actividades a través de expropiaciones revolucionarias. No somos ladrones ni delincuentes comunes, porque no lo hacemos por lucro personal. Es fácil desde la cómoda institucionalidad injuriar a organizaciones perseguidas y tratarnos de gángsteres".¹⁸

En su vida sentimental, Miguel Enríquez trataba de estar el mayor tiempo posible con su esposa, en el pequeño departamento de ambos, ubicado en Avenida Santa María, a metros del Parque Forestal de Santiago. Su esposa Alejandra Pizarro ya se acostumbraba a la clandestinidad de Enríquez.

Los episodios derivados de esa especial vida cotidiana se podían presentar en cualquier instante. Uno de ellos tuvo lugar la vez en que Alejandra caminaba junto a su hermana, Ana Pizarro, por el Cerro Santa Lucía y cuando al percatarse de que eran seguidas, le señaló casi sin preocuparse:

—Hermana, mira a aquel hombre. Cuando yo me vaya, él también se va ir.

Al pasar junto al desconocido, ella le dijo:

—¡Miguel no está en casa, ya salió! —ante la sorpresa del hombre y la risa de ambas.¹⁹

En septiembre era allanado el nuevo hogar del matrimonio, una discreta casa ubicada cerca de Gran Avenida. Alejandra, embarazada de ocho meses, logró telefonar a su suegro, Edgardo Enríquez, quien, desde Concepción, dispone inmediatamente ir a buscarla en avioneta junto a un médico. Terminaría su período de gestación en Concepción, donde los riesgos eran menores.

En el atardecer del 14 de octubre, nacía en la Clínica Alemana de Concepción la primera hija de Miguel Enríquez y Alejandra Pizarro. Presentes estuvieron en el exclusivo establecimiento hospitalario los padres de Miguel, su suegra, Irene Romero, Ana Pizarro, e Inés Enríquez. La clandestinidad impedía que el padre pudiera ver a la recién nacida Javiera Alejandra Enríquez Pizarro, quien

recibe ese nombre en honor a una de las mujeres que Miguel más admiraba en la historia chilena: Javiera Carrera.

Días más tarde, Enríquez se las arreglaba para entrar a la clínica, con una falsa identidad, con el fin de conocer a su recién nacida hija. Al tomarla entre sus brazos, sintió una emoción que lo llenaba de vida y fuerza. Luego volvería a Santiago a continuar con sus tareas políticas.

Una semana más tarde, el general de Ejército Roberto Viaux Marambio trataba de poner en jaque al gobierno de Frei Montalva. A tempranas horas del 21 de octubre se acuartelaba en el Regimiento de Artillería N° 1 “Tacna”, apresando a su comandante, el coronel Eric Woolvett. A la unidad militar sublevada, se plegaba la Escuela de Suboficiales, el Batallón Blindado N° 2 y el Batallón de Transportes N° 2.

Después de tensas horas, el levantamiento era sofocado y el general detenido. Para obtener una mayor información sobre las intenciones del general rebelde, la dirección del MIR encomendaba una investigación especial a Luciano Cruz.

El 27 de octubre, juraba como nuevo comandante en jefe del Ejército el general René Schneider Chereau, sucediendo en el cargo a su par Sergio Castillo Aránguiz. El nuevo jefe militar, penquista al igual que los principales jefes del MIR, desconocía, por cierto, lo que en aquellos días planeaban sus coterráneos.

“¡Policía de Investigaciones, control de divisas, el banco está intervenido!”, fue el anuncio breve y terminante que el 13 de diciembre de 1969 escucharon los seis funcionarios de la Sucursal Bilbao del Banco de Crédito e Inversiones.

Faltaban cinco minutos para las dos de la tarde cuando un individuo disfrazado de carabinero ingresaba a la sucursal bancaria premunido de un revólver y acompañado de cuatro jóvenes que, vistiendo traje y corbata agitaban sus falsas placas policiales. El supuesto uniformado, Víctor Romeo —conocido al interior del

MIR como El Guajiro— y tres de ellos se abalanzaron contra el mesón para intimidar a los demás empleados.

De acuerdo al plan, en ese momento, Miguel Enríquez debía subirse de un salto al mostrador y sacando el arma, conminar a todo el mundo a tenderse en el suelo. Sin embargo, según el estudio previo realizado al local un mes antes, el mesón llegaba a la cintura de una persona, sólo que el mirista a cargo del cálculo medía casi los dos metros de altura, por lo que Enríquez no logró subirse, mientras que de un brinco, Luciano Cruz conseguía el objetivo.

—¿Te ayudo, Miguel?, —preguntó irónicamente Cruz, mientras sonreía.

Rápidamente todos fueron conducidos hacia un pasillo del banco y amarrados con cables que los mismos asaltantes portaban. Amenazante, habló nuevamente el falso policía: “Ahora será mejor que nos entreguen las llaves de la caja. Al primero que intente hacer algo le disparamos”.²⁰

Mientras se llevaban el dinero, en uno de los ventanales del colegio de mujeres, ubicado frente del recinto bancario, algunas muchachas se habían percatado que algo inusual sucedía. Cuando Miguel y Luciano aparecieron, esto fueron reconocidos por las jóvenes. Cruz, haciendo alarde de su fama de conquistador, se detuvo a saludar a las colegialas que gritaban y aplaudían, levantando ambos brazos en las que sostenía el botín obtenido. Miguel, se volvió y le dijo entre seriedad y risas: “Ya, imbécil. Deja de hacer el payaso, y vamos”, mientras un Luciano enrojecido por la vergüenza aceptaba la “humillación”.

Luego, ambos se subieron al auto puntero, un Fiat 1500 que era conducido por Andrés Pascal Allende, mientras otros dos vehículos completaban la caravana asaltante, emprendiendo una rápida marcha. Al llegar a una esquina, Pascal frenó bruscamente.

—¿Qué pasó?, ¿Por qué paraste? —preguntó un alarmado Enríquez, mientras con su dedo índice, Andrés Pascal le señalaba la luz roja del semáforo.

—Podemos asaltar bancos, pero las leyes del tránsito hay que respetarlas —fue el comentario del cuidadoso chofer, ante la risa de todos.²¹

¿Pero quién era este amenazante hombre, apodado *El Guajiro*, que disfrazado de carabiniero, actuaba en forma más osada y violenta que lo habitual? El escritor mexicano Jorge Castañeda relata en su libro *La Utopía Desarmada* lo siguiente de Víctor Romeo, *El Guajiro*: “Aunque nunca tuvo buenas relaciones con Miguel Enríquez y el resto de la dirigencia del MIR, Víctor Romeo permaneció en la organización durante los años de Allende. Al llegar el golpe de Estado en septiembre de 1973, Romeo hizo lo que casi nadie realizó: dirigir un grupo aislado de resistencia armada contra la asonada de Pinochet en un cordón industrial de Santiago. El tiroteo duró menos de un día, pero el 12 de septiembre Romeo tenía varias cargas de Máuser en el cuerpo: se lo dio por muerto. No hubo tal: los militares chilenos lo capturaron, lo torturaron y luego lo curaron en un hospital del Ejército para después sentenciarlo a muerte. Varios meses de protestas oficiales del gobierno francés (nacionalidad de su padre) culminaron con la suspensión de su sentencia y al cabo de casi 18 meses en una cárcel militar chilena, Romeo fue expulsado de Chile. Lleva cuarenta centímetros de cicatrices en la espalda como recuerdo”.²²

A pesar del aventurero relato sobre la vida de Víctor Romeo, la mayoría de los ex miristas entrevistados por esta investigación, aseguran que la participación del *Guajiro* en el MIR, no habría sido de gran peso e importancia, pudiendo haberse convertido, quizás, en otro mito más en la historia de los revolucionarios, muchas veces plagadas de fantasías y ánimos de trascendencia.

Pero los hechos que estaban sucediendo el último mes del año 1969, parecía no acabar. El 26 de diciembre era asaltada la sucursal Villa Macul del Banco Osorno y La Unión. El botín ascendió esta vez a sólo 8.400 escudos.

Por esos días, la Dirección Nacional del MIR difundía una nueva declaración, que en su parte medular decía:

--“El MIR devolverá a todos los obreros y campesinos del país esos dineros, invirtiéndolos en armas y organizando los aparatos armados necesarios para devolver a todos los trabajadores lo que se han robado todos los patrones de Chile, o sea, para hacer un gobierno obrero y campesino, que construya el socialismo en Chile”.

El 29 de enero de 1970 era frustrado un asalto a una ambulancia que trasladaba 500 mil escudos al Sanatorio El Peral. Los detenidos reconocieron pertenecer a una célula que, tras separarse del MIR, se integraron al llamado Ejército de Liberación Nacional.

Hasta el 31 de enero, no habían bajas entre los partidarios de la “vía armada”. El primero en caer fue Ismael Villegas Pacheco, *Francisco*, muerto por el balazo hecho por un carabinero, cuando huía disparando desde un Fiat 600 que había robado momentos antes en las inmediaciones del Estadio Nacional.

Villegas Pacheco, obrero tipógrafo de 25 años, vivía en una mediagua en la población La Faena. Hasta la campaña presidencial de 1964 pertenecía a las Juventudes Comunistas, donde habría formado el grupo Arauco, que propugnaba el entrenamiento militar para los jóvenes comunistas. El grupo fue expulsado por la dirección de la *Jota*, presidida en ese entonces por Gladys Marín, acusando a sus miembros de “aventurerismo”. *Francisco* y sus muchachos, alrededor de 25, formaron la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), revelándose en pocos meses como uno de los grupos más violentos del país.

Se cree también que la VOP habría sido formada por ex miristas, descontentos con las políticas de la directiva nacional. Entre sus dirigentes más importantes figuraban los hermanos Ronald y Arturo Rivera Calderón y Nahúm Castro, conocido como *Comandante Zerapio*, un ingeniero de ferrocarriles que hoy vive en Holanda.

Los militantes de la VOP explicaban al periodista Hernán Millas, en entrevista publicada en marzo de 1970, por qué preferían pertenecer a este movimiento antes que al MIR:

—“En el MIR nos habríamos sentido como pollos en corral ajeno. Allí son más “high”. En la acción pueden ser igual o mejor que nosotros, pero como pertenecen a familias acomodadas, han tenido más acceso a la educación”.

En la misma nota periodística, un “anónimo” ex mirista criticaba directamente al entonces secretario general del MIR:

—“Miguel Enríquez participa de la idea de Marcuse, en el sentido de que los obreros están comprometiéndose en el “status”, que los traga la sociedad de consumo, y que los estudiantes son los únicos no comprometidos”.²³

El 23 de febrero de 1970 era asaltada la sucursal Vega Poniente del Banco Nacional del Trabajo. La acción dejaba otros 252 mil escudos en manos del MIR. Esta expropiación fue adjudicada a la célula mirista “Rigoberto Zamora”²⁴ y admitida públicamente por el movimiento, que reiteró su promesa de devolver el dinero mediante la organización de aparatos militares populares.

Días más tarde, dirigentes del MIR entregaban 5.000 escudos a los pobladores del campamento “26 de enero” de La Granja, lugar donde operaban “milicias populares” dirigidas por uno de los hombres más buscados por la policía: Víctor Toro Ramírez.

Dirigente poblacional y miembro del Comité Central del MIR, Víctor Toro era el encargado de dirigir estas milicias en los campamentos “26 de enero” y “Nueva La Habana”. Tras el golpe militar, es detenido por efectivos de seguridad y llevado a los centros de prisioneros de Villa Grimaldi, Tres y Cuatro Alamos y a los subterráneos de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. En 1976, Toro es liberado y exiliado a Cuba, país en donde permaneció durante cinco años. Sus familiares tras buscarlo infructuosamente, lo declararon oficialmente muerto. En 1979 es expulsado del MIR por oponerse a la denominada Operación Retorno y actualmente, Víctor Toro se encuentra viviendo en el populoso barrio del Bronx en Nueva York, Estados Unidos, continuando su trabajo como dirigente poblacional, cuya labor en favor de los más desposeídos ha sido reconocida por los más diversos sectores de la

Gran Manzana y cada “5 de octubre”, aún se emociona al recordar a su líder Miguel Enríquez, que a principios de marzo de 1970, parecía más activo que nunca.

En plena clandestinidad, el 16 de marzo, el dirigente mirista Sergio Zorrilla, se dirigía a una reunión del Comité Central. Su contacto lo esperaba en la esquina de Larraín con Tobaraba, pero este no llegó a la hora acordada, debido a problemas con su vehículo.

Circunstancialmente se había producido allí un accidente con una víctima fatal. Zorrilla, asustado, se acercó al lugar de los hechos, siendo reconocido por “tiras” que vigilaban el sector a bordo de una camioneta; tras un breve enfrentamiento, el mirista resultó detenido. El riesgo aumentaba cada día.

El semanario *Ercilla* publicaba, a mediados de abril, los nombres y fotos de los principales dirigentes miristas con el titular “Se Encarga”, junto a la siguiente información:

—“Se encarga la detención de las siguientes personas por estar implicadas en los delitos de asaltos y robos bancarios: Bautista van Schouwen Vasey, Luis Mario Luciano Cruz Aguayo, Miguel Humberto Enríquez Espinosa, Edgardo Enríquez Espinosa, Rafael Hernán Ruiz Moscatelli, Víctor Hugo Toro Ramírez, Víctor Paul Romeo, Luis Alberto Barraza, Alejandro de la Barra Villarroel, Luis Guillermo Herrera Muñoz, Humberto Eduardo Sotomayor, Luis Alberto Maureira Sandoval, Andrés Eduardo Pascal Allende y Max Joel Marambio”.²⁵

Las dificultades que para una pareja creaba la vida clandestina se expresaban en una relación cada vez más conflictiva entre Miguel y Alejandra. La situación se hizo poco a poco insostenible. La pareja se fue distanciando, terminando en una separación, comprensiblemente dolorosa para ambos.

El MIR contaba por esos días con un adecuado aparato para enfrentar el clandestinaje. Sus dirigentes casi nunca pasaban la noche en una misma casa y la mayoría debía dormir en el suelo, a

como diera lugar, lo que terminaría por producir problemas de columna en algunos de ellos; el mismo Bautista van Schouwen debió viajar a Cuba en una oportunidad, para ser operado.

El movimiento recibía un fuerte apoyo por parte de ciudadanos extranjeros que facilitaban sus casas como “albergues improvisados” para los clandestinos. Tal fue el caso de un médico francés de apellido Favre, quien trabajaba en la Universidad de Chile, cuando en una ocasión, tras una “expropiación bancaria”, cobijó a su colega, miembro de la dirección nacional del MIR y quien rápidamente se estaba transformando en el brazo derecho de Miguel Enríquez: Humberto Sotomayor. El doctor Favre confesaría después haber recibido en su casa al mirista por razones humanitarias, habiendo sido posteriormente flagelado brutalmente por la policía, que le costó una leve sordera. Este acto recibió un enorme repudio en Francia, cuyas protestas eran encabezadas por Jean Paul Sartre. Finalmente Favre fue absuelto del proceso.²⁶

En el plano interno, los chilenos más comprometidos con el MIR en la clandestinidad, eran los numerosos militantes socialistas que simpatizaban con las ideas de los jóvenes revolucionarios.

Mientras los miristas se comenzaban a adecuar a esta especie de vida subterránea, el 28 de abril el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider llamaba a su despacho al capitán Florencio Fuentealba Aguayo.

La orden del jefe militar fue clara: “Desde hoy capitán, usted queda fuera de la institución”. Al oficial se le acusaba de infiltrar y adoctrinar con ideas miristas a sus subalternos de la Escuela de Paracaidistas en Peldehue, cuna de los Boinas Negras, los respetados comandos del Ejército, en donde se desempeñaba como instructor y secretario de estudio del recinto militar.

Florencio Fuentealba Aguayo era hermanastro de Luciano Cruz Aguayo. Había ingresado a la Escuela Militar en 1953 y tras graduarse de oficial, optó por el arma de infantería. En 1964, con el grado de teniente, es elegido, junto al oficial Dante Iturriaga, para ser instruido en la Escuela de las Américas, en Panamá. A

su regreso, participa en la formación de los primeros instructores de la naciente Escuela de Paracaidismo, mientras tanto, Miguel Enríquez y Luciano Cruz se reunían con él para obtener información referente a temas vinculados al Ejército, a lo que según el ex militar, respondía con evasivas palabras.

Pero desde el levantamiento del Regimiento Tacna, esta historia tomaba nuevos rumbos. Según su versión, “un grupo de sub oficiales comienzan a hacerle preguntas sobre la realidad política existente. Yo les traté de abrir los ojos a los soldados, porque el momento era muy malo”²⁷. En adelante, dirigiría una serie de reuniones con los soldados a su cargo. En abril de 1970, la inteligencia del Ejército descubre estas actividades ajenas a la disciplina militar y acusa a Florencio Fuentealba de formar una célula mirista al interior de la institución. Junto a él, son dados de baja catorce clases, algunos de ellos considerados excelentes profesionales, entre los que se contaban los suboficiales Barraza, Cossio y *El Tomate* González, meses más tarde instructor de Patria y Libertad.

El otro oficial dado de baja era Mario Melo Pradenas. Considerado como un soldado de excepción, Melo se desempeñaba como instructor de paracaidismo y profesor de judo y karate. Era un hombre completamente entregado a su profesión, pero que en su “hoja de vida militar” ya arrastraba un serio problema vinculado a su intimidad sexual. Con este antecedente, la DINE no dudó en pedir su expulsión. Mario Melo se sumó, entonces, rápidamente al MIR, siendo instructor de cuadros y por su rango, uno de los más capacitados en el aparato militar del movimiento.

En el mes de mayo, el Secretariado Nacional del MIR había sacado una declaración en la que se indicaba que el movimiento no desarrollaría “ninguna actividad electoral”. También, dejaban en claro sus diferencias con los partidarios del programa de la Unidad Popular.

“Los que allí están buscan la conquista del poder por la vía electoral, creemos que ése es un camino equivocado, por lo menos no es el nuestro. Pero el hecho de diferir en los métodos no los

convierte en nuestros enemigos. Sólo hace evidente que marchamos por caminos distintos. Sólo la derecha y los que quieren seguir su juego, buscando provocar enfrentamientos entre la Unidad Popular y el MIR".²⁸

El 10 de junio, fue asaltada nuevamente la Armería Italiana, ubicada en calle Arturo Prat 142. Esta vez los autores correspondían al comando de la VOP "Pedro Lenín Valenzuela".

La última operación por parte del MIR tiene lugar a principios de julio de 1970. Un grupo de militantes intentó volar puestos de carabineros vacíos, en respuesta a la muerte de dos estudiantes secundarios por la represión policial en Santiago, en pleno paro nacional de la CUT.²⁹ El resultado: acción desbaratada al ser detenidos tres miristas tras lanzar la primera bomba. El fracasado operativo reveló los riesgos que suponía realizarlos en un momento tan cercano a las elecciones presidenciales.

Durante mucho tiempo se rumoreó que el propio Fidel Castro habría sido quién influyó en la "moderación del MIR" para que suspendiera momentáneamente sus acciones armadas.³⁰ Sin embargo, cabe preguntarse: ¿por qué detuvieron la "lucha armada" si casi todos en el MIR no creían que Salvador Allende ganaría las elecciones?

Casi la totalidad de los ex miristas entrevistados por los autores de esta investigación, señalaron su asombro ante la victoria de Allende, pues creían que la Democracia Cristiana terminaría uniéndose con la candidatura de la derecha.

Ni siquiera el propio Miguel Enríquez consideraba una posible victoria del candidato de la Unidad Popular. Por esos días, su hermano mayor, Marco Antonio, recibía en Francia una carta de una tía materna en la que había una nota de Miguel con el siguiente mensaje: "Marco no vuelvas a Chile, quédate en Francia, agarra lo que sea. Aquí estai jodido, va a ganar Alessandri".³¹

Pero en una reunión realizada en una casa del sector oriente de la capital, fue el propio candidato Salvador Allende quien solicitó a Enríquez, una política de moderación de sus acciones

armadas, pues cada “expropiación bancaria” quitaba más votos a la izquierda.³²

Se desarrolló entonces, un trabajo a nivel de masas que consistía en crear “milicias” y fortalecer las organizaciones intermedias del MIR, tales como el Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR), el Movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR) y el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR), encomendándoles tareas para enfrentar una situación de golpe de Estado.

Mientras esto sucedía al interior del movimiento, en octubre, la FACH elaboraba secretamente un segundo documento de inteligencia en que se daba a conocer las “trizaduras internas”, a causa de las elecciones presidenciales que se avecinaban. El Plan Lanceta agregaba que “en todo caso, no debe subestimarse la posibilidad de que desaten la violencia durante o después de la fecha señalada (elección presidencial), conforme a sus planteamientos y a sus públicas declaraciones”.³³

Llegaba el esperado 4 de septiembre. Todos especulaban, pero nadie podía asegurar quién sería elegido Presidente de Chile. Cerca de la medianoche, el recuento de votos otorgaba la primera mayoría a Salvador Allende, con 1.075.616 votos (36,3 por ciento), superando levemente al candidato de la derecha, Jorge Alessandri Rodríguez, que obtenía 1.036.278 votos (34,9 por ciento), y relegando a una tercera posición al demócratacristiano Radomiro Tomic, cuya votación era sólo de 824.849 sufragios (27,8 por ciento).

Esa misma noche, la dirección del MIR preparaba una declaración, opinando que el pueblo no había ganado, que el programa allendista no llevaba a ninguna parte y que todo terminaría en un golpe de Estado; sin embargo, la divulgación pública del documento fue impedida por un grupo de periodistas miristas, entre ellos José Carrasco Tapia y Gladys Díaz. Estos y otros dirigentes entendieron que, con los partidarios de la Unidad Popular celebrando emocionadamente en las calles una victoria tanto tiempo anhelada, poco se entendería una declaración con ese contenido político. Había que darle la oportunidad a la UP.³⁴

A esa misma hora, a más de 1.800 kilómetros de Santiago, en el nortino puerto de Iquique, el comandante de la VI División de Ejército, coronel Augusto Pinochet Ugarte, decía a sus oficiales:

—“El pueblo de Chile ha sido engañado, pues parece ignorar en dónde nos llevará el marxismo leninismo. Señores oficiales, creo que será el fin de la vida independiente de nuestro amado Chile, y que a larga pasará a ser un satélite de la Rusia soviética”.³⁵

En el seno del MIR existía el convencimiento de que se había planeado un golpe de Estado con el fin de boicotear el triunfo del candidato socialista. La misma Dirección Nacional del movimiento, en uno de sus documentos, expresaban:

“Entre las 12 y las 3 de la mañana, el jefe de plaza, Camilo Valenzuela, con el ministro del Interior y con el jefe de Carabineros estaban tratando de convencer a Frei que lo diera (el golpe) y que ante su vacilación, a las 2 AM por vía telefónica, declararon vencedores a Alessandri y a Allende, permitiéndoles a ambos una concentración en el mismo lugar, buscando que se enfrentaran, al mismo tiempo que desplegaron tropas por todo Santiago, lo que se frustró porque Alessandri se informó y no siguió el juego”.³⁶

Miguel Enríquez celebraría la victoria de la Unidad Popular junto a los suyos, pero no por mucho tiempo. Ahora vendría la etapa más dura: defender al gobierno popular, aunque de manera crítica, pues si se incorporaban al proceso que la UP conducía, se “correría el riesgo de ayudar a sepultar en el desprestigio el camino del socialismo en Chile y en América Latina, si sus vacilaciones priman sobre sus avances y el progreso se frena”.³⁷

El discurso rupturista y revolucionario del MIR debía seguir siendo consecuente.

Notas Capítulo VI

1. Periódico El Rebelde, Santiago, septiembre de 1968.
2. Revista Punto Final, N° 74.
3. Ricardo Frödden Amstrong, entrevista con los autores, Santiago, 25 de junio de 1999.
4. El Frente Estudiantil Revolucionario, uno de los primeros frentes de masas que surgió a partir del MIR, nace en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en Santiago. Uno de sus primeros líderes fue el estudiante de Historia, Raúl Zohr. Ver Revista Punto Final, N° 12.
5. Revista Ercilla, N° 1771.
6. Idem.
7. Gilbert, Jorge: *Edgardo Enríquez Frödden. Testimonio de un destierro*. Santiago de Chile, Mosquito Editores, 1992.
8. Diario El Clarín, junio de 1969.
9. En 1967, el teniente coronel Luis Alvarado y el mayor Sergio Fernández, fueron los primeros oficiales del Ejército chileno en seguir un curso especial de inteligencia en Fort Gulick, Canal Zone, Panamá.
10. Rodríguez Elizondo, José: *Crisis y Renovación de las Izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por "el caso chileno"*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.
11. Cover Action in Chile, 1963-1973, Staff Report of the Select Committee to study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, United States Senate, Washington, 1975.
12. Rafael Ruiz Moscatelli, entrevista con los autores, Santiago, 12 de julio de 1999.
13. Enríquez, Edgardo: *En el nombre de una vida (Tomo II)*. Editorial U.A. Metropolitana, Ciudad de México, 1994.
14. Luis Vitale, entrevista con los autores, Santiago, 5 de mayo de 1999 y Sergio Zorrilla, entrevista con los autores, Santiago, 26 de junio de 1999.
15. Sandoval, Carlos: *MIR (una historia) Tomo I*. Sociedad Editorial "Trabajadores", Santiago de Chile, 1990.
16. Sergio Zorrilla, entrevista con los autores, Santiago, 26 de junio de 1999.
17. Cánovas, José: *Memorias de un magistrado*. Editorial Emisión, Santiago de Chile, 1989.
18. Revista Ercilla, N° 1812.
19. Ana Pizarro, entrevista con los autores, Santiago, 24 de agosto de 1999.

20. Diario El Mercurio, 14 de diciembre de 1969.
21. Pascal Allende, Andrés: *El MIR, 35 años, (II Parte)*. Revista Punto Final, N° 478.
22. Castañeda, Jorge: *La utopía desarmada*. Editorial Espasa Calpe, Ciudad de México, 1993.
23. Revista Ercilla, N° 1812.
24. Joven mirista que en 1969, murió luchando por el Ejército de Liberación Nacional en Bolivia.
25. Revista Ercilla, N° 1817.
26. Cánovas, José: *Memorias de un magistrado*. Editorial Emisión, Santiago de Chile, 1989.
27. Florencio Fuentealba Aguayo, entrevista con los autores, Santiago, 26 de julio de 2001.
28. Enríquez, Miguel: *Con vista a la esperanza*. Escaparate Ediciones, Santiago de Chile, 1998. (Recopilación de escritos hecha por Cecilia Radrigán y Miriam Ortega).
29. Es difícil precisar el número exacto de las “expropiaciones” miristas en que habría participado Miguel Enríquez. Se cree que ascenderían a cinco asaltos, preparados minuciosamente por él mismo. No obstante, quienes colaboraron directamente en ellas, prefieren rehuir el tema.
30. Fermeandois, Joaquín: *Chile y el mundo 1970-1973*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1985.
31. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores. París, 2 de febrero de 1999.
32. Pascal Allende, Andrés: *El MIR, 35 años, (II Parte)*. Revista Punto Final, N° 478 y Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.
33. Rodríguez Elizondo, José: *Crisis y Renovación de las Izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por “el caso chileno”*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.
34. Gladys Díaz, entrevista con los autores, Santiago, 23 de abril de 1999.
35. Pinochet, Augusto: *El día decisivo, 11 de septiembre de 1973*. Santiago de Chile, 1980.
36. Sandoval, Carlos: *MIR (una historia) Tomo I*. Sociedad Editorial “Trabajadores”, Santiago de Chile, 1990.
37. Declaración de la dirección del MIR, Revista Punto Final N° 155 del 13 de octubre de 1970.

CAPÍTULO VII

EL MIR DURANTE LA UNIDAD POPULAR

Esa mañana de sábado, por las calles del país, aún había olor a festejo para algunos y desesperación, para otros. El triunfo de Allende era para muchos algo histórico. Pero a partir de ese 5 de septiembre de 1970, los bombazos y atentados contra las vías férreas y redes de electrificación se hicieron frecuentes. Gran parte de estos ataques se los adjudicó un misterioso grupo de ultraderecha, la Brigada Obrero Campesina. Su objetivo era claro: impedir la ratificación del candidato socialista por el Congreso Pleno, y así, que Allende no llegase a la presidencia.

Como otra manifestación de repudio al gobierno que propugnaba la "vía chilena" al socialismo, nacía el Frente Cívico encabezado por el abogado Pablo Rodríguez Grez. A partir de marzo de 1971, ese movimiento toma el nombre de Frente Nacionalista Patria y Libertad, que rápidamente tendría entre sus filas a cerca de tres mil militantes, convirtiéndose en uno de los más acérrimos enemigos de la Unidad Popular.

Patria y Libertad contaba en su estructura con una oculta Comisión Política responsable de todos los frentes del movimiento, un aparato de inteligencia, grupos de apoyo y de choque distribuidos en doce unidades territoriales y tres jefaturas nacionales, en el norte, centro y sur del país. Sus militantes eran adiestrados en códigos, defensa personal, manejo de armas y explosivos, y otros conocimientos para la subversión en la clandestinidad. Estos trabajos eran dirigidos en muchos casos por ex oficiales de las Fuerzas Armadas. La gran mayoría de sus acciones fueron financia-

das por importantes empresarios y dirigentes sociales, quienes, a su vez, recibían apoyo desde del exterior.¹

Ese año, el gobierno norteamericano encabezado por Richard Nixon, realizaba una acción interventora en Chile cuyo propósito era impedir el acceso de Salvador Allende al poder. Esta operación tuvo dos modalidades, denominadas "Track I" y "Track II". La primera consistía en un intento por tratar de influenciar al mundo político chileno por medio de "generosas contribuciones" y desde el Parlamento, cortar el camino al líder socialista. El segundo, correspondió al intento de movilizar a militares chilenos para que propiciaran un golpe de Estado con el mismo propósito anterior.

El 15 de septiembre de 1970, el presidente Nixon se reunió con el asesor de seguridad de la Casa Blanca, Henry Kissinger; Richard Helms, director de la CIA, y John Mitchell, fiscal general. En la cita, Nixon mostró su preocupación por la situación chilena, convencido aún más, con la conversación que había sostenido el día anterior con el directo del diario El Mercurio, Agustín Edwards Eastman. El primer mandatario de Estados Unidos pidió a Helms que se hiciera un esfuerzo extraordinario para impedir el ascenso de un socialista a la presidencia chilena. Para ello, autorizó reclutar a los mejores hombres para enviarlos a Chile y que podrían disponer de 10 millones de dólares o más.²

En Chile, en tanto, lo propio hacía el Partido Nacional, conglomerado político nacido de la fusión de conservadores, liberales y nacionalistas. Forman el Comando Rolando Matus, dirigido por el presidente de la juventud, Juan Luis Ossa. En la misma línea opositora a Salvador Allende surgen otros grupos: Solidaridad, Orden y Libertad (SOL); la Unión Cívica Democrática, fundada a fines de 1971 con 186 firmas, de las cuales 28 correspondían a oficiales en retiro de las Fuerzas Armadas; el Partido Viauxista, presidido por el capitán (r) Víctor Catalán, y la Junta Unificadora Nacionalista, dirigida por el general (r) Alfredo Canales.³

El 9 de octubre, tras obtener su doctorado de tercer ciclo, vuelve de Francia el hermano y formador ideológico del líder mirista, Marco Antonio Enríquez, su esposa y la pequeña hija de ambos. En el aeropuerto eran esperados por sus padres y algunos familiares. Tras la emoción intensa del reencuentro, el grupo abordó el auto perteneciente a la rectoría de la Universidad de Concepción. A dos kilómetros de Pudahuel, repentinamente, un vehículo se cruzaba en medio de la carretera, obligándolos a detenerse.

—¿Cómo estás frate?— se escuchó la voz de Miguel Enríquez al bajarse del móvil, conducido por El Gato Valenzuela, dando una particular “bienvenida clandestina” a su hermano mayor.

Después de regalinear unos minutos a su pequeña sobrina, el Secretario General del MIR se despide de su hermano con un fuerte abrazo, mientras le introduce un papel en el bolsillo, invitándolo a reunirse en algún lugar de Santiago para conversar de la vida, la política y del nuevo país que se esperaba.⁴

Pero los conspirados que secretamente trabajaban para impedir la asunción de la Unidad Popular al poder, sufrían un leve revés. El 19 de octubre era detenido el mayor (r) de Ejército Arturo Marshall Marchesse, considerado el “cerebro” de la escalada terrorista de los últimos dos meses. Este militar encabezaba una lista de personas que se habían juramentado asesinar a Salvador Allende.

Tres días más tarde, Marco Antonio viajaba desde Concepción a Santiago. Al llegar a la capital, tomó un taxi, cuando en la radio del vehículo se escuchó una noticia impactante: “Última hora: el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, fue atacado con disparos en horas de esta mañana por un grupo no identificado, hiriéndolo de gravedad”.

—Aquí va a quedar la cagá, —fue el comentario del anónimo taxista.

Era la mañana del 22 de octubre, 48 horas antes de la reunión del Congreso Pleno en que se proclamaría Presidente de la República a Salvador Allende. Schneider moría tres días más tar-

de como consecuencia de dos heridas de bala en el abdomen y en el tórax, además de una grave lesión en el hígado.

Casi ocho meses después, el fiscal militar Fernando Lyon Salcedo entregaba su dictamen del homicidio del general. La resolución indicaba que el general (r) Roberto Viaux Marambio, concertado con su suegro, el coronel (r) Raúl Igualt Ramírez, encargó a Juan Diego Dávila Basterrica la misión de coordinar a quienes participarían en el secuestro de los cuatro generales de Ejército de mayor antigüedad: René Schneider Chereau, Carlos Prats González, Pablo Schaffhauser Acuña y Manuel Pinochet Sepúlveda.

El cronograma de la conspiración se había iniciado el 19 de octubre. Los responsables habían convenido secuestrar ese día a los generales Schneider y Prats, tras la comida que el cuerpo de generales de la Guarnición de Santiago tenía previsto ofrecer a su Comandante en Jefe. Al retirarse de la reunión social, René Schneider ocupó su vehículo personal, con lo que inesperadamente el plan original falló. Este contemplaba que el general seguiría su rutina habitual, es decir, utilizar el automóvil de la comandancia de la institución.

El plan cambiaba abruptamente, aunque seguía siendo el mismo. El secuestro del general Schneider se intentaría al día siguiente, pero esta vez el intenso tráfico vehicular impidió que la maniobra se realizara.

Pero el 22 de octubre, a las 7.30 horas, varios automóviles esperaban al alto oficial en el lugar elegido para el secuestro: las inmediaciones de Américo Vespucio con Martín de Zamora.

A las 8:15 de la mañana, el automóvil de René Schneider salió, siendo seguido hasta el sector de la emboscada. Allí, varios vehículos rodearon al del general, de los que descendieron parte de los terroristas, quienes de inmediato procedieron a romper las ventanas traseras. Luego, al menos unos cuatro individuos dispararon varias veces hacia el interior, hiriendo gravemente al Comandante en Jefe del Ejército.

Jaime Melgoza Garay, Juan Luis Bulnes Cerda y Diego Iz-

quierdo Menéndez, estos dos últimos, provenientes de acaudaladas familias fueron, según el fiscal Lyon, los autores de los disparos, siendo condenados a presidio perpetuo por el homicidio contra el jefe castrense. Sin embargo, Bulnes Cerda e Izquierdo Menéndez pasaron sólo unos meses en la cárcel. Los dos se fugaron del país inmediatamente después del trágico episodio. Años más tarde regresaron a Chile y en 1977 se presentaron ante los tribunales. El juez militar, Enrique Morel, los condenó entonces a 10 años y un día de prisión, pero la Corte Marcial redujo la pena a dos años. Finalmente, se acogieron a la Ley de Amnistía de 1978.⁵

De las tres personas que dispararon contra Schneider, sólo Jaime Melgoza Garay, un joven de escasos recursos y con antecedentes penales, pagó 10 años de prisión como autor material del hecho, aunque el único blanco que logró impactar con su Colt 45 fue en una mano del general.

En la investigación realizada por Fernando Lyon, varios de los responsables argumentaron durante el juicio que sólo obedecían órdenes de una secreta organización, cuyos jefes aún permanecían en las sombras.

Un informe de la comisión especial del Senado estadounidense, en el que se divulgaron públicamente los planes de la Casa Blanca para desestabilizar al gobierno de la Unidad Popular, puso en evidencia que la CIA había participado activamente en los hechos. Desde Estados Unidos se despacharon recursos para cubrir las necesidades del grupo complotador, ofreciendo incluso, un seguro de vida al propio Viaux Marambio por 250.000 dólares.⁶

El 21 de septiembre, la CIA había enviado un cable a su estación en Santiago. En el documento se reconocía que el objetivo era promover un golpe de Estado. Para ello, se enviarían agentes de "primer orden" para que trabajaran directamente bajo órdenes de Henry Hecksher, jefe de la CIA en Chile, sin pasar por el embajador.

El 15 de octubre se realizó en Washington una reunión entre el encargado de la CIA de dirigir las operaciones encubiertas en el extranjero, Thomas Karamessines, y el consejero de seguri-

dad de la Casa Blanca, Henry Kissinger, quienes resuelven aconsejar terminantemente a Viaux que postergue su intento de golpe, y que, de esta manera, recibiría un importante apoyo de EE.UU. en el futuro, sin embargo, el general chileno decidiría seguir adelante por su propia cuenta.

En la misma madrugada del día 22 de octubre, el agregado militar norteamericano en Chile entregó a los sediciosos las tres metralletas pedidas con anterioridad, aunque el grupo a quien suministró las armas no era el de Viaux.⁷

Precisamente en esos días, la dirección mirista obtenía una dispersa información de que entre el 18 y 22 de octubre se produciría un golpe de Estado, hecho que se denuncia públicamente la noche del día 21. Luciano Cruz, encargado del trabajo de infiltración al interior de las Fuerzas Armadas, había comentado a su hermanastro, recientemente expulsado del Ejército, Florencio Fuentealba: "Gente de la derecha va a matar Schneider", a lo que el ex oficial respondió con extrañeza e incredulidad.⁸

Para Miguel Enríquez, detrás de este proyecto sedicioso habría estado involucrado el ex ministro del Interior de Eduardo Frei Montalva, Patricio Rojas, el mismo que bajo la presidencia de Patricio Aylwin Azocar (1990-1994) se desempeñara como ministro de Defensa.⁹

En el libro *Conversaciones con Viaux* de la periodista Florencia Varas, el ex general complotador reconoció que el entonces presidente Eduardo Frei Montalva, habría tenido conocimiento del secreto plan de secuestrar a Schneider, cuyo objetivo era propiciar condiciones para que un golpe de Estado, impidiera la ratificación de Salvador Allende por el Congreso Pleno.

Roberto Viaux Marambio señaló que primeramente se le habría sugerido al presidente Frei Montalva enviar al general Schneider en comisión de servicio a Estados Unidos para la materialización de una compra de armamentos, a lo que el jefe castrense se negó rotundamente, producto de la tensa situación que vivía el país. Entonces, se le sugirió al primer mandatario la opción del secuestro: llamada secretamente "Operación Alfa". Lue-

go, durante la primera semana de octubre, el abogado Guillermo Carey Tagle informó a Viaux que “el presidente Frei deseaba que se diera un golpe de Estado”. De esta manera, asumiría el mando una Junta Militar que exiliaría al primer mandatario Eduardo Frei, con la condición de que no se supiese su participación en los hechos. Así, el Presidente de la República cuidaría su imagen de demócrata, para continuar con la posibilidad de llegar nuevamente a La Moneda.¹⁰

–“Viaux tiene luz verde para actuar, pero que lo haga de buena forma, con completa seguridad del buen éxito, pues de otro modo me vería en la obligación de proceder en su contra” –fue el mensaje que el presidente Eduardo Frei Montalva enviaba a través de Nicolás Díaz Pacheco, al ex general Viaux para que prosiguiera con su secreto plan. Días más tarde, el mismo recado le hacía llegar el abogado Carey Tagle al jefe complotador.

Coincidente con esta versión, Juan Dávila Basterrica, miembro del grupo conspirador que lideraba Viaux, declaró en reciente entrevista a la periodista Claudia Farfán de Revista Qué Pasa: “Me consta que Frei autorizó el hecho”.¹¹

También se cree que el MIR habría infiltrado la llamada “Operación Alfa”, habiéndose frustrado esta con el atentado contra el general Schneider, pues el plan original, en ningún momento habría estado previsto dispararle, y menos que, finalmente, muriera el alto oficial de Ejército.

El plan mirista habría consistido en que Luciano Cruz, logró infiltrar entre los conspiradores al mirista Rachid Saladino, quien no tuvo inconvenientes para hacerse pasar por nacionalista. Saladino habría obtenido información completa sobre los dos planes presentados a Roberto Viaux por dos de sus colaboradores: Luis Gallardo Gallardo, autor de la “Operación Alfa”, la que en definitiva se puso en práctica, y Juan Diego Dávila Basterrica, diseñador de la “Operación Beta”.

Posteriormente, se dijo que Cruz habría pagado una subida cantidad de dinero a Jaime Melgoza Garay para que disparara en contra de Schneider, lo que en definitiva se llevó a efecto, pero

este supuesto asesinato a sueldo pagado por los miristas, siempre fue negado por el mismo Melgoza Garay. Con esto, Luciano Cruz pretendía buscar el fracaso de los planes de Viaux, impidiendo el secuestro y asesinando al jefe castrense, hecho que finalmente se llevó a cabo.¹²

Entre los documentos encontrados por la Policía de Investigaciones en el departamento de Luciano Cruz el día de su muerte, y que formaron parte de la evidencia, en foja 27 de la causa 101.804, existía un papel manuscrito con la siguiente información:

“Averiguar (con alguien de LAN) quién llegó de Panamá días antes del atentado. Es un oficial con grado de coronel, aparentemente. Este fulano participó en una reunión días antes del atentado, en que estaban:

Schneider

Andrés Zaldívar.

Ossa

Rojas

Aquí fue donde Schneider se echó para atrás y dijo que él ya estaba ofuscado con tanto lío del golpe.

Luego de la reunión, se habría decidido eliminar a Schneider.

El secuestro nunca estuvo contemplado.

Fuente de la información: un político vinculado a la D.C.

Grado de autenticidad: probable, a mi juicio.

*LUPE”*¹³

En otro de los documentos hallados, que forman parte de cuatro informes escritos a máquina, que se le habrían entregados a Luciano Cruz, entre los días 22 y 24 de octubre de 1970, se relatan minuciosamente las actividades que se realizaban en un edificio de calle Huérfanos, colindante con “nuestra oficina”, según se dice, aunque sin añadir mayores antecedentes.

En uno de los papeles, fechado el 23 de octubre de 1970, se lee:

“Datos de la conversación sostenida entre nuestro informante –abogado socialista– y un alto oficial de Ejército –activo–. Esto es un almuerzo en el Club Militar al otro día del atentado contra Schneider.

1.- Afirmación vox populi, Schneider murió a las pocas horas y la D.C. no da la información para evitar un golpe de los militares activos que solidarizan con Schneider. La D.C. toma medidas para contentar a los milicos –Cheyre a Investigaciones– el SIM. controla la investigación y el ejército ronca en el Consupsena.

2.- El atentado fue realizado con mano de la CIA y sostienen que el hechor tomó a Vespucio en dirección a la Pirámide de ahí un camino de tierra que va hasta salir por Vivaceta camino a Pudahuel y que salió del país antes de las diez de la mañana.

3.- Este señor debía haber dictado una conferencia en la Academia de Guerra y se suspendió porque los capos habían viajado a investigar movimientos de tropas argentinas en el Sur”.¹⁴

Los trabajos de infiltración del MIR, tanto en los movimientos de extrema derecha como al interior de las Fuerzas Armadas, continuarían en los años siguientes.

La nueva tarea de la dirigencia mirista estaba dirigida a dar una protección “especial” a Salvador Allende, pues se consideraba que en las semanas venideras su vida correría serio peligro. Así, el Partido Socialista forma un grupo con cinco de sus militantes. Por su parte, el MIR colaboraría con la otra mitad, quienes bajo las órdenes de Ariel Fontana, nombre político de Max Marambio, serían los responsables de proteger al futuro presidente “hasta la muerte”.

A los 23 años, Max Joel Marambio Rodríguez era un hombre que aparentemente estaba dispuesto a todo. En 1966 había viajado a Cuba junto a su padre, el diputado socialista Joel Marambio, con el propósito de estudiar Agronomía, pero una vez en la isla, rápidamente cambian sus planes. Al año siguiente, luego de realizar entrenamiento en técnicas de paracaidismo y natación táctica en la base militar de Punto Cero, según diversos relatos, el joven se convirtió en oficial de Tropas Especiales, el cuerpo

de elite del régimen castrista, donde cumplió varias misiones encubiertas junto al mítico oficial Antonio Tony de la Guardia, iniciando una destacada carrera al servicio de la inteligencia de la isla. Durante esos años, “conoce a la gente del MIR y decide volver al país para hacer la revolución”.¹⁵

Según el historiador Cristián Pérez, en una investigación sobre la escolta presidencial de Allende, señaló que desde el momento en que ingresaron oficiales cubanos de Tropas Especiales a la comitiva de seguridad del líder de la UP, esto sirvió al régimen de Castro para penetrar el entorno del Presidente y acrecentar su influencia sobre la “revolución chilena”. Todo habría apuntado a que Salvador Allende desconocía que Max Marambio era un oficial cubano, “reforzando la tesis de que La Habana sabía en detalle, qué pensaba y qué hacía Allende”.¹⁶

Al abandonar el MIR, a mediados de 1972, Marambio se dedicó a sus actividades privadas hasta el golpe de Estado de 1973. Ese día se dirigió a la embajada de Cuba en Santiago. Luego de un enfrentamiento con militares que trataron de ocupar la sede diplomática, y tras una tregua entre ambos bandos, todos los moradores de la representación salieron del país, sólo negándosele el permiso a Marambio, quien vivió encerrado en el lugar por los siguientes diez meses. Gracias a las gestiones del diplomático sueco Ulf Jertson, Max Marambio logró salir de Chile. Luego de un breve paso por Suecia, en 1974 regresa a Cuba. Según los datos investigados por el periodista Javier Ortega, al llegar a la isla, Guatón Marambio, como era llamado, volvió a integrar la estructura militar de las Tropas Especiales, siendo inmediatamente ascendido al grado de mayor. Junto a Tony de la Guardia comenzaron a trabajar en diversas operaciones encubiertas.¹⁷

Con los años, la historia de Max Marambio tomaría un cambio radical. Hoy en día es un exitoso empresario. Sus inversiones abarcan cinco países en áreas como el turismo, las finanzas, agroindustria y a la producción de películas. Sólo en Cuba su fortuna supera los 20 millones de dólares y sus pasatiempos preferidos son los autos deportivos y las regatas. Entre su círculo de

amistades se cuentan empresarios como Carlos Cardoen, el escritor colombiano Gabriel García Márquez, el pintor Roberto Matta y prominentes personajes del jet-set nacional, como la vicepresidenta de la Corporación Cultural de Lo Barnechea, Drina Rendic. Pero sin duda, su máximo logro ha sido posicionarse como uno de los chilenos más influyentes del presidente cubano Fidel Castro, su amigo personal.

Sin embargo, según la misma investigación publicada en el diario *La Tercera* por el periodista Javier Ortega, la fortuna acumulada por Max Marambio tendría un origen de dudosa procedencia, como producto de sus estrechas vinculaciones con Tony de la Guardia.¹⁸ Pero en septiembre de 1970, el joven Ariel Fontana estaba muy lejos de convertirse en el exitoso hombre de negocios que es en la actualidad. Su vida en aquellos días tenía una sola misión: proteger a Salvador Allende hasta entregar la vida.

Posteriormente, los miembros de la seguridad de Salvador Allende a cargo de Marambio serían conocidos como el Grupo de Amigos Personales (GAP), denominación creada por el director de *Revista Sepa*, Rafael Otero, cuando en una conferencia de prensa realizada en el Círculo de Periodistas, el doctor Allende había señalado que como cualquier otro ciudadano, “él tenía el derecho de andar con cualquier persona, y la gente que me acompaña son amigos personales”.

A pesar de los especiales resguardos que el MIR otorgó a la defensa de Allende y su compromiso con la Unidad Popular, cómo se explica entonces, el “apoyo crítico” que ofrece Miguel Enríquez, antes de la toma de posesión del nuevo mandatario.

Según el escritor chileno José Rodríguez Elizondo, en su libro *Crisis y Renovación de las Izquierdas*, este apoyo disidente por el que el movimiento optó era “sólo una manera orwelliana de decir las cosas. Porque, hablando en rigor, se trataba de la notificación de una oposición anunciada. Su objetivo: dividir la UP, para engrosar las filas de los revolucionarios de verdad y arrastrar a todos los chilenos hacia la utopía guerrillera”.¹⁹

Para apoyar este planteamiento, Rodríguez Elizondo cita al cientista social Claudio Véliz, quien en un artículo publicado en abril de 1971, para la revista *Foreign Affairs*, se refería al “debacle ideológico del MIR”, señalando que los miristas se encontraban en una posición “poco envidiable para un movimiento de izquierda, de depender del fracaso del gobierno de la Unidad Popular para sobrevivir, ya que están conscientes del hecho de que el eventual éxito de este gobierno, significará la desaparición paulatina de su razón de ser”. Así se podría explicar, entonces, la actitud tomada por Miguel Enríquez y su Comisión Política ante el gobierno de Salvador Allende, cuyos postulados no eran viables con el discurso revolucionario del MIR.

Tras la firma con la DC del Estatuto de Garantías Constitucionales —exigido por ese partido para otorgar su respaldo al Presidente electo en el Congreso Pleno—, el 4 de noviembre de 1970 juraba como Presidente de la República Salvador Allende: el líder histórico de la izquierda chilena se constituía en el primer candidato autodeclarado “marxista” que en el mundo, ganaba una elección presidencial democrática.

Por cierto, ningún mirista formó parte del nuevo gabinete que dirigiría los destinos del país por los próximos seis años. Sin embargo, desde aquellos años surgió un falso rumor que se fue consolidando con el tiempo, y que aún se puede encontrar en algunos artículos de la prensa nacional: el supuesto ofrecimiento hecho por Salvador Allende para que Miguel Enríquez asumiera como ministro de Salud.²⁰

Una semana más tarde de haber asumido el nuevo gobierno, mediante el desistimiento, Salvador Allende ponía término a los diversos juicios iniciados durante la Administración Frei para perseguir responsabilidades por delitos contra la Seguridad Interior del Estado. La nómina presentada el 11 de noviembre ante los tribunales de justicia por el subsecretario del Interior, Daniel Vergara, fue la siguiente:

-Corte de Apelaciones de Aconcagua.- Causa 385-70, contra Mauricio Cruz Díaz.

-Corte de Apelaciones de Chillán.- Proceso N°235, contra Pedro Durán de la Fuente.²¹

-Corte de Apelaciones de Concepción.- Proceso N°50-69 contra Nelson Gutiérrez y otros procesados: Claudio Rivera, Rosalía Lechuga Rivera, Elvira Coodou, Nelson Gutiérrez, Manuel Rodríguez, Luciano Cruz Aguayo, Miguel Enríquez Espinosa, Juan Bautista van Schouwen, Marcia Merino, José Francisco Bordaz Paz y Arturo Villavela Araujo.

-Corte de Apelaciones de Valdivia.- Causa Ingreso N°3-70. En este proceso se encuentran acumulados los siguientes procesos:

1° Contra Renato Moreau Carrasco y otros (Escuela de Guerrilleros de Chaihuín). Procesados: Renato Moreau Carrasco, Jaime del Carmen Briones Farías, Víctor Manuel Muñoz Espinoza, Sergio Torres Adelaíra, Rigo Quezada Videla y Luis Abelardo López Acuña.

2° Contra Hernán Coloma y otros, sucesos fundo "San Miguel", de San Esteban (Aconcagua). Procesados: Renato Moreau Carrasco y Hernán Coloma.

3° Contra Adrián Vázquez Cerda y otros (Escuela de Guerrilleros de Guayacán). Procesados: Adrián Vázquez Cerda, Mario Antonio Valenzuela Calquín, Fernando Calderón Jofré y Patricio Corvalán.²²

La pugna entre el PC y el MIR alcanzaba, a comienzos de diciembre, una virulencia tan desconocida como peligrosa, cuando en pleno Barrio Universitario de la Universidad de Concepción, miembros de la Brigada Ramona Parra del Partido Comunista, asesinan a tiros al estudiante mirista de periodismo Arnoldo Ríos Maldonado. El sangriento episodio obligó al mismo presidente Allende a tomar cartas en el asunto y a través de su hija Tati, llamó a los más altos dirigentes de ambos partidos para que buscaran una salida urgente, quienes se reunieron en una casa

de seguridad en Santiago, intercambiando fuertes palabras de recriminación entre ellos.

Miguel Enríquez, Luciano Cruz, Bautista van Shouwen (aún prófugos de la ley), junto a los diputados comunistas, Jorge Insunza y Luis Guastavino, se trasladaron en un avión de la Presidencia de la República hasta Concepción para tratar de solucionar el impasse en el terreno mismo de los hechos. Al llegar al aeropuerto, logran evadir los controles policiales.

El mismo Presidente Allende debió llamar a la tranquilidad desde la radio del crucero Præt, en el que viajaba desde Concepción a Valparaíso.

“Comprendo que los estudiantes estén viviendo una dura prueba, pero confío en que la juventud chilena entenderá que lo importante es materializar responsable y serenamente la tarea que el pueblo ha señalado”, expresó el Primer Mandatario.

Con el objetivo de calmar los ánimos de los partidarios de ambas organizaciones y tratar de evitar incidentes mayores, los dirigentes venidos desde Santiago se congregaron en tres tensas y prolongadas reuniones clandestinas. Sin discutir ni explicar nada a la militancia mirista de Concepción, cuyo trabajo en la universidad estaba dirigido por Sergio Zorrila, Miguel Enríquez entregaba un comunicado público en el que optaba por una línea más conciliadora: “Entendemos que la serie de acontecimientos que llevaron a la muerte del compañero Ríos no representa la línea política del PC ni de la Unidad Popular”.

Pero tras estas palabras de buena crianza, estaba el fruto de la negociación política lograda entre Miguel Enríquez y los dirigentes comunistas, cuyo pacto de no agresión consistió en dejar la candidatura a la presidencia de la FEC, sin oposición, al mirista Nelson Gutiérrez, quedando relegada la vicepresidencia al candidato de la UP.

Ahora el nuevo desafío para Enríquez, Cruz y van Schouwen estaba en cómo poder salir de Concepción, sin ser detectados por las policías y así, evitar poner en riesgo la imagen del gobierno de Allende, amparando a prófugos de la ley.

—Miguel, nosotros nos haremos cargo de la seguridad de ustedes —dijo el diputado Insunza, ante ciertas dudas de los miristas.

Se organizaron en dos vehículos. En el primero, de control, estaba integrado por militantes comunistas que se encargarían de escoltarlos hasta que el camino fuera más seguro. En el segundo móvil, en la parte delantera se sentaron Luis Guastavino y Jorge Insunza al volante. En los asientos traseros iban Bautista van Schouwen, Luciano Cruz y Miguel Enríquez.

Provistos de granadas y fusiles ametralladoras, partieron hacia Santiago por caminos aledaños a la ruta 5, con el propósito de evitar los controles carreteros.

Una vez que se desprendieron del primer vehículo, continuaron por el camino hasta que inevitablemente, comenzaron a acercarse a un control policial. Sus corazones palpitaban con mayor rapidez y disimuladamente, sus dedos rozaban el gatillo de sus armas.

—Buenas tardes, señores. Su licencia, por favor —dijo el uniformado.

—Buenas tardes —añadió Jorge Insunza, mostrando inmediatamente su carnet de parlamentario.

Mientras el policía observaba la credencial, los segundos se hacían eternos. De a momentos, el carabinero se acercó rápidamente y haciendo sonar sus zapatos, se “cuadró” ante la autoridad legislativa, señalando:

—Adelante, —y un respiro de alivio generalizado se sintió al interior del vehículo donde viajaban los máximos dirigentes del MIR, prófugos de la justicia.

Al llegar a Chillán, después de varias horas de viaje, producto de los caminos alternativos que habían tomado, todos sintieron hambre, por lo que el diputado Insunza bajo del vehículo a comprar unos deliciosos sándwich, los cuales fueron devorados en cosa de pocos minutos por los miristas.

—Parece que vamos a tener que mejorar nuestra relación con los comunistas, porque nunca habíamos comido tan bien, —dijo Luciano Cruz, estallando todos en risa.

Al llegar a Santiago, en momentos que se despedían del largo y agotador viaje desde Concepción, Miguel Enríquez señaló de manera ceremoniosa a Jorge Insunza y Luis Guastavino:

—Compañeros comunistas, primera vez en la historia del MIR, nosotros ponemos nuestra seguridad en manos de gente que no sea del partido. No nos arrepentimos de haberlo hecho y no puedo dejar de valorarlo, —concluyó Enríquez, dirigiéndose luego a su casa de seguridad, donde debía continuar con sus actividades como jefe del principal grupo revolucionario en Chile.²³

Por esos días, en el seno del GAP, comienzan a surgir una serie de conflictos entre miristas y socialistas. Max Joel Marambio deja la dirección de los hombres del MIR, asumiendo uno de los más cercanos a Miguel, Humberto Sotomayor, *El Tito*, un personaje que resultaba totalmente atípico dentro del movimiento.

Contrariamente a los orígenes “burgueses” de la mayoría de la dirigencia mirista, *Tito* Sotomayor provenía de una familia de extracción humilde. Gracias a su dedicación y esfuerzo había logrado obtener su título de médico y era un padre con una familia ya constituida. Era un hombre inserto en la sociedad, pero que no dudó en dejarlo todo por el MIR, por lo que se convirtió en uno de los más estrechos colaboradores de Miguel Enríquez, una especie de guardaespaldas que lo acompañaba en todo momento, capaz de dar la vida por su líder.

Mientras tanto, durante esos primeros meses de gobierno de la UP, el presidente Salvador Allende realizaba secretas reuniones en su hogar para detectar quiénes eran los generales del Ejército que podían ser fieles a él. Para ello, se hacía asesorar por el expulsado oficial Florencio Fuentealba Aguayo, su hermanastro Luciano Cruz y por Max Joel Marambio. Lista en mano, revisaban y analizaban a cada miembro del alto mando militar. En diciembre, Florencio Fuentealba Aguayo era reincorporado al Ejército por órdenes del comandante en jefe de la institución, Carlos Prats, siendo destinado a Antofagasta.²⁴

Distanciado de su esposa, Alejandra Pizarro, a finales de 1970, Miguel Enríquez ya compartía una secreta relación con Carmen Castillo Echeverría.

Hija del entonces rector de la Pontificia Universidad Católica, el demócratacristiano Fernando Castillo Velasco, la buenamozza *Catita*, había estado casada con Andrés Pascal Allende. Conoce a Miguel cuando la dirigencia nacional se traslada definitivamente a Santiago. En ese tiempo, ella trabajaba con la esposa de Enríquez en investigaciones sociológicas en zonas rurales, dirigidas por el inglés Andrew Pierce. Viaja luego a Europa y retorna al país a principios del 70, incorporándose al MIR, donde se le encarga analizar la información recibida por el movimiento, para luego redactar informes a la Comisión Política. Era el denominado PES (Política, Economía y Sociedad).

Terminaba un agitado año para el país y en especial para Miguel Enríquez, incluidas las últimas acciones armadas, la separación de Alejandra y su convicción de que Salvador Allende perdería los comicios presidenciales. La tensión propia de los meses de clandestinidad cambiaría radicalmente con los decretos 2.071 y 2.092 que lo indultan definitivamente a él y a otros 42 miembros de grupos de ultra izquierda, entre los que se contaba a la plana mayor del MIR y a integrantes de la VOP.

En cierto sentido, la vida de Enríquez volvía a tomar una aparente libertad. En la primera salida, ya no como hombre fuera de la ley, la dirigencia máxima del MIR compartió una reunión social en casa de *La Catita*, quien entre los invitados había incluido a una de sus más íntimas amigas desde la época colegial en *Las Ursulinas*: Manuela Gumucio.

Esta era hija de uno de los fundadores del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), Rafael Agustín Gumucio, y en esos días acababa de regresar de Europa, empapada de los aires de apertura intelectual, producto de las revueltas estudiantiles de mayo del 68 en tierras galas. La bella muchacha, que en aquellos tiempos se desempeñaba como profesora de la Escuela de Artes

de la Comunicación en la Pontificia Universidad Católica de Chile, quedó impresionada al verlos. Altos, atractivos e inteligentes. Ella ni siquiera había podido imaginarlos cuando en París leyó una pequeña nota en el diario *Le Monde*, que hablaba de los “jóvenes revolucionarios chilenos”. Pero fue el líder del grupo quien llamó mayormente su atención. Hoy cuenta que, de Miguel, le “fascinó su sencillez, modestia, su extraordinario sentido del humor y timidez con las mujeres”. Además lo consideraba un hombre “sin mayores riquezas, sólo con un maletín en que siempre llevaba una botella de ron cubano y cigarrillos”.²⁵

Al día siguiente del primer encuentro entre ambos, inventando algún pretexto, Miguel Enríquez fue a casa de Manuela: se enamoraron apasionadamente, iniciando una relación que estaría marcada por el conflicto.

Después de la asunción de Allende al gobierno, los viajes a Cuba continuaron con mayor frecuencia, estrechando cada vez más los lazos con Fidel Castro, y especialmente con Manuel Piñeiro, principal aliado del MIR. De preferencia se viajaba en grupos de a dos o tres. Miguel normalmente visitaba la isla junto a Humberto Sotomayor.

En diciembre, el MIR iniciaba conversaciones con el Partido Comunista y al terminar 1970, el presidente de Salvador Allende invitaba a pasar la fiesta de fin de año a Miguel Enríquez y a sus compañeros de la Comisión Política. En un grato ambiente, cenaron juntos, bromearon, y entre abrazos, los miristas agradecieron la libertad que les había concedido *El Chicho*.

La primera prueba de fuego que debió sortear el nuevo gobierno fueron las elecciones municipales. El 5 de abril de 1971, la Unidad Popular obtenía 49,23 por ciento de la votación. Todo parecía andar bien en los primeros meses bajo el mandato de Salvador Allende.

Sin embargo, casi dos meses después, el 8 de junio, minutos antes de las 11 de la mañana, un comando armado de la VOP,

mataba al ex vicepresidente de la República, el demócratacristiano Edmundo Pérez Zujovic, luego de interceptar el automóvil en que viajaba desde su hogar en Las Condes, hacia el centro de Santiago, acompañado de su hija María Angélica. Para Miguel Enríquez moría Pérez Z, a quien en más de alguna ocasión había criticado duramente.

Pérez Zújovic había salido de su casa, ubicada en calle La Bravanza, a las 10:45 horas, al volante de su Mercedes Benz rumbo a su oficina. Al doblar por calle Hernando de Magallanes hacia el norte, fue interceptado por un automóvil Acadian Beamont rojo, a bordo del cual viajaban tres individuos.

Uno de ellos descendió del móvil con una metralleta en sus manos y tras romper el vidrio de la ventanilla izquierda, disparó una ráfaga sobre el dirigente, impactando en su cabeza y cuerpo. El ex vicepresidente cayó sobre los brazos de su hija, quién con un pañuelo trató vanamente de contener la sangre que brotaba de sus heridas. Un vecino que vivía al frente del lugar de la emboscada, el actor Julio Jung, llegó presuroso al sitio de la tragedia, mientras otro testigo, el estudiante Guillermo Arthur Errázuriz, tomaba el volante del Mercedes hacia el Hospital Militar. Diez minutos después de haber ingresado al recinto hospitalario, Edmundo Pérez Zújovic moría.

El atentado provocó de inmediato alarma en La Habana. El propio Fidel Castro se dirigió a una casa de seguridad que era habitada por 15 chilenos, quienes desde hacía meses se encontraban en Cuba recibiendo instrucción militar en la base militar de Punto Cero. El presidente cubano creía que el asesinato al dirigente Pérez Zújovic había sido perpetrado por la derecha chilena, con el fin de provocar a la DC.

—Este asesinato es un movimiento para preparar un golpe de Estado a Salvador Allende, por lo que tendrán ir a salvar a su presidente. En las próximas horas se dejarán caer en paracaídas sobre territorio chileno y ayudar a su pueblo, —dijo aquel día Fidel Castro a los chilenos en La Habana, quienes debieron realizar un rápido entrenamiento de 48 horas de lanzamiento en paracaídas,

pero con el pasar de los días, el tenso y nebuloso panorama del atentado comenzaba a esclarecerse.²⁶

Cinco días más tarde, el 13 de junio, en una acción conjunta de militares y policías, fueron localizados en el Barrio Vivaceta dos de los autores del crimen: Ronald Calderón, quien fue abatido a tiros por la policía, y su hermano Arturo, uno de los indultados en enero por el Presidente Allende, quien decide suicidarse. Ambos hermanos habían pertenecido al MIR hasta 1969.

El día 16, el tercer miembro del comando que asesinó al vicepresidente de Frei Montalva, lanzaba un ataque suicida contra el cuartel central de Investigaciones, matando a dos detectives e hiriendo a un tercero, para enseguida destrozarse al activar varios cartuchos de dinamita que llevaba entre sus ropas.

El mismo día salía a la luz pública una declaración de Miguel Enríquez criticando la acción de la VOP:

“Ellos, por encima de su arrojo personal, no entendieron la importancia de la táctica y la racionalidad política. Expresaron en su accionar el odio elemental de una clase esclavizada contra los patrones y asesinos de gobiernos anteriores. No comprendieron que la situación había cambiado del 4 de septiembre en adelante, que el gobierno de Allende era distinto al de Frei”.²⁷

El ataque terrorista provocó el quiebre de las conversaciones entre el MIR y el PC. Este último exigía que el movimiento liderado por Enríquez entregara a Ronald Calderón y que además, participara en la represión contra la VOP, hecho rechazado tajantemente por los miristas. El PC consideró que esa actitud no le ofrecía garantías, por lo que rompió el diálogo iniciado en diciembre.

El 26 de julio, en un acto de homenaje a Cuba realizado en la comuna de San Miguel, el secretario general del MIR afirmaba:

—“El MIR proclama el derecho de los trabajadores del campo y la ciudad a movilizarse, a levantar las formas de lucha que son necesarias. Si son las tomas de fundos, si son las tomas de fábricas, eso es un camino justo, si se está combatiendo el sabota-

je de los momios, si se está combatiendo a la derecha y al imperia-
lismo”²⁸.

Al día siguiente, en una reunión del Consejo Nacional del Partido Demócrata Cristiano, se escindía un grupo de parlamentarios y dirigentes que más tarde fundarían la Izquierda Cristiana (IC), entre ellos Bosco Parra y el diputado Luis Maira. A la IC se incorporarían posteriormente Jacques Chonchol, el senador Alberto Jerez, entre otros, quienes abandonan el MAPU tras haber asumido éstas definiciones marxistas-leninistas.

Desde antes del triunfo de Salvador Allende, el MIR había comenzado una labor de infiltración, tanto a partidos de la derecha, centro y también de la Unidad Popular, cuya finalidad, además de desarrollar un trabajo de inteligencia, también buscaba la polarización de tendencias al interior de los partidos, para que fueran afines a la línea revolucionaria mirista.

En septiembre y después de cuatro meses de vivir en una especie de “gran congreso”, militantes del Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez, conocido como el MR-2, deciden reincorporarse al MIR, mientras otros lo harían al Partido Socialista. En esos días, el secretario general del MR-2 era el ex mirista Jorge Silva Luvecce.

Por otra parte, miembros de la VOP continuaban con sus acciones terroristas. A las 14.30 horas del 1 de julio, hacían estallar una bomba en un tacho de basura en la puerta principal de la Pontificia Universidad Católica, sin dejar heridos. Cuatro días después, con el mismo método, realizan otro atentado en el Congreso Nacional.

En una conferencia de prensa ofrecida el 13 de agosto en las oficinas de Punto Final, Miguel Enríquez –junto a la Comisión Política en pleno– niega la participación del MIR en el asesinato del agricultor Gilberto González, ocurrido días antes en la Viña Santa Clara, en Rancagua. “No tenemos responsabilidades políticas por este hecho, como estamos seguros que tampoco las tiene el PS ni el PR, ni ningún otro partido de la Unidad Popular”, señala-

ba el secretario general.²⁹ En la tarde del día siguiente, accidentalmente moría Luciano Cruz Aguayo.

El 31 de octubre, el secretario general del MIR volvía a polemizar con la UP, en esta oportunidad hablando en el Teatro Municipal de Temuco, durante un homenaje al dirigente campesino Moisés Huentelaf, quien en Loncoche había perdido la vida en la toma del fundo "Chesque". Miguel Enríquez criticó la política agraria, porque a su juicio, "se aplica en base a la Ley de Reforma Agraria demócratacristiana":

—“El resultado de una política débil en el sector agrario y el hecho que el gobierno no haya asumido allí el liderazgo del movimiento campesino en ascenso, obligaron a éste, al serle negados los instrumentos legales por medio de los cuales encauzar su lucha, a acudir a formas ilegales de movilización, entre las que están las tomas de fundo que hemos encabezado. El MIR no inventó la lucha de clases en el campo. Sólo hemos organizado y liderado las únicas formas posibles de movilización campesina, dadas las condiciones impuestas por la política agraria del gobierno.

De esta forma, los que hacen concesiones creyendo que así pueden tranquilizar a los sectores de la clase dominante, no hacen otra cosa que favorecer los juegos tácticos de la sedición. Las concesiones le pavimentan el camino a la sedición”.³⁰

Al día siguiente, 1 de noviembre, el Comité Político de la UP respondió airadamente sus palabras. El documento fue redactado por el senador Anselmo Sule, presidente subrogante del Partido Radical, quien en la parte final decía:

—“Los intentos por dividir a la UP, la presentación de una plataforma infantil y el oportunismo del MIR, preocupado de ganar influencias, no contribuyen a esa unidad. Si el MIR no rectifica su rumbo político será irremediablemente repudiado por la clase obrera y el pueblo, y jugará, en los hechos, un papel contrarrevolucionario en el proceso que Chile está viviendo”.

El conflicto con la Unidad Popular era evidente, pero en el plano personal, el 5 de noviembre de 1971 traería una de las noticias más trágicas en la vida Miguel Enríquez.

A raíz de una aguda depresión nerviosa y cuando el reloj marcaba las 19.10 horas, su esposa Alejandra Pizarro Romero se suicidaba, lanzándose a las ruedas del tren de pasajeros N° 13 del recorrido Temuco-Concepción, justo cuando el convoy pasaba frente a la calle Manquimávida, de la localidad de Chiguayante. Aquella tarde Alejandra vestía blue jeans, chalas blancas y un chaleco de color granate.

La joven de 24 años, fue velada en su domicilio de calle Nonguén 265, en Concepción. Sus funerales tuvieron lugar a las 16 horas del sábado 6 en el cementerio de la localidad de Hualqui, distante a uno 30 kilómetros de Concepción. Aquella dolorosa tarde, Miguel dijo a su suegra, Irene Romero:

—Gordita, la Alejandra es la mujer que más he amado en mi vida. Siempre la querré.³¹

En adelante, la pequeña Javiera Enríquez Pizarro quedaría a cargo de su tía Ana Pizarro, *La Pelu*.

El 10 de noviembre pisaba tierra chilena Fidel Castro, quien en 25 días recorrería el norte y el sur del país. El líder cubano se reúne varias veces con Miguel Enríquez y los más altos dirigentes del MIR, en la embajada de Cuba en Santiago, ubicada en la comuna de Providencia. Tras la partida del gobernante caribeño, el movimiento comienza una segunda etapa de tratativas con la dirigencia de la Unidad Popular, esperando que ésta vez sí tuvieran resultados positivos. Al mes siguiente, el poeta y militante comunista Pablo Neruda recibía en Suecia el Premio Nobel de Literatura. El alto galardón otorgado al chileno era tomado como un triunfo para el gobierno de Salvador Allende, pero a finales de 1971, el camino hacia la consolidación del socialismo se hacía cada vez más pedregoso y empinado.

Notas Capítulo VII

1. En Santiago, Patria y Libertad operaba con 20 grupos de choque, de 25 miembros cada uno, quienes disponían de un servicio de inteligencia con cerca de 25 vehículos provistos de radios para captar transmisiones de ambas policías, e incluso, del Ejército. Ver: Salazar, Manuel: *Contreras: Historia de un intocable*. Editorial Grijalbo. Santiago de Chile, 1995.
2. Ferandois, Joaquín: *Chile y el Mundo 1970-1973*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1985.
3. Salazar, Manuel: *Contreras: Historia de un intocable*. Editorial Grijalbo, Santiago de Chile, 1995.
4. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999.
5. Farfán, Claudia: *Reconstitución de Escena*. Revista Qué Pasa, 22 de octubre de 2000.
6. Alleged Assassination Plots involving Foreign Leaders. Report of the Select Committee to study Governmental Operations. United States Senate, Washington, 1975.
7. Alleged Assassination Plots involving Foreign Leaders. Report of the Select Committee to study Governmental Operations. United States Senate, Washington, 1975.
8. Florencio Fuentealba Aguayo, entrevista con los autores, Santiago, 26 de julio de 2001.
9. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999.
10. Varas, Florencia: *Conversaciones con Viaux*. Impresiones Eire, Santiago de Chile, 1972.
11. Farfán, Claudia: *Reconstitución de Escena*. Revista Qué Pasa, 22 de octubre de 2000.
12. Salazar, Manuel: *Contreras: Historia de un intocable*. Editorial Grijalbo, Santiago de Chile, 1995.
13. Foja 27 de la causa 101.804 sobre "Muerte de Luciano Cruz Aguayo".
14. Foja 42 de la causa 101.804 sobre "Muerte de Luciano Cruz Aguayo".
15. González, Mónica: *Chile: La Conjura*. Ediciones B, Santiago de Chile, 2000.
16. Ortega, Javier: *La otra cara de un intocable*. Diario La Tercera, 22 de julio de 2001.
17. En junio de 1989, Antonio "Tony" de la Guardia fue fusilado en La Habana, por sus supuestas vinculaciones en operaciones de narcotráfico. Su hermano,

Patricio de la Guardia fue condenado a 30 años de cárcel. También se ordenó la pena capital para el general Armando Ochoa, uno de los más prestigiosos héroes militares de la isla.

18. Ortega, Javier: *La otra cara de un intocable*. Diario La Tercera, 22 de julio de 2001.

19. Rodríguez Elizondo, José: *Crisis y Renovación de las Izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por "el caso chileno"*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.

20. Edición Especial: *Chile Siglo XX: historia y personajes de un país adolescente*. Revista Qué Pasa. Noviembre de 1999.

21. Pedro Durán de la Fuente es hermano de la primera dama de la nación, Luisa Durán de Lagos. Actualmente se desempeña como Jefe de Programación de la Presidencia, encargado de la agenda del primer mandatario Ricardo Lagos, siendo sindicado como uno de sus más estrechos colaboradores y hombre de confianza.

22. Fontaine, Arturo; González, Miguel: *Los mil días de Allende (Tomo I)*. Centro de Estudios Públicos, Santiago de Chile, 1997.

23. Jorge Insunza, entrevista con los autores, Santiago, 4 de julio de 2001.

24. Florencio Fuentealba Aguayo, entrevista con los autores, Santiago, 26 de julio de 2001.

25. Manuela Gumucio, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.

26. González, Mónica: *Chile: La Conjura*. Ediciones B, Santiago de Chile, 2000.

27. Revista Punto Final, N° 133.

28. Revista Punto Final, N° 136.

29. Diario Tribuna, 14 de agosto de 1971.

30. Diario Las Noticias de Última Hora, 2 de noviembre de 1971.

31. Irene Romero, entrevista con los autores, Concepción, 29 de julio de 1999.

CAPÍTULO VIII

LA UP EN CRISIS

A comienzos de 1972, mientras en el ámbito deportivo nacional Chile derrotaba con facilidad a Perú en Copa Davis, destacando la participación del juvenil de 18 años Belus Prajuoux; en Estados Unidos, Richard Nixon era reelegido Presidente, sorprendiendo luego al mundo con una imprevista visita a China, arduamente preparada por su secretario de Estado, Henry Kissinger. En Ecuador, era depuesto nuevamente el Presidente José María Velasco Ibarra por un golpe militar comandado por el general Guillermo Rodríguez Lara.

El gobierno de la Unidad Popular comenzaba el año con un serio revés. El 7 de enero era designado como nuevo ministro de Defensa José Tohá, después de ser suspendido de su cargo como jefe de gabinete por la Cámara de Diputados. El 29 del mismo mes, a petición del Senado, el Ejecutivo enviaba una nómina con 21.086 extranjeros llegados a Chile, tanto desde países socialistas, como también de otras naciones sudamericanas como Uruguay, donde los miembros del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro eran cercados por la policía charrúa. Cerca de dos mil de sus militantes se dispersaban secretamente desde Arica hasta Tierra del Fuego, incluyendo a Violeta Setlich, esposa del líder del grupo guerrillero, Raúl Sendic.

Durante el primer mes del año, Miguel Enríquez viaja a Cuba a continuar los contactos con las autoridades de la isla. A su regreso, en la casa que en esos días compartía junto a Carmen Castillo, en la comuna de Las Condes, se reencuentra con *La Catita* y con algunos de sus más cercanos, *El Bauchi*, entre otros. Aquella

noche, con un tostado Enríquez por el sol caribeño, el pelo más largo de lo normal y sus inseparables cigarrillos *Populares*, el grupo celebra estar juntos de nuevo, disfrutando de un buen trago de mojitos¹. Sin embargo, los festejos debían ser mesurados, pues las cifras económicas eran cada vez más desalentadoras para el gobierno. En febrero, la inflación acumulada de los últimos doce meses, alcanzaba al 32,1 por ciento.

El 11 de marzo de 1972 se posaba en la pista del Aeropuerto Pudahuel de Santiago un avión de Cubana de Aviación. En él regresaba el director de la Policía de Investigaciones, Eduardo *Coco* Paredes, y su familia, sin que se hubiera sabido públicamente su ausencia del país. Siguiendo la normal rutina de cualquier llegada, luego de descender los pasajeros, se procedió a evacuar la carga, aunque no en su totalidad. El avión fue trasladado enseguida al terminal de Lan Chile para ser llevado posteriormente a un lugar aislado del aeropuerto. Allí, bajo la vigilancia del propio Paredes y de algunos funcionarios de Aduanas, se descargaron treinta cajas, las que fueron transportadas en camionetas de la policía civil con destino desconocido. Eran los denominados “bultos cubanos”.²

El gobierno negó cualquier tipo de irregularidades en el asunto. Asegurando haber revisado todas las cajas, el administrador de la aduana afirmó que ellas contenían regalos de Fidel Castro para el Presidente Allende. En el Senado, el demócratacristiano Benjamín Prado pide en nombre de su partido la designación de un ministro de visita, petición negada por la Corte Suprema. La Cámara de Diputados, por su parte, abrió una investigación oficial, y junto con la Contraloría, afirmaban haber determinado que los bultos sospechosos eran once, los que habían sido trasladados a la casa presidencial de Tomás Moro.

¿Qué traían realmente en su interior?, ¿a quién o quiénes estaban destinados?, ¿eran las armas que necesitaba la izquierda para defender al gobierno de la Unidad Popular? Investigaciones realizadas posterior al golpe de Estado y según declaraciones de

ex funcionarios del GAP a los autores de este libro, corroboran la información entregada en el denominado *Libro blanco del cambio de gobierno en Chile*, que estableció el verdadero contenido de los bultos cubanos: 76 pistolas-ametralladoras, doce subametralladoras, seis cohetes PG-7, 457 pistolas, revólveres y municiones, armamento que fue pedido por el propio Salvador Allende a Fidel Castro, para “la defensa de La Moneda y la casa presidencial de Tomás Moro”.³

A pesar de la gran cantidad de armas ingresadas, el MIR no tuvo acceso a estas. En La Habana, el Presidente Castro fue claro con Miguel Enríquez: “sólo llegado el momento, los revolucionarios tendrán las armas”, pues existía un compromiso político entre Allende y el líder cubano, a quién se le exigía que el armamento le fuera entregado sólo al PS.⁴ Ante esta imposibilidad de acceder a “los bultos cubanos”, la dirección del movimiento decidió “tomarlas” por su propia ley.

A mediados de año, los problemas surgidos al interior del GAP entre miristas y socialistas llegaban a su punto máximo. Ni siquiera el cambio de dirección producido a fines de 1970, cuando Humberto Sotomayor, se hizo cargo de los hombres del MIR en reemplazo de Max Marambio, había relajado la tensión. Al movimiento de Enríquez se le criticaba que la participación de sus militantes en el GAP tenía sólo la finalidad de preparar militarmente a sus cuadros. Meses antes, se había incorporado una persona clave al interior del dispositivo de seguridad presidencial, cuya misión consistía en expulsar al MIR del GAP, y de paso, adoctrinar políticamente al grupo: Marcelo Schilling, alias *Gastón* o *Tribilín*.⁵

Tras una dificultosa reunión entre Sotomayor y Salvador Allende, realizada en los jardines de la casa presidencial de Tomás Moro, el MIR se aleja definitivamente del GAP, no sin antes haber robado, según el miembro de la Comisión Política Roberto Moreno, siete fusiles Garand M-1 y dos bazookas; sin embargo, versiones de ex integrantes del GAP señalan que la cantidad de armas sustraídas al aparato de seguridad presidencial habría sido mucho mayor. En dicha acción, se contó con la complicidad del

oficial cubano José Rivero, quien, como escolta, había acompañado a Fidel Castro cuando éste visitó nuestro país. Luego de la apropiación indebida del armamento, Rivero fue enviado a Cuba, donde es degradado. Años más tarde, diría que su participación en el robo del armamento al GAP se debía a que “Allende era un *come mierda*”.⁶ En reuniones posteriores sostenidas entre Allende, Miguel Enríquez, Humberto Sotomayor y Roberto Moreno, el Presidente les recordaba: —Ya, pues, ¿cuándo me van a devolver las armas?⁷

Mientras el MIR realizaba secretamente su trabajo militar, en el ámbito político, el movimiento alcanzaba un explosivo crecimiento. Fruto de un eficaz trabajo de tácticas propagandísticas, la Comisión Política fue capaz de modular una imagen de enorme gravitación e influencia política, desproporcionada con su realidad como partido. En sus actos, desarrollaban grandes mítines con un aparataje que respondía a las mejores estrategias *goebbelianas* impulsadas en la Alemania nazi de Hitler. En las asambleas sindicales, hegemónicas por el PS y el PC, a través de audaces intervenciones de un pequeño grupo de miristas, lograban desviar la discusión general a extensos debates que servían para relucir puntos importantes de la línea del MIR. En el ámbito estudiantil, el partido daba gran publicidad a la formación de organizaciones amparadas por el movimiento que, a pesar de ser ínfimas, parecían rivalizar en importancia con los grupos de la Democracia Cristiana y de la izquierda tradicional.⁸

En el ámbito de las relaciones públicas, el MIR contaba con importantes cuadros pertenecientes al Colegio de Periodistas, tales como Augusto Olivares, Manuel Cabieses, Carlos Jorquera, José Carrasco y Gladys Díaz, además de tener entre sus filas a personajes con un fuerte arraigo en la sociedad, como los actores Aníbal Reyna y Nelson Villagra, famoso en aquella época por su magistral interpretación protagónica en la película *El Chacal de Nahueltoro*. En su mejor momento, la dirección nacional creó una estructura nacional encargada de la producción y diseño creativo para los diversos medios comunicativos, entre los que se conta-

ban el periódico quincenal *El Rebelde*, *Revista Punto Final*, informativos mensuales por cada uno de sus frentes (FER, MCR, FTR, etc) y Radio Nacional. Esta estructura comunicacional del movimiento, también se preocupaba, a través de las fotos oficiales, realzar el magnetismo y carisma personal de Miguel Enríquez. El líder del movimiento era fotografiado con primeros planos muy cercanos, que buscaran proyectar una imagen de sabiduría, valentía, virilidad y audacia. Todo este trabajo propagandístico, hizo que al momento del golpe de Estado, el MIR contara con alrededor de 6.500 militantes organizados en 12 Comités Regionales.⁹ Pero en 1972, mientras el movimiento parecía estar en sus mejores momentos, el gobierno de la Unidad Popular continuaba dificultosamente su proceso.

El 7 de abril, *El Mercurio* daba a conocer una minuta reservada, atribuida al ministro de Economía, Pedro Vuskovic, que contenía el análisis de las estrategias destinadas a lograr el traspaso de 91 empresas privadas al Área de Propiedad Social.

En mayo, Sergio Zorrilla, miembro del Comité Central del MIR, regresaba a Santiago, luego de haber realizado un laborioso trabajo político en Chuquicamata, logrando en cinco meses constituir un grupo de 120 militantes, controlar las directivas vecinales de tres poblaciones y de algunos sindicatos. Informa de ello a Enríquez, pero luego surge un “pequeño problema”. La Comisión Política lo obliga a asistir en representación del MIR a los festejos de la Revolución Cubana. Viaja por quince días a la isla, pero “por orden de la Comisión Política de Miguel Enríquez”, los cubanos lo retienen en La Habana durante tres meses y medio. “Ahí conocí el totalitarismo”, señala hoy Sergio Zorrilla. Meses después de ocurridos estos hechos, Zorrilla decide retirarse del MIR.¹⁰

El 4 de mayo se iniciaba una huelga en el mineral de cobre de Chuquicamata en protesta por diversos problemas laborales. El vicepresidente Ejecutivo de Codelco, Jorge Arrate, calificaba el movimiento como “injustificado”.

Ese mismo día, Alejandro Villalobos, el *Mickey*, jefe del MIR en el campamento Nueva La Habana concede una entrevista al

diario El Mercurio en la que justificaba la creación de los Tribunales Populares en dicho sector, lugar a donde, de hecho, ni policía podía entrar.

Los Tribunales Populares eran organismos al margen de la ley, creados por los mismos pobladores y quienes trataban de hacer justicia por sus propios medios, ya que, según ellos, "no confiaban en la justicia burguesa". Entre sus polémicas decisiones se encontraba la tomada el 25 de abril de 1972, cuando se acusó al poblador Luis Muñoz Díaz de violar a *la profesora Silvia*, una mujer ajena al campamento pero que colaboraba en una escuela laboral al interior de la población. El Tribunal resolvió por 57 votos contra cinco que se ajusticiara al inculpado cortándole su pene. Sin embargo, la decisión no fue llevada a cabo y el acusado fue finalmente trasladado hasta un cuartel de Investigaciones.

En ese mismo mes de mayo, revista *Ercilla* informaba de las altas posibilidades que tenía el demócratacristiano Gabriel Valdés para suceder a Edgardo Enríquez Frödden en la rectoría de la Universidad de Concepción. Añadía que los posibles candidatos de la Unidad Popular que más fuerte sonaban eran Eduardo Novoa Monreal y el actual Presidente de la República, Ricardo Lagos Escobar. El MIR, cuya plaza fuerte era precisamente la universidad penquista, tenía, según la revista, tres postulantes: Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez y Miguel Enríquez, éstos dos últimos ex alumnos del plantel.¹¹

El 19 de mayo moría en un accidente automovilístico el líder y caudillo del MAPU, Rodrigo Ambrosio, quien había conducido a este incipiente partido con mano de hierro, gracias a su carismática personalidad.

Esta organización se había creado en 1970 y estaba conformada mayoritariamente por jóvenes rebeldes de la DC, provenientes de clases acomodadas y de sectores católicos. A pesar de su corta vida política (1970-1973), en el MAPU se forjaron una de las generaciones de políticos e intelectuales más influyentes de los

últimos años en este país, quienes aún se resisten a las críticas que los han calificado como un grupo “con vocación de poder”.¹² Tras la muerte de Ambrosio, el movimiento sufrió una escisión que dividió al partido en un ala más radical, encabezada por Oscar Guillermo Garretón, y un sector moderado, liderado por el actual senador socialista Jaime Gazmuri, que pasó a llamarse MAPU Obrero Campesino.

La repentina muerte del líder mapucista tenía lugar en momentos en que recrudecía el conflicto entre el MIR y el PC. En conferencia de prensa realizada el día 26 de mayo, el secretario general del PC, Luis Corvalán Lepe, criticaba a los principales dirigentes del MIR, calificando sus últimas actuaciones, con relación a la represión policial “contra obreros y campesinos”, como “fáciles y oportunistas”.¹³ Durante la etapa más conflictiva de la relación entre el MIR y el gobierno del presidente Allende, este último habría propuesto reprimirlos, dejándolos nuevamente fuera de la ley, idea que habría contado con el apoyo del Partido Comunista, pero que no tuvo mayores resultados debido a la oposición presentada por Carlos Altamirano, pues creía que esto “llevaría a una contienda interna que no ayudaba a consolidar el gobierno de la Unidad Popular”.¹⁴

El 15 de agosto de 1972, en la patagónica cárcel argentina de Rawson, 166 presos políticos, en su mayoría miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y del grupo guerrillero Montonero, trataban de fugarse del recinto. Sólo 25 logran el objetivo, de los cuales seis consiguen tomar un avión y refugiarse en Chile, entre ellos, Roberto Santucho, líder del ERP. Los restantes 19 fugados son apresados en el aeropuerto de Trelew antes de tomar el vuelo, previa rendición en la que solicitaban la seguridad de su integridad física. Una semana más tarde, eran fusilados en la base naval Almirante Zar, entre ellos, Ana María Vidarreal, esposa de Santucho.

Desde la llegada de los fugitivos al aeropuerto Pudahuel, el gobierno de Salvador Allende debió enfrentar duras críticas por

haber otorgado asilo a los guerrilleros argentinos, pero pocos sabían que tres meses antes de la fuga, el MIR ya estaba trabajando en la construcción de una pista de aterrizaje en las cercanías de Linares para que los argentinos pudieran llegar allí. Mientras duró esta secreta operación, Enrique Pebbles, encargado de Logística al interior del MIR, recibía parceladas instrucciones que denotaban la máxima seguridad de la acción que se llevaría a cabo. Él, junto al mirista Mario Melo estaban encargados de montar la infraestructura, la cual primeramente consistió en acondicionar el terreno donde se posaría el avión. Luego, se debía conseguir vehículos para recibir a unas 100 personas, quienes serían llevadas a diferentes casas de seguridad que los miristas mantenían en todo el país. Pero con el tiempo, la dirección del MIR decidió abortar la operación cuando ya estaba casi todo preparado para el rescate de los guerrilleros argentinos, quienes luego del breve paso por Chile, continuarían viaje hasta Cuba.¹⁵

A fines de agosto, la polémica entre algunos personeros de la UP y Miguel Enríquez continuaba, aunque, en una entrevista de los periodistas Marta Harnecker y Víctor Vaccaro para la revista Chile Hoy, el secretario nacional del MIR daba todo su apoyo al gobierno:

—¿Qué papel cree usted que debe desempeñar el MIR en el actual proceso? ¿Está ligada su suerte al éxito o fracaso de esta experiencia?

—“No puede estar ligada la suerte del MIR al fracaso de una determinada experiencia. Ninguna organización, ninguna estrategia, ninguna política está ligada a un momento táctico de la lucha de clases. El fondo del problema es que en este minuto algunos dirigentes del PC y distintos sectores de la UP han querido plantear que la suerte definitiva, tanto del movimiento de masas como de la izquierda en su conjunto, está ligada directamente al éxito o al fracaso de este gobierno.

“Nosotros hemos llamado a la defensa de la estabilidad del gobierno, fórmula levantada por nosotros desde el 4 de septiem-

bre. Esta defensa de la estabilidad del gobierno no presupone la identificación con cada uno de sus políticos o cada uno de sus actos, sino colocarse en forma irrestricta en la defensa de su estabilidad y su existencia".¹⁶

Mientras esto sucedía en el plano político, la vida de Miguel Enríquez y Manuela Gumucio seguía debatiéndose entre el romanticismo y el conflicto, y por lo mismo trataban de estar el mayor tiempo juntos. Ella era una militante de base del MIR y aprovechaban de compartir, incluso, durante los períodos de exámenes teóricos para los aspirantes, en los que Enríquez trataba de apurar el momento "soplándole" las respuestas. La distancia existente entre la dirección mirista y las bases de la organización era apreciable, y precisamente a través de Manuela, Enríquez podía conocer, en parte, la situación del MIR de "abajo". En momentos de disgustos, *Tito Sotomayor* era el encargado de transmitir los mensajes de Miguel Enríquez.

—Manuela, te llamo de parte de Carlos Martínez (nombre político de Miguel Enríquez), que te manda a preguntar si se pueden ver hoy, —decía Sotomayor, quien en todo lugar y momento estaba junto a la pareja.¹⁷

Curiosamente, una de las frases que Manuela Gumucio más recuerda de Enríquez y que éste repetiría en más de alguna ocasión a familiares y a sus compañeros miristas desde la época universitaria, decía: "Yo, de los 30 años no paso". Era la firme decisión de un hombre que desde joven, siempre creyó que a esa edad se debía, imperativamente, acceder al poder, de lo contrario, era mejor desaparecer, casi presagiando en forma suicida cuál sería su destino.

La primera de las grandes movilizaciones empresariales en contra del gobierno de la UP sucede el 10 de octubre, cuando unos doce mil dueños de camiones, de las provincias comprendidas entre OHiggins y Malleco, lanzan un paro indefinido. El poderoso gremio se plegaba así a la ofensiva política opositora, paralizando

virtualmente al país al bloquear la circulación de mercancías y agravando el desabastecimiento. De la presunta iniciativa patriótica de los camioneros chilenos contra el gobierno, no fue ajena la CIA, según la prensa extranjera. Un reportaje del diario estadounidense "The New York Times" revelaba que el organismo de seguridad estadounidense entregó cinco millones de dólares a los camioneros chilenos, otorgando a cada transportista cuatro dólares diarios, al cambio existente en el mercado negro.¹⁸

El 21 del mismo mes, se publicaba en el Diario Oficial la ley N° 17.798 que establecía un nuevo control de armas, entregando su fiscalización a las Fuerzas Armadas, norma que en su parte principal decía:

"Ninguna persona (salvo las Fuerzas Armadas, Carabineros, Investigaciones, Prisiones e Investigaciones Aduaneras) podrá poseer o tener ametralladoras, subametralladoras, metralletas o cualesquiera otras armas automáticas de mayor poder destructor. Asimismo ninguna persona podrá poseer o tener artefactos fabricados a base de gases asfixiantes, lacrimógenos, venenosos o paralizantes, de sustancias corrosivas, incendiarias, explosivas o de metales que por la expansión de los gases producen esquirlas, ni los implementos destinados a su lanzamiento".

Para Miguel Enríquez, la disposición constituía una nueva "ley maldita", en alusión a la "Ley de Defensa de la Democracia" que había autorizado reprimir a la izquierda durante los años 40. Uno de los primeros militares encargado de hacer cumplir estrictamente esa ley fue el entonces vicealmirante José Toribio Merino Castro. El mismo día de la publicación de la ley de control de armas, el ex Presidente de la República Eduardo Frei Montalva llamaba, a través de Canal 13 de televisión, a convocar a un plebiscito, señalando que ni él ni su colectividad buscaban derrocar a Salvador Allende, pero aseguraba también que "no quieren una guerra civil en el país".¹⁹

En otra experiencia amorosa frecuente entre altos cuadros del MIR, durante todo ese año, Bautista van Schouwen y la perio-

dista Gladys Díaz sostenían una relación de pareja. Curioso fue el episodio ocurrido, cuando luego de una larga y agotadora noche de trabajo, ella preparó a *Bauchi* un abundante desayuno, justo en el momento en que apareció Miguel Enríquez.

—Parece que me equivoqué de casa. Entré al hogar de la burguesía, —dijo en forma burlona el secretario general del MIR, mientras van Schouwen trataba de dar explicaciones.

—¡Qué le dai tantas explicaciones... Ahora tenemos que pedir permiso hasta para comer! —protestó Díaz, quien se caracterizaba por su fuerte carácter y un discurso feminista para la época.

—Sí, compañera, también hay que pedir permiso para comer —contestó Enríquez, siguiendo la broma.

—Entonces, ya que esto es tan burgués, no te voy a servir —respondió Gladys.

—Mire, compañera, no la quiero pasar a Control y Cuadros; usted cada día hace más mérito para que la disciplinen. Así es que sírvame, no más, —retrucó el visitante, estallando los tres en una sonora carcajada.²⁰

Durante los primeros días de noviembre, el MIR cimentaba el camino para la unión de los grupos que abogaban por el camino revolucionario en Latinoamérica. Se reunieron en Santiago la Comisión Política en pleno, además de tres miembros del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina y tres miembros del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaro de Uruguay. En dicha oportunidad, Miguel Enríquez aprovechó de estrechar cada vez más los vínculos políticos con estos grupos, contactos que se habían iniciado en 1968. Así nació lo que más tarde sería conocido como la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR), organización cuya historia estaría marcada por la muerte y desaparición de la mayoría de sus simpatizantes, en manos de las dictaduras latinoamericanas que gobernaron posteriormente.

Durante ese mismo mes en que el MIR realizaba esta secreta reunión, el día 24 de noviembre, El Mercurio informaba que “los miristas Osvaldo Romo Mena, *El Comandante Raúl*, y Ale-

jandro Villalobos, *Comandante Mickey*, ambos dirigentes del Frente de Pobladores Revolucionarios”, criticaban al Gobierno por lo sucedido días antes en la Población Lo Hermida, donde, producto de un enfrentamiento entre pobladores y efectivos de Investigaciones y Carabineros, resultó muerta una persona.

Al mes siguiente, Miguel Enríquez y Carmen Castillo viajaban a Concepción junto a las pequeñas Javiera Enríquez y Camila Pascal, para disfrutar unos días de playa en compañía de Bautista van Schouwen, su ex esposa Inés y el hijo de ambos, Pablo.

El año 1973 no presagiaba un mejor año para el país. El mercado negro se comenzaba a expandir en todo el país y el desabastecimiento era general. El Ejecutivo comenzaba a devolver algunas empresas intervenidas, provocando las críticas desde el interior del partido de Allende. El secretario general del Partido Socialista, Carlos Altamirano comenzaba a divulgar la frase “avanzar sin transar”, como “única forma de fortalecer el proceso y derrotar las embestidas contrarrevolucionarias de la burguesía y el imperialismo”.

En aquel verano, ni siquiera el tradicional Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar quedaba fuera de la lucha política que vivía el país. Durante la presentación del grupo chileno Quilapayún, abiertamente comprometido con el gobierno de la UP, el público literalmente se peleaba en las galerías por defender o repudiar a los músicos. En la competencia internacional, el primer lugar lo obtenía Julio Zegers con el tema Los Pasajeros, a su vez, en la parte folklórica, la victoria se la llevaba la joven de 22 años Margot Loyola con el tema Mi Río, relegando al segundo lugar a Canción a la Bandera, de Vicente Bianchi y del Premio Nobel Pablo Neruda. Mientras esto sucedía frente al mar, la bohemia capitalina trataba de olvidar por momentos la tensión en el país, acudiendo a la céntrica calle Huérfanos para deleitarse con los artistas y vedettes que actuaban en el conocido Bim Bam Bum. Al tiempo que esto ocurría en el espectáculo criollo, la red de la droga en Chile tenía su propio “padrino”. Siendo intensa-

mente buscado por la policía, en su prontuario ya contaba con nada menos que 94 detenciones, las que por cierto, no serían las últimas. Su nombre era Mario Silva Leiva, más conocido como *El Cabro Carrera*, quien en esos años, poco le interesaban las próximas votaciones que se sucederían en el país.

La campaña de las elecciones parlamentarias previstas para marzo agudizaba la situación política. El candidato a senador comunista Volodia Teitelboim anunciaba por radio una “guerra civil”, si ganaba la derecha, mientras que, por su parte, el Presidente Allende advertía respecto del daño que provocaría al país, la realización de un nuevo “paro patronal”.²¹

El PC continuaba en pugna con los miristas. Luis Corvalán reconoce entonces: “Es un hecho conocido que los planteamientos suicidas del MIR han encontrado eco en sectores de la Unidad popular”.²²

Durante la primera semana de marzo, el ex alcalde de La Reina y candidato a diputado por la DC Carlos Dupré, divulgaba un supuesto documento confidencial del MIR, atribuido a Miguel Enríquez y en el que se señala:

“No se trate de defender al gobierno ni al gabinete militar, sino de formular un nuevo programa, basado en los postulados del MIR. Debemos aprovechar la orfandad en que quedó Allende después de la fracasada visita a la URSS, y de la profunda crisis económica por la que atraviesa el país, y que tiende a agudizarse. En suma, Allende está solo internacionalmente, y en completa crisis internamente”.

El Presidente de la República había viajado a la Unión Soviética con el fin de confirmar una serie de convenios de cooperación. Así ocurrió, pero la esperanza de que el Kremlin concediera una sustancial ayuda económica para enfrentar la grave situación interna no se concretó. La rigidez de los planes quinquenales soviéticos y/o la nula voluntad política de la jerarquía comunista impidieron al gobierno de Allende disponer de los medios que urgentemente requería. No obstante el agudizado conflicto político,

expresado también en una desbocada inflación, inesperadamente la Unidad Popular obtenía en los comicios parlamentarios del 4 de marzo una votación del 43,49 por ciento. Chile estaba de hecho, dividido en dos.

Un mes más tarde, el MIR comenzaba una escalada de tomas propiciadas principalmente en los cordones industriales. En Vicuña Mackenna, a la altura del 3200, 300 pobladores provenientes de los campamentos Nueva La Habana, Lo Hermida y San Rafael, se tomaban la vía y levantaban barricadas. El objetivo era ocupar las bodegas de la Central Nacional de Distribución (Cenadi), entidad ligada a la actividad comercial minorista. La intervención de las fuerzas de Carabineros para disolver una marcha terminaría en violentos enfrentamientos, uno más de los que cotidianamente se sucedían.

Mientras el Presidente Allende calificaba esas acciones de "espontaneístas", el secretario general del MIR sostenía en un comunicado público:

"Es un hecho objetivo que desde hace algunos meses, a lo largo de todo el país miles de obreros, pobladores y campesinos, se movilizan en distintas formas, también tomándose calles, fábricas y fundos. Pero no lo hacen, como groseramente afirman Allende, Vergara, el 'enano maldito', El Mercurio y El Siglo, por ultristas, provocadores, en contra del gobierno, manipulado por extremistas, aliados a la ultraderecha, sino por que la clase obrera y el pueblo, azotados por la inflación y el desabastecimiento, se defienden de sus consecuencias".²³

En una clínica de la comuna de Las Condes, el 12 de junio Manuela Gumucio daba a luz al segundo hijo de Miguel Enríquez, quien, al igual que su abuelo y hermano, llevaría por nombre Marco Antonio.

La conspiración contra del gobierno de la Unidad Popular por parte de algunos militares, comenzaba a tomar forma a mediados de ese mes. En algún lugar de Santiago se reunían oficiales del Regimiento de Blindados N°2 con dirigentes del grupo Pa-

tria y Libertad, con el propósito de planificar el levantamiento de esa unidad militar y evaluar el apoyo que brindarían sectores civiles. La reunión sacaba sus frutos. Acuerdan que el capitán Sergio Rocha Aros y el teniente Guillermo Gasset instruiría a miembros del grupo ultraderechista para que les ayudasen a silenciar las radioemisoras “marxistas”, consiguieran combustible para los tanques y trataran de contener cualquier avance de brigadas de izquierda al centro de la ciudad. Sin embargo, los altos organismos militares tomaban conocimiento de los planes sediciosos elaborados por uniformados y civiles. En la mañana del miércoles 27 de junio, el general Mario Sepúlveda Squella, comandante de la Guarnición de Santiago y de la II División de Ejército, informaba al comandante en jefe de la institución, general Carlos Prats, de las actividades sospechosas en el Blindado N°2, disponiéndose de inmediato la incomunicación del capitán Rocha y de algunos suboficiales, mientras se llevaba a cabo un sumario.²⁴

Horas más tarde, cuando el vehículo de Prats circulaba por la avenida Costanera, una mujer identificada como Alejandrina Cox Palma insultó al Comandante en Jefe. Creyendo que era objeto de un atentado, el alto oficial sacó su revolver, amenazándola. El general Prats se dirigió a La Moneda a presentar su renuncia al Presidente Allende. Luego celebraría reuniones con el Consejo de Generales, cuyos miembros le aseguran su total apoyo. Esa misma noche, el Presidente de la República rechazaba su renuncia, pero el plan golpista seguiría adelante.

Notas Capítulo VIII

1. Castillo, Carmen: *Un día de octubre en Santiago*. Editorial Sinfronteras, Santiago de Chile, 1986.
2. Ferandois, Joaquín: *Chile y el mundo 1970-1973*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1985.
3. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.

4. Roberto Moreno, entrevista con los autores, Santiago, 19 de julio de 1999.
5. Beltrán, Gerardo y Stipicic, Cony: *Los GAP cuentan el 11 de septiembre*. Diario La Tercera, 12 de septiembre de 1999. Como consecuencia del asesinato del senador Jaime Guzmán Errázuriz, el gobierno de Patricio Aylwin crea el 18 de abril de 1991 la Oficina de Coordinación de Seguridad Pública, con el objetivo de desbaratar a los grupos terroristas en el país. El secretario ejecutivo de esta entidad fue Marcelo Schilling. Cinco años después, el 18 de diciembre de 1996, la jueza Raquel Camposano, quien instruía el Caso Guzmán, sometió a proceso por el delito de obstrucción a la justicia al entonces Subsecretario de Desarrollo Regional, Marcelo Schilling y al director de la Policía de Investigaciones Nelson Mery. Tras la presentación de los respectivos recursos de amparo, la Tercera Sala de la Corte de Apelaciones de Santiago acogió por dos votos a uno dicho oficio, siendo absueltos del proceso. Actualmente, Schilling se desempeña como embajador de Chile en Francia.
6. Martín Hernández, entrevista con los autores, Santiago, 17 de junio de 1999.
7. Estas reuniones se realizaban tanto en la casa presidencial de Tomás Moro, como en El Cañaveral, residencia alternativa de Salvador Allende, ubicada en Farellones, la que era utilizada también como centro de entrenamiento militar.
8. Vidal, Hernán: "*Presencia*" del MIR (14 claves existenciales). Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.
9. Heinecke, Luis: *Crónica de un asedio (Tomo IV) Contraofensiva revolucionaria*. Sociedad Editora y Gráfica Santa Catalina, Santiago de Chile, 1992.
10. Sergio Zorrilla, entrevista con los autores, Santiago, 26 de junio de 1999.
11. Revista Ercilla, N° 1921.
12. Farfán, Claudia y Faúndez, Gloria: *Asalto al poder*. Revista Qué Pasa, 27 de mayo de 2001.
13. Diario Clarín, 26 de mayo de 1972.
14. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.
15. Enrique Pebbles, entrevista con los autores, Santiago, 25 de junio de 2001.
16. Revista Chile Hoy, N° 11.
17. Manuela Gumucio, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.
18. Datos obtenidos del documental *La Batalla de Chile* del director Patricio Guzmán.
19. Diario Las Noticias de Última Hora, 22 de octubre de 1972.
20. Gladys Díaz, entrevista con los autores, Santiago, 23 de abril de 1999.
21. Revista Ercilla, N° 1.961.

22. Revista Ercilla, N° 1.962.

23. Revista Ercilla, N° 1.969.

24. Salazar, Manuel: *Contreras: Historia de un intocable*. Editorial Grijalbo, Santiago de Chile, 1995.

CAPÍTULO IX

DÍAS DE GOLPE

La situación era grave y nadie sabía con certeza dónde estaban Miguel Enríquez y Humberto Sotomayor, aquella mañana del 29 de junio de 1973 cuando el coronel Roberto Souper, a cargo de las tropas del Regimiento Blindado N° 2, intentaba apoderarse del Palacio de La Moneda. La acción, iniciada a las 8:55 de la mañana, incluía el apoyo de varios tanques.

No obstante, la aventura sediciosa era desbaratada por el propio comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats González. Ello tuvo lugar cuando el mismo jefe militar, metralleta en mano, encara y detiene a los sublevados armados frente a la puerta O'Higgins del palacio presidencial de La Moneda.

En entrevista a Canal 13 emitida en octubre de 1999, Andrés Pascal Allende relató que aquella mañana, uno de los tanques que participaron en la conspiración se escapó del grupo de blindados. A raíz de esto, el general Prats se comunicó telefónicamente con Miguel Enríquez señalándole: "mire Miguel, si usted puede, destruya ese tanque", hecho que finalmente no se llevó a cabo. Sin embargo, la hija del ex militar, Sofía Prats Cuthbert puso en duda tal declaración, pues aseguró que su padre quería "terminar con la insurrección de manera pacífica"¹.

Los autores del "tanquetazo" serían luego procesados por la justicia militar. La insubordinación castrense dejó ocho muertos, entre ellos un militar y el camarógrafo de la televisión sueca Leonardo Henricksen, quien literalmente filmó su propia muerte.

Miguel Enríquez y la periodista Manuela Gumucio habían acordado juntarse esa mañana para reconocer a su hijo Marco

Antonio ante la ley. Si bien el pequeño había nacido en el sector de Vitacura de la comuna de Las Condes, Miguel tenía todo previamente arreglado para que fuera inscrito en una oficina que le brindara mayor privacidad y seguridad, sin embargo, los hechos del día se lo impidieron, tanto que Enríquez y Sotomayor, urgentemente debieron reunirse con la dirigencia mirista y evaluar los graves acontecimientos, no sin antes llamar a Manuela informándole de que no podría concurrir a la cita.

Antes de que se lograra ubicar al líder mirista, Andrés Pascal Allende había tomado la iniciativa de ocupar una pequeña radio. A la hora en que Enríquez se incorporó a la reunión, el motín militar estaba prácticamente controlado. Muchos miristas se sentirían después avergonzados de no haber reaccionado oportunamente frente al levantamiento de los uniformados. El MIR “había perdido la iniciativa histórica de utilizar su fuerza social, política y combativa que había organizado”,² y que supuestamente, era de temer, tomando en cuenta que al interior del movimiento revolucionario existía un grupo de militantes que contaban con una buena preparación militar, capaz de enfrentarse con los gestores del “tanquetazo”. Era la denominada Fuerza Central, dirigida por Arturo Villabela.

Oriundo del puerto de Valparaíso e hijo de una acomodada familia, cuyo padre, proveniente de Cataluña, España, se desempeñaba como ingeniero agrónomo, Arturo Villabela Araujo llegó a ser uno de los dirigentes más destacados del movimiento. En 1961 ingresó a estudiar ingeniería en la Universidad de Concepción. Ocho años más tarde contrajo matrimonio con la dentista Rosalía Lechuga. Conocido en el MIR como *Coño Aguilar*, Villabela dirigió el aparato militar mejor preparado de la organización, además de ser miembro de la Comisión Política y de la Dirección Nacional. En marzo de 1974, cuando acudía a un punto de contacto, es cercado en un operativo dirigido por la FACH. Al tratar de huir, estando ya herido, recibe siete impactos de bala en el abdomen y es detenido en las dependencias de la Academia de Guerra Aérea. En 1977 es exiliado e ingresa clandestinamente a Chile en 1981,

en la llamada Operación Retorno. Arturo Villabela muere junto a otros dos miembros del MIR el 7 de septiembre de 1983, en un falso enfrentamiento con agentes de la CNI en calle Fuenteovejuna, en Santiago.

En tanto, en una de las aulas de la Universidad de Concepción, alumnos de Sociología y Marco Antonio Enríquez Espinosa, su profesor, seguían a través de la radio el desarrollo de los acontecimientos registrados en la capital ese 29 de junio de 1973. Una risotada general estalló cuando el locutor informó que “el coronel Roberto Souper es el jefe de este golpe fracasado”. Todos sabían del parentesco de Enríquez con el militar Souper, quien era concuñado de Raquel Espinosa, madre de Marco Antonio y sus hermanos Edgardo y Miguel Enríquez, los más altos dirigentes del MIR.

Horas después del frustrado intento subversivo, los máximos dirigentes del movimiento ultraderechista Patria y Libertad, Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Matte, John Shaeffer, Juan Eduardo Hurtado y Manuel Fuentes, se asilaban en la embajada de Ecuador junto a los militantes Fernando Moro y José Manuel Ruiz.

El Secretariado Nacional del MIR difunde durante la misma jornada una declaración pública. En ella se responsabiliza como incitadores del “tanquetazo” al Partido Nacional, a sectores de la Democracia Cristiana y del militarismo, entre otros, pero esencialmente hace un llamado a la población:

“La clase obrera y el pueblo deben desencadenar ahora una ofensiva a fondo contra la reacción y la ultrarreacción chilena. El pueblo tiene la fuerza más que suficiente para resolver la crisis planteada en su favor.

Sólo la movilización y organización independiente de los trabajadores y el combate decidido e inmediato contra la reacción patronal e imperialista pueden derrotar definitivamente esta intentona golpista y cualquiera intentona posterior”.

La declaración propone igualmente iniciativas directas, tales como:

“A expropiar Cenadi (Central Nacional de Distribución) y Conci (Comando Nacional Contra la Inflación) y todas las grandes distribuidoras y almacenes y que el pueblo tome de inmediato en sus manos la distribución y el abastecimiento de la población, y a expropiar todos los bienes del imperialismo y a suspender el pago de la deuda externa”.³

Aquella larga y tensa jornada que vivió el país, finalizó con un acto de masas, convocado por la Unidad Popular frente a La Moneda. En el lugar, un camión con grandes parlantes llamaba a “todo el pueblo” de Santiago a concentrarse para escuchar la palabra del secretario general del MIR, Miguel Enríquez, en las afueras de la Biblioteca Nacional. Unos 200 jóvenes miristas, en formación militar, con cascos y largos garrotes, estaban ubicados frente a la escalinata de ingreso al vetusto edificio. Sin embargo, cinco minutos más tarde fueron disuadidos por cuatro carabineros armados con fusiles, provocando una desbandada general. Los cálculos habían fallado, el jefe del MIR no pudo hablar y sus brigadas demostraban no ser tan fuertes en el campo de acción.

Al día siguiente, el 30 de junio, Miguel Enríquez, Carmen Castillo y sus hijas Camila Pascal Castillo y Javiera Enríquez Pizarro, se cambian a una casa ubicada en la Gran Avenida. También se instalan allí María Luz García, Humberto Sotomayor y la abuela de éste.⁴

Tras el “tanquetazo”, el MIR acordó con gente del GAP, dominado por socialistas, reforzar el dispositivo de seguridad de Allende en caso de nuevas rebeliones militares, a pesar de que el movimiento liderado por Enríquez ya no tenía participación en la escolta presidencial. Para ello, a los miristas se les entregó 250 fusiles, ametralladoras y un equipo de comunicación.⁵

Por esos días, la actividad de la Agencia Central de Inteligencia americana (CIA), estaba destinada en Chile a recopilar información acerca de quién en el Ejército, podría estar planeando un golpe de Estado, para infiltrar al grupo y lograr acceso a su líder. Entre los meses de julio y agosto, la CIA recibió informes

periódicos sobre las altas probabilidades de producirse otra insurrección militar en el país.⁶

El 5 de julio, Edgardo Enríquez Frödden, padre del líder mirista, recibía en su hogar una llamada telefónica del propio presidente Salvador Allende.

—Aló Edgardo, te habla Salvador, —ante la sorpresiva llamada, el padre de Miguel quedó perplejo y sólo se limitó a escuchar el pedido del Presidente—. Te llamo para pedirte un gran favor a tu país. Te necesito en el ministerio de Educación. Eres el más apto para el puesto. Necesito ahora tu respuesta, —dijo Allende.

—Pero Presidente, déjeme primero meditarlo, conversarlo con mi esposa y mañana le doy mi respuesta, —sugirió Enríquez Frödden.

—Cómo no. Pero no espero una negativa, querido Edgardo —concluyó Allende.

Al cortar su teléfono, Edgardo Enríquez se dirigió inmediatamente a conversar con su esposa Raquel Espinosa, anunciándole el pedido presidencial. Aún no terminaba de hablar con ella, cuando volvió a sonar el teléfono. Todavía no pasaban ni cinco minutos de la última llamada.

—¡Y qué me dices, querido Edgardo! Supongo que ya aceptaste, por lo que mañana te espero en La Moneda —dijo un insistente Salvador Allende quien de esta manera, comprometía al padre de Miguel Enríquez a encabezar el ministerio de Educación.⁷

Al día siguiente, un nuevo gabinete juraba en La Moneda. El socialista y ex superintendente de Seguridad Social, Carlos Briones asume como ministro del Interior, mientras el ex canciller Clodomiro Almeyda hace lo propio en Defensa. Por su parte, Edgardo Enríquez Frödden, se convierte en el nuevo titular de Educación.

A las 21 horas del domingo 8 de julio, sonaba esta vez, el teléfono en la casa del general Carlos Prats. Un periodista, que sirve de enlace de Miguel Enríquez, le informa que el dirigente

mirista necesitaba hablar urgentemente con él, a lo que el alto oficial accede de inmediato. Una hora y media más tarde, Enríquez y Sotomayor llegan a la casa del uniformado. Le señalaron que poseían antecedentes fidedignos de que el 29 de junio los oficiales subalternos de la Escuela de Caballería, trataron de convencer a los suboficiales de marchar a Santiago con la Escuela, para prestar apoyo al amotinado Batallón Blindado N°2. Según el informe, los suboficiales habían rechazado participar en el intento subversivo. De acuerdo con los datos que Enríquez entregaba al general Prats, Sergio Ossa Pretot era el encargado de la Democracia Cristiana para predisponer a la oficialidad media contra el gobierno. El propósito del jefe del MIR era que se informara al SIM (Servicio de Inteligencia Militar) y se procediera a apresar a los implicados, sin embargo, el SIM sólo reunía y procesaba información referida al extremismo de izquierda, no la relacionada con la ultraderecha. Los miristas se irían sin lograr su objetivo de investigar los focos sediciosos al interior de las Fuerzas Armadas.

Carlos Prats, aunque por cierto en completo desacuerdo con las tácticas miristas, reconocía en Enríquez a “un joven de talento y sinceramente convencido de la justicia de su causa”.⁸ El alto oficial militar se habría reunido semanalmente con los jefes miristas, en los últimos meses de su jefatura como Comandante en Jefe del Ejército, tratando de convencer a los líderes revolucionarios de la necesidad de evitar el enfrentamiento, llamándolos a la cordura.⁹

En otro de estos encuentros en los que habría estado presente Miguel Enríquez, Andrés Pascal Allende y el general Prats, los miristas le habrían manifestado su preocupación por las secretas reuniones golpistas que se estaban realizando en buques de guerra de la Armada en el puerto nortino de Iquique. Según los informes elaborados por un suboficial pro mirista que hacía de garzón en los citados encuentros, señalaba la participación de oficiales de la Armada, Carabineros y del Ejército, entre ellos, el general Augusto Pinochet Ugarte. Pascal Allende, en entrevista a Canal 13 recordó que al entregarle esos datos a Carlos Prats, este

no podía creer lo que estaba leyendo, señalando: “Esto no puede ser verdad. Esto es una maniobra y los están engañando a ustedes. Pinochet es mi amigo, mi persona de confianza, él es un constitucionalista. Esto no es verdad”. Finalmente, Prats no creyó la versión de los revolucionarios, pero más allá de este encuentro, según este relato, se pondría en duda la tesis sobre la participación final del general (r) Augusto Pinochet en el plan golpista del 11 de septiembre de 1973.

Mientras al interior de las Fuerzas Armadas, se continuaban desarrollando planes para el derrocamiento del gobierno de la UP, el 17 de julio, miles de personas colmaban las galerías del Teatro Caupolicán. Ese lunes, todos esperaban que las palabras de Miguel Enríquez llamarían a la ofensiva final:

“A lo largo y ancho del país se oye un solo grito que resuena en las fábricas, fundos, poblaciones y liceos, en los cuarteles del pueblo. El llamado a crear, fortalecer y multiplicar el poder popular, el poder de los comandos populares, el poder de los obreros y los campesinos, los revolucionarios y los trabajadores deben de inmediato extender las tomas de fábricas y fundos, multiplicar las tareas de defensa, impulsar el poder popular como gobierno local autónomo de los poderes del Estado.

“...los suboficiales y carabineros deberán desobedecer las órdenes de los oficiales golpistas. Y en ese caso, todas las formas de luchan se harán legítimas.

“Entonces sí que será cierto que los trabajadores, con los soldados, los marineros, aviadores y carabineros, los suboficiales y oficiales antigolpistas tendrán el derecho a construir su propio ejército, el ejército del pueblo”.¹⁰

Los asistentes seguían atentos cada palabra de Enríquez. El MIR endurecía cada vez más su posición y ya desde febrero de 1972, el movimiento había planteado una precaria e ingenua estrategia para detener un golpe de Estado. Esta consistía en la movilización de unas 12.000 personas en todo Santiago, quienes levantando barricadas y premunidos de rudimentarias armas de

fabricación casera, se enfrentarían al Ejército, lo que supondría, haría arrastrar a grandes masas de la población, sin el propósito de enfrentar al enemigo, sino más bien, resistirlo.

En sus Memorias, el mismo general Carlos Prats alude a la insignificancia de la capacidad militar del MIR, señalando que “en el Ejército, nos reíamos por el significado que le dan al hecho de que un particular pudiera haber comprado una de esas metralletas. Por cada arma automática, tenemos stocks muy grandes de municiones. Pero un civil, si tiene sólo 50 tiros y una metralleta, ésta se los come en segundos y luego la metralleta nos sirve para nada”.¹¹ Según uno de los jefes militares del MIR, reconoció después al secretario general del PS, Carlos Altamirano que la cantidad de militantes miristas con un grado mínimo de instrucción militar, no superaba de las 600 a 700 personas, por lo que las posibilidades de enfrentarse de igual a igual con un ejército profesional y disciplinado, como lo es en el caso chileno, serían nulas.¹²

En aquel tiempo, el aparato armado del MIR se entrenaba en una parcela camino a Farellones, siendo uno de sus más destacados instructores el ex militar Mario Melo Pradenas, *El Pelao*, un personaje excéntrico que no dudaba en incluir como parte de su “uniforme de guerra”, una buena cantidad de granadas que siempre llevaba consigo. Sin embargo, con el tiempo, también comenzaría a ser discriminado del grupo subversivo por su tendencia sexual.¹³

Eran los días en que los enfrentamientos entre comunistas y miristas, se trasladaban esta vez a los cordones industriales. El jueves 19 de julio, trabajadores del Cordón Vicuña Mackenna cortan avenidas y calles con el fin de proteger a las fábricas tomadas en el evento de que se intentara desalojarlas. La Central Única de Trabajadores (CUT), dirigida por el PC, había optado por la manifestación pacífica, pero el MIR se haría presente con el dirigente Víctor Toro, quien llegó con columnas del Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR) y del Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) con el fin de tomarse las bodegas de La

Papelera y las de Cenadi.¹⁴ El panorama era inquietante. El ministerio del Interior ordenaba que efectivos de Servicios Especiales de Carabineros acudieran esa noche al lugar para evitar problemas mayores. En el operativo, sin embargo, muere el poblador mirista José Arroyo Riquelme. El subsecretario del Interior, Daniel Vergara, explicó que Arroyo había fallecido tras caer de un techo al que se había encaramado.

Además de llamar a los soldados a desobedecer a los oficiales golpistas, el MIR pedía la “democratización” de las FF.AA.. En una declaración radial, el movimiento aludía también a las diferencias salariales existentes entre los uniformados: “Un sargento con 27 años de servicio tiene una renta poco inferior a los 10 mil escudos, mientras que un teniente coronel, con igual antigüedad tiene un sueldo de 27 mil escudos”.¹⁵ La organización proponía reestructurar las escuelas de oficiales de las instituciones de la Defensa, abriéndola a todos los sectores sociales, sin diferencia de clases.

A la crisis política se sumaba una delicada situación económica. El gobierno de la Unidad Popular tambaleaba. El 21 de julio, el Instituto Nacional de Estadísticas entregaba los nuevos indicadores económicos. En los últimos doce meses, el índice acumulado de alza de precios llegaba a 283,4%, mientras que en el último mes, la inflación había sido de un 15,6 por ciento.

Cinco días después, otro hecho empeoraba el clima de violencia. Arturo Araya Petersen, capitán de navío y edecán naval del Presidente Allende, es asesinado en su propia casa, ubicada en la santiaguina comuna de Providencia. Antes de que transcurrieran 24 horas fue detenido el electricista José Riquelme Bascuñán, quien en estado de ebriedad había pasado frente a la Prefectura de Carabineros de Santiago, donde fue inmediatamente detenido tras un altercado con un policía. Al día siguiente, con grandes titulares, el vespertino La Segunda aseguraba en su primera página: “Cayó asesino del edecán. Se habría entregado a Carabineros. Grupo extremista de izquierda lo ultimó. Pretendían

raptarlo para convulsionar al país. FTR, MIR y PS serían los cómplices”.

En primera instancia, el capitán Germán Esquivel del Servicio de Inteligencia de Carabineros (SICAR), había logrado “la confesión” de Riquelme, quien declaraba su culpabilidad en los hechos. Horas después era trasladado al cuartel de Investigaciones, donde se comprobó que la confesión estaba jurídicamente viciada por haber sido obtenida bajo presión.

Pero más allá de la información suministrada por la prensa opositora, se iniciaba una investigación judicial que lograría esclarecer el crimen del capitán Araya. Los responsables se entregaron al Ejército y algunos afirmaron ser miembros de los denominados “Guerrilleros Nacionalistas”, grupo escindido de Patria y Libertad que trabajaba en conexión con el Comando Rolando Matus, brazo operativo del Partido Nacional.¹⁶

El fin de semana del 4 y 5 de agosto, en el molo de Valparaíso, se gestaban movimientos ajenos a la rutina naval. En el crucero Almirante Latorre y en el destructor Blanco Encalada, un grupo de suboficiales preparaba una sublevación, aprovechando que gran parte de la dotación se encontraba de “franco”. La acción, sin embargo, no pasaría a mayores, pues era sofocada por los organismos de inteligencia naval. Dos días después, el 7 de agosto, la Armada de Chile declaraba públicamente haber detectado movimientos subversivos entre sus filas. El jefe de Relaciones Públicas de la institución, capitán de fragata Felipe Barahona Lopetegui, señaló en un documento oficial: “Estos hechos son consecuencia evidente de la intensa campaña de propaganda perniciosa que han estado desarrollando grupos extremistas mediante continuos llamados a la desobediencia”.¹⁷

Entre los instigadores de la sedición naval se aludía claramente a los caudillos de la izquierda revolucionaria chilena: Oscar Guillermo Garretón Purcell, diputado del MAPU; Carlos Altamirano Orrego, senador y secretario general del PS, y Miguel Enríquez Espinosa, jefe máximo del MIR.

Oscar Guillermo Garretón era en aquellos tiempos un vehemente dirigente izquierdista y líder del partido MAPU. Es por ello que este ingeniero comercial de la Pontificia Universidad Católica, luego del golpe de Estado fue exiliado y partió rumbo Cuba, regresando en la década de los ochenta, donde tras permanecer un breve período encarcelado por la justicia militar, se dedicó a la empresa privada, llegando a ser director del Metro S.A., presidente del directorio de la Compañía de Teléfonos de Chile, presidente de empresas Iansa, siendo actualmente uno de los hombres de negocio más prominentes en el país.

Por su parte, Carlos Altamirano, quien provenía de una ilustre familia de terratenientes y que en su juventud había obtenido el título sudamericano del lanzamiento de jabalina, ha sido sindicado como uno de los principales causantes del golpe militar de 1973. Durante la Unidad Popular, Carlos Altamirano se reunía en forma periódica con el jefe mirista, y hasta estos días recuerda a Miguel Enríquez como un hombre de un asombroso talento y con gran poder de convencimiento. "Discutir con él no era fácil, pues era ocurrente, rápido, de mucha energía. Un joven líder carismático", sin embargo, también es claro en señalar su principal defecto: "Miguel estaba muy alejado de la realidad".¹⁸

Pero en aquellos días de agosto de 1973, tanto Garretón, Altamirano y Enríquez, trataban de ser judicialmente cercados por la marinería, pues parecían estar llegando demasiado lejos con sus actos. La institución militar interpuso una petición de desafuero contra los dos parlamentarios y se ordenó la detención del líder mirista a requerimiento del gobierno, invocando a la Ley de Seguridad Interior del Estado. Luego se instruiría la causa rol 3296 en el Juzgado Naval de Valparaíso, caratulada como "Sedición frustrada", cuyo objetivo era esclarecer los móviles de los "políticos sediciosos" y someterlos a proceso.

Desde un primer momento, el sargento 2º, Juan Cárdenas Villablanca y el cabo 2º José Lagos Améstica figuraron como los responsables del movimiento subversivo al interior del Armada. Sin embargo, a los uniformados mencionados se agregaría duran-

te los días siguientes una lista de 45 personas, entre suboficiales y operarios. Todos serían sometidos enseguida a la Justicia Militar y declarados reos por el mismo delito: incumplimiento de deberes militares. Durante el proceso, el número de inculpados llegó a 58, de los cuales 54 fueron privados de libertad por casi un año.¹⁹ Entre ellos, se encontraba el suboficial Antonio Ruiz Uribe, quien admitió a la prensa nacional el 7 de septiembre de 1999, que fue torturado durante su privación de libertad, sumergiéndosele en tarros de 200 litros llenos de excremento y barro, siendo también víctima de golpes con toallas mojada, propinados por oficiales de la Armada.

El 2 de octubre de 1973, la Iª Corte Marcial de la Marina de Guerra declaraba reos y procesaba en ausencia a Altamirano Orrego, Garretón Purcell y a Miguel Enríquez Espinosa.²⁰

Las diligencias judiciales lograban también la declaración de Nibaldo Eduardo Sepúlveda Zúñiga, un funcionario de los Astilleros Marítimos de Chile (Asmar), quien comprometía explícitamente al MIR, al relatar que, a comienzos de año, el empleado particular de Asmar y alumno de ingeniería en la Universidad de Concepción, Luis Jaramillo Astudillo le anunció una reunión que se celebraría en la casa del operario Humberto Lagos, del taller 51, en la cual se hablaría de cuestiones políticas. Sepúlveda Zúñiga se manifestó interesado en participar. La reunión se realizó en el mes de julio en la casa de Lagos, ubicada en la Población Lan "S". Presentes estuvieron el dueño de casa; el operario Tomás Matus Poblete; Luis Jaramillo; un señor de apellido Reysol y otro llamado Luis, estos últimos militantes del MIR. Asistieron también otras dos personas, a quienes Sepúlveda dijo no conocer. En el encuentro se habló de política y se recomendó leer *Principios del Socialismo*, libro publicado por la estatal Editorial Quimantú y además, los asistentes recibieron de regalo un ejemplar de *El Rebelde*. Los participantes convienen que había que "organizarse al interior de Asmar, en núcleos secretos, los que deberían estar preparados para actuar cuando llegara la ocasión".²¹

A medida de que avanzan las indagaciones judiciales, el MIR

aparecería como una de las principales organizaciones que instaba a la sedición.

Juan Cárdenas Villablanca reconoció ser el jefe del grupo que tomaría el control del buque Blanco Encalada, en caso de que la oficialidad intentase dar un golpe de Estado junto a otras unidades; admitió además haberse contactado con el cabo Blasset, quien dirigía un grupo similar en el Almirante Latorre. Semanas antes, el sargento Cárdenas había recibido en Valparaíso una llamada telefónica de alguien que se identificó como *Tito*, quien le pidió salir al molo pues tenía un encargo para él. Ahí, un hombre moreno, de largo pelo liso, le entregó una carta, indicándole que tras leer su contenido debía quemarla. Cárdenas no lo hizo y dicha carta fue requisada por la Fiscalía Naval, usándola más tarde, como prueba en el proceso.

En uno de los papeles se señalaba que Miguel Enríquez quería hablar de “los compañeros del Blanco”, para lo cual se agregaba un número de teléfono a través del cual podría ubicársele. En uno de sus viajes a Santiago, Cárdenas telefoneó al secretario general del MIR, acordando una reunión para el jueves 2 de agosto. A dicho encuentro asistieron también el marinero Roberto Fuentes y el cabo Pedro Lagos Carrasco. Los suboficiales le plantean su inquietud por el riesgo de que se produzca un golpe de Estado. Los rumores indicaban que incluso existía fecha: el miércoles 8 de agosto.

Enríquez les informa que al día siguiente habría una importante reunión en la capital a la que debían asistir. Decide contactarse con Carlos Altamirano:

—Es urgente, debes conversar con un sargento de la Armada llamado Cárdenas que tiene información importantísima.

—Pero Miguel, tengo mil cosas que hacer, qué voy a conversar con un sargento —fue la reacia respuesta de Altamirano.

—Es que yo tengo información fundamental de cómo viene el golpe, tienes que venir —insistía Enríquez, petición que finalmente le fue aceptada.

Eran las diez de la noche del viernes 3 de agosto y en una

casa ubicada en las cercanías de Puente Alto, Cárdenas y sus compañeros se reúnen con el senador Altamirano, Miguel Enríquez y otros dos miristas. También asisten los suboficiales Juan Roldán Bernal, Ernesto Zúñiga Vergara, Alberto Salazar Briceño y un marinero del Latorre, al que Cárdenas Villablanca no conocía.

Cárdenas les explica su plan para contrarrestar a las fuerzas golpistas: apresar a los oficiales sediciosos y tomar el control de los buques de guerra. Altamirano les pregunta cuál es la fuerza de su movimiento.

—Bastante —fue la respuesta del suboficial Cárdenas.

Según la Causa Rol 3296 del Juzgado Naval de Valparaíso, el parlamentario socialista aceptó la iniciativa, asegurando que contarían con el apoyo popular, sin embargo, Altamirano señaló a los autores de esta investigación que esto sólo sería posible “en caso que los sediciosos navales dieran el primer golpe, no nosotros”.²² Miguel Enríquez, en tanto, creía que no había posibilidad de contar con la ayuda de la Infantería de Marina, y que si ésta se oponía, habría que bombardearla, para lo cual él ofrecía la ayuda de 15 mil paramilitares y armas para los suboficiales marineros en caso de faltar.²³

Casi nadie compartió la propuesta del máximo dirigente mirista. Para los suboficiales no era necesario un bombardeo. La reunión se diluyó progresivamente entre preguntas y respuestas, aunque el cabo Pedro Lagos y un dirigente del MIR concuerdan una frecuencia de radio para mantenerse en contacto.

Todo parecía estar listo frente a eventuales sublevaciones. El sargento Cárdenas regresó al buque el domingo en la noche, pero allí fue detenido por el segundo comandante de la nave, quien sabía de su reunión con los líderes del ala más radical de la izquierda. Los planes rebeldes empezaban a hundirse y la infiltración en las Fuerzas Armadas comenzaba a ser descubierta.

Los diálogos entre el gobierno y la Democracia Cristiana se suceden durante esas semanas de agosto, aunque sin lograr acuerdos, mientras en gran parte del país continuaba la paralización de los camioneros, dejando al país en un verdadero colapso.

Salvador Allende introduce el 13 de agosto nuevos cambios en su gabinete, al cual ingresan uniformados. El general Carlos Prats asume en Defensa y en Obras Públicas el general de la FACH César Ruiz Danyau. Como titular de Tierras y Colonización es designado el director general de Carabineros, José María Sepúlveda Galindo, y el almirante Raúl Montero Cornejo en Hacienda. El general Augusto Pinochet, el vicealmirante José Toribio Merino, el general de la FACH Gustavo Leigh y el general de Carabineros Jorge Urrutia, subrogan, respectivamente, a los altos oficiales llamados a ejercer responsabilidades ministeriales. En Interior asumía Orlando Letelier y Clodomiro Almeyda volvía a la Cancillería.

En palabras de Salvador Allende, estos nuevos ministros tenían la misión de “impedir que Chile se vea azotado por la guerra civil”. Para Miguel Enríquez este era simplemente un “gabinete de capitulación”.

La beligerancia verbal de la oposición aumentaba de grado y los hechos de violencia se suceden. Tras una serie de incidentes, en especial una contramanifestación de esposas de oficiales militares ante su propia casa, el 24 de agosto, el general Carlos Prats González se ve obligado a presentar su renuncia. En su decisión le siguen Montero Cornejo y Sepúlveda Galindo. Cesar Ruiz había dimitido días antes al ministerio de Obras Públicas. Ahora, la Comandancia en Jefe del Ejército era asumida por el general Augusto Pinochet Ugarte.

Esa misma mañana, Miguel Enríquez y su cuñada Ana Pizarro, hermana de la fallecida esposa del jefe del MIR, Alejandra Pizarro, se encuentran para decidir quién se hará cargo de Javiera, la pequeña hija del mirista. La conversación en torno a la importante decisión familiar discurre no sin interferencias, puesto que Miguel no desviaba su atención de la información radial, enterándose así de la dimisión del general Prats, causando la molestia de Ana, más interesada en saber del futuro de Javiera.

—Es que están pasando cosas muy graves —le responde in-

sistentemente Enríquez a su cuñada. Finalmente resuelven que Miguel tendría a la niña durante un tiempo más, decisión por cierto arriesgada, pues la situación política era cada vez más delicada.

Por su parte, Roberto Thieme, uno de los líderes del ultraderechista grupo Patria y Libertad, declaraba desde la cárcel el 28 de agosto al vespertino socialista *La Noticia de Última Hora*: “Derrocaremos al gobierno de la Unidad Popular sea como sea. Si es necesario que haya miles de muertos, los habrá, pero en esto no estamos solos. Nosotros apoyamos a los movimientos democráticos como los transportistas, comerciantes, médicos, industriales, porque sus fines son los nuestros”.²⁴

Tres días antes, el 25 de agosto, Thieme había sido detenido por efectivos de Investigaciones, mientras comía en el restaurante Innsbruck, en Las Condes. ¿Pero quién era este hombre que desde la cárcel llamaba a derrocar al gobierno de Allende, sin importar la cantidad de muertos que ello pudiera provocar?

Hijo de inmigrantes alemanes que llegaron a Chile antes de la Segunda Guerra Mundial, Roberto Thieme se caracterizó por ser uno de los más duros dirigentes de la organización derechista y segundo hombre de Patria y Libertad, después de su líder natural Pablo Rodríguez Grez. En un espectacular montaje ocurrido en febrero de 1973, Thieme hizo creer al país entero que había muerto en un accidente aéreo en las costas de Concepción. Sin embargo, el avión que el mismo piloteaba, lo aterrizó en Colonia Dignidad desde donde continuó por tierra su viaje hacia Argentina. En territorio trasandino trabajó clandestinamente para el movimiento hasta después del “tanquetazo”, cuando la mayoría de la dirigencia de Patria y Libertad se exilia en Ecuador. Roberto Thieme regresa secretamente a Chile y se hace cargo del movimiento hasta que es detenido. Catorce días después del golpe de Estado es liberado por las autoridades militares. Durante la década de los ochenta, viaja a Estados Unidos donde realiza diversas actividades empresariales, volviendo al país para el plebiscito

de 1988. Al año siguiente es postulado por el Partido de Sur como candidato a diputado. En 1992 vuelve a hacer noticia al contraer matrimonio con Lucía Pinochet Hiriart, la mayor de las hijas del general (r), de quien se separó en 1996. Actualmente, Roberto Thieme es propietario de la empresa D&T y representante en Chile de la división muebles de Hyundai. Pero en el invierno de 1973, tenía un solo objetivo en su cabeza: derrocar a la Unidad Popular.

El 29 de agosto, una vez más el Presidente Allende modificaba su gabinete. Asume como ministro de Hacienda el contralmirante Daniel Arellano y, en Minería, el general de división Rolando González. A la cartera de Interior vuelve Carlos Briones y Orlando Letelier permanece en Defensa.

En los primeros días de septiembre, Miguel Enríquez visitaba al matrimonio formado por Mónica San Martín, su polola en la época universitaria, y Hugo Corvalán, su compañero en la Escuela de Medicina. En la casa, ubicada en la Avenida Bilbao, poco antes de llegar a Américo Vespucio, Miguel les pidió prestados unos sacos de dormir, los que le son regalados. Aprovechó el encuentro para contarles cómo veía la situación política, asimismo, dijo tener antecedentes de que ya se estaba torturando a gente en la Armada y que “venía un golpe de Estado y una represión muy grande”. El matrimonio Corvalán-San Martín eran buenos amigos de Miguel. En esos los últimos meses le habían facilitado una casa en el sector de El Arrayán, en donde se hospedaban varios miembros de la Comisión Política, incluido el líder mirista, quien no podía resistir a la tentación de pedirle a su antigua amiga de la universidad, finos quesos roquefort y camembert, exquisiteces difíciles de encontrar en aquellos difíciles momentos, pero muy apetecidas por el líder del MIR.²⁵

Por esos días, Miguel Enríquez llamaba a su antiguo amigo radicado en Temuco, el abogado Juan *Patula* Saavedra para que lo ayudase en algunos conflictos legales que el MIR tenía.

—*Patula*, necesito que nos soluciones unos problemas con unos sindicatos, en especial con el de Radio Nacional (de propie-

dad del MIR). Arrienda una oficina *a todo trapo* y con una alfombra bien gruesa. ¡Que no se note pobreza, huevón! Pero necesito que me soluciones esto en no más de diez días, —concluyó Miguel, cuyo plazo solicitado, la historia se encargaría de abortarlo prematuramente.

Mientras tanto, en el plano militar, el MIR ya se encontraba produciendo artesanalmente desde hacía semanas, pequeñas cantidades de subametralladoras en el Cordón Cerrillos.²⁶

El 9 de septiembre, Miguel Enríquez sostiene una extensa reunión con el Presidente Allende que duró hasta las dos de la mañana. Analizan la grave situación política y el inminente golpe, aunque ambos no llegan a ningún acuerdo.²⁷ Para el MIR, el golpe era un hecho. Muchos de sus militantes se encontraban desde hacía meses en situación de “reclutamiento”.

Horas antes, el almirante José Toribio Merino enviaba desde el puerto de Valparaíso, un pequeño papel que cambiaría los destinos de la patria por los próximos años. La importante misiva era trasladada secretamente a los comandantes en jefes del Ejército y la Fuerza Aérea, con el siguiente mensaje:

Gustavo y Augusto.

Bajo mi palabra de honor, el día D será el 11 a la hora 06.00. Si Uds. no pueden cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíqueno al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con ustedes.

Les saluda con esperanza y comprensión:

Merino

Al reverso de la nota se leía los últimos y firmes deseos del Almirante.

Gustavo: Es la última oportunidad.

JT.

*Augusto: Si no pones toda la fuerza de Santiago desde el primer momento, no viviremos para el futuro.*²⁸

La decisión estaba tomada. El día y la hora, determinada. Al día siguiente, los principales oficiales que encabezarían el golpe de Estado, eran llamados secretamente y transportados en helicópteros para recibir las órdenes de sus generales.

Miguel Enríquez y Humberto Sotomayor no llegan ese lunes 10 de septiembre a la casa de Gran Avenida. Ambos presentaban certeramente que se avecinaban días decisivos en la historia del país.²⁹

Notas Capítulo IX

1. Rodríguez, Pilar: *Entrevista a Pascal Allende*, Programa Contacto de Canal 13, octubre de 1999, y Diario La Segunda, 6 de octubre de 1999. Las afirmaciones hechas por Andrés Pascal Allende en relación a la destrucción de este tanque, fueron reiteradas por el ex miembro de la Comisión Política Roberto Moreno en entrevista con los autores, Santiago, 19 de julio de 1999.
2. Enríquez, Miguel: *Con vista a la esperanza*. Escaparate Ediciones, Santiago de Chile, 1998. (Recopilación de escritos hecha por Cecilia Radrigán y Miriam Ortega).
3. Idem.
4. Castillo, Carmen: *Un día de octubre en Santiago*. Ediciones Sinfronteras. Santiago 1986.
5. Stipicic, Cony y Beltrán, Gerardo: *Los GAP cuentan el 11 de Septiembre*. Diario La Tercera, Santiago, 12 de septiembre de 1999.
6. Covert Action in Chile, 1963-1973, Staff Report of the Select Committee to study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, United States Senate, Washington, 1975.
7. Raquel Espinosa Townsend, entrevista con los autores, Santiago, 3 de septiembre de 1998.
8. Prats, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*. Editorial Pehuén. Santiago de Chile, 1996.
9. Rodríguez Elizondo, José: *Crisis y Renovación de las Izquierdas. De la revolu-*

ción cubana a Chiapas, pasando por "el caso chileno". Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995.

10. Enríquez, Miguel: *Con vista a la esperanza.* Escaparate Ediciones, Santiago de Chile, 1998. (Recopilación de escritos hecha por Cecilia Radrigán y Miriam Ortega).

11. Prats, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado.* Editorial Pehuén. Santiago de Chile, 1996.

12. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.

13. Enrique Pebbles, entrevista con los autores, Santiago, 25 de junio de 2001.

14. El gestor y máximo responsable del FTR era Hernán Aguiló, quien tras el golpe pasó a ser uno de los principales responsables en la articulación del MIR. En 1988, con ocasión del V Congreso mirista, el movimiento se dividió en tres facciones; la primera, llamada MIR-Histórico era dirigido por Andrés Pascal Allende, la segunda, el MIR-Renovación o político era liderada por Nelson Gutiérrez y la última, denominada Comisión Militar del MIR la encabezaba Hernán Aguiló, quien durante muchos años se desconocía su paradero, pero que en los últimos años, se habría instalado de nuevo en Chile.

15. Revista Ercilla, N° 1984.

16. Salazar, Manuel: *Contreras: Historia de un intocable.* Editorial Grijalbo, Santiago de Chile, 1995. Este comando se entregó, tras estar refugiado en un fundo de San Felipe el 12 de septiembre de 1973 y era integrado por René Claverí Bartet, Edmundo Quiroz Ruiz, Guillermo Necochea Aspillaga, Guillermo Bunster Thiese, Juan Zaconni Quiroz, Miguel Sepúlveda Campos, Carlos Fernando Farías, Wilfredo y Luis Perruy González, Luis Palma Ramírez, Mario Rojas Zegers, Uka Lozano, Guillermo Schilling Rojas, José Iturriaga Aranguiz, Ricardo Velez Gómez, Rafael Mardones Saint Jean, Odilio Castaño Giménez, Andrés Potín Lailhacar y Alejandro Figari Verdugo. Todos estos hombres, finalmente consiguieron el indulto del general Augusto Pinochet en 1980.

17. Fontaine Talavera, Arturo y González Pino, Miguel: *Los mil días de Allende (Tomo 1).* Centro de Estudios Públicos. Santiago de Chile, 1997.

18. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.

19. Causa Rol 3296 del Juzgado Naval de Valparaíso, Foja 16.

20. Causa Rol 3296 del Juzgado Naval de Valparaíso. Foja 12.

21. Causa Rol 3296 del Juzgado Naval de Valparaíso. Foja 22.

22. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.

23. Declaración del marinero Ernesto Zúñiga a la Causa Rol 3296 del Juzgado Naval de Valparaíso. Foja 65.
24. Fontaine Talavera, Arturo y González Pino, Miguel: *Los mil días de Allende*. Centro de Estudios Públicos. Santiago de Chile, 1997.
25. Mónica San Martín, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.
26. Información entregada por Andrés Pascal Allende a la periodista Pilar Rodríguez para el programa Contacto de Canal 13, en octubre de 1999.
27. Revista Punto Final, N° 428.
28. González, Mónica: *Chile: La Conjura*. Ediciones B, Santiago de Chile, 2000.
29. Carmen Castillo, entrevista con los autores, Santiago, 23 de julio de 1999.

CAPÍTULO X

“AHORA LE TOCA A MIGUEL”...

A las 4 de la mañana del once de septiembre de 1973, mientras las calles de Valparaíso estaban vacías y la oscuridad reinaba, la Armada de Chile comenzaba secretos movimientos entre San Antonio y Quintero. Momentos después, el Servicio de Inteligencia de la Marina ponía en marcha la denominada Operación Silencio. El puerto de Valparaíso y Viña del Mar quedaban aislados del resto de Chile: ni teléfonos, ni telégrafos, ni radios, excepto la radioemisora Naval, que nacía en ese momento.

Cuando faltaban 10 minutos para las 5 de la madrugada, en la sureña ciudad de Concepción, la mayoría de sus habitantes dormía a esa hora, salvo quienes debían trabajar más temprano, entre ellos, el oficial de la FACH, Mario López y el Grupo 7 que comandaba.

La “bandada” debía analizar la tarea del día, luego cargarían los aviones con el armamento requerido, en el que destacan los cohetes Sura y Sneb. Era la primera vez que el Grupo 7 enfrentaba una misión bélica real.

Entre las 5 y las 8:30 de aquel día, se instalaron los verdaderos protagonistas de ese “once” en sus puestos radiales. En Peñalolén, el general Augusto Pinochet en el puesto N° 1; el general Gustavo Leigh —en El Bosque— puesto N°2; en la Escuela Militar, el general César Benavides y el director coronel Nilo Floody, puesto N° 3, y por último, en el puesto N° 4, el almirante Patricio Carvajal, ubicado en el ministerio de Defensa.

A las 7 de la mañana, la comisión política del MIR se reunía en la comuna de San Miguel, en casa de una pareja de militantes

socialistas. La noche anterior, gente del MAPU informó a la dirigencia mirista que desde el sur, habían salido camiones militares desde de Curicó, con destino a la capital, así también, ya manejaban información de desplazamiento de tropas desde Los Andes. Ahora parecía que el “golpe” era inevitable y para ello, Miguel Enríquez comenzó a entregar instrucciones a sus militantes, en medio de reiterados telefonazos y con gran movimiento de autos en las afueras del hogar.

Mientras tanto, el *Coño Aguilar*, nombre político de Arturo Villabela, y Andrés Pascal Allende se dirigían a la embajada cubana en busca de armas, iniciativa finalmente frustrada por cuanto funcionarios de la casa diplomática se negaron a entregar el armamento. En las afueras, patrullas militares comenzaban a rodear el recinto. Pascal Allende fue reconocido, comenzando un infernal tiroteo. La tensión era extrema, pero en una rápida acción, los miristas lograban salir disparando del lugar.

A las 7:20 de la mañana, luego de las revisiones técnicas de rigor, despegaban desde Concepción 18 aviones de guerra. Libra, nombre de combate de Mario López, posicionaba su Hawker Hunter en el frente, liderando la ofensiva. Los minutos avanzaban y cuando los relojes aún no marcaban las ocho, la antena de Radio Corporación, de propiedad del Partido Socialista, quedaba completamente destruida en el curso de dos pasadas realizadas por los aviadores. Era sólo el principio para López y su Grupo 7.

En cosa de minutos, el país se enteraba de que el golpe de Estado era un hecho.

Según los antecedentes con que contaba la inteligencia del Ejército desde el “tanquetazo” del 29 de junio, se sabía que los agentes cubanos llegados a Chile, habían diseñado un dispositivo de seguridad con francotiradores apostados en los principales edificios del barrio cívico de Santiago. Además, se manejaba información certera de que los primeros focos de resistencia se constituirían con mayor rapidez en las universidades, no así en los

cordones industriales. De esta manera, los militares tomaban rápidamente el control de la ciudad.

El Presidente Allende ordenó al director de Carabineros, general José María Sepúlveda, reforzar la guardia de La Moneda y al ministro del Interior, Carlos Briones, trasladarse de inmediato al palacio. El combate era inevitable. Entonces, el Primer Mandatario trató infructuosamente de comunicarse con el general Pinochet, el almirante Carvajal y el general Orlando Urbina. Lo que no sabía Allende era que este último, había sido enviado de emergencia a Temuco por órdenes de Augusto Pinochet, con la excusa de investigar un presunto foco guerrillero en Neltume.¹

Pasadas las 8:30, por las ondas de Radio Agricultura, de propiedad la Sociedad Nacional de Agricultura, se escucha la proclama de las Fuerzas Armadas y Carabineros que anunciaban el derrocamiento del Presidente de la República. El sueño de los socialistas se derrumbaba aquella mañana.

A las 9:25, Salvador Allende se comunicó por primera vez con el almirante Patricio Carvajal, quien lo intima a rendirse, garantizándole la integridad física y ofreciéndole un avión para trasladarse junto a su familia, al punto del extranjero que él eligiera.

Miguel Enríquez intentó varias veces ponerse en contacto con el Presidente Allende. No logra hablar con él, pero sí con su hija Beatriz, con quien tenía una gran amistad desde la época en que ambos eran estudiantes de medicina en la Universidad de Concepción. Durante mucho tiempo, la prensa de derecha inventó maliciosamente una relación amorosa entre el líder del MIR y la hija de Salvador Allende. El 14 de agosto de 1971, el diario *Tribuna* publicaba: "Miguel Enríquez, quien en un futuro próximo contraerá matrimonio con una de las hijas de Salvador Allende...". Inclusive, el denominado *Libro Blanco del cambio de gobierno en Chile*, editado por el régimen militar, tras el golpe de Estado publicó: "Se dice, que Miguel Enríquez se habría casado con una hija del señor Allende...". Pero aquella mañana de septiembre, no era

el momento indicado para el análisis de los antiguos rumores de sus enemigos.²

Las palabras de Miguel hacia ella eran claras: le ofrece al Presidente sacarlo de La Moneda. Tati Allende comunica la proposición a su padre. Minutos después, el Presidente ordena a las mujeres abandonar La Moneda. Salvador Allende se despide primero de su hija Isabel. Beatriz se resiste a abandonarlo, entonces pide ayuda al ministro Aníbal Palma:

—Aníbal, por favor, convence al papá de que me deje junto a él.

El Presidente se niega. Padre e hija se dan un último abrazo. Al separarse, Salvador Allende le susurra:

—Ahora le toca a Miguel.

Era la ilusión que depositaba el Presidente en Miguel Enríquez, quizás el único quien podría organizar una resistencia armada contra los militares.

Existen diversas versiones acerca del ofrecimiento que habría realizado Enríquez al Presidente Allende aquella mañana, entre estas, la entregada por el miembro de la Comisión Política, Nelson Gutiérrez en un reportaje televisivo para el programa Informe Especial de Televisión Nacional de Chile, realizado por el periodista Santiago Pavlovic. En ella, el alto dirigente mirista señaló: “Se buscó tomar contacto con el Presidente para proponerle que una fuerza especial del MIR llamada La Tropicita, pudiera comenzar a dislocarse en los alrededores de La Moneda, quienes abriendo una cuñá penetrarían al palacio, sacando al Presidente y a sus más cercanos colaboradores, para luego pasarlos a la clandestinidad”.

La Tropicita habría estado conformada por unos 100 hombres, muy bien entrenados y dotados de un sólido armamento. Ellos llegarían a las cercanías de La Moneda, donde se desplegaría una unidad de 20 hombres que penetraría desde el edificio de Obras Públicas hasta el palacio presidencial, rescatando a Allende y escondiéndolo en diversas casas de seguridad en poblaciones

populares. Finalmente, según esta versión, Miguel habría logrado contactarse con el Presidente y éste le expresó que su papel estaba en el palacio presidencial y que “no se dejaría avasallar por un golpe de Estado”.

Sin embargo, esta visión entregada por el ex miembro de la Comisión Política nunca ha podido ser comprobada. Tanto ex miristas como miembros del GAP, no pueden asegurar la veracidad de dicho argumento.

Pero aquella mañana de septiembre de 1973, parecía una de las más largas de los últimos años. Cuando los relojes marcaban las 11, se reunieron algunos de los principales jefes de la izquierda chilena en la fábrica Indumet, ubicada en Santa Rosa, cerca de la población La Legua. Participaron en dicho encuentro los dirigentes del MIR Miguel Enríquez, Humberto Sotomayor y los socialistas Ariel Ulloa, Rolando Calderón y Arnoldo Camú. El PC fue representado por José Oyarce, cuyo partido tenía la convicción de que los militares golpistas no cerrarían el Congreso, por lo que era necesario esperar para entrar en combate. En la reunión se acuerda juntar a todas las fuerzas de la izquierda, aunque a esas alturas la conclusión era lapidaria: ya era muy tarde para presentar batalla. Miguel Enríquez decide volver más tarde para encontrarse con Carlos Altamirano.

A su regreso, acompañado ahora por Sotomayor, Pascal y Villabela, es informado que Altamirano aún no llegaba. Antes de que los dirigentes abandonaran la fábrica, esta comenzó a ser rodeados por un nutrido contingente de efectivos de la policía uniformada, desatándose un feroz combate. El *Rafa* Ruiz, ex mirista y ahora militante socialista encargado de la defensa de Allende, había logrado sacar armas del hogar presidencial de Tomás Moro, repartiéndolas entre los acuartelados en Indumet. Miguel Enríquez y otros miristas lograron arrastrar unos vehículos, con el fin de bloquear la entrada y parapetarse, pero resultaba imposible hacer retroceder al gran poder de fuego de los uniformados, por lo que se decidió romper el cerco por la parte trasera del lugar.

Se formó entonces, una columna encabezada por el propio Enríquez, quien era protegido por sus más cercanos colaboradores y algunos militantes socialistas.

En el enfrentamiento con los carabineros, cayeron el mirista Manuel Ojeda Disselkoen, ingeniero de 30 años, junto a un obrero del Partido Socialista.

Carentes de un buen estado físico, Miguel y los demás llegaron “azules”, casi sin respiración, a los alrededores de la casa de seguridad prevista para reunirse con el resto de la dirigencia mirista, ubicada en la población la Legua.

A pesar de que diversos antecedentes dan testimonio del enfrentamiento entre las fuerzas policiales y los miristas en la fábrica Indumet, Luis Enríquez Quinteros, un antiguo dirigente de las juventudes socialistas desde la época en que Miguel Enríquez perteneció a esa colectividad, a principios de los sesenta, señaló a los autores de esta investigación que estando presente él aquel día “la gente del MIR no participó en ningún combate en Indumet, pues ellos se retiraron antes”.³

A la hora que los dirigentes del MIR escapaban, los militares ya tenían controlado casi todo Santiago, salvo algunos focos de resistencia que se daban tenuemente con francotiradores apostados desde el Cerro Santa Lucía y de los edificios de la remodelación San Borja, hacia el Edificio Diego Portales. Así también ocurría, en la Escuela de Suboficiales de Carabineros, donde horas antes había sido blanco de algunos disparos, situación que rápidamente fue controlada por los temidos Boinas Negras del Ejército, en donde tres mil vecinos del sector debieron permanecer durante horas de boca al suelo.

Tras haberse retirado de Indumet, Miguel Enríquez y sus más cercanos colaboradores de la Comisión Política llegaron al populoso barrio de La Legua. Como la mayoría de la dirigencia no conocía bien el sector, fueron a parar justo frente a un cuartel de Carabineros, quienes al reconocerlos, comenzaron a abrir fuego con ametralladoras punto 30. Sin registrar bajas, los miristas lo-

graron escapar del enfrentamiento, no sin antes encontrarse con un tercer grupo de militares, a quienes también eluden, luego de una intensa balacera. Finalmente, Enríquez y sus acompañantes lograron llegar al refugio.⁴

Mientras tanto, por radio, el almirante Carvajal se ponía en contacto con el general Augusto Pinochet, quien trataba de averiguar urgentemente el paradero de Miguel Enríquez.

—Aquí Patricio, adelante.

—Patricio, habla Augusto. Díme... el señor Altamirano, el señor...este otro...ehhh... Enríquez.... el otro señor ... ¿cómo se llama?... Palestro... y todos estos gallos, ¿dónde están metidos?... ¿Los han encontrado o están fondeados?

—No tengo información de dónde se encuentran. Voy a... Pinochet lo interrumpe.

—Es conveniente darle misión al servicio... al servicio de Investigación... al servicio de Inteligencia de las tres instituciones para los ubiquen y los tomen presos. Estos gallos deben estar fondeados porque son verdaderas culebras.⁵

En el centro de la ciudad, La Moneda apenas resistía. A las 11.52 horas, un Hawker Hunter sobrevolaba el edificio presidencial. Segundos después, un cohete atravesaba sus gruesas paredes y la puerta central, explotando en el interior del vetusto edificio. La destrucción fue enorme. Luego vendría una balacera infernal. El saldo de muertes que dejaba ese martes 11 es conocido: decenas de bajas militares, varios GAPs y un Presidente de la República, mientras el enfrentamiento se reproducía desigualmente en el resto del país.⁶

A las 16 horas, Pinochet y los otros integrantes de la Junta Militar se hacían cargo del país. Justo en esos momentos la dirigencia mirista recibe la noticia de que La Moneda fue bombardeada y que el Presidente Allende había muerto. Miguel Enríquez no podría creer lo que estaba escuchando. Conmovidó y pálido, tomó asiento, mientras su mirada permanecía fija en el fusil que mantenía entre sus piernas, guardó un silencio que parecía eterno.⁷

El décimo bando de la Junta Militar ordenó a los principales líderes de la izquierda, entre ellos, los miembros de la Comisión Política del MIR, presentarse a las 16:30 horas en el ministerio de Defensa. Ninguno acudió. Había que aprestarse para el enfrentamiento armado. Para aquel día, la máxima dirigencia mirista estaba integrada por los médicos Miguel Enríquez, Humberto Sotomayor y Bautista van Schouwen, más los sociólogos Andrés Pascal, Nelson Gutiérrez y los ingenieros Edgardo Enríquez, Roberto Moreno y Arturo Villabela.

En los próximos días, el líder del MIR comenzaría a diseñar su nueva estrategia para enfrentar a los militares, desconociendo aún que sólo podía contar con algunos cientos de militantes, desorientados y diseminados.

El 14 de septiembre, conduciendo un Fiat 125, en un Santiago atestado de patrullas militares, Miguel Enríquez y Humberto Sotomayor se dirigen a su refugio ubicado en Gran Avenida. Allí cambian totalmente su aspecto. Se cortan el bigote, en su pelo se hacen la "permanente", se acomodan chaquetas y camisas finas, introducen en sus billeteras carnés de militantes del Partido Nacional y se apertrechan de armas más potentes. Lo mismo hicieron sus mujeres, la *Catita*, Carmen Castillo Echeverría y *Marisa*, María Luz García.

En una casa cercana a Tomás Moro con Colón se ocultaban varios dirigentes regionales del MIR, entre otros Máximo Gedda, José Carrasco y Dagoberto Pérez, mientras que en un refugio ubicado en Llano Subercaseaux, por Gran Avenida, se ponían a resguardo los miembros de la Comisión Política Bautista van Schouwen y Nelson Gutiérrez. Los miristas ingresaban nuevamente a la clandestinidad y pasaban a convertirse en los hombres más buscados del país.

El 16 de septiembre, en Concepción, unos 500 hombres rodearon y allanaron la casa de calle Roosevelt, hogar de los Enríquez Espinosa. Tanques y camiones militares la cercaron en un perímetro de seis cuadras. Marco Antonio Enríquez, hermano del lí-

der mirista recibió la noticia en casa de su hermana Inés e inmediatamente se dirigió al inmueble atacado. Salva la primera barrera, pero luego le impidieron el paso. Deja establecido que él es el propietario del hogar allanado y que ha venido a ponerse a disposición de la autoridad. La residencia se encontraba repleta de Boinas Negras quienes registraron todo en busca de armas. Mientras los uniformados revisaban su casa, Marco Antonio trataba de retener en su memoria ciertos rasgos de un soldado que llamó su atención. Este era alto, de pelo rubio, ojos azules, y con un particular acento al hablar,

—Su automóvil camina o no camina —le dijo el militar, evidenciado en su modo de hablar un acento extranjero. Marco Antonio Enríquez comenzó inquietarse.

—Señor Enríquez, por favor —señala otro oficial haciendo un gesto para que se calmara.

En aquellos tiempos, los tres hermanos Enríquez usaban bigote y muchos les decían graciosamente los trillizos. Algunos en Concepción creían haber visto en numerosas ocasiones durante esos días a Miguel Enríquez, precisamente porque se le confundía con su hermano Marco Antonio. Pero Miguel no solía usar corbata. Días después, en la tarde del 21 de septiembre, justo en momentos en que compraba el diario, era detenido en Concepción el hermano mayor del líder del MIR, por un militar que lo requiere para “explicar un asunto”. Marco Antonio no se resiste y lo acompaña al cuartel militar.

Le preguntan sobre su filiación política, aunque Marquitos, como lo llamaban sus amigos, desde hacía tiempo estaba peleado con los miristas.

—Ninguna —responde—. Yo soy independiente de izquierda.

—Lo siento mucho, pero la 4^a Comisaría lo reclama —le dice un militar y lo suben a un jeep con cuatro hombres armados.

En la comisaría, se encuentra con el mayor Valenzuela del Grupo Móvil, acompañado de un oficial de Ejército de apellido Donoso, quien conocía desde hacía algún tiempo a Marco.

—Mira, Marco, yo voy a hacer lo posible para que no te pase nada —le señaló este último uniformado.

Lo condujeron en seguida a un calabozo de unos ocho por cinco metros, donde se encontraban unas 20 personas. Pasó un buen rato antes de ser llamado.

—¡Marco Enríquez! —gritó un uniformado.

Fue llevado a una solitaria pieza donde le cubren su cabeza con cuatro capuchas.

“Me van a matar, me van a matar”, pensaba insistentemente. Segundos después, una voz gutural que surge desde atrás dice: “A ése no”. Decisión que finalmente lo salvó de una muerte segura. Al volver a su celda, un viejo comunista le señaló:

—Tu hermano Miguel es tu seguro de vida, mientras esté vivo no te va a pasar nada.

—¿Por qué? —preguntó Marco Antonio.

—Porque si esos pacos te hacen algo, Miguel se los echa —fue la respuesta del anónimo preso, en cuyas palabras se reflejaba todo el poder y esperanza que muchos disidentes del naciente régimen militar, apostaban a Miguel Enríquez, quien mientras tanto en Santiago, trataba por todos los medios de rearmar a sus fuerzas.⁸

La nueva táctica consistiría en que sólo las armas cortas y subametralladoras livianas serían necesarias, mientras que los fusiles y las ametralladoras, envueltos en plásticos, debían ser enterradas.

—Todo se entierra; nada se quema —era la orden de Enríquez.⁹ En adelante, una buena cantidad de armas y documentos se comenzó a ocultar en paredes con doble fondo y en los patios de las casas donde vivían cientos de miristas. Con el correr del tiempo, muchos de aquellos hogares fueron cambiando de dueños y los pertrechos en su interior, olvidados, por lo que hasta estos días, en numerosas residencias de Santiago y Concepción, aún se oculta una importante cantidad de armamento y documentación perteneciente al movimiento, los que han permanecidos como mudos testigos desde aquellos primeros días

en que los militares comenzaban de desplegar toda su fuerza contra el MIR.

Entre el 13 y el 18 de septiembre la represión se desataba. Caían los miristas Eduardo Campos Barra, José Rodríguez Hernández, Blanca Carrasco Peña, Walter Schnever Xubero, los hermanos Paulino y Juan Ordenes Simón, Víctor Maldonado Gatica y el médico Jorge Avila Pizarro.¹⁰

El 22 de septiembre, el matutino La Tercera publicaba en su contraportada fotografías de los principales cabecillas de la izquierda chilena con la siguiente inscripción: "Cualquier información que permita la detención de los 10 ex dirigentes marxistas prófugos significa una recompensa de 500 mil escudos, según ofrecimiento del gobierno". Entre los mencionados por el diario se encontraban Carlos Altamirano, Luis Corvalán, Oscar Guillermo Garretón, Pedro Vuskovic, Samuel Riquelme y los miristas Andrés Pascal Allende, Bautista van Schouwen, Alejandro Villalobos, Víctor Toro y Miguel Enríquez. Ahora sus cabezas tenían precio.

Por esos días, Enríquez lograba reunirse con Carlos Altamirano en el hogar de Flor Rojas, secretaria de éste último, en un refugio que justamente no se caracterizaba por su seguridad. Al llegar los miristas al secreto punto de encuentro, éstos comenzaron a observar detenidamente a sus alrededores para detectar cualquier anomalía o presencia militar. En esos momentos se acercó un niño.

—¿A quién busca, a Altamirano? —dijo el menor a un sorprendido Miguel Enríquez— está por ahí —señalando el hogar donde se ocultaba el prófugo secretario general socialista.

Ya en el interior del lugar, se discutieron las alternativas posibles. Miguel le planteó si aún existían contactos con algunos de los militares "aliados", así también le hace ver la necesidad de salir de Santiago para crear un foco guerrillero de resistencia al nuevo régimen. Pero la respuesta de Altamirano fue lapidaria:

—Miguel, ya no hay nada que hacer.¹¹

Al término de esta secreta reunión, el líder mirista ofreció protección y seguridad a Altamirano, propuesta que fue rechaza-

da por éste último, despidiéndose ambos “compañeros”, sin saber que aquel encuentro sería el último.

El 25 de septiembre revista Ercilla publicó la crónica “El MIR enmudecido”, en la que el contralmirante Jorge Paredes Wetzter manifestaba respecto del movimiento: “No me explico que no se hayan encontrado armas ni hayan ofrecido resistencia. O las han escondido o se las llevaron a Santiago. Pero nosotros no menospreciamos al enemigo, de manera que estamos preparados para cualquier contingencia”.¹²

A los días siguientes de publicado este artículo, en Temuco era detenido por órdenes del coronel Alejandro Medina Lois, el oficial Florencio Fuentealba Aguayo, hermanastro del fallecido dirigente mirista Luciano Cruz, quien fue llevado a Santiago para ser interrogado. Otro de los ex militares que habían sido acusados por el Ejército de ayudistas del MIR, Mario Melo Pradenas, era apresado por una patrulla de la FACH en la madrugada del 29 de septiembre, en un céntrico departamento de la capital, lugar donde se refugiaba desde producido el Golpe. Desde entonces Melo Pradenas está desaparecido.¹³

A fines de ese mes, comandos del Ejército y efectivos de la FACH capturaban a una célula mirista en la región de Los Lagos. En la acción era abatido José Gregorio Liendo, *El Comandante Pepe*. Días más tarde, en el cuartel de la División de Caballería fueron fusilados doce de sus compañeros.¹⁴

El 10 de octubre, la periodista Maria Leone, corresponsal de la revista francesa Liberation, dirigida por Jean Paul Sartre, lo graba entrevistar a Miguel Enríquez desde la clandestinidad, artículo que luego sería difundido simultáneamente en publicaciones de Portugal, República Federal de Alemania y Francia. En la conversación, el secretario general del MIR negaba la existencia del denominado “Plan Zeta”, y decía: “Ahora, progresiva, pero sólidamente, se va a desarrollar una auténtica resistencia popular contra la dictadura fascista”.

La divulgación de la citada entrevista provocó la ira de los

principales responsables de los organismos de seguridad que buscaban al jefe del MIR hasta en el último rincón del país.

Durante los dos primeros meses posteriores al golpe de Estado, Enríquez logró reunirse en dos ocasiones con Manuela Gumucio. En la primera oportunidad, peinado con gomina, luciendo anteojos, vistiendo chaqueta, corbata, y riéndose forzosamente para no despertar dudas, se juntan en el interior de un automóvil conducido por Sotomayor. Muy nerviosos, hablan sobre cómo poder esconder a una mayor cantidad de militantes y conseguir casas más seguras. Luego de esta corta cita, Manuela se dirigió hasta una residencia ubicada en la comuna de Providencia, mientras Miguel Enríquez se quedaba en el interior del vehículo jugando con su hijo, sin saber que sería la última vez que vería al pequeño Marco Antonio.

Posteriormente, en las inmediaciones de la Plaza Ñuñoa estaba concertada una nueva reunión. La primera en llegar fue Manuela. La contraseña de los dirigentes miristas era: "si nos detenemos, no hay peligro". De pronto Enríquez y Sotomayor aparecieron. Ella en su auto se adelantó, iniciando una vuelta a la manzana. El vehículo de Miguel la siguió. Mientras los vigilaba por su espejo retrovisor, completaron la segunda vuelta alrededor de la cuadra, sin embargo, al comenzar el tercer giro, hubo problemas de seguridad. Miguel Enríquez y su acompañante deciden retirarse del lugar para evitar el peligro. Las órdenes eran claras y el adiós demasiado forzado. Días más tarde, Manuela Gumucio era expulsada del país junto a su hijo Marco.¹⁵

En noviembre, los primeros documentos e instructivos en miniatura del MIR comenzaban a distribuirse entre las células del movimiento en el interior de envases de pasta dental, en paquetes de fideos Luchetti y en cremas Nivea. Mientras tanto, en el Ejército se comenzaba a germinar el que sería uno de los organismos más duros y represores contra los partidarios de la UP. Desde diversas unidades, cientos de uniformados eran enviados a formar lo que meses después se convertiría oficialmente en la Di-

rección de Inteligencia Nacional (DINA), encabezada por el coronel Juan Manuel Contreras Sepúlveda, también conocido como *El Mamo*.

Durante ese mismo mes, Miguel Enríquez se entrevista con el ex mirista y ahora miembro del PS Rafael Ruiz Moscatelli, con quien analiza la situación nacional y evalúa cuán diezmada se encuentra la “resistencia”. Dialogan alrededor de media hora a bordo de un automóvil estacionado en las cercanías de la calle Eduardo Castillo Velasco, en el corazón de la comuna de Ñuñoa. A ambos le interesaba principalmente saber “qué tan cerca anda la repre”. Todo indicaba que en aquellos momentos ya era necesario encontrar un nuevo refugio para el líder del MIR, por lo que días más tarde, Carmen Castillo se logró reunir con una militante cuya chapa política era *Ofelia*, quien se mostró de acuerdo en comprar una casa a su nombre, en calle Santa Fe, comuna de San Miguel.¹⁶

Durante esas semanas Enríquez lanzaba la desafiante consigna “el MIR no se asila”: “Nos quedamos en Chile para reorganizar el movimiento de masas, buscando la unidad de toda la izquierda y de todos los sectores dispuestos a combatir a la dictadura gorila, preparando una larga guerra revolucionaria a través de la cual la dictadura será derribada, para luego conquistar el poder para los trabajadores e instaurar un gobierno de obreros y campesinos”.¹⁷ El máximo dirigente del MIR hacía caso omiso a los consejos de muchos de sus compañeros quienes le pedían salir del país y dirigir desde afuera la “lucha”.

A finales de noviembre, Bautista van Schouwen detectó que tanto la casa donde se encontraba, como la vieja citroneta en que se movilizaba junto a Patricio Munita Castillo, *James*, estaba *quemada* por los militares. Se necesitaba buscar con urgencia otro escondite¹⁸.

Patricio Munita Castillo tenía en esa fecha 23 años y estudiaba derecho en la Universidad de Chile. Era conocido como *James* por su parecido al actor norteamericano James Dean. Había lle-

gado al MIR a través de Andrés Pascal Allende, a quien conocía desde el colegio y por la vinculación de ambos en comunidades de la Iglesia Católica.

Desde un poco antes del “tanquetazo” del 29 de junio, *James* había comenzado a trabajar junto a van Schouwen. Por esos días, la dirección mirista decidió que cada miembro de la Comisión Política dispondría de un secretario. Estos debían ser militantes confiables que tendrían la labor de chofer, ayudante, enlace, e incluso, ante cualquier eventualidad, servir de guardaespaldas, por lo que se estimaba indispensable que tuviesen una óptima instrucción en defensa personal.

Munita Castillo cumplía con todas las exigencias y rápidamente se ganó la confianza del *Bauchi*, por lo que éste no dudó cuando su secretario le informó que una amiga de Gabriela Rozas, novia de *James*, estaba realizando los contactos para que ellos pudieran ser aceptados en la Parroquia de los Capuchinos, ubicada en Catedral N° 2345, pleno centro de Santiago.

Esta amiga era Ana María Moreira, militante del Frente Estudiantil Revolucionario en el Pedagógico y quien había hablado telefónicamente con el sacerdote capuchino Enrique White Marcelain, párroco de la iglesia, que desde el día del golpe de Estado, se había dedicado a dar protección a los perseguidos. Ella creía que el religioso, quien había sido su profesor en la sureña ciudad de Los Angeles, no se negaría a aceptar a unos amigos que tenían problemas, sin saber en ese momento de quienes se trataba.

En los primeros días de diciembre, el padre White logró conversar con los amigos de su ex alumna, y no sin sorpresa se da cuenta de que uno de ellos estaba entre los dirigentes izquierdistas más buscados por el régimen militar desde el mismo 11 de septiembre: Bautista van Schouwen Vasey. El sacerdote aceptó recibirlos con la condición de que no portaran armas y se sometieran al horario de la congregación.

Durante los primeros días en el recinto, *El Bauchi* instaló una caseta que simulaba ser una librería. Munita, en tanto, per-

noctaba sólo algunas noches con su “jefe”, pues como su identidad todavía no era conocida por los organismos de seguridad, él seguía viviendo junto a su novia y a la pequeña hija de ella, en un departamento ubicado en calle Simón Bolívar, en Ñuñoa.

La rutina de van Schouwen consistía en levantarse al salir el sol, luego “vender” algunos libros y ponerse en contacto tanto con la Comisión Política como con los periodistas de El Rebelde.

El 9 de diciembre, van Schouwen y Gladys Díaz afinaban los detalles para la próxima edición del periódico mirista. A la mañana siguiente, *El Bauchi* toma contacto telefónico con su esposa, Astrid Haitmann, una joven enfermera con la que había contraído matrimonio sólo meses antes. Sus palabras desbordaban alegría, pues el 14 de diciembre se trasladarían a una residencia más segura, donde comenzarían a vivir de nuevo juntos. Pero esta vez el destino le tendría preparado otro camino.

Los conflictos generados al interior de la parroquia desde la llegada de Bautista y la desesperación del padre White complicaban su situación, hecho que era ignorado por el alto dirigente del MIR. Sin embargo, vencido por el miedo, el 12 de diciembre, el sacerdote Enrique White tomó una decisión que para él parecía sabia y cuyo propósito era no dañar a sus “huéspedes”, ni seguir provocando problemas entre los religiosos de la comunidad. Ese día, decidió conversar con un primo militar con rango de oficial.¹⁹ Después de una alegre comida y de una sobremesa llena de recuerdos y de varios tragos, el militar comenta a su primo lo difícil que han sido para él los últimos meses en el Ejército. Confiesa sentirse arrepentido de algunas matanzas en las que ha estado involucrado. Enterado de ello, el padre cree que es la persona indicada y el momento preciso para solucionar su problema.

—Sabes, voy a confiar en ti porque necesito ayuda —dijo el sacerdote en voz baja—. Tengo un gran problema que me está causando diferencias entre los sacerdotes de la comunidad —prosiguió.

El militar se limitaba a escuchar atentamente.

—En la parroquia tengo oculto al dirigente del MIR van Schouwen y a otro mirista. Primo, necesito que los saques del país, —concluyó el padre White.

—Padre, no puedo contestarle en estos momentos. Voy a pensarlo; usted sabe que lo que me pide no es fácil de solucionar —argumentó el uniformado— la situación nacional es muy complicada, pero no se preocupe, algo haré...

A las nueve de la mañana del día siguiente, 13 de diciembre, furgones de Carabineros y vehículos militares rodeaban la Parroquia de Los Capuchinos. Rápidamente, uniformados armados y con ropa de combate montaron guardia en el exterior del convento, mientras otros militares, vestidos con buzos oscuros, ingresaron violentamente al recinto eclesiástico, insultando y golpeando.

A pesar de que judicialmente no se ha podido comprobar la responsabilidad de los autores de la desaparición y muerte de Bautista van Schouwen y Patricio Munita, la investigación periódica realizada por Nancy Guzmán en su libro *Un grito desde el silencio*, se desprende que los principales responsables serían el mayor de Ejército, Marcelo Morén Brito, el teniente de carabineros, Ricardo Lawrence Mires, el sub oficial de carabineros, José Kiko Yévenes y el agente de la DINA, Manuel Leyton Robles, asesinado años más tarde por la misma DINA. En él se habría probado el efecto del gas Zarín, crimen en que habría participado Michael Townley. Todos estos agentes llegaban airados aquella mañana de diciembre al recinto eclesiástico.

Minutos más tarde de que la DINA se había hecho presente en el lugar, con las manos en la nuca y a golpes de culatazos, eran sacados de la parroquia y llevados a un furgón de Carabineros, Patricio Munita, Bautista van Schouwen y el sacerdote Enrique White. Justo en ese instante bajaba de un microbus Isabel Ossa, una devota feligresa y colaboradora del padre White Marcelain.

—¡Para dónde se los están llevando!, —gritó la mujer, perdiéndose su llamado en el silencio, mientras un carabiniere la amenazaba con su metralleta.²⁰

Ya en el furgón policial, comenzaban los tormentos para los tres detenidos. El vehículo viajó rápidamente hacia un centro de tortura, posiblemente Villa Grimaldi. Sus captores se jactaban del exitoso operativo, apagando sus cigarrillos en los pechos del *Bauchi* y de *James*, ante el horror del sacerdote. La DINA conseguía así a una de las piezas claves para desbaratar al MIR: Bautista van Schouwen.

Ya habían pasado 24 horas desde su detención y las torturas a ambos miristas no surtían efecto. No confesaban nada.

En un último intento por liberarse de sus torturadores, el joven Munita Castillo, ya con todas sus extremidades fracturadas, logró soltarse de un brazo, golpeando en la cara a uno de sus verdugos. El oficial, enloquecido ante tal falta de respeto, golpeó a *James* hasta romper su mandíbula, desenfundando su arma y haciéndola disparar en la cabeza del joven mirista.

Su cuerpo desnudo quedó tendido sobre el camastro y sus sueños de cambiar el mundo, truncados para siempre. El macabro espectáculo fue observado a la fuerza por el sacerdote White, como escarmiento por haber colaborado con los "insurrectos".

Por su parte, a pesar de la permanente tortura, *El Bauchi* aún continuaba con vida, pero cualquier tipo de violencia era inútil. No delataba.²¹

A las cinco de la mañana, Bautista van Schouwen Vasey, tras soportar los más crueles tormentos, fue asesinado de un balazo en la cabeza. Una hora más tarde, los cuerpos de ambos miristas eran lanzados a una zanja, al costado sur oriente de la rotonda Quilín. El oficial a cargo ordenaría luego a un subalterno disparar una ráfaga de ametralladora a cada cuerpo por la espalda, con un claro objetivo: mostrar que las víctimas no habían respetado el toque de queda.

Desde ese instante, *El Bauchi* y *James* pasaban a ser los N.N. 3950 y 3951.

Meses después, familiares de Patricio Munita lograron encontrar su cuerpo en el Patio 29 del Cementerio General sindicado con el número de tumba 2336. El entonces general de Ejército

y director interino de la Policía de Investigaciones, Ernesto Baeza, ordenó investigar secretamente la desaparición de su sobrino-nieto Patricio Munita Castillo. Pero el paradero de Bautista van Schouwen seguía siendo un misterio, pues hasta ese momento pocos sabía de su muerte.

El compañero de liceo y universidad, el ex cuñado, el editorialista de *El Rebelde*, el médico, se había ido. La sombra de Miguel en este mundo había desaparecido.

Desde el mismo día 13 de diciembre Enríquez trata de contactar al *Vieja*, como cariñosamente lo llamaba. No lo logra. Durante cinco días, Bautista no llegaba a ningún punto.

No había duda: *El Bauchi* había caído.

Su amigo de toda la vida comenzó una desesperada búsqueda. Recorrió calles, lugares públicos, flanqueó puestos militares, se verificó cada barrio donde van Schouwen podía estar, agotadoras jornadas que siempre terminan igual: nada del *Bauchi*. Enríquez logró incluso acercarse hasta la misma Parroquia de los Capuchinos, sin obtener resultados positivos. Escribió a Gladys Díaz requiriendo información de su compañero y hermano.

—“Nos cuesta mucho reconstituir su caída”, —respondió ella.

No había rastro alguno de Bautista van Schouwen. Miguel Enríquez ordenó recabar mayores antecedentes sobre lo ocurrido en la parroquia, encomendando a un ex seminarista de la Congregación Sagrada Familia y militante mirista, Germán Cortés, ponerse en contacto lo antes posible con el obispo Fernando Ariztía, para saber si disponía de información.

El sacerdote aceptó cooperar en la indagación y conversó con los superiores de la congregación, quienes, sin embargo, ya tenían una decisión tomada con respecto a los hechos recién vividos: olvidar, por lo que sólo se le informó que, efectivamente, dos personas habían sido alojadas temporalmente, pero que luego fueron detenidas por la policía y militares junto al padre Enrique White, quien en ese momento ya se encontraba en el extranjero.

Miguel recurrió a los escasos contactos que le quedaban en las Fuerzas Armadas, sin encontrar respuesta. No le cabía duda

alguna de que *El Bauchi* había sido detenido. Pero a esas alturas ya podía estar muerto. Cualquiera de las posibilidades podía ser cierta y la desesperación se hizo presa de Enríquez.

Escribe otra carta a Gladys Díaz en la que señala: “Existe un rumor según el cual *el vieja* está vivo en el Hospital Militar”.

Ante la noticia, los miembros del G-7 (aparato de informaciones del MIR), desesperados, idean rápidamente un plan para tratar de rescatarlo, pues tras el Golpe, los “periodistas” guardaban una gran cantidad de armas, pero Enríquez los logró detener. A Manuel Contreras nadie lo podría parar tan fácilmente. La nueva estrategia apuntaría a buscar una fórmula para que los militares reconocieran la detención de Bautista, sin saber, en ese momento, el trágico destino del importante dirigente mirista.

La familia del *Bauchi*, mientras tanto, realizaba su propia búsqueda. Solicitaron ayuda al general de Aviación Gabriel van Schouwen, tío directo de Bautista, un militar que durante el gobierno de la Unidad Popular solicitaba audiencias al ministro de Educación y suegro de Bautista, Edgardo Enríquez Frödden, para expresar su adhesión al Presidente Allende.²² Sin embargo, la esquiva respuesta del general fue que era “una fecha muy cerca de Navidad para hacer ese tipo de preguntas, porque la gente está preocupada de otros asuntos y no de éstos”.²³

Ni la familia ni Miguel Enríquez lograban dar con el paradero de Bautista. Había que hacer algo para que los militares reconocieran su detención. Con este propósito, en febrero de 1975, en la Comisión Internacional contra el Genocidio, realizada en México, el periodista Manuel Cabieses mostró una fotografía en la que aparecía van Schouwen en estado casi vegetal, supuestamente en el Hospital Naval de Valparaíso. En el libro de Nancy Guzmán, *Un grito desde el silencio*, se sostiene que con esto se quería mantener en alto la moral de los miristas, sin embargo, Manuel Cabieses, en entrevista con los autores de esta investigación, reconoció que la fotografía era un montaje, pero aclaró que con ello se intentaba que el régimen militar se viera obligada a esclarecer el paradero del *Bauchi*, pues aún no se sabía con

certeza que había pasado con Bautista desde aquel diciembre de 1973.

Mientras esta preocupación continuaba rondando en la cabeza de Miguel Enríquez, éste entraba por primera vez en la tarde del 24 de diciembre, a la que sería su casa en los meses venideros, ubicada en calle Santa Fe, comuna de San Miguel y signada con el número 725, entre las calles Chiloé y San Francisco.

Ese episodio personal tenía lugar tras un intenso período. Desde el golpe de Estado, Miguel se había encargado de la reorganización de los cuadros de Santiago, mientras otro tanto debía hacer en el resto del país Roberto Moreno, *El Pelao*. Desde aquel 11 de septiembre no se habían vuelto a ver y sólo se comunicaban a través de enlaces tres veces a la semana.

La tarea era durísima y compleja. La clandestinidad era, en esos momentos, un estilo de vida en el que equivocarse podía significar la muerte propia o la de algún compañero.

Durante este tiempo, Enríquez tenía contacto casi semanal con Cuba, pidiendo apoyo y recursos para la "resistencia". En cartas enviadas a Carlos Altamirano, señalaba la difícil situación en que vivían, debido a la estricta vigilancia y que el cerco que se les tendía era cada vez más estrecho. Sin embargo, sus palabras aún demostraban confianza y esperanza en su lucha.²⁴

En esos primeros meses bajo el régimen militar, eran muchas las personas que sin importar el color político, prestaban su ayuda y contactos para poder liberar de las cárceles a miles de chilenos que se encontraban detenidos por sus simpatías izquierdistas. Es así como hasta estos días, aún se recuerda las gestiones que liberaron a muchos disidentes del nuevo gobierno, a cargo de un animador que ya comenzaba a cosechar los frutos del éxito en la televisión: Mario Kreutzberger, conocido como Don Francisco, cuyas relaciones lograron la libertad de estrechos colaboradores suyos, sin importar el partido político al que pertenecían y entre los cuales se encontraban varios militantes del MIR.

En el primer trimestre del 74, el balance mirista era desolador. Centenares de militantes estaban cayendo a diario. Desde el

golpe militar hasta esa fecha, unos 120 miristas habían sido ejecutados y se ignoraba el paradero de muchos otros.²⁵

Si bien la DINA era el principal aparato represor a cargo de desarticular tanto al MIR como a los demás partidos de izquierda, existía otro organismo con la misma misión: el SIFA (Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea), cuyo segundo hombre era Edgar Ceballos Jones, conocido como el *Inspector Cabezas*, quien se jactaba de que los miembros de su aparato represivo eran “más profesionales” que la gente de la DINA.

Nacido en diciembre de 1931, Edgard Ceballos Jones era hijo de padre ecuatoriano. Ingresó a la Fuerza Aérea de Chile el 1 de enero de 1953 a la rama de Ingeniero, donde se desempeñó como un experto en ingeniería aeronáutica, realizando estudios de post grado en Inglaterra. En enero de 1999, la Sexta Sala de la Corte de Apelaciones sometió a proceso al coronel (r) Edgard Ceballos Jones, por el supuesto delito de ilegítima privación de libertad de los militantes del Partido Comunista Alfonso Carreño Díaz y José Luis Baeza Cruces, asesinados en las dependencias de la Academia de Guerra Aérea (AGA), lugar donde Ceballos realizaba su “trabajo”, acorralando y devastando a las bases miristas.²⁶

En uno de los últimos días de marzo de 1974, Luis Retamal, César fue a dejar a su casa al *Pelao* Moreno, cuya chapa al interior del MIR era *Gerardo*. Al llegar, efectivos de la FACH los detuvieron. César fue duramente interrogado. Su grave error había sido portar la licencia de conducir verdadera, es decir, con su identidad efectiva, en circunstancias de que sólo se le conocía por su chapa.²⁷

La tortura hizo que, a la semana, Retamal entregara la dirección de su departamento, al que los agentes del SIFA se dirigieron de inmediato, capturando a su enlace en momentos en que abandonaba el inmueble. Entre otros documentos, encontraron un calendario en el que estaban anotadas las próximas reuniones con los enlaces, que constituyó un verdadero regalo para el SIFA.

Los agentes sólo tenían que esperar en el sitio indicado y en la fecha acordada. Así irían cayendo, uno a uno, *El Cata*, de Chillán;

El Vilo, de Arauco; *El Paine Cabrera*, miembro de la guerrilla de Neltume, y *José*, de Temuco.

Moreno y Retamal fueron trasladados a los subterráneos de la AGA. En el curso de los días siguientes caerían, con el mismo destino, Víctor Toro y Arturo Villabela, el encargado de las tareas militares en el MIR.

El Inspector Cabezas tenía ya en su poder a gran parte de la plana mayor del movimiento. Sus subordinados parecían ser los más eficientes.

Era el inicio de otra lucha, El SIFA y la DINA se disputaban al MIR y Miguel Enríquez se transformaba en la presa mayor, una suerte de trofeo de guerra.

Notas Capítulo X

1. Verdugo, Patricia: *Interferencia secreta*. Editorial Sudamericana. Santiago de Chile, 1998.
2. Después del golpe de Estado, Beatriz Allende Bussi se exilia en Cuba, donde su esposo Luis Fernández de Oña se desempeñaba como un alto funcionario del régimen castrista. Cuatro años después, separada de su marido, "Tati" Allende se suicida de un disparo, en La Habana.
3. Luis Enrique Quinteros, entrevista con los autores, Concepción, 20 de octubre de 1999.
4. Pascal Allende, Andrés: *El MIR, 35 años, (IV Parte)*. Revista Punto Final, N° 480
5. Verdugo, Patricia: *Interferencia Secreta*. Editorial Sudamericana. Santiago de Chile, 1998.
6. En el documento "La táctica del MIR en el actual período" (diciembre, 1973) la Comisión Política del movimiento exageró al señalar que, tras el golpe, las "cifras totales fueron: más de 40.000 detenidos y alrededor de 30.000 muertos, entre ellos cerca de un centenar de uniformados".
7. Pascal Allende, Andrés: *El MIR, 35 años, (IV Parte)*. Revista Punto Final, N° 480.
8. Marco Antonio Enríquez Espinosa, entrevista con los autores, París, 2 de febrero de 1999.

9. Cavallo, Ascanio; Salazar, Manuel; Sepúlveda, Oscar: *La historia oculta del régimen militar*. Editorial Grijalbo, Santiago de Chile, 1997.
10. Informe Rettig, Tomo 1, Coedición La Nación y Ediciones Ornitorrinco, Santiago de Chile, 1991.
11. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.
12. Revista Ercilla, N°1.991.
13. Diversas han sido las versiones que se han entregado acerca de la desaparición y muerte de Mario Melo Pradenas. Muchos han señalado que luego de ser detenido, fue llevado hasta las dependencias de la Escuela de Paracaidistas de Peldehue, en donde habría sido salvajemente torturado y hecho desaparecer lanzando su cuerpo al mar. Según fuentes del Ejército ligadas a esta investigación, negaron rotundamente el paso de Melo por dependencias del mencionado recinto militar. La causa sobre la desaparición y muerte de Mario Melo aún permanece abierta en los tribunales chilenos.
14. Alvarez, Luis; Castillo, Francisco; Santibáñez, Abraham: *Martes 11, auge y caída de Allende*. Ediciones Triunfo, Santiago de Chile, 1973.
15. Manuela Gumucio, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.
16. Castillo, Carmen: *Un día de octubre en Santiago*. Editorial Sinfronteras, Santiago, septiembre de 1986. Rafael Ruiz Moscatelli, entrevista con los autores, Santiago, 12 de julio de 1999.
17. Cabieses, Manuel: *El último día de Miguel*. Revista Punto Final, Santiago de Chile, octubre de 1997.
18. Guzmán, Nancy: *Un grito desde el silencio*. Lom Ediciones, Santiago, 1998. Este libro contiene una minuciosa investigación periodística sobre la detención, asesinato y desaparición de Bautista van Schouwen y Patricio Munita Castillo.
19. Si bien no se ha podido establecer con certeza quien habría sido este primo militar, en el libro *Un grito desde el silencio*, se conjetura que podría ser el entonces, teniente coronel Rubén Castillo White, Comandante del Regimiento Andalién.
20. Guzmán, Nancy: *Un grito desde el silencio*. Lom Ediciones, Santiago de Chile, 1998.
21. Los detalles de las torturas y asesinato de van Schouwen y Munita fueron proporcionas a la madre de este último, Lucía Castillo, por el mismo sacerdote White, quien decía sentirse culpable de haberlos entregado.
22. Gilbert, Jorge; Edgardo Enríquez Frödden: *Testimonio de un destierro*. Mosquito Editores, Santiago, 1992.
23. Guzmán, Nancy: *Un grito desde el silencio*. Lom Ediciones, Santiago, 1998.

24. Carlos Altamirano, entrevista con los autores, Santiago, 27 de noviembre de 2000.
25. Padilla, Elías: *La memoria y el olvido/Detenidos desaparecidos en Chile*. Ediciones Orígenes, Santiago de Chile 1995.
26. Kustcher, Annie: *Los contactos del MIR con la Fuerza Aérea*. Revista Ercilla, N° 3.105.
27. Roberto Moreno, entrevista con los autores, Santiago, 19 de julio de 1999.

CAPÍTULO XI

¡SE ACERCA LA REPRESIÓN!

Una que otra hoja se dejaba caer al comenzar ese otoño de 1974, pero en Las Condes, el barrio alto de Santiago, había un buen grupo de personas que no podía enterarse del fenómeno climático, específicamente en los subterráneos de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea (AGA), donde decenas de partidarios del gobierno de Salvador Allende se encontraban detenidos.

Agentes del SIFA mantenían a los prisioneros vendados gran parte del día. Entre ellos estaban Roberto Moreno, Víctor Toro, Luis Retamal y Arturo Villabela, todos miembros del Comité Central del MIR. Este tipo de tortura, que hacía perder la noción del tiempo a los detenidos, se prolongó durante varios meses.

Como situación anecdótica que llega a resultar tragicómico, detenidos en la AGA aún recuerdan aquella intervención del mirista Macaya, cuando encontrándose vendados todos, preguntó al guardia:

—Soldado: ¿qué día es hoy?

—¡Domingo! —respondió a secas el uniformado.

—Con razón estoy tan aburrido, —soltando la risa de todos, pues a pesar de los difíciles momentos, aún quedaban hombres capaces de iluminar con su humor, los oscuros días que por esos días vivían aquellos detenidos en diversos centros de prisioneros y tortura a lo largo del país.

La situación de Chile comienza a ser por todos conocida: una Junta Militar gobierna al país y se dedica, entre muchas otras

prácticas, a perseguir, torturar, exiliar y ejecutar a los disidentes políticos.

Desde el 11 de septiembre de 1973, las estructuras miristas habían sido fuertemente diezmadas. La dispersión de muchos de sus militantes producto del temor, las detenciones, el exilio y la muerte, hicieron reducir su capacidad en una red clandestina de unos 900 cuadros, la mayoría, descoordinados entre sí. Además, la falta de entrenamiento militar efectivo de la mayoría de estos y el exagerado triunfalismo en las declaraciones de Miguel Enríquez, antes y después del golpe de Estado, hacían creer a sus partidarios la preexistencia de un dispositivo fuerte y capaz de enfrentar cualquier amenaza.¹ Pero aquella confianza ciega en el líder, jugaba esta vez en contra del propio Enríquez.

El MIR, con un aparato militar que difícilmente podía siquiera hacerle un daño menor a los gobernantes militares, buscó y recibió apoyo de distintas organizaciones extranjeras. En Sudamérica rápidamente brindaron ayuda los Tupamaros de Uruguay y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) de Argentina, quienes meses atrás, en octubre de 1973, este grupo había comprometido la entrega de un millón de dólares al MIR. Para ello, se confió en que dos miembros de los Tupamaros, conocidos como el *Negro Mancilla* y *Martínez* serían los encargados de ocultarlos en barretines y trasladarlos hasta Chile. Sin embargo, aquel dinero nunca llegó a manos de los miristas. Los *Tupas* se habían arrancado con la *guita*.

Otro importante apoyo a la causa del movimiento chileno revolucionario fue la prestada por la izquierda extra-parlamentaria italiana, cuyo aporte tuvo un carácter más bien político. Pero siempre la mayor ayuda, tanto táctica como en recursos, provenían desde Cuba, trabajo que era dirigido por el oficial cubano Humberto Sánchez, encargado de la Sección Chile del Departamento América.

En la isla, Juan Saavedra, uno de los cercanos a Miguel Enríquez desde los tiempos de la universidad, había llegado pocos meses antes exiliado desde Chile. Hizo caso omiso de la con-

signa “el MIR no se asila”, instalándose en la Embajada de Panamá de Santiago en los primeros días de octubre de 1973. Luego, en el país del canal transoceánico se lograba reunir con el mirista “extranjero” Ruy Mauro Marini. Según las órdenes del propio Enríquez, la representación exterior del movimiento, debía ser asumida por los brasileños del MIR. Mauro Marini era uno de ellos.

Al llegar a Cuba, *Patula Saavedra*, ahora con su nueva identidad que lo acreditaba como *Eduardo Ballester*, no sabía aún si el movimiento lo consideraba parte de ellos o no. En todo caso, el hecho no lo preocupaba mayormente, pues ya se había distanciado del MIR. En la isla se contacta con el también mirista Jorge *Trosko Fuentes*, quien debía prepararse para volver a Chile y ser el representante del grupo armado en la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR), instancia creada por cuatros grupos insurgentes de izquierda; el ELN (Ejército de Liberación Nacional) de Bolivia, los Tupamaros de Uruguay, el MIR chileno, y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) de Argentina. Años más tarde, el *Trosko Fuentes* moriría tras cumplir disciplinadamente las órdenes de su partido.²

En Chile, en tanto, Miguel Enríquez envía en abril una carta al cardenal Raúl Silva Henríquez. En el documento informaba a la máxima autoridad eclesiástica del país, de que no tenían plan alguno en contra de su persona, contradiciendo así la acusación de la Junta Militar ampliamente publicitada por la prensa. La misiva señalaba: ✓

“Nosotros, separados de usted por importantes diferencias ideológicas, somos parte de los perseguidos de hoy, luchamos por los humillados y ofendidos de siempre, y hoy por la restauración de las libertades democráticas, la defensa del nivel de vida de las masas y el respeto a los derechos humanos, de cuya violación sangrienta y sistemática por parte de la dictadura gorila han sido víctimas varias decenas de nuestros compañeros y familiares”.

Durante ese mes, se hacía necesario enviar a un hombre de total confianza al extranjero para que organizara la causa y estableciera los contactos para las futuras operaciones tácticas del movimiento. La Comisión Política decide que Edgardo Enríquez Espinosa, *Simón*, sería el elegido, pero en el fondo, era el propio Miguel quien quería a su hermano fuera del país, pues el *Pollo*, como cariñosamente le llamaba desde pequeño, con su espíritu impetuoso y arriesgado, correría demasiado peligro en el Chile de la clandestinidad. Habían caído muchos de sus más íntimos y la casi segura muerte de Bautista van Schouwen, lo comenzaba a perturbar. Que al *Pollo* le sucediera alguna desgracia, sería una culpa que el mismo no se lo perdonaría jamás.

Edgardo Enríquez cambia su aspecto, se corta el pelo y sale cruzando la Cordillera de Los Andes con París como destino final.

Por su parte, el director de la DINA Manuel Contreras ya expandía las tenazas de una red de inteligencia en todo el sur del continente. La Operación Cóndor fue su plan ideado para exterminar a los movimientos insurgentes que luchaban en contra de los regímenes militares del cono sur americano.

Según consta en los archivos de la DINA incautados en Buenos Aires, el 15 de marzo de 1976 se activó la alerta roja de la Operación Cóndor para la captura de Edgardo Enríquez Espinosa; la DINA instaló incluso, un telex en las oficinas de los servicios de inteligencia argentinos para la conexión directa entre ambos organismos de seguridad, pidiendo “la máxima colaboración para la detención de Enríquez”.³ El 10 de abril del mismo año, *Simón* es detenido en Buenos Aires al salir de una reunión de la JCR. En la ocasión, también es arrestada la brasileña Regina Marcondes y varios otros miembros del MIR. De allí fueron llevados a los centros de detenidos argentinos El Olimpo, Campo de Mayo y a la temida Escuela Mecánica de la Armada.

Días más tarde, llegaba por equivocación a las manos de Luz Arce, una ex izquierdista que ahora trabajaba para la DINA, un “comunicado vía Cóndor”, es decir, un telegrama proveniente de Argentina donde se decía que el servicio de inteligencia

trasandino ponía a disposición del organismo dirigido por Manuel Contreras al “detenido extremista Edgardo Enríquez”. Agentes de la DINA lo trasladan después a Chile, al centro de torturas de Villa Grimaldi. Según el testimonio entregado por el ex mirista Víctor Toro ante las Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, el 1 de febrero de 1977, en Ginebra, Suiza, confirman la presencia de Edgardo Enríquez Espinosa en ese centro de detención, y que habría sido cruelmente torturado por el oficial de ejército, Marcelo Morén Brito. El nombre de Edgardo Enríquez, el *Pollo*, aún se encuentra entre las listas de detenidos desaparecidos, una información que su hermano Miguel nunca hubiese querido escuchar, menos en aquellos tensos días de invierno de 1974, cuando sus pasos eran rastreados cada vez con mayor intensidad.

La caza al líder mirista se acrecentaba. Los organismos de seguridad continuaban con su duro “trabajo” con el objetivo de destruir a la “resistencia”. Ellos estaban claros que “matando al rey, se ganaba la partida”. Por esos días, agentes del SIFA habían logrado la colaboración de un cuadro medio mirista que se encontraba detenido en el Estadio Nacional. Macizo, de estatura media, pelo castaño y crespo, Leonardo Schneider Jordan, alias el *Barba*, tras ser doblegado en sesiones de tortura, decide “cooperar” con los aviadores. Lo logran infiltrar en la organización mediante el montaje de un falso enfrentamiento, en donde el *Barba* Schneider aparentó defender de manera heroica a sus compañeros. Este supuesto acto de valentía le valió ser ascendido a la Fuerza Central del MIR, organización que se encontraba preparando un ataque al piso 21 del actual Edificio Diego Portales, por aquel tiempo, sede de la Junta Militar.

Meses más tarde, Schneider fue detectado por la cúpula mirista, tras haber colaborado en la delación de un significativo número de militantes al SIFA. Luego, *El Barba* fue reconocido por algunos presos en sesiones de tortura en Villa Grimaldi. Aprovechando su ascendencia judía, viajó a Israel, donde se va a vivir a Kfar-Saba, localidad situada a 20 kilómetros al norte de Tel

Aviv, regresando años más tarde a Chile. Pero el *Barba Schneider* no sería el único mirista en traicionar a sus antiguos camaradas.

Emilio Iribarren Ledermann era conocido al interior del movimiento revolucionario como *Joel*. Al igual que Schneider, también fue miembro del selecto grupo militar de la Fuerza Central del MIR. Cayó detenido en diciembre de ese año, corriendo la misma suerte su esposa y cuñado. Rápidamente la DINA lo obligó a entregar nombres y datos que los llevaran a desarticular al grupo. *Joel* se negó, pero no por mucho tiempo, pues los agentes torturaban salvajemente a su esposa, además de amenazarlo con asesinar a su hijo, quien padecía un trastorno mental. Decidió colaborar, a cambio de la salida del país de su cónyuge y el pequeño, quienes se trasladaron a Paraguay. Iribarren viajaría luego a Costa Rica, estableciéndose definitivamente en Estados Unidos, quizás aún con el dolor de aquellos dramáticos momentos en que la vida parecía más frágil que nunca.

Al celebrar el primer día del Trabajo bajo el régimen militar, el 1 de mayo del 74, cae Marcia Alejandra Merino, dirigente mirista de Curicó, quien mantenía contacto directo con la Dirección Nacional del MIR. Fue conducida a la cárcel de la ciudad.

También conocida como la *Flaca Alejandra*, Merino se había caracterizado por ser una obediente y estricta militante desde que el MIR comienza sus primeras acciones armadas en 1968. Como a casi todos los que eran detenidos, la *Flaca* fue sometida a duras sesiones de tormentos. En el fino papel de un cigarrillo escribió una carta a la dirección del MIR, advirtiéndole que no aguantaba más la tortura y que posiblemente, en una próxima sesión, "soltaría" todo lo que sabe. Transcurrieron tres meses sin que fuera interrogada.

En agosto, agentes de la DINA la trasladaron a Santiago. Su nuevo hogar sería Londres 38, una ex sede del Partido Socialista transformada en centro de tortura. A la segunda sesión, Marcia Merino no pudo más y comenzó a entregar nombres.⁴ Luego

pasaría por José Domingo Cañas y Villa Grimaldi. En éste último centro, se juntaría con María Alicia Gómez Uribe, alias *Carola* y Luz Arce, otras de las detenidas vulneradas por la tortura. Otras dos *poroterás*.

En una camioneta de color blanco, conducida por el cabo de Ejército Basclay Zapata Reyes, alias el *Troglo* y acompañado de Osvaldo Romo Mena, la *Flaca* era llevada al ya rutinario, pero siempre doloroso *poroteo*.

A mediados de ese año, el coronel Edgar Ceballos Jones habló con unos de los reclusos en la AGA, el dirigente mirista Roberto Moreno, proponiéndole contactarse con Miguel Enríquez.

El *Inspector Cabezas* le ofrecía a todos los militantes del MIR la salida del país, garantizando la seguridad de cada uno de ellos y la liberación de sus presos. Esta rendición era condicionada con la entrega de todo el armamento en poder del grupo.

Moreno sabía que Enríquez no aceptaría la proposición. Lo conocía bastante bien. Asimismo, los demás dirigentes con él apresados tampoco estuvieron de acuerdo con la idea. No obstante, decidieron realizar los contactos, puesto que les serviría de garantía para que no los mataran.

El *Pelao* Moreno y el *Coño* Villabela redactaron la carta para Miguel, advirtiéndole su desacuerdo con la oferta de Ceballos.⁵ Con esta negociación, los aviadores no sólo querían demostrar su eficiencia, sino que también intentaban obtener algo más importante: ganar mayores cuotas de poder al interior de la Junta Militar.

A las 10 y media del viernes 30 de agosto, la hermana del extinto Presidente, Laura Allende, y el secretario de la Conferencia Episcopal, obispo Carlos Camus, sirvieron como mediadores en la negociación, a la que el MIR dio curso, sin embargo, sólo para ganar tiempo y reforzar el ánimo de los dirigentes detenidos. El problema para el MIR no se centraba en sacar militantes importantes al exterior, tarea que siempre pudo hacerse, incluso, en los momentos más críticos. El mayor desafío era mantenerlos vivos.

La respuesta de Miguel Enríquez a Ceballos pudo entrar clandestinamente a los subterráneos de la AGA y los dirigentes allí presos leyeron el claro mensaje de su líder: "El MIR jamás se prestará a un juego de este tipo".⁶ Enríquez confirmaría después telefónicamente al *inspector Cabezas* la negativa del MIR a negociar.

Por esos días, Miguel Enríquez había acordado una nueva reunión con Rafael Ruiz Moscatelli, uno de los encargados militares del PS. Este debió aguardar en una pequeña plaza de la avenida Perú la llegada de un automóvil que lo recogería. En el interior del vehículo fue vendado y llevado al lugar del encuentro. Una vez en la casa, le sacaron la venda y sin tener idea del lugar de Santiago en que se encontraba, ve al jefe del MIR.

—Miguel, yo voy a salir del país y tu deberías hacer lo mismo —dijo el *Rafa* con la clara intención de que Enríquez, conocido ya internacionalmente, pudiera realizar los contactos necesarios para apoyar a la "resistencia" y ayudar a sacar gente del país.

—No, la dictadura no podrá seguir así siempre. Tarde o temprano caerán en una crisis —sentenció el líder mirista.⁷ En septiembre, Ruiz Moscatelli abandonaba el país con destino a París.

Mientras esto ocurría, la embajada estadounidense en Santiago enviaba erróneos informes a Washington sobre las actividades del MIR. Por esos días, en uno de estos documentos se señalaba que Enríquez había ofrecido una conferencia de prensa el 25 de junio en La Habana, donde supuestamente "informaba a los trabajadores y revolucionarios del mundo que la resistencia chilena estaba viva y seguía en la lucha".⁸

A pesar de los extremos resguardos de la militancia, el cerco contra el MIR se acrecentaba. Entre el 6 de agosto y el 20 de septiembre, 40 miristas caían en manos de organismos de seguridad de las Fuerzas Armadas, de los cuales 36 fueron muertos o se encuentran desaparecidos, entre ellos, María Angélica Andreoli, secretaria de la Comisión Política; Carlos Gajardo Wolff, archi-

tecto y académico de Universidad de Chile, y Teobaldo Tello Garrido, fotógrafo y ex funcionario de Investigaciones de Chile.⁹

El 16 de agosto Miguel Enríquez concedía su última entrevista a *El Rebelde*, en la que hizo un extenso análisis de los primeros once meses del régimen militar, llamando al pueblo a organizarse en comités de resistencia e iniciar una guerra de desgaste, la cual debía incluir diversas formas de sabotaje, tales como dejar prendidas las luces y abiertas las llaves del agua en fábricas y oficinas públicas; disminuir la productividad mediante la lentitud en el trabajo; cometer errores deliberados en la ejecución de las tareas laborales, y otras formas de sabotaje mínimo.¹⁰

El principal líder mirista llevaba casi nueve meses viviendo en su refugio de calle Santa Fe, un lapso en que era muy difícil no relacionarse con la gente del barrio. De todos modos, contaba con que algunos vecinos eran de izquierda y no los delatarían. La casa 725 habitada por Miguel Enríquez, Carmen Castillo (*Arturo y Jimena* para los vecinos) Humberto Sotomayor y las dos pequeñas Alejandra Enríquez y Camila Pascal se encontraba frente a la de un obrero comunista de apellido Leyton y colindante con el hogar de un periodista comunista, Rolando Carrasco. Allí vivían Anita Koppling, esposa de Carrasco y actriz de teatro y radio, junto a sus dos hijos, Rolando y Valentina.¹¹

Pero existía un cierto mar de fondo. Algunos vecinos se hacían preguntas y comentaban. Sorprendía al dueño del almacén de la esquina que los jóvenes dispusieran de más dinero que el resto del vecindario, comprando más y mejores productos. El almacenero, feliz, no resistía la tentación de copuchar con otros clientes.

Los miristas se daban cuenta de que tenían que trabar amistad con sus vecinos, pues las miradas sospechosas eran cada vez más frecuentes.

Uno de esos días, el pequeño Rolando, hijo del matrimonio vecino, se duchaba, sin darse cuenta de que la llama del calefón se había apagado y el gas contaminaba la atmósfera. *El Rolo* cayó

desmayado y como de costumbre, había cerrado con llave la puerta del baño. Anita, su madre, lo sintió caer. Golpeó primero y al no escuchar mayor respuesta de su hijo, comenzó infructuosamente a abrir la puerta. Desesperada, corrió a la casa de los miristas, acudiendo presuroso a prestar su ayuda Humberto Sotomayor, quien logró echar abajo la puerta del baño, reanimando al joven e instruyendo a Anita para que siguiera atendiéndolo en la tranquilidad de su hogar. Así se enteró de que uno de sus vecinos era médico, sintiendo una infinita gratitud por ellos y desde ese momento, poco le importaba el porqué esos jóvenes resguardan tan celosamente su privacidad.

El MIR divulgaba el 6 de septiembre una declaración en la que sostenía que Bautista van Schouwen aún estaba vivo, encontrándose en grave estado producto de las torturas de que había sido objeto en el Hospital Naval de Valparaíso, por lo que el movimiento exigía su inmediata liberación. El mensaje lo repetirían cinco días después, al cumplirse el primer año de la Junta Militar en el poder, aunque precisando que van Schouwen se encontraba inválido como consecuencia de los tormentos sufridos.

En su respuesta a los “gorilas”, el MIR reafirmaba su postura: “La lucha será larga y difícil. Recién comienza. Hemos recibido algunos golpes. Los hemos superado, más golpes vendrán. Sabemos que en esta lucha se nos puede ir la vida, pero la continuaremos hasta la victoria”.¹²

Por esos días, mientras el director de la Revista Punto Final, el mirista Manuel Cabieses se encontraba preso en el centro de detenidos de Chacabuco, éste recibía un secreto mensaje en el interior de una pasta de dientes. En el documento, el secretario general del MIR lo designaba como nuevo miembro del Comité Central.¹³ Sin embargo, esta decisión habría sido adoptada con una fría lógica por parte de Miguel Enríquez, pues él estaba convencido de que Cabieses sería asesinado por los militares, y de esta manera, siendo integrante del Comité Central, se le podía dar “mayor grado a su muerte”.¹⁴

El 14 de septiembre, las niñas dejan la casa de Santa Fe con el fin de garantizar su seguridad. Camila Pascal y Javiera Enríquez fueron trasladadas a la casa de la madre de Humberto Sotomayor. Una semana después, Miguel haría las gestiones necesarias para que las menores salieran del país. Ambas fueron ingresadas a la sede de la embajada de Italia en la cajuela del automóvil del encargado de negocios.

En adelante, los residentes del sector aumentaban sus comentarios respecto a sus extraños vecinos. Se sorprendían al observar cómo jóvenes en “buenos autos” visitaban con mayor frecuencia la casa de Santa Fe 725, mientras en las noches, el sonido de las máquinas de escribir no paraban de trabajar.

En la mañana del sábado 21 de septiembre, el *Guatón Romo* hacía levantar muy temprano a *la Flaca Alejandra* para hacerla “trabajar” nuevamente.

En una de las camionetas Apaches de la DINA, los agentes comenzaban a dar vueltas por los barrios de Santiago buscando que Marcia Merino pudiera reconocer a alguien. De pronto, al ver a una mujer vestida de blusa y pantalones rojos, que se aprestaba a tomar un taxi, *la Flaca Alejandra* comenzó a temblar. El *poroteo* rendía nuevos frutos. Romo, satisfecho, preguntó quién era la nueva “presa”.

—Es *Luisa*... la mujer del *Chico* Pérez —respondió Marcia Merino con voz entrecortada.

Tres agentes detenían a la mujer identificada. Rápidamente la introdujeron a la camioneta y emprendieron rumbo al cuartel Ollagüe, ubicado en la calle José Domingo Cañas 1367.

Caía *Luisa*, cuyo nombre verdadero era Lumi Videla Moya, encargada de las tareas organizativas del MIR.

Esposa de Sergio Pérez Molina, el *Chico*, miembro del Comité Central del MIR y hombre cercano a Enríquez, Videla Moya tenía 26 años al momento de su detención. El 4 de noviembre de 1974, su cadáver desnudo fue arrojado a los patios de la Embajada de Italia, tras ser bárbaramente torturada por efectivos de la

DINA, sobreviviéndole su hijo Dagoberto Pérez Videla, actual percusionista del grupo juvenil Gondwana.

Pero aquel día de la detención de Lumi Videla, mientras las horas transcurrían, *El Chico* ignoraba el trágico destino que en ese momento vivía su esposa. Ella estaba siendo cruelmente torturada por sus captores. Pérez Molina la esperaba ansiosamente en su hogar de calle Tocornal, sin embargo, tal como habían acordado anteriormente, si uno de los dos no llegaba después de las diez de la noche, se suponía que habían caído en mano de los militares, por lo tanto, a la hora indicada, recogió de su hogar todos los documentos comprometedores y "limpió" el depósito de armas. Media hora más tarde, Humberto Sotomayor pasó a buscarlo y juntos acarrearon las bolsas con el armamento hacia el auto de *Tito*. Ya de madrugada, *El Chico* logró convencer a Sotomayor de que volvieran a su domicilio a recoger unos documentos que había olvidado. En realidad, era una excusa. Pérez tenía la secreta esperanza de que todo podía ser una falsa alarma. Sotomayor lo esperó esta segunda vez con el motor en marcha. Pérez se dirigió a la casa, y, al abrir la puerta, lo inesperado. Agentes de la DINA ya se habían adueñado del inmueble para constatar si alguien volvía. Al entrar Pérez, un oficial, en una nerviosa reacción, le disparó en una pierna. El balazo advirtió a Sotomayor, quien logró escapar del lugar.

Luego, con una inexplicable tardanza de horas, que hasta estos días permanece en una incógnita para el MIR, Sotomayor se dirigió al refugio de Miguel Enríquez para explicarle los hechos ocurridos. El líder mirista no lograba entender la demora y entre recriminaciones e insultos, ambos se dirigieron a la casa de Lumi Videla a rescatar al *Chico* Pérez, en una acción casi suicida, pero llena de rabia y lealtad.¹⁵

Enríquez diseñó rápidamente una acción estilo comando para liberar a Sergio Pérez. Armados hasta los dientes, Miguel y Sotomayor se acercaban lentamente a la casa de calle Tocornal. Sus pasos parecían caminar sobre cojines y la adrenalina, mezclada con temor, se desbordaba de sus cuerpos. Una vez más se

encontraban frente a frente a la muerte y las posibilidades de salir con vida eran mínimas.

Al entrar al hogar se percataron que ya nada podían hacer. Habían llegado demasiado tarde y la casa estaba vacía. En sólo 48 horas caían dos altos dirigentes, pero la DINA quería a la presa mayor: Miguel Enríquez.

El 22 de septiembre, *Amelia* y *Jaime* se reúnen con el jefe mirista. Ella poseía información necesaria para entrar en contacto con las dirigencias de provincias. Acuerdan una nueva cita para el día siguiente. Horas después, se llevaba a cabo otro golpe contra el MIR. Entre los papeles requisados en la casa de Lumi Videla, existían documentos que delataban a una red de colaboradores que trabajaban junto a ella. En calle Vasco de Gama vivían Rosalía Martínez Cereceda, su esposo Julio Lake y María Cristina López Stewart, justamente los verdaderos nombres de *Amelia*, *Jaime* y *Carolina*, esta última, encargada de importantes tareas secretas al interior del movimiento. Cerca de las dos de la madrugada del 23 de septiembre, Romo y los hombres de la Brigada Halcón irrumpieron en la casa de los miristas. Todos fueron conducidos a un cuartel de la DINA.

Entre estos detenidos había una característica común: todos son militantes, de una u otra forma, cercanos a Miguel Enríquez.

La pesadilla que por esos días vivían los cientos de detenidos miristas, se acrecentaba. Sergio Pérez tras soportar horrosas torturas, era sacado el 27 de septiembre en estado agónico con destino incierto... hasta estos días. Como él, otros militantes debían soportar diariamente las constantes vejaciones y humillaciones perpetradas por sus torturadores. Entre los tormentos más recurrentes estaba la llamada *parrilla*, que consistía en un catre metálico, en donde los prisioneros eran amarrados. Mientras eran interrogados, se les aplicaban fuertes shocks eléctricos en la vagina, el pene, el ano, las uñas, las orejas y en otros lugares donde la desquiciada mente de estos personajes se les ocurriera. Sin olvidar otros aberrantes actos, como el hacer comer excremento de

los propios prisioneros y las constantes violaciones sexuales a las estaban expuestas las detenidas. Mientras este infierno proseguía, los agentes de la DINA parecían acorralar cada día más al líder del MIR.

Las capturas continuaban. En una parcela ubicada en las afueras de la capital era detenido el sacerdote español Antonio Llidó Mengual, siendo luego asesinado. Durante los días siguientes le siguen los hermanos Juan Carlos y Jorge Andrónico Antequera, capturados en el mismo lugar, el paradero 22 de Avenida Santa Rosa, pero con un día de diferencia.

Los hechos indicaban que la *repre* andaba cerca. Enríquez y Sotomayor se dedicaban durante esos días a sacar y guardar el armamento, como un ejercicio psicológico para relajar la comprensible tensión, pero los agobiantes momentos ya producían problemas en Miguel. En su máquina de escribir, redactaba hasta altas horas de la madrugada extensos documentos para la militancia, que seguían llamando a luchar unidos contra la “dictadura gorila”, pero ya se encontraba tan sólo, que quizás ni el mismo lograba converse de lo que expresaba.

La clandestinidad en que vivía el líder mirista desde hacía un año, muy distinta a la experimentada durante el gobierno de Frei Montalva, imponía en esta etapa una máxima rigurosidad. Manuela Gumucio y Miguel Enríquez intercambian cartas escritas en papel de cigarrillo, las que eran sacadas al exterior, ocultas en lápices o por otros medios. Ella estaba en el extranjero con su pequeño hijo Marco. Enríquez, curioso por saber más de su pequeño le preguntaba: “¿cómo está mi hijo, se está pareciendo a mí?”, pasando luego, en cada misiva, a considerar cosas prácticas de la clandestinidad.

Miguel barajaba durante esas semanas la idea de salir al extranjero. El bebé de Carmen Castillo iba a nacer y uno de los destinos podía ser Cuba. En su última carta, Enríquez le cuenta a Manuela uno de sus proyectos inmediatos: “Nos vamos a ver pronto”.¹⁶ Incluso, meses antes, el secretario general del MIR le anunciaba a Roberto Moreno su pronta salida del país para que

desde el extranjero, pudiese organizar de mejor manera la “resistencia”.

Mientras tanto, al otro lado de la cordillera, a la 1 de la madrugada del 30 de septiembre, una poderosa bomba estallaba en el barrio Palermo de Buenos Aires, asesinando al ex comandante en Jefe del Ejército Carlos Prats González y su esposa Sofía Cuthbert.¹⁷

Tres días más tarde, Miguel Enríquez tenía concertada una nueva cita, aunque esta vez no se trataba de un contacto político, sino de una mujer con la que él necesitaba encontrarse. Irene Romero, madre de su ex esposa Alejandra Pizarro, se alojaba por esos días en la casa de su hijo Froilán y una semana antes había recibido una llamada indicándole que el jefe mirista quería verla.

El día previsto, la pasaron a buscar en el auto manejado por Humberto Sotomayor, instalándose atrás del vehículo, Irene y Miguel Enríquez.

—*Gordita*, ¿me hayai pinta de maricón? —fue lo primero que le dijo y se largaron a reír.¹⁸

Enríquez tenía otro aspecto. Muy bien peinado, sin su clásico mechón colgando, con el rostro maquillado, pelo castaño claro, lentes negros y una chaqueta café a cuadros. Recorrieron las calles del barrio alto y luego bajaron hacia el centro de la capital.

Al pasar frente a unos carabineros, Miguel le preguntó a su suegra si estaba asustada, pues dijo que en caso de ser detectados, “todos estaban cagados”. Debajo del vehículo en que se movilizaban, los miristas habían instalado una poderosa bomba.

—Pucha que estamos jodidos —fue una de las frases más tajantes pronunciadas esa mañana por quien era uno de los hombres más buscados en el país, aunque aún guardando consigo cierto grado de optimismo en el éxito de su causa.¹⁹

Esa misma tarde del jueves 3 de octubre, Carmen Castillo debía contactarse en el supermercado Unicoop con Cecilia Jarpa, *Sonia*. Pasaron 45 minutos y *Sonia* no llegó al encuentro. A la mañana siguiente habría otra oportunidad: a mediodía en Avenida Grecia, cerca de la piscina Mundt.

Pero aquel viernes 4, Miguel cambiaría sus planes. Él junto a Sotomayor pasarían por el punto de contacto en horas de la tarde. Por la mañana, visitó la parcela ubicada en la comuna de La Pintana donde vivía *El Pituto*, Andrés Pascal Allende, a quien le advirtió que no se dirigiera a un contacto en donde debería asumir tareas de choque. Por su parte, Carmen tendría que llamar desde una cabina telefónica a *Ana*, a quien le había encargado comprar una parcela en la comuna de Macul, la que serviría de escondite a Enríquez, Sotomayor y a sus acompañantes, para los próximos meses. *Ana* le avisó que tendría que apurarse. El propietario había recibido una nueva oferta, por lo que necesitaba pronto cerrar el trato y recibir el dinero. Conviene en que Carmen se lo daría en la tarde, en el mismo lugar de la última cita, pero *Ana* prefiere que se encuentren en su casa, pues tenía problemas con sus hijos.

Pasado el mediodía, Miguel Enríquez y Humberto Sotomayor circulaban por Avenida Grecia, acercándose al lugar de contacto con Cecilia Jarpa, a quien divisaron al pasar por un paradero de micros. Todo estaba tranquilo.

Al llegar al Estadio Nacional dieron media vuelta y tomaron la avenida en sentido inverso. Pasaron por segunda vez y Sotomayor tocó la bocina. Enríquez le hizo un gesto a *Sonia*, quien se sorprendió al verlos. Esta comenzó a mirar nerviosamente de izquierda a derecha. Algo raro pasaba. Detrás de ella aparece inesperadamente un hombre armado, quien comienza dispararle a los miristas. Enríquez sacó su revólver 38 para repeler el ataque. Algunos agentes cayeron en el lugar. Sotomayor aceleró a fondo, emprendiendo la huida en dirección a la comuna de San Miguel.

Los miristas casi caían en la trampa preparada por la DINA. El día anterior, este aparato de inteligencia había capturado a Cecilia Jarpa en el lugar donde cobraba su sueldo. Con ella se completaban 21 militantes detenidos desde la caída de Lumi Videla. Pero aquella tarde, en las cercanías del principal recinto deportivo del país, Osvaldo Romo y los hombres de la Brigada Halcón obtenían un dato esencial para la captura de Miguel

Enríquez. El cerco debía estrecharse hacia la populosa comuna de San Miguel.

Cerca de las 14 horas de ese viernes 4, Carmen vuelve a llamar a *Ana*. Esta última le asegura que con un anticipo sería suficiente para convencer al dueño de que les venda la parcela. Inexplicablemente ella quería cerrar lo antes posible el trato. Carmen Castillo prefiere esperar la opinión de Enríquez, sin saber aún que en ese preciso momento, *Ana*, mientras escuchaba a la compañera del jefe mirista por el auricular, al otro lado de su sien, estaba siendo apuntada por las armas de los agentes de la DINA, quienes la habían amenazado con torturar a sus hijos si no “cooperaba” con la captura del líder del MIR.²⁰

Miguel Enríquez y Humberto Sotomayor, hambrientos y aún nerviosos, llegaban a eso de las cuatro de la tarde. Carmen le contó a Miguel que *Ana* espera lo antes posible el dinero, pues el dueño de la parcela había recibido una nueva oferta de compra. Al jefe mirista le extrañó esa actitud. Algo malo sospechaba, como presagiando que los militares ya le estaban pisando los talones.

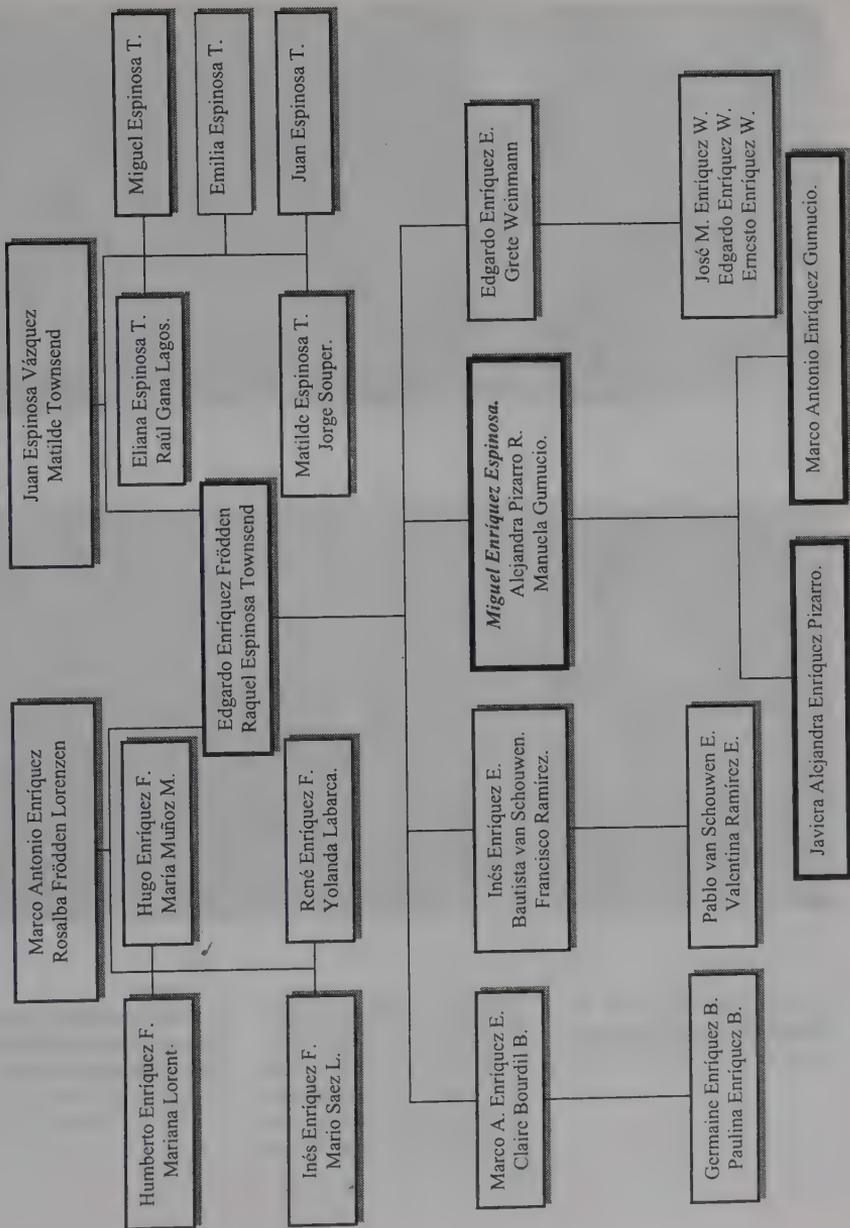
—Mejor olvídate de esa parcela; mañana buscaremos algo mejor, —sentenció Miguel Enríquez a su compañera, cuando empezaba a caer la noche de aquel primer viernes de octubre de 1974.

Notas Capítulo XI

1. Vidal, Hernán: *“Presencia” del MIR (14 claves existenciales)*. Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.
2. Jorge Fuentes Alarcón, el “Trosko”, fue detenido en Paraguay el año 1976 en un operativo conjunto entre los organismos de seguridad del país charrúa y Chile, como parte del denominado Plan Cóndor. Hasta hoy sus restos no han sido encontrados.
3. Confesión de Luz Arce. Información publicada originalmente en Revista Apsi, N°380 de marzo de 1991 y publicado en la red internet por Equipo Nizkor y Derechos Human Rights.

4. Datos obtenidos del documental *La Flaca Alejandra*, dirigido por Carmen Castillo y Guy Girard, 1994.
5. Roberto Moreno, entrevista con los autores, Santiago, 19 de julio de 1999.
6. Kustcher, Annie: *Los contactos del MIR con la Fuerza Aérea*. Revista Ercilla, N° 3.105.
7. Rafael Ruiz Moscatelli, entrevista con los autores, Santiago, 12 de julio de 1999.
8. Archivos Desclasificados del gobierno norteamericano. Subject: MIR Leader Enríquez reported in Cuba. Documento N° 1974SANTIA03770, junio de 1974.
9. Datos obtenidos tanto del *Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación*, como del libro de Padilla, Elías: *La memoria y el olvido / Detenidos desaparecidos en Chile*. Ediciones Orígenes, Santiago de Chile, 1995.
10. Revista El Rebelde N° 99. Santiago, agosto de 1974.
11. Cabieses, Manuel: *El último día de Miguel*. Revista Punto Final, 10 de octubre de 1997.
12. Enríquez, Miguel: *Con vista a la esperanza*. Escaparate Ediciones, Santiago de Chile, 1998. (Recopilación de escritos hecha por Cecilia Radrigán y Miriam Ortega).
13. Manuel Cabieses, entrevista con los autores, Santiago, 2 de mayo de 1999.
14. Dicha versión fue entregada por Edgardo Enríquez Espinosa a Juan Saavedra, meses más tarde, estando ambos en el exilio. Juan Saavedra, entrevista con los autores, Valparaíso, 25 de julio de 2001.
15. Vidal, Hernán: *"Presencia" del MIR (14 claves existenciales)*. Mosquito Editores, Santiago de Chile, 1999.
16. Manuela Gumucio, entrevista con los autores, Santiago, 4 de agosto de 1999.
17. Tras 26 años de ocurrido el crimen, el 20 de noviembre de 2000, la justicia argentina condenó a cadena perpetua al ex agente de la DINA Enrique Arancibia Clavel.
18. Irene Romero, entrevista con los autores, Concepción, 29 de julio de 1999.
19. Idem.
20. Castillo, Carmen: *Un día de octubre en Santiago*. Editorial Sinfronteras. Santiago, 1986.

Árbol genealógico Miguel Enriquez Espinosa





1)



2)



3)



4)

1) Miguel Enríquez en su primer día del colegio inglés Saint John's.

2) El 29 de enero de 1968, Bautista van Schouwen contrae matrimonio con Inés Enríquez. Su hermano Miguel hace lo mismo con Alejandra Pizarro el mismo día.

3) Alejandra Pizarro, estudiante de sociología y esposa de Miguel Enríquez.



5)



6)

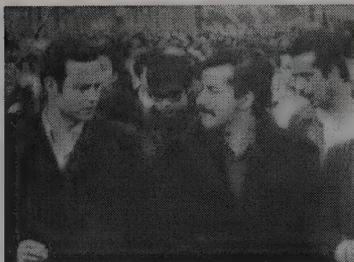
4) Miguel Enríquez junto a Carlos Hormazábal y Jaime Jana visitando el Palacio de los Pioneros comunistas en China, febrero de 1966.

5) Miguel Enríquez y su hija Javiera en uno de los tantos paseos que solían dar.

6) Miguel en clases de anatomía en la Universidad de Concepción.



7)



8)



9)



10)



11)

7) El rector de la Universidad de Concepción, Edgardo Enríquez, enfrenta a la fuerza policial en una marcha de protesta tras el allanamiento de la casa de estudios penquista (7 de junio de 1969).

8) Los dirigentes encabezando una marcha del MIR: Bautista van Schouwen junto a su amigo Miguel Enríquez. Más atrás, Edgardo Enríquez.

9) La Comisión Política del MIR durante una conferencia de prensa en plena UP. De izquierda a derecha: Roberto Moreno, Luciano Cruz, Nelson Gutiérrez (parado), Miguel Enríquez, Bautista van Schouwen, Andrés Pascal Allende.

10) Los más altos dirigentes encabezan el funeral del dirigente campesino del MIR, Moisés Huentelaf. De izquierda a derecha: Bautista van Schouwen, Roberto Moreno, Dagoberto Pérez, Miguel Enríquez, y Humberto Sotomayor (31 de octubre de 1971).

11) La revista *Ercilla* (IV/1970) publicó las fotos de los principales dirigentes del MIR que se hallaban en la clandestinidad por los asaltos bancarios. De izquierda a derecha: Bautista van Schouwen, Luciano Cruz, Miguel Enríquez, Edgardo Enríquez, Rafael Ruiz y Víctor Toro.

12) *Las Últimas Noticias*, 6 de octubre de 1974.

13) Los restos de Miguel Enríquez y su padre Edgardo Enríquez Fródden se encuentran en el Cementerio General de Santiago.



12)



13)



14)



15)

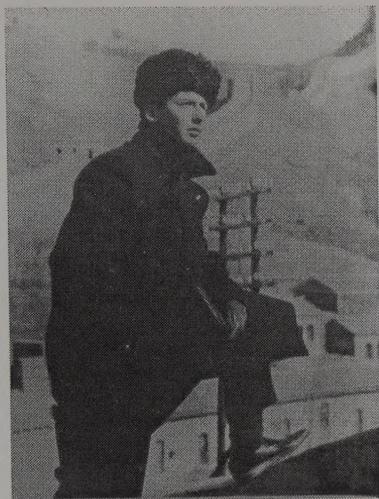


16)

14) La familia Enríquez Espinosa en el matrimonio del segundo hijo. De izquierda a derecha: Marco Antonio, Edgardo (padre), Grete Weinmann, Edgardo (hijo), Raquel (madre), Inés y Miguel.

15) Manuela Gumucio y su hijo Marco Enríquez-Ominami Gumucio en el exilio en París.

16) Miguel Enríquez y Carmen Castillo en un día de descanso en la playa.



17)



18)



19)

17) En febrero de 1966, Miguel Enríquez visita China como delegado estudiantil. En la fotografía posa delante de la milenaria Muralla China.

18) Los dirigentes universitarios Carlos Hormazábal, Jaime Jana y Miguel Enríquez en un poblado chino, febrero de 1966.

19) Doña Raquel Espinosa y don Edgardo Enríquez en su exilio en México.

Neruda y Arauco
María Maluenda
Matta. Conversaciones
Eduardo Carrasco
La faz sumergida del iceberg
Manuel Antonio Garretón
Una digresión. Memorias, Vol. IV
Orlando Millas
Hojas de parra/Trabajos Prácticos
Nicanor Parra
Chile ¿Un país de futuro?
Héctor Donoso
Chile: El modelo neoliberal
José Cademártori
Acusación contra Pinochet
Juez Baltazar Garzón
El día que murió Allende
Ignacio González Camus
Hermano Bernardo. 50 años de vida política
de Bernardo Leighton
Otto Boye
El misterioso asesinato de Jonathan Moyle
Carlos Saldivia
Amor y desesperanza. El suicidio de Jacques
Després
Florencia Varas
Belén de Sárraga. Precursora del feminismo
hispanoamericano
Luis Vitale, Julia Antivilo
El circuito extrainstitucional del poder
Antonio Cortés Terzi
Sangre sobre la Esmeralda. Sacerdote Miguel
Woodward. Vida y martirio
Eduardo Crochet
El paraíso oculto. Poemas
Sergio Macías
Los enigmas del caso Matute. Un crimen sin
nombre
Carlos Basso y Pablo Torres
Psicoanálisis Parra Nada. Antipoesía y
Psicoanálisis
César Cuadra y Otros
De Sarajevo a Nueva York. Breve historia del
terrorismo.
Carlos Basso

EL REBELDE

de la Burguesía

¿Qué puede pasar por la mente de un hombre que es capaz de tomar las armas y dar la vida por un ideal? Una pregunta que en estos tiempos parece cobrar más vigencia que nunca.

Escrito con estilo ágil y ameno, *El Rebelde de la Burguesía* cuenta la apasionante vida del mítico líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), el médico Miguel Enríquez Espinosa, descendiente de una de las familias más prominentes de la política chilena; el mismo que a los 21 años había fundado un grupo que postulaba la conquista del poder a través de las armas y que nueve años más tarde, moría en un confuso enfrentamiento con las fuerzas de seguridad del Régimen Militar; el hombre que tras una vertiginosa vida entregada a la "revolución chilena", el tiempo se encargó de convertirlo en un mito de la izquierda latinoamericana.

El Rebelde de la Burguesía aparece como una biografía inédita, trabajada junto a familiares y detractores de Enríquez, que se convierte en una historia abierta a la juventud y que revela además, hechos que hasta ahora parecían parte de la leyenda anterior al golpe de militar de 1973.

La relación de Miguel Enríquez con Salvador Allende, sus encuentros con Carlos Altamirano, su liderazgo, el asesinato de su hijo vivo Luciano Cruz y la infiltración del MIR en las Fuerzas Armadas, y los confusos hechos que terminaron con la vida del jefe máximo del MIR, son algunos de los episodios de este enigmático personaje llevado a la luz por esta acuciosa investigación periodística.



"Como se ve, es poco lo que a mis cortos años puedo contar; la vida hasta ahora ha sido fácil, no he tenido reales problemas, todo me ha sido dado. Espero con el tiempo alguna forma a mis padres, a la sociedad en general, lo que me fue entregado, y luchando todos en un futuro puedan decir también: "En mi juventud todo me fue dado".

Miguel Enríquez Espinosa
30 de enero de 1951.

(Extracto del resumen autobiográfico de su solicitud de ingreso a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, Santiago, Chile)

